



ITESO, Universidad
Jesuita de Guadalajara

ANTONIO SÁNCHEZ ANTILLÓN
ROBERTO SÁNCHEZ BENÍTEZ
COORDINADORES

SUFRIMIENTO, TRAUMATISMO POR VIOLENCIA Y SU POETIZACIÓN

UNA MIRADA CLÍNICA Y LITERARIA

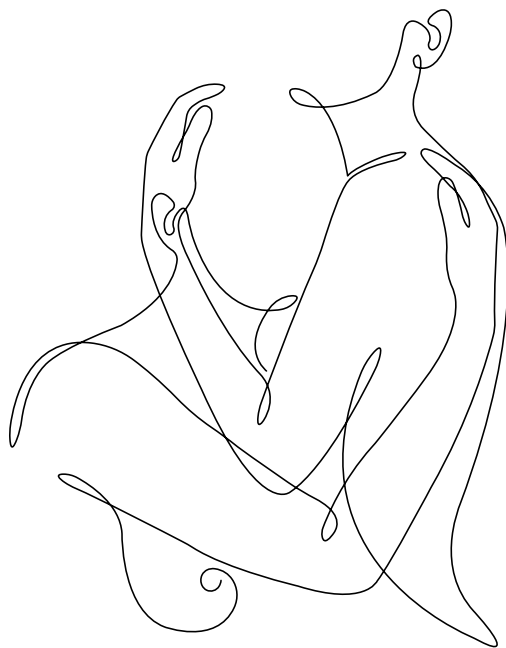


SUFRIMIENTO, TRAUMATISMO POR VIOLENCIA Y SU POETIZACIÓN

UNA MIRADA CLÍNICA Y LITERARIA

SUFRIMIENTO, TRAUMATISMO POR VIOLENCIA Y SU POETIZACIÓN

UNA MIRADA CLÍNICA Y LITERARIA



ITESO, Universidad
Jesuita de Guadalajara

**ANTONIO SÁNCHEZ ANTILLÓN
ROBERTO SÁNCHEZ BENÍTEZ**

COORDINADORES

Sánchez Antillón, Antonio (coordinación)

Sufrimiento, traumatismo por violencia y su poetización : una mirada clínica y literaria / Coord. de A. Sánchez Antillón, R. Sánchez Benítez. — Guadalajara, México: ITESO, 2025.
199 p.

ISBN 978-607-69222-1-7

1. Dolor – Aspectos Psicológicos – Tema Principal. 2. Trauma – Aspectos Psicológicos – Tema Principal. 3. Violencia – Aspectos Psicológicos – Tema Principal. 4. Psicoanálisis y Literatura. 5. Psicología y Literatura. 6. Psicología – Filosofía. 7. Psicología Clínica. 8. Psicología. 9. Baudelaire, Charles. 10. Pizarnik, Alejandra. 11. Sartre, Jean-Paul. 12. Semprún, Jorge. I. Sánchez Antillón, Antonio (coordinación). II. Sánchez Benítez, Roberto (coordinación). III. t.

[LC]

152.422 [Dewey]

Diseño original: Danilo Design

Diseño de portada: Ricardo Romo

Corrección de estilo: Rogelio Villarreal

Diagramación: Erandi Alvarado

1a. edición, Guadalajara, 2025.

DR © Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO)

Periférico Sur Manuel Gómez Morín 8585, Col. ITESO

Tlaquepaque, Jalisco, México, CP 45604

publicaciones.iteso.mx

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de los editores, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor y, en su caso, de los tratados internacionales aplicables.

ISBN 978-607-69222-1-7

Índice

INTRODUCCIÓN / <i>Antonio Sánchez Antillón</i>	7
PRIMERA PARTE. LA MIRADA CLÍNICA: TRAUMA, DOLOR Y SUFRIMIENTO	
TRAUMA Y LOCALIZACIÓN SUBJETIVA / <i>Antonio Sánchez Antillón</i>	19
LA TEORÍA DEL TRAUMA PSÍQUICO Y EL ANÁLISIS DEL DISCURSO EN LA INVESTIGACIÓN EN PSICOTERAPIA / <i>Luis Eduardo Salas Aldaba</i> y <i>Ana Noema Reyes Zamora</i>	47
LAS CONSECUENCIAS PSICOLÓGICAS DE LAS EXPERIENCIAS TRAUMÁTICAS EN LA IDENTIDAD DESDE EL ENFOQUE NARRATIVO: RE-CONSTRUCCIÓN Y RE-HISTORIZACIÓN / <i>Bernardo Enrique Roque Tovar y Araceli</i> <i>Castellanos Aceves</i>	75
DOLOR, SUFRIMIENTO Y TRAUMA: ESTRÉS TRAUMÁTICO SECUNDARIO EN PROFESIONALES DE LA SALUD MENTAL / <i>Luis Hernando Silva Castillo</i> y <i>José Salvador Meléndrez González</i>	103

**SEGUNDA PARTE. LA MIRADA LITERARIA: SUFRIMIENTO EXISTENCIAL,
DESAPARICIÓN, MELANCOLÍA Y MUERTE**

POESÍA Y PSICOANÁLISIS: ALEJANDRA PIZARNIK Y LA ESCRITURA
DEL DOLOR EXISTENCIAL / *María Luisa González Aguilera* **127**

DUELO Y MELANCOLÍA EN BAUDELAIRE: LA ESCRITURA POÉTICA
Y LA MEMORIA DEL DOLOR Y DEL *SPLEEN* POR LA PÉRDIDA DE LO SINGULAR
IRREPETIBLE / *Juan Carlos Orejudo Pedrosa* **149**

JEAN-PAUL SARTRE Y JORGE SEMPRÚN, LA ESCRITURA DE LA GUERRA /
Roberto Sánchez Benítez **169**

ACERCA DE LAS Y LOS AUTORES **197**

Introducción

ANTONIO SÁNCHEZ ANTILLÓN

El título convoca un objeto de estudio, el sufrimiento, para ser abordado de manera pluridisciplinar:¹ desde el psicoanálisis, las psicologías, la filosofía y la literatura. Este objeto está anudado tanto a la condición humana que padece, y la cual se agrava en un contexto social de violencia que se puede ejercer como autoflagelo o como vivencia por forzamiento o coerción infligida por otros. El problema social de la violencia se formula de manera distinta dependiendo de la disciplina y la jerga teórica de cada autor. Todo problema social dado que emerge de una realidad compleja demanda lecturas varias que permiten, cual caleidoscopio, analizarla en su diversidad de colores y matices.

Cuando hablamos del problema social de la violencia, esta se puede pensar como un acto cruel ejercido sobre sí mismo o sobre otro, el cual provoca dolores o sufrimientos más o menos duraderos; la repercusión depende de la fuerza ejercida y de su recurrencia, aunque sea de bajo impacto. Los estragos también se relacionan con la capacidad de resiliencia que tiene el afectado, así como con las condiciones sociales en las que se ejerce y de acuerdo con los recursos que ofrece el medio para menguar o paliarlos. Además, se puede pensar la palabra violencia con una connotación positiva, esto es, cuando se entiende como un ejercicio de fuerza que sirve para resistir los embates y modificar el medio. Para poder vivir se requiere ejercer cierta violencia-fuerza sobre el confort inmediato y así obtener beneficios más duraderos a mediano o largo plazo. A esta capacidad de mediarse y soportar el displacer requerido para convivir

1. Se entiende aquí por un abordaje “pluridisciplinar a la aproximación donde cada disciplina indica cómo ve la situación estudiada, pero sin que se haya definido un principio integrador, ni se haya construido una síntesis” (Fourez, 2008, p.16).

con los otros se le puede llamar de manera adecuada coraje; el esfuerzo valiente por ser.

La capacidad de sobrevivencia requiere de cierta fuerza de voluntad ejercida sobre sí mismo para empeñarse en esfuerzos que permitan transformar el medio a favor de condiciones viables para la vida, así como en ejercer fuerza de resistencia sobre los otros, ante situaciones de injusticia. En condiciones de sobrevivencia la capacidad de apropiación de los recursos por sobre los semejantes marca la diferencia entre morir o pervivir, de ahí la batalla del ser humano con la naturaleza y entre los pueblos. Otra cosa es cuando, satisfechas las condiciones de sobrevivencia, se lucha por imponerse a otros por ideales como sentirse los preferidos de dios o suponer que los miembros del endogrupo son humanos y los de afuera, los otros, en tanto extraños o extranjeros, son inhumanos.

Estas coordinadas comprensivas sobre la violencia como una fuerza de imposición sobre sí mismos, el medio o los otros han sido recurrentemente pensadas en cada periodo del devenir humano. Por ejemplo, en *El tiempo de los dioses*, la mítica griega *entifica* las pasiones humanas proyectándolas en las expresiones de la naturaleza (Attali, 1985). Es así como la envidia, los celos, la venganza y las fuerzas de resistencia ejercidas contra estas, como la templanza, la justicia y la conmiseración son amparados en algún ente o personaje divino o heroico. Lo mismo sucede con el pueblo israelita, cuando desde sus primeras narraciones advierte los actos que tienen como consecuencia el rompimiento de la armonía, como en el mito de Caín y Abel. En este relato Abel representa la obediencia y la búsqueda de reconocimiento del padre, mientras que Caín representa los celos, la envidia, el derramamiento de sangre (crueldad) contra el prójimo, y el mito advierte, además, la consecuencia de tal acto, el exilio.

La literatura griega y la judía son las fuentes que nutren el desarrollo de la moralidad cristiana, de la cual Occidente es heredero. Es interesante además advertir que el matiz literario del pundonor de los griegos desde el inicio de sus historias y leyendas articula la ética con la estética. Y no es de otra manera como los poetas y trágicos griegos moralizan al pueblo con sus escritos y escenificaciones, en los que el pundonor es preferible por ser bello, bueno y verdadero. Asimismo, para los filósofos griegos y romanos el bien de la *polis* necesariamente aspira a tener

un punto de confluencia con el bienestar de cada ciudadano. Revestir los actos violentos con las letras y la estilística literaria es una forma de tramitar, de sublimar, de revestir los actos de atrocidad (*ate*) y desmesura (*hybris*). Del mismo calado que la poética y la tragedia, *Las tecnologías del yo*, investigadas por Foucault, promueven una disciplina que ordene de cierta manera los goces de los cuerpos. Un nuevo horizonte de pensamiento se inauguró con la dramática cristiana, la cual llegó hasta el siglo XX con los *autos sacramentales* tratando de evangelizar los pueblos conquistados.

La estética cristiana se configura alrededor de la ascética en la que la exaltación del dolor y el sacrificio como monedas de pago por los pecados cometidos imponen cierta exaltación del sufrimiento, así como de cierto valor místico por estados alucinatorios imaginarios que se interpretan como revelaciones personales. Con estos ejemplos no se pretende un estudio profuso de la historia, solo se quiere señalar que el sentido del dolor y el sufrimiento, así como el ejercicio de la violencia ejercida para defender el honor o la fe, dados los contextos donde emergen, configuraron distintas moralidades. Se quiere destacar con esos ejemplos que tras toda ética hay una pluma literaria que poetiza el sentido del ejercicio de la fuerza, así como de su contraparte cuando se usa la contrafuerza o se hace cargo de los efectos del sufrimiento o la vanagloria por el triunfo del ideal.

Al dar un salto mortal de esa increíble herencia histórica hacia nuestros días podemos constatar que la crueldad es un problema actual, entendida como una violencia insensata —exceso de fuerza, que tiene como meta dañar para obtener ventajas personales, económicas o de estrategia armada— que se ejerce sobre sí mismo, sobre los otros —entre grupos— y contra el medio ambiente. En la época contemporánea, tanto en el plano internacional como en México, los grados de violencia que se ejercen por guerras entre países o por grupos criminales al interior de estos son frecuentes, sea por razones de comercio de drogas, de personas o motivados por ideologías o creencias religiosas. En este contexto internacional, de acuerdo con Millán-Valenzuela y Pérez-Archundia (2019), México padece la criminalidad propia de las sociedades premodernas, la cual se expresa en la difuminación del poder familiar y comunitario. Así, los valores pierden su fuerza de transmisión, vigilancia y sanción de los actos delictivos de sus miembros; se acrecientan cuando no hay un estado

fuerte que sancione mediante el uso coordinado de sus poderes legalmente establecidos.

Estos investigadores destacan que el tipo de violencia es distinta no solo en función del tipo de sociedad sino además de las entidades y los municipios. En los resultados de sus investigaciones señalan que hay un aumento de la pobreza que influye indirectamente con la violencia a escala nacional, sin embargo, cuando disminuye la pobreza moderada, aumentan los delitos contra la salud y se incrementa la violencia delictiva. Esto se aprecia de manera distinta dependiendo de la zona, por ejemplo, en el Pacífico norte, con más poder adquisitivo, es mayor la presencia del narco y los asesinatos a sueldo, mientras que en el sureste, con una mayor pobreza, los crímenes contra la salud disminuyen. Concluyen que sí hay correlación entre educación media y las infracciones del orden común.

De acuerdo con la Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública (Inegi, 2022), 29% de la población en México sufrió de al menos un acto delictivo por hogar. Los hombres han padecido mayores actos delictivos que las mujeres en 8%. Los delitos padecidos tienen que ver con robo total de vehículo, robo parcial de vehículo, robo en casa habitación, robo o asalto en calle o transporte público, mientras que las mujeres han padecido una mayor incidencia en delitos sexuales con una diferencia de 8 por 1 respecto de los hombres. En cuanto a la tasa delictiva, Jalisco ocupa el lugar 14 a escala nacional con un 20%, esto es, por arriba de la media nacional. En la comparación entre ciudades Guadalajara también está arriba de la media nacional (30.8%) con un 39.5%.

Los datos presentados en esta encuesta nacional muestran las cinco conductas delictivas y antisociales más frecuentes en Jalisco, a saber: consumo de alcohol, droga, asaltos, venta de drogas y disparos frecuentes. En este contexto general del padecimiento delictivo es importante detallar la violencia que se ejerce en los hogares. Según datos de la Encuesta Nacional Sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares (Subsistema de Información de Gobierno, 2021), en 2021 en México vivían 128 millones de personas, de las cuales 65.5 millones eran mujeres (51.2%) y más de 50.5 millones (77.1%) tenían 15 años o más. Del total de mujeres de 15 años o más, 70.1% reportaron haber experimentado al menos un incidente de violencia psicológica, económica, patrimonial, física, sexual o discriminación en algún ámbito, ejercida por cualquier persona a lo

largo de su vida (Cámara de Diputados del Honorable Congreso de la Unión, 2021; Subsistema de Información de Gobierno, Seguridad Pública e Impartición de Justicia, 2021).

La violencia psicológica presenta la mayor prevalencia (51.6%), seguida de la violencia sexual (49.7%), la violencia física (34.7%) y la violencia económica, patrimonial o discriminación (27.4%) (Cámara de Diputados del Honorable Congreso de la Unión, 2021; Subsistema de Información de Gobierno, Seguridad Pública e Impartición de Justicia, 2021). La violencia de pareja es un factor de riesgo significativo para la salud mental. De un 84.4% de mujeres expuestas a violencia de pareja, 31% presentaron TEPT, y aunque aún son pocos los estudios que relacionan directamente la violencia con el estrés postraumático, es factible sostener esta hipótesis (Dokkedahl, Kristensen, Murphy & Elklit, 2021). Algunos de los capítulos de este texto tienen como pretensión abonar a esta tesis.

Al comienzo de esta presentación se anuncia la importancia de pensar de manera pluridisciplinar el problema social de la violencia, y para ello convocamos los saberes del psicoanálisis, las psicologías, la filosofía y la literatura. También se ofrecen datos para precisar la relevancia de escribir sobre la violencia y sus efectos dada la incidencia actual en México. De esta manera, el objetivo de esta obra colectiva es plantear marcos teóricos y metodológicos comprensivos sobre los efectos de la violencia, sea sufrimiento existencial, vivencia traumática por abuso, desaparición o aislamiento. Así, este libro consta de dos apartados con cuatro y tres capítulos, respectivamente. El primer apartado versa sobre la experiencia traumática en la clínica y el segundo trata del sufrimiento existencial, la desaparición, la guerra y la sublimación literaria.

La razón de agrupar los capítulos en dos secciones se debe a las diferentes perspectivas y estilos de escritura. El problema de la violencia es abordado en el primer apartado por ensayos investigativos que describen desde el psicoanálisis y las psicologías las distintas concepciones del trauma y sus efectos en la persona, la familia y la sociedad a partir de una mirada clínica. En el segundo apartado se abordan, desde la creatividad literaria y la mirada filosófica, los actos crueles contra sí mismo y contra otros.

El objeto de estudio del primer apartado es la experiencia traumática desde la mirada del trabajo clínico en psicoanálisis, la psicología sistémica y

la psicología de la salud. Los dos primeros capítulos corresponden al primer saber.

El primer capítulo hace un abordaje del concepto de trauma retomando el sentido que le da Freud en sus escritos prepsicoanalíticos. Se ejemplifica, además, cómo Freud hace un análisis del discurso del paciente para mostrar la diferencia entre lo manifiesto en este y lo latente o inconsciente. Con ellos se explica cómo la vivencia traumática se desfigura en la creación del síntoma, así como en el momento de narrarla. Identificar la pérdida de los enlaces significantes en lo narrado y en las frases pre-conscientes que acompañan el relato —enunciados sobre lo narrado— permiten descifrar el sostén inconsciente del padecer sintomático. Al seguir este abordaje del análisis que hace Freud de un caso se desarrolla la actualización teórica que hace Lacan desde la lingüística y la semiótica en su propuesta del grafo del deseo. Se explica de manera sucinta la construcción del grafo para después desarrollar cómo con el análisis de los enunciados y enunciaciones se puede identificar al sujeto del deseo y su posición frente a la demanda del otro mediante el método de análisis textual: se ilustra su uso en el material de un caso y al final se hacen algunas consideraciones para concluir.

El segundo capítulo es conmensurable con los principios expuestos en el primero y profundiza en el concepto de trauma psíquico y en la relevancia que tiene el análisis del discurso en sesiones de psicoterapia para evidenciar los procesos de tratamiento. Se hace un pequeño esbozo del concepto de trauma en la obra freudiana y cómo este concepto ha ido reformulándose a lo largo de esta. También desarrolla las reformulaciones del concepto de trauma psíquico en autores postfreudianos; después de lo cual explica cómo la teorización del trauma psíquico tiene como campo de emergencia el dispositivo psicoanalítico, ya que desde sus primeras teorizaciones Freud da cuenta de cómo esas experiencias gestan síntomas que, al tratar de ser analizados, generan obstáculos.

El concepto de resistencia al análisis de la vivencia traumática dada la economía psíquica y el intento de evitar el dolor de la experiencia retó a Freud a pensar otros conceptos, como la transferencia y la contra-transferencia; se esboza brevemente el desarrollo investigativo de estos conceptos en autores postfreudianos. Finalmente, se cierra el escrito argumentando cómo el desarrollo de la semiótica y la lingüística han

posibilitado herramientas teóricas y metodológicas para una mayor comprensión de los intercambios que se dan durante las sesiones de psicoterapia. Asimismo, se relevan los esfuerzos investigativos del Cono Sur, donde se articulan los saberes de la semiótica y la lingüística con las teorías psicológicas y el psicoanálisis.

El tercer capítulo aborda las consecuencias psicológicas que afectan la identidad dadas las vivencias traumáticas. El desarrollo se hace desde la teoría de sistemas, el enfoque de la psicología narrativa y una revisión de la bibliografía sobre el concepto de trauma según distintas corrientes en psicología para articularlo con los tipos de atención psicoterapéutica. Además, profundiza en uno de los modelos de intervención, a saber, la terapia narrativa propuesta por Michel White. Con este autor se expone la importancia de explorar la demanda del paciente, de definir el problema, los efectos de este en las distintas dimensiones de su vida, para reevaluar el campo de sentido de la vivencia y sus efectos. Las coordenadas que acompañan la reconstrucción de una nueva narrativa son: re-autoría, remembranza y resignificación, que tienen como meta crear un nuevo andamiaje cognitivo y social. En el último apartado se desarrolla la metodología del análisis de asimilación de las experiencias (APES) y se justifica su uso ya realizado en estudio de sesiones de psicoterapia con enfoque narrativo; después se ilustra su uso en el análisis de material de sesiones en psicoterapia mediante viñetas. Al final se expresan algunas conclusiones alrededor de la pertinencia tanto de la teoría como del método en el trabajo de personas con vivencias traumáticas por violencia.

En el cuarto capítulo se desarrolla el concepto de trauma secundario, relevante para la comprensión del concepto de trauma con el problema social de la violencia. Es un buen cierre de los tres capítulos anteriores en tanto que permite evidenciar que cuando el contexto de violencia es muy grande genera una sobredemanda de atención de pacientes con vivencias traumáticas, frente a lo cual el profesional no queda incólume. Además, se abordan desde la psicología de la salud los conceptos de dolor, sufrimiento y trauma para diferenciar sus alcances semánticos y desnaturalizando las palabras de su uso cotidiano. Después pondera el estado de la cuestión del impacto de la vivencia traumática. Posteriormente, centra su desarrollo en el concepto de trauma secundario, sus síntomas

y prevalencia. Al final, esboza las estrategias de autocuidado y tratamiento del estrés postraumático, y se precisa la importancia de su atención por las instituciones y las políticas públicas, sobre todo en los profesionales que trabajan con humanos.

La segunda parte del libro, como ya se advertía, desarrolla el problema social de la violencia y sus efectos desde la literatura y la filosofía. Los capítulos cinco y seis se inscriben desde la teorización psicoanalítica.

En el capítulo quinto, “Poesía y psicoanálisis: Alejandra Pizarnik y la escritura del dolor existencial”, la autora recurre al concepto freudiano de sublimación como un mecanismo psíquico que permite enfrentar ciertas situaciones límites al poetizar la realidad. Este mecanismo creativo de la literatura sublima el impulso pulsional y desvía la meta de la descarga, la alquimiza, elevando la materialidad en un acto del espíritu. El campo de la demanda de la realidad en tanto el valor de lo útil, así como el del placer, son superados por el anonadamiento estético. Así como en la química, la sublimación es un proceso que transita del estado sólido al gaseoso, sin pasar por el líquido; la creatividad literaria no requiere pasar por procesos represivos, por lo que su expresión en la obra es una decantación directa de los procesos psíquicos inconscientes; “lo real lo hace poema”, dice la autora.

El capítulo está desarrollado en cuatro apartados. En el primero se presenta una semblanza de la poeta argentina Alejandra Pizarnik; en el segundo, se justifica la escritura y su finalidad; en el tercer apartado se expresan los alcances de la obra de la poeta, quien, si bien transita con sus letras por saberes como la filosofía y el psicoanálisis, los supera la suave melodía de sus letras que tocan lo que de real hay en la muerte y el sufrimiento existencial, el cual, como refiere el psicoanálisis, colinda en su emergencia primitiva con la causa del deseo. Para ello la palabra, si bien es el medio para expresar, lo real es su límite, pues hay un vacío inconmensurable inasible, por lo que la aporética de la muerte es finalmente ineludible. Esta no solo es entendida como un evento final, sino también como la constatación recurrente de la finitud; verdad que, aunque desmentida o desfigurada, influye en la vida, la identidad y la creación artística. Aunque, agotada la palabra y desanudada, la poeta decide morir.

El sexto capítulo centra su análisis en Baudelaire. Para tal finalidad el autor recurre a los conceptos teóricos expuestos en el ensayo de

Freud “Duelo y melancolía”, además, enlaza de manera magistral la palabra *spleen*, referida por el poeta francés en *Las flores del mal*, con el concepto freudiano de melancolía. Este trabajo entreteje el saber de la filosofía, la literatura y el psicoanálisis, tomando como objeto de estudio precisamente la melancolía. En una primera instancia se expresa el contexto urbano donde nace la pluma de Baudelaire, para después articular el estado narcisista entendido como la pérdida de la unidad del alma, con el sadismo y el masoquismo al quedar anonadado el poeta y el sujeto moderno en la incomprensión de un yo multiplicado. Posteriormente, el texto responde a una pregunta implícita en la sección anterior: ¿qué se hace frente a la pérdida irreversible del existente? La respuesta aborda tanto el contexto de la modernidad como el antecedente romántico de representar lo irrepresentable.

Más adelante, el capítulo precisa cómo el sujeto de la modernidad, al enfrentar la libertad, también queda frente a la muerte y a sus mascaradas de la finitud: la soledad y las pérdidas. Bajo esas temáticas especifica la diferencia entre el duelo y la melancolía. El ensimismamiento, la desinversión de los objetos del mundo y de sí mismo son signos de melancolía, por lo que, como advierte en el apartado cinco, el sujeto vive “la muerte desgarrada y sufrida desde una interioridad herida”. Ilustra estas ideas en los segmentos consecutivos, en el personaje del dandi y en el poema “El cisne”; el primero como el trovador intrascendente y en el segundo mediante la imagen especular y la imposibilidad del regreso a lo vivido aun en el recuerdo. Para finalizar, realiza un análisis crítico a partir de distintos autores sobre la imagen del mal expresada por Baudelaire.

El último capítulo, “Jean-Paul Sartre y Jorge Semprún, la escritura de la guerra”, tiene como objetivo entretejer los testimonios de guerra del filósofo y el activista político. El estilo literario de la confesión y las memorias atraviesa la pluma del escritor y nos revela la persona del personaje; en Sartre, desde su biografía, se devela un yo que escribe y que se trasluce en su escritura de guerra, sus cuadernos y novelas. Pero en el contexto de la guerra los ideales de la modernidad caen de bruces y la brutalidad se manifiesta. El hombre como proyecto, como futuro más que como pasado, no otorga el sentido suficiente al ser, quien, en ese contexto de guerra, de algún modo es una pasión inútil expresada en ese afecto de su escritura: *La náusea*. En el subtítulo “La mirada de la

muerte”, el autor del capítulo también articula la biografía de Semprún en el contexto de la guerra y como víctima de los campos de concentración. Articula los datos biográficos con algunas ideas de los filósofos que leyó durante su cautiverio. Se destaca el juego de contrastes entre libertad y mal, conocimiento de sí y la exploración de la parte oscura y tenebrosa del ser; presume, con este personaje, que la guerra toma así la dimensión de la experiencia del mal como experiencia de muerte.

REFERENCIAS

- Attali, J. (1985). *Historias del tiempo*. FCE.
- Cámara de Diputados del Honorable Congreso de la Unión. (2021). Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia. <https://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/PDF/LGAMVLV.pdf>
- Dokkedahl, S., Kristensen, T. R., Murphy, S. & Elklit, A. (2021). Hallazgos transversales de una cohorte de cuatro refugios de mujeres danesas. <https://doi.org/10.1080/20008198.2020.1863580>
- Fourez, G. (2008). *Cómo se elabora el conocimiento*. Narcea.
- Inegi. (2022). Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública (Envipe) 2022. <https://www.inegi.org.mx/programas/envipe/2022/>
- Millán-Valenzuela, H., & Pérez-Archundia, E. (2019). Educación, pobreza y delincuencia: ¿nexos de la violencia en México? *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, No.80, mayo-agosto, 1-26.
- Subsistema de Información de Gobierno, Seguridad Pública e Impartición de Justicia. (2021). Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares. [Conjunto de datos] <https://www.inegi.org.mx/programas/endireh/2021>

***Primera parte. La mirada clínica: trauma,
dolor y sufrimiento***

Trauma y localización subjetiva

ANTONIO SÁNCHEZ ANTILLÓN

De la doctrina de la histeria tomamos este enunciado: esa elaboración psíquica anormal de un itinerario normal de pensamientos solo ocurre cuando este último ha devenido la transferencia de un deseo inconsciente que proviene de lo infantil y se encuentra en la represión. Con arreglo a este enunciado, construimos la teoría del sueño.

SIGMUND FREUD

¿Cómo puede el sueño, portador del deseo del sujeto, producir lo que hace surgir repetidamente el trauma, si no su propio rostro, al menos la pantalla nos indica que todavía está detrás?

JAQUES LACAN

Como se advierte en los epígrafes, el presente capítulo está construido en dos apartados. En el primero se esboza y ejemplifica cómo en los primeros escritos freudianos se sostiene e ilustra la teoría del trauma, y para ello se profundiza en un caso analizado en el *Proyecto de psicología para neurólogos*. Se destaca ahí que la desfiguración de la vivencia traumática se expresa en actos sintomáticos, los cuales son un intento de resolución del conflicto. La intromisión externa por tocamientos sexuales de un adulto a una niña efectúa cierta sobredescarga de afecto libidinal que deja al afectado desorientado y, cuando entra en la pubertad, el cuerpo de la menor toma en cuenta esa sobredescarga libidinal experimentada tempranamente. La proposición de Freud para el trabajo analítico es encontrar los enlaces “falsos” que desfiguran el qué central que afecta a la persona. La hipótesis de Freud condensada en el epígrafe es que el lenguaje del sueño fue inferido precisamente gracias al análisis de la histeria. Así, tanto los síntomas histéricos como el sueño están regidos por condensaciones

y desplazamientos de sentido (Freud, 2005d). Siguiendo estas coordenadas, en el segundo apartado se desarrolla sintéticamente la propuesta del grafo del deseo en Lacan (2014). Si se lee a la letra, Lacan (2014, p.21) declara que es un algoritmo que posibilita identificar “la implicación del sujeto en el significante”. Precisa que su propuesta es “una construcción”, “allí pueden encontrarse etapas efectivamente realizadas por el sujeto”. Cuando dice etapas no se refiere al desarrollo sino a “una generación, de una anterioridad lógica” (Lacan, 2014, p.20).

La apuesta de este escrito es que el grafo entendido como un algoritmo puede ser usado mediante pasos específicos en procesos de investigación sistemática. Para justificar su procedimiento y utilidad se ilustra con el análisis de un material transcrito. La unidad de análisis sincrónico es una sesión en la que a partir de un sueño se pondera su desciframiento a través del diálogo analítico para identificar cómo se va dando el proceso de digestión de la vivencia traumática y, por tanto, una resignificación del sujeto. Al final se hacen algunas interpretaciones teóricas del material y consideraciones conclusivas.

FREUD Y EL CONCEPTO DE TRAUMA EN LOS PRIMEROS ESCRITOS

Como es sabido por la historia del psicoanálisis, Freud inicialmente pretende dar razón de los problemas clínicos de la histeria y la obsesión. Con base en tal pretensión, se ve obligado a desarrollar una teoría del trauma que da razón de los síntomas propios de cada estructura.

Por ejemplo, asevera que el núcleo del ataque histérico “es un recuerdo, la revivencia alucinatoria de una escena significativa para la contracción de la enfermedad” (Freud, 2005a, p.171) y se exterioriza en actitudes pasionales. También precisa que el padecimiento de la histeria traumática se debe a una sola vivencia que, por su impacto, fija la escena, o por un cúmulo de experiencias dolorosas repetidas. En ambos casos hay un aumento de excitación que no se es capaz de tramitar mediante una reacción motriz.¹

1. Es importante advertir que la hipótesis económica es transversal en los escritos freudianos, por lo que se puede localizar esta misma, además, en Las conferencias de 1916-1917 y en el *Moisés y la religión monoteísta* de 1939.

Plantea la hipótesis, además, de que la exteriorización del ataque histérico es un intento de completar la reacción de defensa frente al trauma. En esos escritos concluye que el mecanismo en los delirios histéricos instala aquel material de representaciones y de impulsos (*Trieb*, en alemán) de acción que la persona sana ha logrado desestimar o inhibir exitosamente. Patentiza que en su época ese fenómeno se expresaba en monjas, mujeres abstinentes y en muchachos bien criados y educados (Cf. Documento K, de Freud, 2004b). En su deseo de legalización de su propuesta diagnóstica que esas expresiones pueden leerse como aberraciones patológicas (histeria de conflicto), reproche (obsesión) y mortificación, esta última con características paranoicas. Expresa, asimismo, desde su experiencia clínica, que las vivencias de sofocación del impulso, así como la desautorización de sí o de la realidad provocan efectos que causan daños permanentes al yo. En esta época el yo es entendido como representaciones devenidas de los sentidos e ideales morales propios de la realidad social (Masotta, 1990).

La histeria en Freud es pensada como una expresión particular de la vida psíquica, cuya etiología proviene de experiencias sexuales tempranas en las cuales hubo una descarga de afecto penoso y una sobreexcitación libidinal. Como refiere Freud (2005c) en *El proyecto*, la histeria simple es un padecimiento que todos tenemos frente a una vivencia displacentera. Por ejemplo, alguien que va a nadar está a punto de ahogarse; es salvado y desde entonces teme entrar al agua. Aun cuando se le trate de convencer de que no le tema al agua, el bañista la evitará hasta que al paso de un breve lapso supere esa primera aversión. Sin embargo, la vivencia se vuelve un conflicto patológico cuando hay expresiones sintomáticas en las que el símbolo se sostiene en una falta de comprensión entre este y su efecto. En palabras de Freud (2005c), la reacción compulsiva se mantiene por ser incomprensible, insoluble mediante el trabajo del pensar e incongruente en su ensambladura significante; así, propone pensar la etiología tanto en el plano dinámico como en el económico.

Desglosemos lo dicho siguiendo a Freud (2005c) en el *Proyecto de psicología para neurólogos*, apartado II, cuando ejemplifica su teoría del momento en una paciente aludida como Ema.

Ema es una joven que llega en 1892 con el siguiente motivo de consulta: no puede entrar sola a una tienda. El recuerdo actual de la demanda

TABLA 1.1 COMPARACIÓN DE LAS ESCENAS

Escena actual	Escena del pasado
<ol style="list-style-type: none"> 1. La chica, entrada a la pubertad, llega a una tienda. 2. Los dos hombres que están ahí se dicen algo y se ríen, algo dicen de su vestido. 3. Sale corriendo y desarrolla el síntoma de agorafobia. <p>Al narrar expresa una enunciación en la que hace una demostración de deseo: que “uno de ellos le había gustado”.</p>	<ol style="list-style-type: none"> 1. Cuando era una niña de ocho años fue a la tienda de un pastelero. 2. Este le pellizca los genitales a través del vestido, ella se paraliza, él ríe. 3. Acude una segunda vez. <p>La enunciación proconclusiva es un reproche por haber vuelto, “como si hubiera querido provocar el atentado”.</p>

estaba asociado a que a los doce años había entrado a una tienda y unos vendedores reían, y ella pensó que se debía a su vestido. Resulta que uno de los vendedores le había atraído sexualmente. Freud, no conforme con esta primera asociación, inquiere hasta encontrar un segundo relato, una experiencia previa: a los ocho años fue sola a la tienda de un pastelero, quien le tocó los genitales sobre el vestido. Con base en este caso Freud teorizó los dos momentos del trauma devenido por intromisión sexual. El primer momento acontecido en la infancia se dimensiona cuando el cuerpo ya ha despertado o cualificado la voluptuosidad, sea en la pubertad o la adolescencia.

En este relato (tabla 1.1) se evidencian algunos restos perceptivos de conexión: la risa, el espacio similar, los personajes extraños, las miradas, el vestido.

Freud teorizará el tema del enlace falso en el proceso de pensamiento inconsciente e ilustra la *proto*-mentira. Es decir, cuando presenta el caso propone que se puede entender el juego inconsciente si se sigue el hilo conductor expresado en el lenguaje. En la escena actual se da un doble enlace: el desprendimiento de afecto de pena o vergüenza por las miradas, la risa, lo que cuchichearon los empleados y el placer por una de esas miradas. Lo acallado es la descarga libidinal y la fluctuación del sentir que remite a la escena previa a los ocho años. El enlace asociativo de la narrativa actual se centra en el significante vestido que hace de distractor o desfigurador del nodo narrativo: el placer de la mirada; mientras que lo no cualificado de la escena del pasado es la intromisión por abuso del pastelero, y el pensamiento de autorreproche concurrente por haber regresado una segunda vez a la tienda.

Ahondemos en este análisis incluyendo el concepto espinosista de la fluctuación del ánimo. De acuerdo con Spinoza (1983), cuando una cosa externa nos causa a la vez atracción y repulsión se genera una asociación, de modo que cuando aparece la cosa o un rasgo de esta o uno de los afectos concomitantes emergerá a su vez el otro por asociación. Si le hacemos caso a este principio y lo aplicamos al caso analizado por Freud, es comprensible el “trauma” como un desprendimiento de afecto de pena o vergüenza de la primera vivencia, así como un desprendimiento de placer excesivo de órgano que se da al mismo tiempo. Lo reprimido es la representación de la vivencia y el desplazamiento es el afecto y la sobreexcitación libidinal del pelli-zco. Los elementos por procesar son la fluctuación del sentir la vivencia del pasado, cualificar la intromisión sexual y des-embarazarse de la vergüenza y la culpa atribuida a sí misma por haber vuelto a la escena, regresando al transgresor su causación. Por otro lado, el enlace de desfiguración, el vestido como nexos, puede dar cabida al contenido libidinal de la segunda escena, de modo que en lugar del rechazo o “mal de ojo” (sofocación del sentir) podría aceptar la satisfacción de ser vista por una mirada deseable.

Finalmente, esta revelación de los falsos enlaces permite comprender cómo se construye la protomentira que analiza Freud en este caso. Esta es comprensible desde la hipótesis económica, dado que el principio del placer está coligado al proceso de pensamiento primario, y el proceso de pensamiento secundario se le opone si se da admisión al principio del displacer. En tanto que, como precisa en *El tratado de los sueños*, inciso E, “el pensar siempre está expuesto a falsear debido a la injerencia del principio de displacer” (Freud, 2005d, p.592). Pues, con tal de que se conserve la ley biológica de la inercia, cualquier alusión, argumento o justificación que se use acorde a esa finalidad será suficiente. Esta es la verdad a la que se atiene en el trabajo analítico. Este principio es el sostén de la construcción fantasmática. Como refiere Freud (2005d), la satisfacción del deseo no se realiza siempre en el ámbito de la realidad, sino que puede ser obtenida a través de la fantasía, el sueño o la representación interna. La coordenada de comprensión de la satisfacción dependerá de si es conducido por el proceso primario o secundario de pensamiento.

Esta proposición nos enfrenta a otra reflexión metapsicológica, que tiene que ver con la eficacia o no de la acción específica y con la satisfacción

o no de la economía pulsional inconsciente. Es decir, ¿será que cualquier proposición, enunciado o frase referida al ser del sujeto es atinente para mediar la pulsión en miras de lograr la estabilización económica y afectiva?

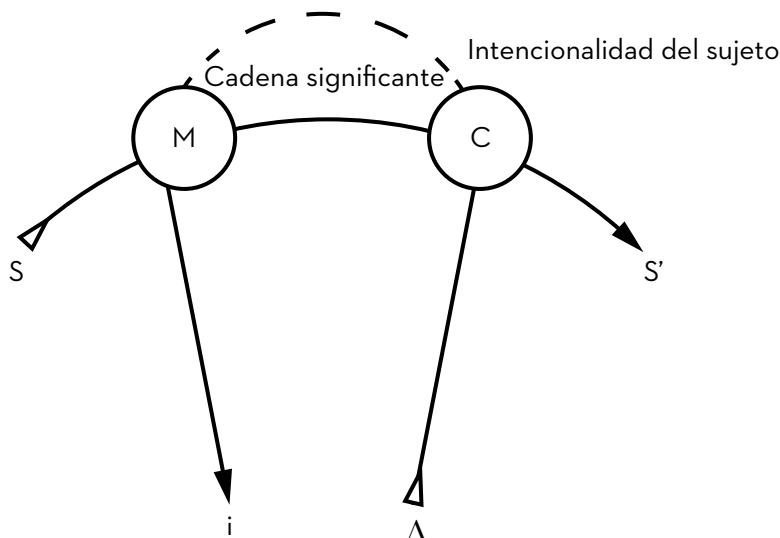
Teniendo en cuenta esta pregunta se esboza a continuación el desarrollo posfreudiano de Lacan, quien propone un algoritmo que permite dar una respuesta a la implicación significativa del sujeto dependiendo de la coordenada discursiva desde la cual se enuncia.

LACAN, EL TRAUMA Y LA FUERZA DEL SIGNIFICANTE

Lacan, en el seminario *El deseo y su interpretación*, articula su propuesta desde la perspectiva de los tres registros con los conceptos freudianos de representación y su configuración a partir del proceso primario y secundario de pensamiento. De ahí que afirme que la representación tiene una organización significativa y que la fijación, entendida como inscripción, es la escena primitiva detenida y, en repetición actual de la vivencia traumática, esta “tiene relación con el deseo —entrevisto, percibido como tal— del Otro. El deseo del Otro perdura allí como un núcleo enigmático” (Lacan, 2014, p.470). Cabe aclarar que este se configura alrededor de la vivencia imaginaria propia de las identificaciones que configuran el yo, es decir, “se trata del drama narcisista, de la relación del sujeto con su propia imagen, de la relación narcisista con la imagen del otro” (Lacan, 2014, p.479). En otro texto precisará, además, que la sintomatización pasional de la histeria se sostiene en una fijación libidinal que interrumpe los procesos habituales de la digestión de las pulsiones, en la que el mayor obstáculo contemporáneo es la prohibición de la dialectización del deseo, en tanto que “la satisfacción del deseo humano solo es posible mediatizado por el deseo y el trabajo del otro” (Lacan, 2009a, p.124).

De lo desarrollado en *El deseo y su interpretación* se destacan los articuladores de la fantasía y del trauma, por lo visto, lo oído y lo vivenciado. Esto, en Lacan (2014), adquiere una dimensión mayor dada la teorización del enunciado y la enunciación. Respecto de la metáfora sintética del grafo, describe desde la teoría del enunciado cómo identificar en los relatos del sueño y de los recuerdos la estructura y posición psíquica del

FIGURA 1.1 PRIMER PISO DEL GRAFO DEL DESEO



Fuente: elaboración con base en Lacan (2014, p.20).

sujeto; a esto último lo denomina localización subjetiva, entendida como “la implicación del sujeto en el significante” (p.21).

Desde los principios teóricos de la lingüística sostiene que el código lingüístico se le otorgó al individuo y lo incardina con una serie de significantes en los que lee la demanda sobre sí de ese Otro al que le supone una intención. Esta es la particular relación entre el *ello* y el *I* (*ideal del yo*), como marca de la primera signatura de su relación con el Otro.

El individuo, desde su nacimiento, sin saberlo, queda capturado en el campo del lenguaje: se nace en un mundo revestido de un lenguaje. La captura del *ello* representada en la figura 1.1 es la expresión de la necesidad por el niño, quien con su llanto hace un llamado, el cual es interpretado por el auxiliar, quien le da una intencionalidad (línea punteada en la figura) significativa (S). A este responde el auxiliar realizando la acción específica, sedimentando así el proceso de toda comunicación posterior. Ahí se establece precisamente la relación paradójal entre la expresión del

ello (la necesidad) y la significación que hace el Otro de esa demanda: “el niño necesita”.

En la figura 1.1 la M significa el mensaje, el cual solo es posible por una cadena significante (D) y el código (C) que lo hace posible (Lacan 2014, p.20, y explicación, p.51).

Lacan (2014), apoyado en la construcción de su grafo, ofrece ciertas coordenadas algorítmicas que permiten clarificar y detectar varios problemas propios de la clínica. Uno de ellos es cómo la demanda se construye en el campo del Otro, que primariamente es el auxiliar. Es decir, el viviente, dada la indefensión humana, es alienado vía el lenguaje a un mundo simbólico que le preexiste. La madre leerá en los gritos una necesidad que tendrá que responder haciendo viable la vida del neonato. Esa impronta relacional se vuelve la fuente comunicativa y modal que atraviesa el campo del deseo, pues no es sino gracias a esos sentidos y respuestas del otro que puede asumirse como sujeto de un deseo. Deseo que, en su primariedad, es el deseo del Otro, el tutor(a) en tanto representante del código lingüístico y como mediador de la necesidad, sobre la cual realiza una acción específica dado que interpreta ese llanto colocándole un sentido, una demanda (D),² la cual el niño recibe como una consigna: tú quieres esto.

En otro momento, en el llamado segundo piso del grafo complejiza la relación en tanto que atravesada la primera imagen especular donde el mí (*moi*) es el otro, es gracias al manejo de la lengua como se accede a cierta alteridad de ese Otro en tanto otro (Lacan, 2014, imagen de la p.23). La voz en tanto determinante de los objetos permite además la distancia respecto al sí mismo, al reconocerse en la nominación.³ El sujeto, al volverse metáfora de sí mismo por ser nombrado, es colocado en una cadena

2. Es importante advertir que en el grafo la letra *d* aparece en mayúscula o minúscula dependiendo del lugar y la función que realiza; por ejemplo, en el primer grafo el mensaje del cual hace resonancia la tutora como representante del tesoro de significantes es *D* mayúscula y está colocado en una línea que hace parábola de izquierda a derecha y que es posible por el código, el cual está articulado en la batería significante (la que está constituida por el enlace entre significantes que se cristalizan por su diferencia y oposición entre ellos). Aquí el A (Otro) es la madre en tanto representa el tesoro de esos significantes. Mientras que en el segundo grafo agrega la *d* del lado derecho, primer piso, marcando la relación de la imagen del yo ideal de la madre con el *moi* del niño. Bajo estos criterios la relación especular se sostiene en la acción específica en la que el grito es mediado por una palabra que interpreta y asiste la necesidad.
3. La capacidad de interrogación del discurso ya no es “grito de la necesidad: ahora es nominación” (Lacan, 2014, p.437).

genealógica, ahí comanda de nuevo el deseo de los otros, y ahí de nuevo se reconoce al Otro y los otros con cierta marca de valor y poder; cierto valor fálico demarca ideales y promesas, así como debitorios. Con estos dos ejemplos se puede evidenciar que el sujeto está entretejido en la trama del lenguaje vía los significantes: palabras enlazadas en enunciados y enunciaciones que se expresan alrededor de sí mismo, de los otros y de las cosas que los rodean. Desde la más temprana edad expresará cierta resistencia frente a las demandas de los otros, y el mejor recurso que va aprehendiendo para tal tarea es el uso del no. Este puede ser expresado literalmente o en una serie de actos que tienen como finalidad “fintar”, hacer creer al otro que lo sigue en su demanda cuando en realidad precisará su propio sentir, disfrute y querer, por lo que algo de la particularidad del sujeto se introduce en la demanda (d).

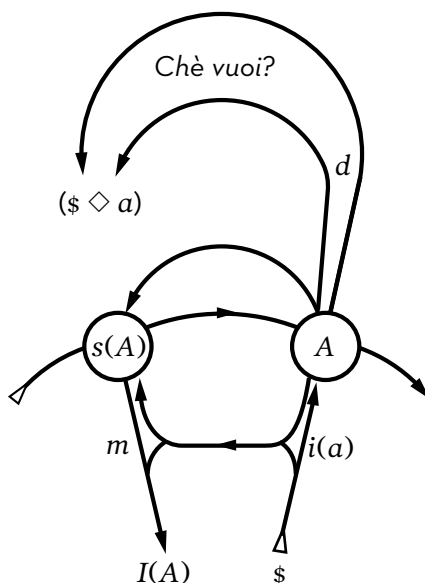
En suma, al observar la figura 1.2, los primeros dos pisos del grafo —vistos de abajo hacia arriba— se pueden identificar en el proceso de configuración subjetiva bajo las siguientes coordenadas vinculantes.

En un primer momento es determinante; el niño balbucea o llora y la madre explicita un enunciado que precisa el sentido y responde de acuerdo con él. La expresión de toda necesidad y anhelo del niño es leída por el auxiliar como una pregunta a la cual responde con “tú quieres esto”. Esta relación se ilustra en la figura bajo el registro de mí (m), quien ante el auxiliar i (a) conforma el ideal del yo. La expresión de la necesidad posteriormente se aprehende como demanda de amor y se caracteriza por suponer que es incondicional.

En un segundo momento se ilustra al sujeto frente al Otro s(A), al cual le atribuye todos los significantes. La flecha que atraviesa el (A) llega hasta la pregunta ¿qué me quiere?⁴ Esta implica cierto manejo de las reglas del lenguaje y cierta incorporación de la ley moral. Esta articulación de la demanda gira alrededor del lugar existencial al que aspira todo viviente, donde el reconocimiento y la exigencia de amor es su anhelo. Con tal de obtener esos emblemas propios del ser se está dispuesto a someterse a cualquier demanda del Otro.

4. En la figura 1.2 se respeta el uso del italiano, dado que se está citando la imagen y el texto de origen.

FIGURA 1.2 SEGUNDO PISO

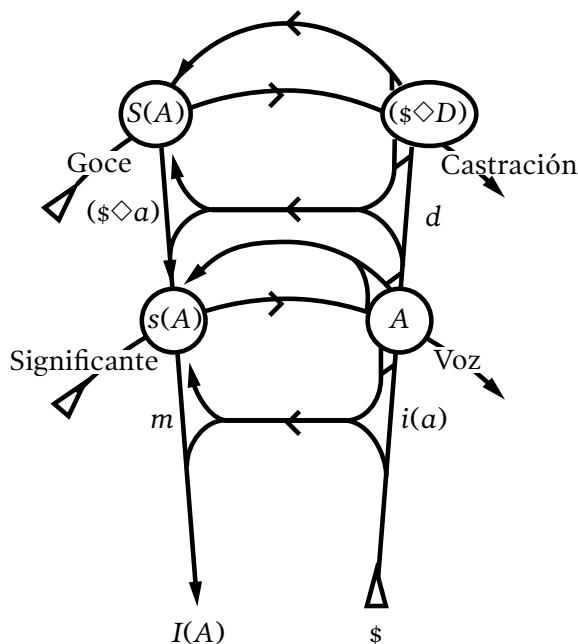


Nota: imagen que condensa las ideas explicadas sobre el segundo piso, Lacan (2014, pp. 23 y 24), elaboración con base en Eidelsztein, (2018, p.106).

En la figura 1.2 se añade como destino de la pregunta (la incógnita) la fórmula del fantasma que protege del acceso al objeto a , en tanto que el primer objeto de amor también es el primer objeto prohibido: “La ley primordial [...] pivote subjetivo” (Lacan, 2009b, p.268). Aquí se cristaliza la prohibición del incesto y por tanto hay un límite al goce voluptuoso. La incógnita que se abre frente al fantasma es ¿qué *me* quiere? Y uno de los cauces de resolución es el regreso de la pregunta ¿qué quieres?⁵ La incógnita de ese intercambio sostiene la demanda gracias al fantasma que

5. En palabras de Lacan: “Ese discurso para el Otro, esa referencia al Otro prosigue más allá del Otro, en la medida en que es retomada por el sujeto, a partir del Otro, para constituir la pregunta ¿Qué quiero? Más exactamente, la cuestión se dirige aquí al sujeto y bajo una forma ya invertida: ¿qué quieres?” (Lacan, 2014, p.326).

FIGURA 1.3 EL GRAFO COMPLETO



Fuente: elaboración con base en Eidelsztein (2018, p.89).

protege del acceso al objeto del deseo.⁶ El establecimiento de la aprehensión de la demanda del Otro posibilita al sujeto situar su propio deseo. La fórmula $\$ \diamond a$ expresa la apuesta epistemológica del psicoanálisis en tanto que el sujeto faltante va en búsqueda de un objeto de deseo, el cual, si bien está perdido desde el inicio, deja la huella que orienta la tendencia voluptuosa, significante. El objeto de deseo imposible de alcanzar implica un imaginario fantasmático en el que se proyectan tanto los miedos como las angustias inconscientes.

En el grafo completo Lacan precisa dos relaciones dialectizantes. La primera es un contraste entre el piso dos y el piso tres. Del lado izquierdo

6. El \diamond es el símbolo del fantasma. Lo que expresa es que el objeto de deseo no es percibido por lo que es sino a partir de ciertas coordenadas imaginarias.

del segundo piso se grafica la idealidad el individuo como *s* minúscula, en tanto se reconoce como faltante de los significantes y emblemas para ser frente al Otro (al cual se le supone representante de todos los significantes (A) sin tachaduras. Relación que contrasta con el piso superior, donde se expresa *S* mayúscula y el Otro tachado \$ (A), representando el atravesamiento de la idealidad que se cristaliza en la falta en ser, la cual significa que hay una falta de significativo que también el Otro (A) posee. Del lado derecho del grafo está el matema de la pulsión: (\$ ◇ D).⁷ Aquí circula la pregunta ¿dónde está el sujeto más allá de la demanda del Otro? Ese agujón que insertó el Otro pulsa en la voluptuosidad; si bien el principio del placer tiende a la homeostasis, el deseo entendido en su radicalidad, como Lust, “franquea el umbral impuesto por este” (Lacan, 2014, p.397). Es de notar la flecha que va izquierda a derecha que atraviesa *S* (A) como la fórmula de la pulsión. La flecha atraviesa los dos circuitos graficados en el piso superior. Mientras que debajo de *S*(A) está la fórmula de (\$◇a), debajo de la fórmula de la pulsión está la *d* minúscula.

Con ello se pueden precisar dos formas de entender el fantasma fundamental; del lado izquierdo el acceso al goce está marcado por el atravesamiento de la fantasía de totalidad o completitud del otro (A), mientras que del lado derecho la fantasía de castración articula la fórmula de la pulsión en la que el humano infiere que su ser viviente es bajo la condición del ser muriente. En ellas se precisan las dos faltas a las que se enfrenta el sujeto: la del ser en tanto que ni aun el Otro tiene todos los significantes, y la de la perentoriedad (idea desarrollada de mejor manera en el seminario 11, lección XVII; Lacan, 1995; p.213). Si bien la flecha que cruza de derecha a izquierda tocando ambas fórmulas advierte que estas son inconscientes, es decir, los significantes que representan el deseo como las faltas son inconscientes, y damos cuenta de ellas por las elaboraciones secundarias cuando el ideal de completitud como de inmortalidad hacen causa de padecimiento.

7. Como se ve en la figura 1.3, la *D* aparece del lado derecho en el piso superior, en el matema de la pulsión: \$ ◇ D. Aquí esta representa la demanda propiamente dicha de la pulsión, coincidiendo por un lado con el concepto de pulsión en Freud, entendida como exigencia interna de trabajo y, al ir más allá del concepto energético, precisa que esta *D* es correlativa a la *d*, es decir: el deseo libidinal se configura y sostiene desde el campo de posibilidad que ofrece el deseo del Otro, en tanto demanda.

El grafo, entendido como un algoritmo, es un instrumento cartográfico que posibilita identificar en el material textual clínico ciertas lógicas enunciativas para su análisis, por ejemplo, para evidenciar tanto la localización subjetiva como los procesos de tramitación de las vivencias en el trayecto del diálogo analítico. Una pregunta problema que se puede plantear sea al inicio, en la fase intermedia o avanzada de un proceso analítico, es ¿cómo detectar la implicación significativa del hablante?

Por ejemplo, al seguir las marcas comprensivas anteriormente desarrolladas en Lacan, Miller (2006) propone identificar en las entrevistas preliminares tres aspectos: la evaluación clínica, la localización subjetiva y la introducción a lo inconsciente. Al reconocer que hay cierto “vínculo entre estos tres niveles, llamaremos al vínculo entre (1) y (2) ‘subjetivación’, y entre (2) y (3), ‘rectificación’” (2016; p.20). Si bien es importante esta recomendación tanto al nivel de la experiencia clínica como en procesos investigativos que tratan de pesquisar qué sucede en las primeras entrevistas, desde las investigaciones que hemos realizado se ha encontrado que en el estudio de los casos la implicación del hablante en el significativo es fuente de develación de la posición psíquica o localización subjetiva, posibilitando identificar la implicación significativa del hablante.

El supuesto epistemológico es que el parlante, el hablante, está en devenir constante como cuerpo real y como “alma” que aspira a entenderse en sus simbolismos. El proceso de aprehensión y de tramitación intelectual y de digestión afectiva y pasional es propio del sujeto del inconsciente. Se entiende por lo inconsciente no la bodega de recuerdos sino el ser, siendo sido; el ser en continua realización,⁸ por lo que la tarea investigativa es tratar de identificar cómo se va cristalizando ese ser deseante en el hablante; el sujeto en tanto representado por otro significativo.

Así, el objetivo del grafo es mostrar las relaciones “del sujeto hablante con el significativo” (Lacan, 2014, p.37), en las que el deseo es esa x (incógnita) del sujeto que está capturada en la red significativa vehiculada por la demanda del otro. Constituido así el deseo, en tanto deseo del Otro, el trabajo de desciframiento del campo significativo reprimido y la búsqueda

8. Realidad dinámica que Lacan articula bajo los términos de Heidegger en *Función y campo de la palabra* (Lacan, 2009b; p.248).

de restitución, restauración de estos es parte del trabajo analítico. Tomando esta axiomática como principio teórico explicativo, se propone en este escrito que en procesos de investigación se puede abordar el insumo textual de las sesiones analíticas. El texto es el material significativo en el cual se puede identificar la implicación subjetiva. Vía el análisis del discurso se puede precisar si la lógica del deseo está articulada en un solo piso del grafo o los tres pisos del grafo; también se puede focalizar la relación dialéctica entre uno u otro de los matemas de este.⁹ El uso del algoritmo implica el saber hacer en el estudio del caso, sea que se pretenda ilustrar una relación del matema mediante el desciframiento de una escena, análisis sincrónico o en secuencias construidas entre sesiones, precisando la diacronía. En el siguiente apartado se propone la mediación metodológica para ello.

MÉTODO Y ANÁLISIS

Para responder a la pregunta ¿cuál es la implicación significativa del hablante? se propone a continuación, de manera sintética, algunas coordenadas teórico-metodológicas que median el estudio de caso, y después se ilustra su uso tomando como unidad de análisis una sesión en la que se precisa cómo se da la actualización y resignificación de la vivencia traumática.

Se advierte que el análisis del discurso que acá se hace está constreñido al discurso sobre el deseo (Lacan, 2014; p.14), asumiendo que el discurso en tanto código lingüístico precede y preexiste la singularidad del individuo (Lacan, 2014, p.19). Se entiende aquí que el discurso es una estructura fundamental que implica la palabra, los gestos, los actos. En este interjuego entre palabras y acciones se gesta un acto de sentido mayor dependiendo del ritmo y el tiempo en que se enuncia. Amén de considerar que la palabra, en tanto evoca un significativo, es comprensible en tanto se enlaza con otros significantes; una cadena de enunciados (frases) que gestan campos de sentido diversos por el lugar que cada palabra toma dentro de

9. Sin duda, para ello es importante tener como referencia conceptual la construcción completa del grafo (Lacan, 2014, p.47).

él, y por cómo se articula cada palabra y enunciado con los otros. En el análisis del discurso se destaca tanto los enunciados como la modalidad enunciativa del hablante, los cuales se dan en un proceso de enunciación. El campo de sentido de la enunciación se refiere a un contexto determinado en el que adquiere sentido no solo por la pretensión consciente que tiene el hablante (consultante), sino por la polisemia que se gesta dado que hay un escucha que algo sabe sobre las reglas del lenguaje, las cuales pone al servicio del consultante en el diálogo analítico. Es así como el analista recibe esas palabras haciendo notar la fuerza de imposición que ellas tienen en el mismo hablante y provocando la asociación de las experiencias concomitantes. Esto es posible porque comparten un código lingüístico. El uso de la palabra en las historias como en los modos de enunciación de estas y las acotaciones se devela en la singularidad del hablante; el código lingüístico (lo paradigmático) toma cuerpo en el uso particular del habla (lo sintagmático).

El discurso está enunciado bajo una serie de coordenadas, que conforman una red significativa y ciertos patrones enunciativos: sucesión de palabras y simultaneidad (sincronía), y las funciones de contraste y de similitud propios de la metáfora, los cuales se evidencian en la diacronía (Lacan, 1995; p.54). Esto es lo que permite precisar que ciertas estructuras se gestan gracias a posiciones discursivas que se expresan como versiones de otros, vía citaciones o relatos, los cuales son usados a veces para informar o argumentar la posición del hablante frente a un tema. Al analizar fragmentos discursivos se puede inferir ciertas repeticiones, insistencias típicas que tiene el hablante en sus procesos de significación. Los procesos de significación los podemos considerar como lógicas discursivas, que en dispositivos como el análisis se co-construyen, en un diálogo analítico. Como se refería en el apartado anterior, siguiendo a Lacan (2014), la localización subjetiva, así como los procesos de significación pueden identificarse siguiendo su grafo del deseo, cuya lógica algorítmica puede ser abordada tanto en el plano sincrónico como en el diacrónico,¹⁰ por lo que en una sesión se puede identificar cierta escena

10. Se advierte que Lacan (2014) sostiene la sincronía del lenguaje en la premisa fundamental, a saber: un significante solo tiene sentido en tanto está incardinado a otros significantes; la cadena significante, mientras que la diacronía implica la temporalidad en tanto que “la demanda se presenta como continua” (p.40).

o frase en la cual se puede destacar la sincronicidad expresiva del deseo y si la lógica discursiva pertenece a una dialéctica entre el sujeto y el objeto de deseo o frente a la demanda del gran Otro, como lo describe explícitamente en la clase XX, *El fantasma fundamental*. Para pesquisar la configuración fantasmática la pregunta que orienta es “¿dónde se sitúa el deseo?” (Lacan, 2014, p.398), en tanto que una de las metas de la interpretación analítica es catalizar que el analizante encuentre “los soportes significantes escondidos, en su demanda” (Lacan, 2014, p.137).

Aunque Lacan reconoce que el estudio de lo inconsciente se va realizando en el análisis transversal del caso. La lógica global del grafo puede instrumentarse tanto en una unidad de sentido como en material de toda una sesión o de varias sesiones. Ejemplo de un análisis diacrónico es el estudio *El hombre de los lobos*, en Freud, en tanto que el estudio sincrónico se puede ilustrar cuando Lacan (2014) estudia el sueño *del padre muerto*. En este último, que también es un caso de Freud, se destaca el análisis enunciativo a propósito de un sueño. En su estudio Lacan (2014) explica dónde se sitúa el deseo inconsciente del hablante; en este caso hay un contraste entre el relato del sueño sobre la muerte del padre y la frase desconcertante que aparece en el sueño: “Él no sabía que estaba muerto”. La frase “Él no sabía” corresponde al sujeto del enunciado, el relator, y no al sujeto del enunciado, el personaje papá, en el sueño (Lacan, 2014, p.93).

Antes de pasar a la comprensión del análisis textual es importante advertir la función y producción distinta que se tiene en el dispositivo analítico, en el espacio de supervisión y la mirada del investigador.

Se parte de que el deseo del analista es ser testigo del proceso de digestión, cuya función es precipitar el discurso para que opere la dialéctica del deseo y se supere así la esclerotización de la escena traumática y del goce concomitante que sostiene el padecimiento. Es decir, la función del analista es producir mediante el diálogo el saber del sujeto del inconsciente. Este se pregunta, ¿cómo esta entramado el campo significativo en su demanda? y ¿cómo en ello se juegan las paradojas del goce? La relación con el supervisor es presentar las impresiones de la escucha del consultante para triangular los espectros o escotomas que se gestan en el analista, de modo que no quede alienado a sus propios conflictos inconscientes o sesgos teóricos o prenociones —lo que teóricamente se ha conceptualizado como contratransferencia.

El investigador, por su parte, aspira a comprender mediante el estudio de varias sesiones la consistencia o no de lo expresado de manera sincrónica en algunos enunciados expresados en una sesión o en una serie de sesiones. Así, la función del investigador es sistematizar y poner a prueba los preconceptos teóricos, las prenociencias de sentido y las propias preferencias explicativas que pueden hacer de sesgo en la comprensión del texto analizado, y su producción de saber puede posibilitar la recompreensión de los conceptos, dados los contextos de emergencia de ese saber general.

Conforme a los objetivos de este capítulo, a continuación se ejemplifica, mediante el análisis textual, cómo identificar en el proceso significativo tanto al sujeto del enunciado como al sujeto de la enunciación, y cómo a raíz de ello se puede hacer la localización subjetiva.

PROCEDIMIENTO

Como refiere Nasio (2007), usualmente la presentación de los casos en psicoanálisis se usa en un nivel argumentativo, sea para ilustrar o justificar ciertos conceptos en psicoanálisis. Lacan (2014), en el seminario que tomamos como base de este escrito, por ejemplo, cita los casos de Freud o los casos consignados por otros analistas como Klein y Sharp, así como la aplicación de su grafo al estudio literario de los personajes en la obra de Hamlet. Sin embargo, arriesgarse a tomar material textual y no solamente los casos clásicos permiten dar un viraje a la perspectiva de análisis en tanto que pone en juego no solo el saber teórico ya aceptado dentro del paradigma, sino que además posibilita repensar los conceptos dado el contexto de nuestro país, en donde, por ejemplo, las vivencias traumáticas por intromisión o forzamiento vienen en aumento.¹¹ El proyecto de investigación desde el cual se hizo la convocatoria para este libro tiene la aspiración de producir material para dimensionar esta problemática social que nos aqueja. Como preámbulo a un análisis de materiales más extensos y a la presentación de los resultados que se hará al final del proyecto de investigación, se ejemplifica aquí uno de los procesos metodológicos de análisis que se implementará.

11. Datos que se precisan en la introducción de este libro.

El primer paso es tener transcritas una o varias sesiones de psicoterapia. Se advierte que otros estudios proponen algunas pautas de transcripción, las que también se implementaron en este estudio (Maldavsky, 2013; Stiles, 1992). Después de transcritas se leen todas las sesiones tratando de familiarizarse con los sentidos expresados en ellas. Luego se hace una tematización en el material de las entrevistas, permitiendo una saturación de los campos de sentido expresados en los enunciados narrados, a la vez que se van precisando las frases de apertura de los relatos, así como las conclusivas en las cuales el hablante expresa ciertas intenciones ilocutivas.

De las diversas sesiones en un proceso se busca un foco de análisis, sobre el cual se inquiere, por ejemplo, ¿cómo en ciertos relatos sobre el padre, la madre, el esposo o los hijos se despliega una cadena significativa?, es decir ¿cómo el proceso de pensamiento identificado en ciertos enunciados se materializa en campos significantes más o menos constantes? Si se quiere hacer un estudio sincrónico se toma una escena o varias escenas de una sesión para identificar cómo se cristaliza en el relato y en los enunciados de apertura y cierre el sujeto del enunciado y la enunciación. Si el foco de análisis tiene como finalidad un estudio diacrónico, se reconstruyen las historias que se han vertido a lo largo de varias sesiones para poder precisar si hay un corrimiento o no de la posición psíquica o, como se expresaba con Lacan, detectar la implicación subjetiva del hablante.

En este material se identifican relatos o algunos enunciados o palabras que juegan como puntos de capitoneo en la cadena significativa y que evidencian tanto la ficción del yo que escenifica una escena bajo ciertas inquietudes enunciativas y narrativas, como la emergencia de ciertos vacíos y límites de los enunciados donde se alcanza a traslucir el entretelón de un sujeto que se expresa más allá de lo que el yo consciente pretende. Tanto la experiencia de vacío de sentido (por ejemplo “me faltan palabras para entenderlo”, “quedé desorientado después de lo que me pasó”) como la emergencia de una figura nueva del yo o la reconstrucción de sentido de la historia, puede ser considerado operativamente como un proceso de resignificación o de rectificación subjetiva.

Presentaremos ahora un caso en el que identificaremos cómo en una sesión del proceso el hablante tiene un momento de resignificación de

su historia, dado el trabajo que se realizó durante el diálogo analítico de la sesión.

CARACTERÍSTICAS DEL SUJETO

La persona tiene 33 años y su motivo de consulta concurrió con una convocatoria de investigación en la que se ofreció apoyo psicológico con fines de atención e investigación a personas que habían sufrido recientemente un atentado contra su vida.

El nodo problemático coligado con el intento de acabar con la propia vida en esta persona tiene que ver con haber padecido en la adolescencia un intento de abuso por un pariente. Este evento de forzamiento desencadenó una expresión sintomática, primero, de evitación; sus amigas de la escuela la acompañaban hasta su casa cuando sus papás no estaban en ella y sabían que podía estar acechando “el sospechoso” del atentado. Después de terminar la secundaria, y dado que no estaban ya sus amigas para protegerla, entonces intentó borrar los recuerdos y, ante el temor de que se repitiera el atentado, empezó con ingesta de alcohol de manera excesiva. Sin embargo, no es capaz de hablar del atentado con sus padres. Dado que el signo de tomar en exceso no provoca un acercamiento de nadie del sistema familiar para preguntarle qué sucede, entonces comete el primer atentado contra su vida e ingiere numerosas pastillas, las cuales encontró en el botiquín. Si bien no eran pastillas que realmente atentaran contra su vida, se descompuso del estómago y terminó en el hospital. Gracias a la escucha de una psicóloga por fin se le dio voz a su vivencia traumática. Es entonces cuando se le prohíbe al pariente acercarse a su casa.

El segundo intento de terminar con su vida tiene como contexto que se sentía muy presionada para cumplir tanto con los deberes familiares de su casa —tiene esposo y dos niños—, así como con las demandas de la familia extensa. Su madre le pide que la ayude también con tareas de la casa. Además, sostiene un negocio familiar, en el que experimenta que los deberes no están bien repartidos y ella carga con muchas responsabilidades que su pareja no asume. Si bien estas cargas las venía padeciendo desde hacía mucho tiempo, lo que empeoró la situación fue que por un malentendido entre la demanda de amor que hace ella y la comprensión

de su pareja de que es una solicitud de más sexo, se vive como forzada a tener que cumplir también con esa demanda. En un momento de desesperanza dice: “Me sentía atrapada”, y piensa que no hay otra salida más que acabar con su vida, por ello ejecuta la segunda ingesta de pastillas.

LA RECOLECCIÓN DE LA INFORMACIÓN Y LOS RECAUDOS ÉTICOS

La persona respondió a una convocatoria en la que se ofreció el acompañamiento terapéutico, surgida de un proyecto de atención e investigación sobre el fenómeno suicida. El proyecto de investigación fue aprobado por un comité de ética y se implementaron todos los cuidados con el objeto de cumplir con los principios de respeto, autonomía, beneficencia y justicia. Se le dio a firmar una carta de consentimiento informado, los datos fueron reservados mediante el recurso del anonimato y la retribución obtenida por participar fue el acompañamiento psicoterapéutico con enfoque psicodinámico por al menos 14 sesiones. Dadas las condiciones del proceso, el trabajo de acompañamiento se hizo durante más de seis meses, con dos sesiones semanales. El material de análisis corresponde a la transcripción número seis.

SELECCIÓN DE LA MUESTRA

En las primeras dos sesiones se abordó cómo las demandas del trabajo y de los deberes familiares, amén de conflictos en la relación íntima, fueron los desencadenantes que sostuvieron su intento de desvivirse. También se narró la vivencia de un primer matrimonio, así como la relación con su madre. Se destaca que desde la primera sesión abordó la fuente de su primera vivencia de violencia por intento de abuso, la cual volvió a narrar en las sesiones tres y seis. Se centra la atención en esta última, primero con el objeto de ilustrar cómo se analiza la información, pero sobre todo porque en esa sesión hubo una peripecia narrativa que marcó un antes y un después respecto a su propia comprensión de un personaje hostil, que fue causa primera y eficiente de los síntomas posteriores a la vivencia traumática. La resignificación de la historia durante la sesión

también recolocó a la narradora con respecto a la vivencia traumática y a su posición frente al acosador.

UNIDAD DE ANÁLISIS: LA SEXTA SESIÓN

En la sesión seis la persona comienza narrando un sueño, el cual introduce con una frase que hace de preámbulo: “Hay veces que los sueños son... los siento muy reales, ¿no?, como, como si estuvieran pasando las cosas, aunque no. Yo sé que es un sueño”. Tras la pregunta del analista ¿Qué soñó? procede a contarlo.

Fragmento 1: “Estaba sentada en un sillón. Veo dos personas que no conozco intercambiando dinero. Me levanté y me subí a un carro en el lugar del copiloto. Estaba como queriéndome dormir y viendo a una señora”.

Fragmento 2: “Estaba de copiloto un gordito que está esperando. Era un gordito sospechoso. Luego volteo y estaba viendo hacia allá y estaba mi actual pareja. Me pregunté: ¿Qué está haciendo ahí él? Se está fajando y como limpiando un cuchillo y estaba haciendo cosas raras. Me hice la dormida y ya desperté”.

Acota al relato del sueño: “Me quedé con la idea en la cabeza. Y venía pensando en eso cuando venía para acá”.

Durante la narración el analista solo hace dos intervenciones; una pregunta, parafraseando un adjetivo sobre los personajes, cuando dice que estaba haciendo cosas raras, ¿raras? Y la segunda, al final de la acotación al sueño, pregunta: “¿Con qué idea se quedó en la cabeza?”

A lo que ella contesta: “La de un violador, como si fuera mi pareja”.

El analista hace un resumen del segundo fragmento del sueño, parafraseando: “Un hombre sospechoso que está haciendo cosas extrañas”. Y, conociendo la historia de intento de abuso en la infancia, añade: ¿Ese extraño que traía una navaja en la mano, ¿quería violar a la niña?¹² Después la consultante despliega una serie de relatos, un encadenamiento metonímico alrededor de esta escena soñada en la que están condensadas las vivencias del pasado.

12. Se advierte que de los dos estratos del sueño el analista se centra solo en el fragmento del segundo sueño, quedando en esta sesión en suspenso la comprensión del primero.

La secuencia de relatos subsiguientes expresa la relación de ella con su primer marido, con quien, a pesar de quererlo, nunca pudo tener relaciones sexuales, pues cada vez que lo intentaban se acordaba del pariente que intentó abusar de ella cuando era una adolescente. Enuncia: “Cuando estaba sobre mí veía la cara de X”. Después narra la relación con su actual pareja, en la que si bien sí pudo tener relaciones y procrear hijos, por un malentendido en la relación íntima él empezó a exigirle más relaciones sexuales de las que acostumbraban. Cuando se sintió atrapada en esa demanda de exceso es cuando deviene el intento de desvivirse por sentirse “como violada”.

Después de narrar estas experiencias vuelve a recordar el intento de abuso que sufrió por medio de su pariente cuando ella era adolescente; narración que ya había expresado desde la primera sesión. Sin embargo, en la repetición del relato planteó incógnitas: “Yo me quedé pensando por mucho tiempo ¿Por qué me pasó eso? ¿Por qué a mí? ¿Que hice yo?” “Quería entender”.

El terapeuta interviene: “¿Qué quería entender?” Ella despliega un proceso de pensamiento: “Sentir que yo no tengo la culpa, o sea, no sentir esa culpa, quería entender qué es lo que pasa con la otra persona. ¿Por qué es así la otra persona? o sea, ¿qué?... Porque también ha de tener algún sentimiento, ¿por qué la persona es así? Entonces, para yo poder perdonar y para yo poder seguir mi vida, y para yo poder seguir adelante *ocupaba yo entender*. Por eso vi muchas películas y documentales sobre el tema”.

El terapeuta vuelve a subrayar el proceso de pensamiento que se está desplegando en la sesión: “Ocupaba entender. ¿Qué entendió?”

Como respuesta, ofrece un conjunto de relatos históricos sobre el pariente perpetrador del intento. En la lectura biográfica de ese pariente se destacan aquí las siguientes características que le atribuye: “En su casa el pariente X, desde niño fue consentido de la madre; era abusador con sus hermanos menores, la madre no le ponía límites”. Fue creciendo “solapado por la madre”. Ya de adulto “se casó y no era bueno para trabajar y llevar dinero a su casa”. “Su mujer lo abandonó, y después se supo que ninguno de sus hijos era de él, o sea, vivió engañado”. Después de exponer esos microrrelatos que —pensados desde la teoría de los actos de habla— hacen la función de argumentación, termina con una frase pro-conclusiva: “Eso es lo que entendí”.

TABLA 1.2 SEGUNDO FRAGMENTO DEL SUEÑO

Personaje	Atributo-acción	Función
Un copiloto	Gordito. Esperando es sospechoso	Es el cómplice
Su actual pareja	Fajándose, limpiando un cuchillo	Como si fuera el violador
La narradora	Como un tercero, testigo de la escena	“Se hace la dormida” y despierta para ir a terapia

TABLA 1.3 RELATOS HISTÓRICOS CONCURRENTES AL SUEÑO

Actantes	Atributo-acción	Función
Su primer esposo	Querer tener relación con ella y no poder	Veía el pariente perpetrador en su cara, cuando lo tenía encima
Su actual pareja	Le exigía muchas cosas, entre ellas tener más relaciones sexuales	Lo ve como si fuera el violador
El pariente	Intento de abuso	Abusador ¹³
Re-comprensión del pariente (proceso de pensamiento desplegado en la sesión). ¹⁴	Alguien sin límites Protegido de su madre Abandonado y engañado por su esposa	Era un cero a la izquierda que quería hacer sentir su poder con la adolescente

El terapeuta sigue fomentando que despliegue ese pensamiento preconsciente e insiste haciendo eco del significante: “Entendió...” Responde: “Sí, entendí que en realidad siempre fue un cero a la izquierda, y que ese intento de abuso conmigo era por su impotencia de no ser nadie. Él quería sentir que podía”. Después de eso suelta una risa y se habla en tercera persona: “Pero no pudo con la niña”.

Si analizamos el segundo fragmento del sueño que se describió aquí podemos evidenciar cómo en su condensación hay una serie de personajes con funciones y atributos que podríamos sintetizar en la tabla 1.2.

13. Dada la cantidad de información no se recupera todo el relato de la vivencia de intento de abuso, que fue expuesto en la primera sesión. En un estudio diacrónico, podríamos destacar la riqueza narrativa en la que podríamos hacer más enlaces comprensivos de la historia. Recordemos que en este momento solo se está ilustrando el ejercicio metodológico en el extracto de una sesión.
14. Transitar del pensamiento inconsciente a su elaboración implica asumir que “El pensamiento es algo que participa de la dimensión de lo no dicho (proceso enunciación y enunciado) [...] en tanto discurso del Otro” (Lacan, 2014, p.89), y que se dirige hacia la comprensión de lo reprimido en el diálogo analítico.

Si contrastamos las dos tablas y pensamos la relación actancial se constata que la presencia del objeto hostil del sueño es el condensado de varios personajes de la historia: la cara de su actual pareja, su primer marido, hasta llegar a la figura hostil primera que es la cara del abusador. En el relato del sueño se extraña ella misma por la sobreposición de la imagen, ya que la actual pareja tiene la función del abusador, cosa que la desconcierta: “¿Qué está haciendo ahí él?” Después de la metonimización narrativa que se produce gracias al recuento de la historia, los símbolos condensados en el sueño adquieren mayor comprensión no solo para el escucha sino también para nosotros como estudiosos del texto. Se patentan una reedición de la vivencia traumática por abuso. Esta secuencia es fundamental porque permite ilustrar cómo deviene la actualización del narrador frente al perpetrador. La comprensión del poder de resignificación que se produce en esta sesión radica en que ya no lo ve como la niña temerosa que temía volver a ser asaltada. En esta sesión, en el recuento de la historia se da cuenta de que el acto del transgresor no tenía que ver con ella, que no era su culpa, sino que era un intento de ejercer poder, y que ese ejercicio de poder en realidad lo ejerció alguien que estaba históricamente en el campo de la impotencia: “Era un cero a la izquierda”. Por ello podríamos pronosticar que dado el proceso de elaboración de la experiencia traumática esta no requerirá de ser repetida mediante la revivencia o como una expresión sintomática, es decir, mediante un mecanismo patógeno y fracasado, el cual se expresaba en el sometimiento a toda demanda. Ya no requiere alienarse al objeto hostil y obrar contra sí misma.

Cuando dice en el relato del sueño “me hice la dormida”, esta frase tiene sentido en su historia en tanto que después del primer atentado ella se encierra en su cuarto. El pariente toca la puerta y pide que le abra, y ella dice en el relato de la primera sesión: “Me metí debajo de las sábanas, me hice la dormida, hasta que me quedé dormida”. Es fuerte el campo significativo cuando ahora en el sueño, tras hacerse la dormida, dice: “Desperté y me vine a la terapia”. El despertar¹⁵ es la actitud con la que llega para

15. Este pasaje del campo onírico a “la realidad no es poca cosa, pues nos despierta la otra realidad escondida tras la falta de lo que hace las veces de representación [...] Lo real hay que buscarlo más allá del sueño —en lo que el sueño ha recubierto, envuelto, escondido, tras la falta de representación” (Lacan, 1995, p.68).

desplegar en acto, durante la sesión, el trabajo del sueño. Por ello tiene mucho sentido el preámbulo de la sesión: "...hay veces que los sueños son, los siento muy reales, no, como, como si estuvieran pasando las cosas, aunque no, yo sé que es un sueño". Además de la actualización de la marca que dejó esa experiencia traumática el sueño tiene esta otra claridad, está entretejido entre la realidad onírica, como metáfora que condensa experiencias que se despliegan metonímicamente, en las que los personajes, al ser distintos, pueden aparecer como si fueran los mismos, y lo real del recuerdo condensado en la palabra abusador. El sueño condensa restos de experiencias, recuerdos y afectos acallados, así como incógnitas que se anhela clarificar de ese real disruptivo: la transgresión.

DISCUSIÓN Y CONCLUSIÓN

Como se advertía anteriormente, el análisis de una sesión terapéutica se hizo con el objetivo de mostrar cómo utilizar las herramientas metodológicas del análisis del relato y de la teoría de la enunciación para identificar el proceso significativo, descifrando la relación entre el sujeto del enunciado y el sujeto de la enunciación, y cómo a raíz de ello se puede hacer la localización subjetiva.

Dado el análisis semiótico del texto, se pudo identificar cómo el hablante llega con un pre-texto a la sesión, este es el sueño. Y este tiene una serie de símbolos, personajes, atributos y acciones que condensan un conjunto de experiencias del pasado. La sesión se vuelve en acto, parte de la continuación de ese sueño, adviene como un espacio de expresión y resignificación tanto de la posición del sujeto del relato como del sujeto de la enunciación. La narradora en el sueño es solo testigo y finge dormir, mientras que, en la sesión, despierta, gesta el proceso de entender. La transformación del campo significativo inconsciente no solamente se patentó cuando expresa cómo actualiza la comprensión del objeto hostil, el abusador, sino cuando ella termina el relato riendo, y recolocándose como quien pudo contra él. Cuando termina expresando en la sesión "no pudo con la niña" y hace el acto paraverbal de la risa, podemos inferir que la cadena significativa se transforma, así como la posición subjetiva del hablante. Ya no se ve a sí misma como quien padeció o reprochándose la culpa, sino que hay una actualización del yo narrador. Expresa un acto de

claridad intelectual y de alteridad, reconoce que el otro que estuvo en el lugar de la impotencia trató de imponerse, pero fracasó: tampoco pudo con ella.

Así como cada palabra que se añade en una oración genera un campo de significación mayor, en tanto que un significante solo es en “relación con otro significante en una cadena de oposición signifiante” (Lacan, 2014, p.21), el proceso de la narración se ejerce bajo las mismas coordenadas comprensivas en tanto que la saturación de relatos en secuencias permite una resignificación de los personajes y la historia.

El elemento nodal de tramitación que se puede inferir en esta sesión radica en un ejercicio de desalienación de la demanda del Otro, como se describió en el apartado anterior en el grafo del deseo. Es decir, la tramitación “normal” para desasirse de la demanda de los otros al discretizar entre la necesidad, el afecto y el deseo propio; traducir lo pedido como siendo del otro. A tal tramitación se le suma en este caso un agravante, el evento por forzamiento. Lo cual, como refiere Lacan (1995), siguiendo a Freud, el trauma deviene como disrupción desde lo real. Con ello hay un atentado a la ley del lenguaje, por las palabras de engaño que usa el perpetrador, así como a la prohibición de la ley del incesto.

Enunciábamos que, guiados bajo la lógica del piso uno y dos del grafo, con tal de obtener los emblemas propios del ser, se está dispuesto a someterse a cualquier demanda del Otro hasta la oblación misma. Pero cuando a esta alienación necesaria, y la cual nos hace propiamente humanos —dado el proceso de identificación—, se le suma una vivencia de abuso por intrusión y forzamiento, la persona queda lábil en su impulso de vida, por lo que la vía que apercibe como camino para salvaguardar algo de su subjetividad es anularse a sí misma. Esto es comprensible en tanto que “la función del principio del placer reside en hacer que el hombre busque lo que debe encontrar, pero que no podría alcanzar” (Lacan, 1990, p.85). Cuando no hay interdicción del incesto la función misma falla y el principio del placer queda desorientado intelectiva y afectivamente. En esta historia aparecen el alcohol, el dormir en exceso y el intento suicida como ayudantes para sofocar el recuerdo de la escena traumática.

Si desde el psicoanálisis se reconoce que toda introducción a la sexualidad es disruptiva y por tanto traumática, la devastación subjetiva por tocamientos o abusos por algún miembro perverso del sistema deja en

un estado más vulnerable a las personas frente a los conflictos y demandas habituales de la vida. Una cosa es imaginar o fantasear con la escena prohibida y otra es vivenciar el atentado. En el primer caso, la fantasía, el fantasma protege el propio deseo e impone procesos de sublimación que se cristaliza al robustecer el lazo social, mientras que todo atentado a lo íntimo tiene como efecto la intimidación, el desenlace de los procesos intelectivos, afectivos y de alteridad que permite la socialidad. La intromisión por forzamiento interrumpe el proceso de diferenciación interno-externo, propio-ajeno, disminuyendo el poder y competencia para discretizar las bisagras de la alteridad afectiva y relacional —vulnerando la función de la autonomía—. La mirada de codicia del perpetrador sobre la menor rompe la dignidad inicial que se requiere para no quedar alienada como presa del depredador. El derecho al respeto,¹⁶ a ser visto con valor y estima es un sostén existencial que posibilita el impulso para mantenerse en vida y, frente a los conflictos propios de la vida, es preferible su resolución que renunciar al reto de vivir.

REFERENCIAS

- Eidelsztein, A. (2018). *El grafo del deseo*. Manantial.
- Freud, S. (2005a). Prólogo y notas a la traducción de J.-M. Charcot [Prólogo]. En S. Freud, *Obras completas: Vol. I. Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud* (pp. 163–177). Amorrortu Editores. (Obra original publicada en 1887–1888).
- Freud, S. (2005b). Manuscritos A–K (1892–1896). En S. Freud, *Obras completas: Vol. I. Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud* (pp. 216–269). Amorrortu Editores.
- Freud, S. (2005c). Proyecto de psicología. En S. Freud, *Obras completas: Vol. I. Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud* (pp. 323–390). Amorrortu Editores. (Obra original publicada en 1895).

16. Del latín *respectus*: “acción de mirar atrás”, “atención, consideración, miramiento”, según el Diccionario de la Lengua Española. <https://dle.rae.es/respeto>

- Freud, S. (2005d). El tratado de los sueños. En S. Freud, *Obras completas: Vol. v. La interpretación de los sueños* (pp. 1-284). Amorrortu Editores. (Obra original publicada en 1900).
- Lacan, J. (2009a). La agresividad en psicoanálisis. En J. Lacan, *Escritos 1* (pp. 107-127). Siglo XXI Editores. (Trabajo original publicado en 1948).
- Lacan, J. (2009b). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En J. Lacan, *Escritos 1* (pp. 231-346). Siglo XXI Editores. (Trabajo original publicado en 1952).
- Lacan, J. (1990). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 7: La ética del psicoanálisis*. Paidós.
- Lacan, J. (1995). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Paidós.
- Lacan, J. (2014). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 6: El deseo y su interpretación*. Paidós.
- Maldavsky, D. (2013). *ADL. Algoritmo David Liberman*. Paidós.
- Masotta, O. (1990). *El modelo pulsional*. Argonauta.
- Miller, J.-A. (2006). *Introducción al método psicoanalítico*. Paidós.
- Nasio, J.-D. (2007). *Los más famosos casos de psicosis. ¿Qué es un caso?* Paidós.
- Stiles, W. (1992). *Describing talk: a taxonomy of verbal response modes*. Oxford.

La teoría del trauma psíquico y el análisis del discurso en la investigación en psicoterapia

LUIS EDUARDO SALAS ALDABA

ANA NOEMA REYES ZAMORA

El concepto de trauma psíquico tiene sus orígenes en el psicoanálisis, una disciplina fundada por Sigmund Freud a finales del siglo XIX. Freud, inicialmente neurólogo, se enfrentó a una serie de casos clínicos que no podían ser explicados únicamente mediante la fisiología. A través de su casuística desarrolló la idea de que ciertos eventos de la vida del individuo podían generar una carga emocional tan intensa que el aparato psíquico no podía procesarla adecuadamente. Este exceso de estímulo, según Freud, conducía a la formación de un trauma y se manifestaba a través de síntomas diversos. Sus aportes respecto de la vida inconsciente del ser humano y el descubrimiento de la sexualidad infantil resultaron revolucionarios en el campo de la psicología.

Sin embargo, el estudio del trauma psíquico no queda limitado únicamente al ámbito del psicoanálisis. Aquí es donde el análisis del discurso se convierte en una herramienta con un gran potencial. El análisis del discurso, una metodología que emerge de la lingüística, la semiótica y la teoría crítica, se propone estudiar y comprender cómo los significados son contruidos, negociados y transformados a través del lenguaje y la comunicación.

El análisis del discurso aporta una dimensión adicional al estudio del trauma psíquico al enfocarse en cómo se articulan y transmiten las experiencias traumáticas a través del lenguaje, esto en el contexto del dispositivo psicoterapéutico. Los estudios que parten del análisis del discurso incluyen el análisis de las palabras y frases utilizadas para describir el trauma, también las estructuras narrativas y los contextos socioculturales en los que estas narrativas se producen y se interpretan. A su vez, busca

entender cómo el lenguaje puede ser una vía de reelaboración de las experiencias traumáticas a través del intercambio intersubjetivo entre los participantes de las sesiones de psicoterapia.

En el presente capítulo se exploran fundamentos teóricos del trauma psíquico desde la perspectiva psicoanalítica, iniciando con los planteamientos teóricos desarrollados por Sigmund Freud y ampliando el análisis con las contribuciones de Sándor Ferenczi, Karl Abraham y Donald Winnicott. A su vez, se desarrollan los conceptos de transferencia y contra-transferencia, en tanto resultan decisivos para la comprensión de aquello que se juega en el encuentro intersubjetivo entre consultante y psicoterapeuta. Posteriormente, se propone el análisis del discurso como una metodología atinente para el estudio de sesiones de psicoterapia, destacando algunos métodos de análisis que surgen a partir de ese enfoque, y algunos ejemplos que se han utilizado para realizar investigaciones de procesos psicoterapéuticos. Al final se resumen los puntos clave discutidos en el capítulo y se reflexiona sobre la importancia de abordar el trauma psíquico desde una perspectiva multidisciplinaria, señalando futuras direcciones para la investigación y la práctica clínica.

EL TRAUMA PSÍQUICO

A finales del siglo XIX Sigmund Freud realizó una estadía en el hospital de la Salpêtrière, bajo la mentoría del médico francés Jean-Martin Charcot. Charcot empleaba la hipnosis como método de tratamiento para la histeria. Gracias al estudio de los casos atendidos en ese hospital comenzaba a emerger la posibilidad de la participación del elemento psicológico en la aparición de la histeria. No obstante, la etiología de esa neurosis se encontraba aún en el terreno de lo anatómico-fisiológico, o bien como una patología de carácter hereditario, tal y como sostenía Pierre Janet.

A su regreso a Viena, Freud, en colaboración con Josef Breuer, publica los *Estudios sobre la histeria*. En ese texto pueden rastrearse sus primeros planteamientos respecto del concepto de trauma. Se entendía como vivencia traumática aquella experiencia en la que la vida del sujeto se veía amenazada sin que existiera la posibilidad de escapar o neutralizar el peligro. Así, durante la vivencia, la persona experimentaba un afecto

de terror del cual no podía librarse, otorgando entonces el carácter traumático al acontecimiento.

Freud, influenciado por las ideas de Charcot en aquel momento de su desarrollo teórico, entendía al trauma desde un aspecto energético/fisiológico: un estímulo, ya fuera interno —como el hambre— o externo —como un accidente de tránsito—, consistía en ciertas cantidades de energía —excitación— que ingresaban al sistema nervioso a través de la percepción. El sistema nervioso, comandado por el principio de inercia —mantener la excitación en el mínimo posible—, buscaría deshacerse del influjo energético a través de una descarga motriz. No obstante, tal descarga no podía efectuarse en todos los casos, ya sea por prohibiciones provenientes de las normas sociales o por una parálisis ocasionada por el afecto del terror. Cuando esto sucedía la palabra podía fungir como sustituto de la acción a través de ligazones asociativas, provocando un paulatino cese del afecto.

Este último hallazgo movió a Freud a refinar su método de tratamiento de las neurosis: mudó del método hipnótico a uno en el que los pacientes hablaban sobre sus vivencias y los afectos relacionados con ellas. Una vez que esto sucedía, los síntomas disminuían.

Surgió luego la interrogante de por qué en algunos individuos la misma situación generaba un trauma, mientras que en otros no. Breuer recurrió a la siguiente explicación: para que un acontecimiento deviniera traumático era necesario encontrarse en un estado hipnoide. El estado hipnoide, similar a aquel inducido por la hipnosis, consiste en una escisión de consciencia: una vivencia no podía asociarse a otras representaciones, imposibilitando así su descarga tanto vía motriz como verbal; el acontecimiento formaba un grupo aislado de la conciencia y retornaba cada cierto tiempo, sin la necesidad de la presencia del estímulo.

De forma paralela, Freud propone el concepto de neurosis de defensa, que consiste en una vivencia no tramitable para el individuo a través de un trabajo de pensamiento, por lo que hará un esfuerzo por olvidar el acontecimiento. Sin embargo, el olvido de la vivencia no supone la supresión de la representación ni del afecto. Si el afecto encuentra su manifestación vía corporal se hablará de una histeria; si el afecto escindido de la representación original se liga a otra representación, se tratará de una neurosis obsesiva.

Hasta ahora es posible apreciar la diferencia de los posteriores desarrollos teóricos entre Breuer y Freud. Mientras Breuer propone los estados alterados de conciencia como la condición necesaria para la aparición de una neurosis, para Freud se trata de mecanismos psicológicos complejos y, como se verá más adelante, del papel que desempeña la sexualidad infantil en el decurso de la vida anímica del ser humano. La concepción freudiana del trauma experimentó una evolución significativa al pasar de la búsqueda de una explicación fisiológica a una que tomaba en cuenta la interacción de elementos psicológicos. A partir de los relatos que sus pacientes comunicaban durante las sesiones, Freud propuso luego la teoría de la seducción para abordar el concepto de trauma.

En la teoría de la seducción, Freud señalaba a las experiencias sexuales infantiles como origen de los síntomas neuróticos: los traumas eran recuerdos inconscientes de tales experiencias que no podían ser asimiladas por el niño, dados sus limitados recursos psíquicos. A esa experiencia sobrevénía un segundo acontecimiento en la época postpuberal, el cual, al entrar en conexión asociativa con el primero, producía un síntoma, en el que se actualizaba esa primera escena o vivencia sexual primaria: “no son las vivencias mismas las que poseen efecto traumático, sino solo su reanimación como recuerdo” (Freud, 1896, p.165). Es decir, que el trauma no se instala como tal en el momento de la ocurrencia del evento —que, en sí mismo, puede no tener especial intensidad.

Posteriormente, Freud propuso una explicación alternativa a la teoría de la seducción: los traumas no eran necesariamente eventos reales, sino fantasías o conflictos internos que se reprimen y luego se manifiestan en síntomas neuróticos, todo ello como producto de la sexualidad infantil.

Las fantasías, junto con otras expresiones de deseo, encuentran su origen en las primeras vivencias placenteras de un ser humano. El neonato, incapaz de defenderse de las amenazas del mundo exterior, e imposibilitado de colmar por su cuenta sus propias necesidades —la de nutrición, por ejemplo—, solo podrá encontrar la satisfacción a través de aquellas personas que estén a su cuidado. Esa satisfacción otorgará al individuo sus primeras vivencias placenteras, las cuales, obedeciendo al principio de placer, buscará repetir idénticamente. Tal búsqueda se verá imposibilitada por la realidad. Ante ello el infante encontrará, inicialmente,

sustitutos parciales en su propio cuerpo, lo que Freud denominará autoerotismo, y que luego buscará en el mundo exterior. Posteriormente, el niño se encontrará con otros escollos en su empresa de repetición de las vivencias de placer: las prohibiciones impuestas por los padres y la realidad, y que han sido interiorizadas vía identificación.

Como consecuencia de la identificación aparecerán afectos reguladores: el asco, la vergüenza y el sentido moral (Freud, 1905). Así, ante la emergencia de un deseo que pueda suscitar alguno de los afectos reguladores, se activarán diversos mecanismos de defensa, entre ellos la represión. Freud (1899), a través de este mecanismo, explica por qué no es posible recordar los primeros años de vida, o por qué solo se poseen recuerdos fragmentados de aquella época temprana. A esas memorias les llamó “recuerdos encubridores”, cuya función es lograr un desplazamiento de remembranzas afectivas hacia otras que están relacionadas, pero que carecen del factor afectivo.

El yo del individuo, endeble durante los primeros años, debe conciliar las demandas del ello, comandado por el principio del placer, y las del superyó, regido por las normas y exigencias provenientes, en un inicio, del exterior y luego interiorizadas. Así, una identificación con una figura muy severa y punitiva puede resultar en una fuerte represión de la vida desiderativa del ser humano, conduciendo la expresión del deseo hacia vías sintomáticas.

Posteriormente, Freud (1920) describirá el trauma como una perturbación en la economía energética del organismo: tanto las excitaciones externas como la emergencia de contenido inconsciente pueden superar las defensas psíquicas. Además, sugiere que los traumas están asociados con la pulsión de muerte y que tienden a repetirse compulsivamente (Freud, 1932). Freud se pregunta por qué existe una repetición compulsiva del trauma cuando la experiencia consistió en una vivencia desagradable; operación inconsistente con el principio de placer. El autor, a partir del ejemplo del fort-da, dirá que un acontecimiento doloroso vivido de manera pasiva buscará ser repetido en tanto permite revivirlo de manera activa. La persona “no recuerda, en general, nada de lo olvidado y reprimido, sino que lo actúa. No lo reproduce como recuerdo, sino como acción; lo repite, sin saber, desde luego, que lo hace” (Freud, 1914, p.151). Algunas personas

repiten estas reacciones a lo largo de su vida, en su propio detrimento, o parecen estar constantemente acosadas por un destino implacable (Freud, 1932).

Al respecto, Freud (1939) señala que “las reacciones negativas persiguen una meta contrapuesta; que no se recuerde ni repita nada de los traumas olvidados. Podemos resumirlas como reacciones de defensa [...] fijaciones al trauma [...] fijaciones de tendencia contrapuesta” (p.73). En este pasaje, el autor señala que las reacciones negativas al trauma evitan activamente el recuerdo y la repetición de los traumas que han sido, por decir así, olvidados. Freud sugiere que estas reacciones pueden entenderse como mecanismos de defensa, ya que buscan proteger al individuo de revivir experiencias dolorosas y potencialmente traumáticas. Además, al hablar de *fijaciones al trauma* y *fijaciones de tendencia contrapuesta*, Freud señala que estas reacciones pueden arraigarse en la psique de manera profunda y persistente, influyendo en el comportamiento y la percepción del individuo de manera significativa.

En *Moisés y la religión monoteísta* Freud (1939) afirma que los traumas son “esas impresiones de temprana vivencia, olvidadas luego, a las cuales atribuimos tan grande significatividad para la etiología de las neurosis” (p.70). En este texto aborda también las características del trauma.

- Todos esos traumas corresponden a la temprana infancia, hasta los cinco años, aproximadamente.
- Por regla general, las vivencias pertinentes han caído bajo un completo olvido, no son asequibles al recuerdo, pertenecen al periodo de la amnesia infantil que las más de las veces es penetrado por restos mnémicos singulares, los llamados “recuerdos encubridores”.
- Se refieren a impresiones de naturaleza sexual y agresiva y, por cierto, también a daños tempranos del yo (*mortificaciones narcisistas*) (p.71).

En síntesis, Freud sostuvo diferentes conceptualizaciones respecto del trauma y sus orígenes a lo largo de su obra. Inicialmente desde una perspectiva anatómico-fisiológica, y paulatinamente migró hacia una mirada psicológica. El tránsito entre esos abordajes implicó la búsqueda de una explicación neurológica relacionada con eventos en los que la vida pudo haber corrido grave peligro. Luego, focalizó en las experiencias

sexuales acontecidas en etapas pueriles de la vida: los traumas eran recuerdos tempranos de experiencias vividas en la infancia, que posteriormente son olvidados, y a los que les atribuyó una gran importancia en el desarrollo de las neurosis. Esos recuerdos caen en el olvido completo y son inaccesibles para la memoria consciente, formando parte del periodo de amnesia infantil, aunque a veces pueden ser recuperados por ciertos fragmentos de memoria, conocidos como *recuerdos encubridores*.

Posteriormente, Freud dio un paso hacia la consideración del trauma psíquico como fantasías o conflictos internos entre instancias psíquicas, teniendo su origen en la sexualidad infantil, y no necesariamente provenientes de eventos reales. En otro momento de refinamiento teórico formuló una explicación metapsicológica del trauma, añadiendo el factor económico —una cantidad de energía no tramitable por el aparato psíquico—, y que tendrá consecuencias en las diferentes instancias psíquicas. Para Freud, el trauma psíquico remite a aquellas vivencias manifestadas en el cuerpo propio originadas en lo que se ha visto y oído; es decir, vivencias o impresiones de estos estímulos.

EL TRAUMA PSÍQUICO DESDE AUTORES POSTFREUDIANOS

El estudio del trauma y su repercusión en el desarrollo humano constituye una piedra angular en el campo psicoanalítico. Se explorarán ahora algunas contribuciones a la conceptualización del trauma psíquico desde autores postfreudianos, a saber: Sándor Ferenczi, Karl Abraham y Donald Winnicott.

FERENCZI Y EL TRAUMA PSÍQUICO

Para Ferenczi, existen dos tipos de traumas. Del primer tipo se dice que los traumas resultan “estructurantes, necesarios, inevitables o filogenéticos” (Favero & Rudge, 2009, p.170). Los del segundo tipo corresponden a acontecimientos que no pueden ser procesados e integrados por el sujeto.

Respecto del segundo tipo, Ferenczi (2008), en su texto *Sobre el efecto duradero de exigencias genitales activas y pasivas “obligatorias” impuestas a niños pequeños*, define el trauma como una “conmoción, reacción a un estímulo exterior o interior insoportable de manera autoplástica

(que altera el propio ser) en lugar de aloplástica (que altera el estímulo)” (p.245). Refiere que este sucede en dos tiempos: en el primero hay una “alteración de conciencia, fragmentación, atomización, angustia” (p.246). Es un momento de shock que sobreviene súbitamente, y es equivalente a una aniquilación de sí, de la capacidad para actuar y afirmarse. Además, hay un segundo momento del trauma, que denomina como desmentida.

En cuanto a la desmentida, Ferenczi (2008) refiere que “cuando el niño se repone de un acto de violencia [...] se siente sumamente confundido, de hecho, escindido —inocente y culpable al mismo tiempo— y se desmora su confianza en su propio juicio” (p.171), no puede decir nada de lo que ha sucedido, es a la vez inocente, pero se siente culpable. A pesar de esto, puede buscar a alguien de confianza, por ejemplo, la madre, pero lo que encuentra puede ser incomprensión, castigo o silencio. La actitud de los padres o cuidadores generalmente desautoriza la versión del menor, pues reaccionan como si “no pasara nada”, motivo por el que el relato de los niños termina siendo ignorado o menospreciado. Así, será justamente la desmentida la que vuelve al trauma patógeno, dado que el adulto niega el hecho, afirmando que no ha pasado nada, e incluso el niño llega a ser golpeado o reprendido.

Otra línea de desarrollo teórico acerca del trauma se encuentra en *El niño no deseado y su instinto de muerte*, en el que Ferenczi (1984a) refiere que el trauma puede originarse en aquellos que pierden precozmente el gusto por la vida y refiere que en estos sujetos “el pesimismo moral y filosófico, el escepticismo y la desconfianza se convirtieron en los rasgos de carácter sobresalientes” (p.1). Además, describe que hay en ellos una tendencia a enfermarse y luchar contra impulsos suicidas, y aparecen como seres carentes de capacidad de adaptación. Desde esta óptica, Ferenczi (1984a) propone que el trauma es impuesto al sujeto en el vínculo interpersonal por influencia de “los signos conscientes e inconscientes de aversión o impaciencia de la madre” (p.1).

En *Sobre el efecto duradero de exigencias genitales activas y pasivas “obligatorias” impuestas a niños pequeños* Ferenczi (2008) hace referencia a los efectos que derivan del sometimiento genital en la temprana infancia. Destacan los efectos en el carácter, que se manifiestan por la incapacidad para terminar los estudios, sensaciones histéricas y ocasionalmente ataques que se trasladan a varias partes del cuerpo. Por otro lado, se

manifiesta también la repulsión y el displacer ante el ataque, además de una total incapacidad para defenderse y la consecuente obligación de tolerarlo. Se manifiestan también una serie de reacciones que permiten proteger la personalidad, como desmayos, fantasías y división de la personalidad. Destaca además que, debido a que el trauma se presenta en el estadio en el que está establecida la moral, la niña queda en un estado de confusión, se siente sucia, tratada de manera indecorosa y además no está segura acerca de si debe rehusar la voluntad de la autoridad del adulto ante la incredulidad de la madre u otros adultos. Al respecto, Ferenczi (2008) señala que “en los varones que han sido forzados prematuramente a un quehacer sexual se presentan daños enteramente análogos a los antes citados” (pp. 129-130).

Cabe destacar también que Ferenczi (1984b) propone en *Confusión de lenguas entre los adultos y el niño. El lenguaje de la ternura y de la pasión*, en el que señala que en la interacción entre un adulto y un niño puede ocurrir una seducción incestuosa del adulto hacia el niño. En el texto referido destaca que “un niño y un adulto se quieren mutuamente, el niño alimenta la fantasía lúdica de investir el papel de madre de dicho adulto. Este juego puede adoptar formas eróticas, pero se conserva, no obstante, en el plano de la ternura” (p.170). Es decir, en la relación entre un niño y un adulto, el niño tiene fantasías lúdicas, como, por ejemplo, desempeñar un papel maternal respecto al adulto. Sin embargo, esto no sucede en el caso de adultos en los que se ha perturbado el equilibrio y el autocontrol, ya que “sienten erróneamente el juego del niño como si se tratara de deseos de una persona sexualmente madura” (Ferenczi, 1984b, p.170).

Como describe Ferenczi (1984b), ante este tipo de sucesos la primera reacción del niño puede ser de “odio, asco y enérgico rechazo” (p.170), sin embargo, su reacción se ve inhibida debido a la enorme ansiedad que experimenta. Estos niños “se sienten moral y físicamente desvalidos, su personalidad no se halla suficientemente consolidada como para poder protestar, aunque solo fuera mentalmente, porque la fuerza y la autoridad excesivamente poderosas del adulto los entorpecen y les arrebatan el sentido” (Ferenczi, 1984b, pp. 170-171). En otras palabras, debido a la intensa ansiedad que experimentan, los niños que han sido víctimas de abuso sexual se ven orillados a someterse como autómatas a la autoridad aplastante del adulto. En este sentido el autor señala que “la consecuencia

de esto es forzosamente la confusión de lenguajes” (p.173), es decir, hay una confrontación entre dos lenguas que tienen cualidades distintas, una confusión que se deriva de la disimetría entre el mundo del adulto y el mundo del pequeño.

Ferenczi (1984b) sostiene que “no solo el amor excesivo e impuesto desde afuera, sino también los castigos que van más allá de lo soportable conducen a fijaciones” (p.173). Esto permite visualizar claramente el proceso traumático, considerando los efectos implicados en el desarrollo del niño. Si ha estado expuesto a diversas experiencias traumáticas aumenta “el número y la variedad de escisiones en la personalidad” (Ferenczi, 1984b, p.174). En síntesis, la confusión de lenguas entre el niño y el adulto puede tener efectos devastadores en el desarrollo emocional y psicológico del niño, como problemas de identidad, dificultades en las relaciones y una comprensión distorsionada del consentimiento y los límites. Además, la exposición reiterada a experiencias de abuso y la falta de reconocimiento o validación del sufrimiento del niño por parte de los adultos agravan aún más el daño.

LA PROPUESTA DE KARL ABRAHAM ACERCA DEL TRAUMA

En *La experimentación de traumas sexuales como una forma de actividad sexual* Abraham (1994) afirma que “en un gran número de casos el niño desea inconscientemente el trauma” (p.36). Según el autor, algunos niños resisten la tentación o la seducción, mientras que otros provocan activamente al adulto. En este sentido, refiere que el trauma es una forma de actividad sexual del niño y propone una clasificación de los traumas sexuales en dos grupos: “los traumas sexuales que toman al niño de improviso y aquellos que él mismo ha provocado” (Abraham, 1994, p.36). Una idea intrigante que Abraham (1994) plantea es que cuando un niño guarda en secreto el abuso sexual esto puede indicar que el niño se siente complacido por el ataque. Esta complacencia puede manifestarse más adelante en una tendencia a buscar experiencias similares, lo que Abraham describe como una especie de “*diátesis traumatofílica*” (Abraham, 1994, p.46). Lo anterior sugiere que aquellos que han experimentado un trauma sexual y han sido complacientes pueden desarrollar una tendencia a buscar experiencias similares en el futuro.

En este sentido, desde la perspectiva de Abraham, el trauma sexual se entiende como una forma anormal de actividad sexual infantil, impulsada por un deseo inconsciente del niño. Esta concepción del trauma desafía las concepciones tradicionales del trauma como una vivencia puramente negativa y pasiva, sugiriendo en cambio una interacción más dinámica entre el niño y su entorno. Además, Abraham contrasta su perspectiva con la teoría freudiana, argumentando que “los traumas sexuales no desempeñan ningún papel en la etiología de la histeria y la demencia precoz” (Abraham, 1994, p.47). En cambio, sugiere que estos traumas pueden indicar una disposición a la neurosis o psicosis en el niño. No hay en el trauma una *significación etiológica*, sino una *significación formativa*.

Desde la visión de Abraham, el trauma no es considerado como un factor determinante en la etiología de las neurosis, sino como una forma de actividad sexual infantil en la que el niño puede participar activamente o padecer el trauma adoptando un papel pasivo en el juego de seducción del adulto, y su comprensión va más allá de ser simplemente un factor desencadenante, implicando una compleja interacción entre los deseos inconscientes del niño y su respuesta a las experiencias traumáticas. La perspectiva de Abraham ofrece una visión matizada y compleja del trauma sexual infantil al considerar que hay una intrincada interacción entre los deseos inconscientes del niño, las experiencias traumáticas y el desarrollo de la psique infantil, desafiando así las concepciones convencionales sobre el trauma y su impacto en la salud mental.

LA PERSPECTIVA WINNICOTTIANA ACERCA DEL TRAUMA

Desde la perspectiva de Winnicott (2006), “El trauma es una falla relativa a la dependencia” (p.178), y este varía de acuerdo con la etapa de desarrollo del niño. Al principio, el trauma conlleva una ruptura en la fiabilidad del entorno, previsible durante la etapa de dependencia casi absoluta. Además, inicialmente el ambiente se ajusta a las necesidades individuales y luego se desajusta. El cambio de la adaptación a la desadaptación está estrechamente relacionado con el crecimiento personal de cada individuo y, por lo tanto, con el gradual desarrollo de los complejos procesos psíquicos que eventualmente le permiten transitar de la dependencia a la independencia.

En este sentido, Winnicott (2006) propone que “hay [...] un aspecto normal del trauma. La madre está siempre ‘traumatizando’ dentro de un marco de adaptación, y así el bebé pasa de la dependencia absoluta a la dependencia relativa” (p.179). Desde esta perspectiva, cuanto más integrado esté el niño, más profundamente puede ser afectado por un trauma. Así, la respuesta del otro definiría si la perturbación psíquica se transforma en algo nocivo y se inscribe el trauma en el psiquismo del niño. Desde la perspectiva de este autor, el trauma hace referencia a las experiencias perturbadoras que pueden afectar el desarrollo del individuo dentro de su ámbito familiar. En este sentido, aborda las experiencias que pueden impactar significativamente el proceso de crecimiento y formación de la identidad en el contexto familiar. Estas experiencias pueden manifestarse como eventos o situaciones que perturban el sentido de integración, seguridad, confianza y conexión emocional que el niño necesita para desarrollarse de manera saludable.

Al respecto, Winnicott sugiere que el trauma deriva de la negligencia emocional, el abuso físico o psicológico, entre otros, debido a que estas experiencias pueden interferir con la capacidad del individuo para desarrollar un adecuado sentido de sí y establecer relaciones seguras y satisfactorias. En este contexto, “el trauma implica el derrumbe de la fe” (Winnicott, 2006, p.180). Aunque el niño ha desarrollado la capacidad para confiar y enfrentar los desafíos del ambiente, advierte que la dependencia excesiva podría obstaculizar el proceso de desarrollo emocional genuino, ya que el individuo podría evitar enfrentar la realidad que le resulta intolerable mediante la creación de ilusiones.

El autor resalta la importancia de equilibrar la capacidad para crear ilusiones con la capacidad para enfrentar la realidad de manera adaptativa y promover así un desarrollo emocional saludable. Al respecto, Winnicott (1984) señala que “es posible agrupar en tres categorías la función de una madre suficientemente buena en las primeras etapas de vida de su hijo: sostenimiento (*holding*), manipulación, mostración de objetos” (p.33). El *holding* hace referencia a la forma en que la madre toma al bebé en sus brazos, habla de la capacidad de la madre para identificarse con él y proporcionarle un entorno emocionalmente seguro y contenedor que permita al niño sentirse protegido. Cualquier deficiencia en este aspecto puede desencadenar intensas angustias en el niño, como la sensación

de desintegración, la percepción de caer interminablemente, la sensación de que la realidad externa no puede proporcionar seguridad y otras ansiedades comúnmente descritas como psicóticas.

En cuanto a los efectos del trauma en el desarrollo, cuando hay una falla en la capacidad de la madre para proporcionar un entorno emocionalmente seguro y contenedor puede haber efectos profundos en el niño. En primer lugar, el niño podría experimentar dificultades para establecer relaciones seguras y confiables en el futuro, ya que su confianza básica en el mundo y en los demás se ve comprometida. Además, la falta de una base emocional sólida puede llevar a dificultades en la conducta o para manejar el estrés. También es posible que el niño desarrolle una baja autoestima y una sensación de inseguridad, ya que no ha tenido la experiencia de ser cuidado de manera consistente y amorosa. Estos efectos pueden persistir hasta la edad adulta y afectar la calidad de las relaciones interpersonales y el bienestar emocional del individuo.

Las perspectivas sobre el trauma aquí presentadas plantean importantes divergencias conceptuales, lo que revela su complejidad. Sin embargo, es posible formular que los eventos traumáticos no son enteramente hechos objetivos, sino que el impacto está determinado por la constitución subjetiva del individuo. Es decir, la manera en la que la persona experimenta y da sentido a una vivencia traumática.

En las sesiones psicoterapéuticas los traumas psíquicos pueden manifestarse de diversas maneras, por ejemplo, síntomas somáticos, lapsus o en la repetición de patrones de conducta y relaciones disfuncionales. A su vez, también a través de los silencios, las repeticiones, y la forma de comunicarse con el psicoterapeuta. Desde una conceptualización psicoanalítica, es en el terreno de la transferencia y de la contratransferencia donde se juega la reelaboración de las experiencias traumáticas del consultante.

TRANSFERENCIA Y CONTRATRANSFERENCIA

Los conceptos de transferencia y contratransferencia fueron acuñados por Sigmund Freud y se refieren a los fenómenos psicológico-relacionales que acontecen en el encuentro paciente-terapeuta. El desarrollo teórico de Freud avanzó a partir de su casuística. Entre los elementos que estudió se encuentran las narrativas que producían los consultantes durante

las sesiones de psicoterapia; sujetos que hablaban de algo y lo hablaban a alguien (Sánchez & Lozano, 2018); en esos relatos era posible detectar “personajes y sus redundancias [...] indicadores claros de cómo la llamada transferencia neurótica se reviviría al interior del proceso analítico” (Sánchez, 2016, p.258).

La transferencia, inicialmente considerada por Freud como un escollo para el trabajo psicoterapéutico, consiste en el proceso mediante el cual los sentimientos, emociones y patrones de relación inconscientes del paciente son proyectados en la figura del terapeuta, lo que significa que el paciente puede percibir al terapeuta de manera similar a como ha percibido a figuras significativas en el pasado de su vida amorosa (Freud, 1912; 1915; 1917; 1940) como la imago paterna, materna o de un hermano.

La transferencia que el consultante dirige hacia el terapeuta puede ser positiva o negativa, dependiendo de si los sentimientos depositados en él son tiernos y amistosos u hostiles, respectivamente. Una transferencia negativa implica la presencia de resistencias, esto es, dificultades en el logro del trabajo psicoterapéutico. Por ejemplo, el consultante difícilmente aportará producciones verbales o hará uso de ciertos modos de enunciación con los que busca, consciente o inconscientemente, desorientar al terapeuta. Por otro lado, la transferencia positiva implica una actitud colaborativa por parte del consultante. Sin embargo, los sentimientos tiernos y amistosos de la transferencia positiva pueden exacerbarse, por una regresión, a tal grado de que el consultante desarrolle un enamoramiento hacia el terapeuta —que, si no es correspondido, podría dar lugar a un sentimiento de despecho, posible motivo para el abandono de la psicoterapia. Otra posibilidad que puede suscitarse cuando se da un exceso en los sentimientos tiernos en la transferencia es que el consultante, como manifestación de la resistencia, adopte una posición sumisa frente a su terapeuta —en ese caso se corre el peligro de que el terapeuta ocupe el lugar de amo.

En cuanto a la contratransferencia, Freud (1910) la definió como “el influjo que el paciente ejerce sobre su sentir inconsciente” (p.136) y la consideraba como un elemento que los terapeutas debían reconocer y controlar, ya que reflejaba sus propios complejos y resistencias internas

desencadenadas por la transferencia (Freud, 1910d, citado en Maldavsky, 2015).

Después de Freud, el concepto de contratransferencia ha transitado por diferentes perspectivas. Por ejemplo, Segal (1993) argumenta que los sentimientos experimentados por el terapeuta son una expresión de la psicopatología del paciente. En una perspectiva inicial se creía que el paciente proyectaba sus sentimientos en el terapeuta, quien actuaba como un espejo donde el individuo reflejaba sus propias experiencias internas y reaccionaba a ellas. Segal sugiere que el paciente coloca la transferencia en el terapeuta, no solo percibiéndolo de manera distorsionada y comunicándose con él desde esa percepción, sino también influyendo en la mente del terapeuta de una manera que lo afecta. La autora sugiere que el terapeuta se permita experimentar “emociones flotantes”. Es decir, entiende la atención flotante no solo como la capacidad de no concentrarse en algo en el plano cognitivo, sino también como una disposición a experimentar emociones surgidas del contacto con el paciente; algo que no es común en la vida cotidiana (Segal, 1993). El terapeuta debe observar esas emociones desde una posición externa. Si bien se trata de un ideal imposible de alcanzar (Segal, 1993), lo importante es que la contratransferencia puede ser utilizada como una herramienta para comprender al paciente y no como base para hacer juicios de atribución.

Reich realiza una distinción entre: 1) la contratransferencia aguda, que consiste en una identificación del terapeuta con el consultante, y en la que busca satisfacciones personales, y 2) la contratransferencia crónica, en la que se despliega un reflejo de las necesidades del terapeuta; parte de su personalidad (Gelso & Hayes, 2002).

Dare et al. (1992) sintetizan algunas otras propuestas teóricas en torno al concepto de contratransferencia. Entre ellas es posible encontrar aquellas que la conciben como el producto del campo comunicativo intersubjetivo entre consultante y terapeuta; perturbaciones en la comunicación propiciadas por la ansiedad del terapeuta; todo el conjunto de actitudes conscientes e inconscientes del terapeuta hacia sus pacientes, o la respuesta emocional normal o apropiada del terapeuta hacia sus pacientes.

Maldavsky (2017b) señala que perspectivas más contemporáneas conciben a la contratransferencia como un aspecto ineludible del vínculo

terapéutico, y es un terreno en el que pueden aparecer *enactments*, los cuales se refieren a “cuando el terapeuta despliega en sesión alguna escena que repite la de algún personaje de la vida psíquica o del paciente mismo (Maldavsky, 2017c, p.136). Los *enactments* pueden tener un carácter funcional —cuando este es acorde a las metas clínicas— o resistencial —cuando no es armónico con las metas clínicas. La contratrtransferencia posee elementos inconscientes y no observables, a diferencia del *enactment*, que es observable a través de la interacción entre los interlocutores.

ANÁLISIS DEL DISCURSO EN EL CONTEXTO DE LA INVESTIGACIÓN EN PSICOTERAPIA

Hasta este punto se han revisado algunas perspectivas teóricas acerca del trauma psíquico y su relación con el sufrimiento humano: cómo es que el concepto evolucionó en la obra de Freud, recurriendo a diferentes explicaciones conforme fue refinando su teoría. Luego, se presentaron las propuestas referentes al trauma psíquico que elaboraron algunos autores postfreudianos. Se expusieron luego los conceptos de transferencia y contratrtransferencia.

Como se mencionó previamente, fue a través de los análisis de sus casos clínicos como Freud refinó constantemente su teoría respecto del psiquismo humano; se percató de la función de la palabra como vía de descarga de procesos anímicos en tanto esta es un “sustituto de la acción” (Freud, 1893, p.38) que encuentra su cauce a través de caminos asociativos.

Las vivencias adquieren un carácter traumático por dos vías posibles: situaciones que ponían en riesgo la pervivencia del individuo, o bien, por la significación —otorgada por el otro— a vivencias acontecidas anteriormente y que tendrían como efecto una represión de los deseos. El proceso represivo aparecía en tanto, desde la moral introyectada —en unos casos más severa que en otros—, no sería admisible buscar la realización desiderativa en la realidad. Como posibles consecuencias del fracaso de la represión, lo inconsciente se manifestaría a través de síntomas corporales, patrones de relación y de conducta irracionales y perjudiciales para el individuo.

En el proceso psicoterapéutico el consultante puede colocar al terapeuta como uno de los personajes que han formado parte de su vida afectiva

—transferencia. A través de los relatos el consultante lleva a la consulta la historia que se cuenta a sí mismo sobre sí mismo (Freud, 1913); qué ha vivido, con quiénes y dónde lo ha vivido, y cómo lo ha vivido. Su modo de relacionarse con su terapeuta estará determinado por el lugar en el que lo haya colocado, reproduciendo allí pautas de relación, algunas veces consciente, otras veces inconsciente. Lo anterior tendrá, inevitablemente, algún efecto en el terapeuta —contratransferencia— y podría condicionar sus intervenciones. Es decir, el terapeuta podría, de manera inadvertida, retomar el papel que el consultante le adjudica —aceptar la identificación con alguna de las figuras de la vida del consultante— y actuar desde esa posición, poniendo en riesgo el logro de las metas terapéuticas. A partir de las premisas previas se propone el análisis del discurso como una herramienta para el estudio de las sesiones psicoterapéuticas.

El planteamiento tradicional del lenguaje indicaba que este solo poseía una función constatativa; que “reduce al mismo a una función de designación de una referencia presente en un mundo extra o pre-lingüístico” (Levy, 2018, p.210) y que constituía un “elemento neutral” (Forastieri, 2015, p.383) para denominar la realidad. Sin embargo, durante el siglo XX, tras algunos movimientos epistemológicos, el lenguaje comenzó a concebirse como un lugar que permite el advenimiento de individuos en tanto este los antecede. Si bien el cuerpo humano tiene, en un sentido biológico, condiciones estructurales para poder adquirir el lenguaje, tal adquisición solo se da a partir de la convivencia con otros individuos que lo insertan en una comunidad lingüística. Esto es, un conjunto de seres humanos que comparten un determinado conjunto de signos y prácticas, a través de los cuales constituyen realidades. Es decir, los individuos son producto de la interacción social; de consensos entre diferentes seres humanos (Echeverría, 2003).

Formar parte de una comunidad lingüística tiene dos implicaciones: la primera es que los individuos heredan conjuntos de signos lingüísticos, y con ello se hace posible el mantenimiento de determinadas realidades sociales. La segunda es que a través del lenguaje se abre la posibilidad de transformar y crear nuevas realidades sociales. Por lo tanto, es posible hacer cosas al hablar (Echeverría, 2003; Íñiguez & Martínez, 2011; Santander, 2011; Urra et al., 2013).

El lenguaje, por no ser solo constatativo, implica conjuntos de significados, costumbres, formas de relación y comportamientos que no necesariamente son explícitos en el acto de hablar. Una expresión lingüística contiene un sentido, que a su vez pertenece a un campo de sentido mayor, a un discurso. Es decir, que si bien “el lenguaje muestra, también distorsiona y oculta, que a veces lo expresado refleja directamente lo pensado y a veces solo es un indicio ligero, sutil, cínico” (Santander, 2011, p.208). Los discursos pueden aparecer de diferentes formas, como imágenes, textos, conversaciones, gestos.

Dado el carácter opaco y multívoco del lenguaje, junto a su capacidad creadora de realidades sociales, resulta pertinente el uso de métodos de análisis que permitan diferentes aproximaciones a los discursos y que tomen en cuenta la “interacción con otros textos, con los diferentes discursos en que ellos se conforman, y con la naturaleza de su producción, diseminación y consumo” (Urrea et al., 2013, p.52).

Una de las formas de expresión discursiva son las narrativas —también llamados relatos. Para Barthes (1970), un relato contiene el sentido de un discurso mayor en el cual se re(produce). Un análisis estructural de los relatos permite responder a: ¿qué se quiere decir? ¿cómo se dice? Es decir, va un tanto más allá de una mera descripción, que resulta cuando uno se pregunta ¿qué se dice?

Echeverría (2003) señala que una de las funciones del relato es que un individuo pueda sostener una identidad: permite tanto la creación de una historia que tenga coherencia como el poder sostener un sentido. Los relatos son “cristalizaciones de cada hablante y [...] cuentan cómo es el mundo desde lo vivido y, al narrar, hay voluntad de verdad, de hacer creíble la vivencia” (Sánchez, 2022, p.62). Ricoeur (2013) indica que el relato permite al hablante posicionarse entre el tiempo histórico y el tiempo de la ficción. El tiempo histórico se refiere a toda la temporalidad medible, mientras que el tiempo de la ficción es construido por cada individuo, según sus experiencias y lo que recuerda de ellas, ordenadas de manera lógica.

En el marco del dispositivo psicoterapéutico, los consultantes despliegan narrativas. Para White (1994), a través de los relatos es como las personas interpretan y dotan de significación a sus propias vidas y las de los demás; son generadoras de sentido de las experiencias. El autor realiza una síntesis de la propuesta de Jerome Bruner en torno a las historias:

señala que estas están constituidas, por un lado, por un panorama de acción y uno de conciencia. El primero consiste en hechos concatenados por el tiempo: pasado, presente y futuro, y obedece a líneas temáticas específicas. A través del panorama de acción es como el narrador puede informar a su interlocutor cómo es que los acontecimientos se despliegan en el tiempo. Por el otro lado, indica que el panorama de conciencia se conforma por “las interpretaciones de los personajes en la narración y las del lector cuando este entra en la conciencia de esos personajes” (White, 1994, p.32). Es decir, se refiere a un contenido de carácter reflexivo y que incluye percepciones, especulaciones y conclusiones. White (1994) señala que si se acepta la premisa de identidad entre la estructura textual y la histórica, los panoramas de acción y conciencia permiten comprender cómo es que las personas viven sus vidas.

De manera paralela, Greimas (1970) propone que en las narrativas se distinguen diferentes personajes (o actantes) que pueden clasificarse según el papel que desempeñan dentro del relato desplegado. Partiendo de las aportaciones de Freud y Greimas, Maldavsky (2013) propone la siguiente clasificación: la voz narradora (el sujeto del relato), el objeto del deseo (aquello con lo que la voz narradora pretende cumplir su deseo), modelos (lo que el sujeto aspira a ser), ayudantes (cosa, idea o persona que otro actante usa para consumir su deseo) y otros hostiles (otro que desea lo mismo que el sujeto). Sucede a veces que los otros hostiles pertenecen a un estrato personal cercano al de la voz narradora, por ejemplo, el familiar.

White (1994) señala que en el proceso de narrar, de *externalizar*, las personas se permiten describir sus situaciones emocionales, laborales, sociales, y cómo es que esas influyen en sus vidas. Una vez que logran identificar esos elementos los individuos pueden tomar distancia de esas historias, “las personas quedan en libertad de explorar otras ideas preferidas sobre lo que ellas mismas podrían ser, otros conceptos preferidos que las personas podrían incorporar en su vida” (p.33). Otra forma de realizar análisis del discurso en el contexto de la investigación de procesos psicoterapéuticos es a través del análisis de la intersubjetividad, en específico, de los actos del habla implicados en los intercambios lingüísticos entre los interlocutores.

Austin propuso la teoría de los actos del habla. Para el autor, al hablar se realizan tres tipos de actos: los actos locutivos (aquello que se dice),

los actos ilocutivos —lo que se hace al hablar, como declarar, felicitar, afirmar—, y los actos perlocutivos —cuáles son los efectos de los dos actos anteriores: luego de un saludo, el interlocutor responde también con un saludo (Arístegui et al., 2004).

Un proceso psicoterapéutico individual es un contexto en el que se da un fenómeno intersubjetivo, un marco en el que se pretende generar una colaboración entre consultante y psicoterapeuta para el logro de los objetivos terapéuticos. Los participantes se influyen mutuamente en diferentes niveles: verbal, paraverbal y no verbal. El encuentro que sucede en psicoterapia puede tener una de dos desembocaduras: se genera un contexto armonioso en el que el sujeto puede elaborar sus vivencias traumáticas, o pueden existir entrampamientos que dificulten el logro de los objetivos terapéuticos (Stoppiello, 2021). Lo anterior implica algo que se señaló anteriormente respecto de los *enactments*: La contratransferencia es un fenómeno ineludible e implica, de manera general, las respuestas inconscientes del terapeuta hacia la figura del consultante.

El *enactment* ocurre cuando el terapeuta ocupa el lugar de uno de los personajes de la historia del consultante, y puede tener un carácter no favorable para el logro de las metas clínicas (resistencial), o puede ser acorde a los objetivos terapéuticos. El análisis de los actos del habla en el contexto terapéutico permite identificar no solo lo que dicen los interlocutores en las sesiones de psicoterapia, sino cómo lo dicen. En ese sentido, es posible identificar los momentos en los que se despliega un *enactment*; un momento específico de la conversación en el que el terapeuta, en el caso del *enactment* resistencial, se coloca de manera involuntaria como una figura que aparece como traumatizante en las narrativas del consultante.

ALGUNOS MÉTODOS EMPLEADOS EN EL ESTUDIO DE PROCESOS PSICOTERAPÉUTICOS

En años recientes se han hecho varios esfuerzos por realizar investigaciones de procesos psicoterapéuticos desde el análisis del discurso, lo que ha dado lugar a la emergencia de algunos métodos de análisis. Se presentan en este apartado dos de esos métodos: el Sistema de Codificación de la Actividad Terapéutica (SCAT), desarrollado por Mariane Krause, Nelson

Valdés y Alemka Tomicic, y el Algoritmo David Liberman (ADL), desarrollado por David Maldavsky.

El SCAT tiene como objetivo codificar las acciones comunicativas enunciadas en las interacciones dentro de las sesiones psicoterapéuticas. El proceso de análisis contempla tres dimensiones: 1) la forma básica, que distingue entre aseverar, negar, preguntar y dirigir; 2) la intención comunicacional, que contempla el explorar, sintonizar y resignificar, y 3) la técnica empleada, que se refiere al reflejo, interpretación, confrontación e información. Se lleva a cabo una segmentación en turnos de palabra, que puede subdividirse para codificar diferentes formas básicas e intenciones comunicacionales. La utilidad de este método es que permite comprender cómo es que el cambio psicológico se va co-construyendo a través de las interacciones verbales (Krause et al., 2009).

Diversas investigaciones han hecho uso del método para investigar diferentes fenómenos en los procesos psicoterapéuticos, por ejemplo Ferrel y Roque (2021), a través del SCAT, se enfocaron en el análisis de una sesión de psicoterapia: la externalización durante la fase de bautizo del problema en una sesión de terapia de pareja. Rodríguez (2024) analizó los momentos de cambio en un proceso de psicoterapia de una consultante con síntomas de ansiedad; De Santiago (2023) indagó sobre los momentos de cambio y estancamiento en dos casos de psicoterapia de mujeres con intento suicida.

Por su parte, el ADL es un método que articula los aportes de la teoría psicoanalítica y elementos del análisis del discurso. Su propósito, en el marco de la investigación de procesos psicoterapéuticos, es la identificación de deseos inconscientes y mecanismos de defensa que se expresan a través del discurso y la conducta de los consultantes. Proporciona un inventario de siete deseos, además de clasificar los mecanismos de defensa en dos: funcionales y patológicos; también permite detectar el estado de la defensa, si este es exitoso, fracasado o mixto. Con el ADL es posible realizar análisis del discurso en diferentes modalidades (relatos, actos del habla, palabras, motricidades).

El método de análisis ha sido empleado en varias investigaciones de procesos psicoterapéuticos. Goldberg (2016; 2021) analizó sesiones de psicoterapia con pacientes púberes con el objetivo de detectar escenas de

alianza constructiva y de alianza obstructiva, a través del ADL en su modalidad de actos del habla; Maldavsky (2017a) realizó un estudio de las primeras sesiones de varios casos de psicoterapia, cuyo objetivo era identificar cuáles eran las estrategias empleadas por el terapeuta cuando este lograba o no la sintonía con el paciente a través del análisis de los actos del habla presentes en las intervenciones. En el caso de las narrativas, Sánchez et al. (2019) investigaron sobre las narrativas de vivencias traumáticas, tanto de origen sexual como moral.

CONCLUSIONES

En este capítulo se ha explorado el trauma psíquico desde una perspectiva psicoanalítica y cómo el análisis del discurso puede enriquecer la comprensión y el abordaje de este en la labor clínica. Se revisaron los fundamentos teóricos del trauma psíquico en el psicoanálisis, destacando las contribuciones de Freud, Ferenczi, Abraham y Winnicott. Sus aportes han permitido comprender los mecanismos inconscientes y las complejas dinámicas internas que están implicados en las vivencias traumáticas.

El análisis del discurso se ha presentado como una herramienta con mucho potencial en la investigación psicológica, con metodologías y técnicas que permiten desentrañar cómo las experiencias traumáticas son narradas y procesadas a través del lenguaje. Este posee la ventaja de que permite identificar y comprender la profundidad y complejidad del lenguaje en el contexto de la psicoterapia.

La integración del psicoanálisis y el análisis del discurso ofrece una perspectiva enriquecedora en tanto que combina una visión detallada de los procesos intrapsíquicos con una exploración de cómo estas dinámicas se manifiestan y se transforman a través del lenguaje. A su vez, también tiene implicaciones prácticas significativas, en tanto ofrece la posibilidad de desmenuzar los intercambios lingüísticos durante las sesiones de psicoterapia, y permite comprender las posiciones psíquicas que el terapeuta refuerza a través de sus intervenciones. Los terapeutas pueden utilizar estas herramientas para identificar y abordar de manera más efectiva los patrones de lenguaje y las narrativas que perpetúan el trauma, facilitando así el proceso de reelaboración.

Es decisivo continuar con el desarrollo de enfoques multidisciplinarios para el abordaje del trauma psíquico. La investigación empírica puede proporcionar evidencia robusta sobre la efectividad de las intervenciones. Además, es importante innovar y refinar herramientas y métodos que permitan una integración más fluida y efectiva de ambas disciplinas en la práctica clínica. La formación y educación de los terapeutas y profesionales de la salud mental podrían incluir estos enfoques integrados, promoviendo una práctica informada y más competente. Fomentar la colaboración interdisciplinaria entre investigadores y clínicos de diferentes disciplinas también es esencial para desarrollar enfoques integrados y comprensivos.

REFERENCIAS

- Abraham, K. (1994). Capítulo 1. La experimentación de traumas sexuales como una forma de actividad sexual. En K. Abraham, *Psicoanálisis clínico* (pp. 35-47). Lumen-Hormé. (Trabajo original publicado en 1907).
- Aristegui, R., Reyes, L., Tomicic, A., Vilches, O., Krause, M., de la Parra, G., Ben, P., Dagnino, P., Echávarri, O., & Valdés, N. (2004). Actos de habla en la conversación terapéutica. *Terapia Psicológica*, 22(2), 131-143.
- Barthes, R. (1970). Introducción al análisis estructural de los relatos. En R. Barthes. *Análisis estructural del relato* (pp. 9-44). Tiempo Contemporáneo.
- Favero, A. B., & Rudge, A. M. (2009). Trauma y desmentida. *Psychologica* (50), 169-180. https://doi.org/10.14195/1647-8606_50_8
- Dare, C., Dreher, A., Holder, A., & Sandler, J. (1992). *The Patient and the Analyst*. Routledge.
- De Santiago, V. (2023). *Cambio terapéutico y estancamiento en pacientes con intento suicida: comparación de metodologías de análisis del discurso* [tesis de doctorado]. ITESO.
- Echeverría, R. (2003). *Ontología del lenguaje*. Comunicaciones Noreste.
- Ferenczi, S. (1984). Confusión de lengua entre los adultos y el niño. El lenguaje de la ternura y de la pasión. En S. Ferenczi, *Obras completas: Tomo IV*. Espasa-Calpe.

- Ferenczi, S. (2008). Sobre el efecto duradero de exigencias genitales activas y pasivas “obligatorias” impuestas a niños pequeños. En *Sin simpatía no hay curación. El diario clínico de 1932*. José L. Etcheverry (Trad). Amorrortu.
- Ferrel, F., & Roque, B. (2021). Prácticas de externalización en terapia de pareja. *Redes*, (43), 49–64.
- Forastieri, R. (2015). La historia de la historiografía y el desafío del giro lingüístico. *Revista Internacional de Teoría e Historia de la Historiografía*, 8(17), 377–395.
- Freud, S. (1893). Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos. En S. Freud, *Obras completas: Vol. III. Primeras publicaciones psicoanalíticas (1893–1899)* (pp. 25–40). Amorrortu.
- Freud, S. (1896). Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa. En S. Freud, *Obras completas: Vol. III. Primeras publicaciones psicoanalíticas (1893–1899)* (pp. 157–184). Amorrortu.
- Freud, S. (1899). Sobre los recuerdos encubridores. En S. Freud, *Obras completas: Vol. III. Primeras publicaciones psicoanalíticas (1893–1899)* (pp. 291–316). Amorrortu.
- Freud, S. (1905). Tres ensayos de teoría sexual. En S. Freud, *Obras completas: Vol VII. “Fragmento de análisis de un caso de histeria” (caso “Dora”), Tres ensayos de teoría sexual, y otras obras (1901–1905)* (pp. 109–224). Amorrortu.
- Freud, S. (1910). Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica. En S. Freud, *Obras completas: Vol. XI. Cinco conferencias sobre psicoanálisis, Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci, y otras obras (1910)* (pp. 130–142). Amorrortu.
- Freud, S. (1912). Sobre la dinámica de la transferencia. En *Obras completas: Vol. XII. Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, y otras obras (1932–1936)* (pp. 93–106). Amorrortu.
- Freud, S. (1913). Sobre la iniciación del tratamiento. En S. Freud, *Obras completas: Vol. XII. Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, y otras obras (1932–1936)* (pp. 121–144). Amorrortu.
- Freud, S. (1914). Recordar, repetir y reelaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II). En S. Freud, *Obras completas: Vol. XII. “Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente” (caso*

- Schreber), *Trabajos sobre técnica psicoanalítica, y otras obras (1911-1913)* (pp. 145-158). Amorrortu.
- Freud, S. (1915). Puntualizaciones sobre el amor de transferencia (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, III). En S. Freud, *Obras completas: Vol. XII. "Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente" (caso Schreber), Trabajos sobre técnica psicoanalítica, y otras obras (1911-1913)* (pp. 159-174). Amorrortu.
- Freud, S. (1917). Conferencias de introducción al psicoanálisis. 27ª conferencia. La transferencia. En S. Freud, *Obras completas: Vol. XVI. Conferencias de introducción al psicoanálisis (parte III) (1916-1917)* (pp. 392-407). Amorrortu.
- Freud, S. (1920). Más allá del principio de placer. En S. Freud, *Obras completas: Vol. XVIII. Más allá del principio de placer, Psicología de las masas y análisis del yo, y otras obras (1920-1922)* (pp. 1-62). Amorrortu.
- Freud, S. (1932). 32ª conferencia. Angustia y vida pulsional. En S. Freud, *Obras completas: Vol. XXII. Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, y otras obras (1932-1936)* (pp. 75-103). Amorrortu.
- Freud, S. (1939). Moisés y la religión monoteísta. En S. Freud, *Obras completas: Vol. XXIII. Moisés y la religión monoteísta, Esquema del psicoanálisis, y otras obras (1937-1939)* (pp. 1-132). Amorrortu.
- Freud, S. (1940). Esquema del psicoanálisis. En S. Freud, *Obras completas: Vol. XXIII. Moisés y la religión monoteísta, Esquema del psicoanálisis, y otras obras (1937-1939)* (pp. 133-210). Amorrortu.
- Gelso, C., & Hayes, J. (2002). The Management of Countertransference. En J. C. Norcross (ed.). *Psychotherapy Relationships that Work* (pp. 267-283). Oxford University Press.
- Goldberg, J. (2016). Conclusiones de una investigación acerca de alianza terapéutica y cambio clínico en pacientes púberes. *Subjetividad y Procesos Cognitivos*, XX (1), 100-109.
- Goldberg, J. (2021). La alianza terapéutica en debate: los aportes de David Maldavsky. En C. Tewel (Dir.). *Teoría y clínica en la obra de David Maldavsky* pp. 137-144. Ricardo Vergara Ediciones.
- Greimas, A. (1970). Elementos para una teoría de la interpretación del relato mítico. En R. Barthes. *Análisis estructural del relato* (pp. 45-87). Tiempo Contemporáneo.

- Íñiguez-Rueda, L., Martínez-Guzmán, A., & Flores-Pons, G. (2011). El discurso en la psicología social: desarrollo y perspectiva. En Ovejero, A. & J. L. Ramos (Coords.). *Psicología Social Crítica* (pp. 98–116). Biblioteca Nueva.
- Krause, M., Valdés, N., & Tomicic, A. (2009). *Sistema de Codificación de la Actividad Terapéutica (SCAT): Manual de Procedimiento*. Proyecto Fondecyt No.1080136, Psychotherapy and Change Chilean Research Program.
- Levy, E. (2018). El trauma de Freud a Lacan: una relectura teórica a partir del “giro lingüístico”. *Revista Argentina de Psiquiatría*, 29, 208–212.
- Maldavsky, D. (2013). *ADL Algoritmo David Liberman: Un instrumento para la evaluación de las defensas en el discurso*. Paidós.
- Maldavsky, D. (2017a). Sobre el establecimiento de la sintonía en la primera sesión y la defensa del paciente. *Summa Psicológica*, 14(2), 35–46. 10.8774/suma-vol14.num2-334
- Maldavsky, D. (2017b). Aportes al método de estudio de la mente (deseos y pensamientos) del terapeuta en la sesión, en particular en las perturbaciones contratransferenciales. *Subjetividad y procesos cognitivos*, 21(1), 84–104.
- Maldavsky, D. (2017c). Investigación empírica de la contratransferencia con el algoritmo David Liberman (ADL): Operacionalización del concepto, síntesis del método, hallazgos y conclusiones. *Subjetividad y Procesos Cognitivos*, 21(2).
- Ricoeur, P. (2013). *Escritos y conferencias 3*. Siglo XXI.
- Rodríguez, D. (2024). *Momentos de cambio en una consultante con síntomas de ansiedad. Análisis desde la perspectiva de un psicoterapeuta en formación* [Tesis de maestría]. ITESO.
- Sánchez, A. (2016). El análisis del relato y su qué ver en el método del Algoritmo David Liberman, bajo un epílogo: problematización desde la experiencia. En T. Zohn, E. Gómez & R. Enríquez (Coords.). *Psicoterapia y problemas actuales. Debates y alternativas* (pp. 257–282). ITESO.
- Sánchez, A. (2022). Teoría y aplicación del análisis narrativo en material transcrito: actantes, atributos y transformaciones. *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, 28(55), 57–78.

- Sánchez, A., & Lozano, E. (2018). Estudio de las narraciones de un sujeto joven en miras de evidenciar los pensamientos preconscientes, identificando los lenguajes y defensas mediante el Algoritmo David Liberman. *Subjetividad y Procesos Cognitivos*, 22(2), 105-125.
- Sánchez, A., Gutiérrez, O. & Macías, L. (2019). Análisis de las narrativas de sujetos traumatizados por abuso. *Avances en Psicología*, 27(2), 153-165.
- Santander, P. (2011). Por qué y cómo hacer Análisis de Discurso. *Cinta moebio*, (41), 207-224.
- Segal, H. (1993). Countertransference. En A. Alexandris & G. Vaslamatzis (Eds.), *Countertransference. Theory, technique, teaching* (pp. 13-20). Karnac Books.
- Stoppiello, L. (2021). La subjetividad y la intersubjetividad como condiciones necesarias para el advenimiento del sujeto. *Subjetividad y Procesos cognitivos*, 25(1), 1-8.
- Urra, E., Muñoz, A., & Peña, J. (2013). El análisis del discurso como perspectiva metodológica para investigadores de salud. *Enfermería Universitaria*, 10(2), 50-57.
- White, M. (1994). *Guías para una terapia familiar sistémica*. Gedisa.
- Winnicott, D. W. (1984). La relación inicial de una madre con su bebé. En D. W. Winnicott, *La familia y el desarrollo del individuo* (pp. 29-35). Hormé. (Trabajo original publicado en 1960).
- Winnicott, D. W. (2006). El concepto de trauma en relación con el desarrollo del individuo dentro de la familia. Fusión de dos versiones similares de un ensayo escrito en marzo y mayo de 1965. En D. W. Winnicott, *Exploraciones psicoanalíticas I* (pp. 161-181). Paidós. (Trabajo original publicado en 1965).

Las consecuencias psicológicas de las experiencias traumáticas en la identidad desde el enfoque narrativo: re-construcción y re-historización

BERNARDO ENRIQUE ROQUE TOVAR

ARACELI CASTELLANOS ACEVES

En este capítulo se explorarán a detalle las consecuencias psicológicas que permean la identidad de una persona que ha experimentado violencia, asociándose principalmente al Trastorno de Estrés Postraumático (TEPT). Se pondrá énfasis en la población de mujeres que han sufrido maltrato de pareja. La finalidad es señalar aspectos importantes de la atención clínica psicoterapéutica de este fenómeno, en especial, la perspectiva de la Terapia Narrativa que Michael White y otros autores han desarrollado desde los principios de la terapia posmoderna y la cosmovisión socioconstruccionista. Asimismo, se ilustrará como ejemplo esta perspectiva mediante una viñeta de caso, con la Escala de Asimilación de Experiencias Problemáticas (APES), para ofrecer recomendaciones en la práctica clínica.

TRAUMA

El trauma ha sido estudiado en su complejidad y ha evolucionado en su comprensión. Diversos autores coinciden en que es una experiencia que sobrepasa la capacidad de afrontamiento desde la subjetividad de la persona. Para algunos, se define como una herida, una reacción integrada cuerpo-mente, un daño que produce cambios en la identidad y en la percepción de sí mismo. Con el tiempo, se manifiesta en su vida cotidiana, en las interacciones y atribuciones que se dan a las experiencias que integran a la persona.

Históricamente, la comprensión del trauma ha avanzado de manera significativa. Estudios desarrollados por autores contemporáneos en el siglo XIX, como Charcot, Breuer, Freud y Pierre Janet, tanto en el ámbito médico como psiquiátrico, identificaron el trauma como resultado de eventos estresantes que sobrepasan los mecanismos emocionales de afrontamiento (Traver, 2016). Estos autores lo conceptualizaron de diferentes maneras, como trauma psíquico, histeria traumática o conversiva, neurosis sexual e ideas fijas. Inicialmente, se pensaba que el trastorno afectaba solo a mujeres. Posteriormente, se observó la misma sintomatología en hombres que habían vivido combates de guerra y desde entonces el trauma se caracterizó y generalizó por síntomas de disociación, constricción, pérdida de memoria, hiperexcitación tanto somática como emocional y congelamiento (Levine, 1999). Freud, por su parte, en términos de la terapia psicoanalítica, enfatizó el papel del lenguaje y la narración de la experiencia traumática, conocida como la cura por la palabra, apoyada en el método de abreacción o catarsis impulsado por Breuer (Traver, 2016).

Martínez Ibáñez (2010) condensó la etiología del trauma en tres momentos durante el siglo XX:

1. Histeria como desorden psicológico de las mujeres, un movimiento político republicano y anticlerical, dado a fines del siglo XIX.
2. Traumas de guerra o neurosis de combate en Inglaterra y Estados Unidos con la guerra de Vietnam.
3. Violencia sexual y doméstica, en el contexto político del movimiento feminista.

Realizar esta síntesis histórica permite referir los orígenes de la comprensión del fenómeno traumático. Más allá de estudiar la historia y los detalles, es útil generalizar cómo se desarrollaron los criterios psicoterapéuticos que propiciaron las diferentes intervenciones para sanar la experiencia dolorosa; en este caso, el relato narrado o la voz predominante de los consultantes.

El trauma puede manifestarse en la vida de las personas a través de experiencias adversas como la violencia sexual y doméstica (Martínez Ibáñez, 2010). Algunos ejemplos incluyen agresiones sexuales, relaciones de pareja traumáticas, actos de terrorismo, tortura, secuestro, delitos

violentos o suicidios de personas cercanas (Rothschild, 2015). El trauma psíquico incide profundamente en la personalidad (Cagnoni & Milanese, 2010). La exposición continua a situaciones violentas y traumáticas puede llevar al entumecimiento psíquico y a alteraciones de la personalidad y conducta (Lynn-Whaley & Sugarman, 2017).

La Organización de las Naciones Unidas (ONU, 2023) ha destacado un aumento constante de las agresiones y homicidios asociados al género en varios países. La violencia de pareja tiene implicaciones no solo físicas, sino también morales y simbólicas (Segato, 2003), afectando la integridad de la persona desde aspectos físicos, sexuales, psicológicos o patrimoniales.

Los contextos de dominio y poder instalados socialmente aumentan las posibilidades de sufrir experiencias de violencia, y las relaciones de pareja no son la excepción. Aunque no se puede afirmar que toda relación de pareja sea violenta, en cualquier momento puede presentarse maltrato dado el contexto normalizado (Martínez Pacheco, 2016). Estudiar el trauma psicológico implica acercarse a la vulnerabilidad del ser humano, ya que los contextos de violencia incrementan el riesgo y la posibilidad de experimentar algún suceso traumático, especialmente por condiciones de género. Como ya se ha mostrado en la introducción del presente libro, el contexto de violencia social en México tiene un impacto similar al interior de las familias y las parejas. El problema social de la violencia es abordado desde nuestra perspectiva por sus efectos, mediante el tratamiento de la vivencia traumática recurrente.

La American Psychiatric Association (APA, 2014) indicó que los síntomas del TEPT incluyen la reexperimentación del trauma, comportamientos de evitación, síntomas de activación persistente y pensamientos negativos. El TEPT se presenta entre 25% y 30% de los casos y se manifiesta con inestabilidad en las relaciones interpersonales, imagen negativa de sí mismo, emociones intensas y alta impulsividad (Frías & Palma, 2015).

El Manual Diagnóstico DSM-5 ha atribuido la etiología del trauma a eventos causados por violencia física y de carácter sexual, tanto como experiencias directas o indirectas (APA, 2014). Los aspectos que lo componen son:

- Evento traumático
- Reacciones emocionales al evento, como miedo, impotencia, horror
- Presencia de otros síntomas

Se sabe que para que una experiencia se convierta en traumática no es necesario vivirla en primera persona; ser testigo o conocer alguna situación puede implicar trauma (Echeburúa & Corral, 1997). A este fenómeno también se le llama trauma vicario y se ha explicado a nivel cerebral por las funciones de las neuronas espejo (Van der Kolk, 2015).

Numerosos estudios sobre la relación entre violencia y TEPT evidencian los efectos negativos en la vida de las personas, tanto en sufrimiento como comportamiento, además de ser un problema frecuente (Posada & Parales, 2012). Por ejemplo, Labrador, Fernández-Velasco y Rincón (2010) identificaron que las mujeres víctimas de violencia de pareja presentaron TEPT, depresión, problemas de adaptación, baja autoestima y cogniciones disfuncionales de tipo traumático.

El maltrato en la pareja se ha normalizado (Linares, 2006; Póo & Vizcarra, 2008). Los tipos de violencia más comunes son de tipo psicológico (Ramos, 2021). La violencia que implica mayor control coercitivo conlleva una mayor posibilidad de daño traumático, ya que se combina física y psicológicamente, repercutiendo directamente en la salud mental e implicando la obligación de realizar acciones en contra de la voluntad propia (Navarro Góngora, 2015).

Se genera una pauta de sometimiento, miedo y humillación con repercusiones inmediatas y secuelas a nivel neurológico y conductual de tipo traumático (Navarro Góngora, 2015). Linares (2006) describe el maltrato de pareja como un patrón de comportamiento abusivo que busca ejercer control y poder sobre la víctima, incluyendo diversas formas de abuso físico, psicológico y emocional.

El trauma puede presentarse, aunque no reúna todos los criterios del TEPT, manifestándose a través de voces de depresión y ansiedad, lo cual es más probable cuando el maltrato base fue de abuso sexual o violencia doméstica (López, 2015). El daño es mayor cuando el agresor es una persona cercana al sistema familiar y cuando existe un vínculo emocional (Linares, 2002; Pérez, 2006). Asimismo, cuando en la relación cercana hay intención de lastimar, se disminuye la probabilidad de elaboración

del trauma y se colapsa la organización simbólica (Álvarez de Diego, 2021).

Se concluye que la presencia de un trauma implica un shock por el impacto ante un acontecimiento negativo cargado de intensidad, brusco e inesperado, incontrolable y que pone en riesgo la integridad tanto física como psicológica, marcando una fuerte experiencia de indefensión. Este atrapamiento no culmina en el momento de la acción, sino que permea el mundo psíquico, los mecanismos cerebrales para el estado de alerta se trasladan al cuerpo y reflejan la identidad de la persona (Navarro Gón-gora, 2015).

La persona se convierte en un ser habitado por el trauma. Al tener una pérdida física no solo sufre, sino que también su realidad simbólica se altera: la percepción, la regularidad de vida, su visión del mundo y su confianza, creencias e ideales que daban consistencia a su vida ordinaria (Pérez, 2006). Se ha observado que en acciones de forzamiento sostenidas en ideales y lógicas de sobrevaloración de lo masculino y de machismo exacerbado las mujeres se ven afectadas física y mentalmente en su autoestima, integridad, autoconfianza e identidad.

La experiencia traumática, aunque fue vivida en una situación real que desbordó los recursos de afrontamiento de la persona, provoca la respuesta de alerta —ataque o huida— en situaciones posteriores que la evocan, llegando incluso a la parálisis o al congelamiento (Levine, 2021). Estas reacciones, al no ser percibidas como adaptativas y estar relacionadas directamente con el trauma, a veces generan confusión o disociación, experimentando irrealidad y angustia (Rothschild, 2015).

El verdadero problema no es solamente la vivencia traumática, sino las voces de dolor y las historias de confusión que permanecen dentro de la persona, las cuales requieren ser elaboradas y comprendidas (Levine, 1999). La psicoterapia ha demostrado ser una herramienta fundamental para la prevención y asimilación de eventos traumáticos, permitiendo a la persona ver el mundo de manera diferente y enseñándole a su cuerpo que el peligro ya pasó (Van der Kolk, 2015). El tratamiento psicoterapéutico debe confiar en la autoorganización de los estados mentales (Martínez Ibáñez, 2010) y procurar al menos tres elementos para la cura: elaborar, asimilar y resignificar (Pérez, 2006; Echeburúa & Corral, 2007; López, 2015).

COMPRENSIÓN Y ATENCIÓN PSICOTERAPÉUTICA DEL TRAUMA

Las consecuencias del suceso traumático incluyen alienación, percepción de incomprensión y sensación de ser juzgada. En el plano sintomático aparecen el silencio, pesadillas, repliegue y aislamiento, pesimismo y culpa, y la búsqueda de una nueva identidad, de un orden en el caos y de aceptación de la realidad. Esto generará en algún momento la necesidad de reconstruir lo ocurrido y encontrarle un sentido (Pérez, 2006).

Levine (1999) propuso que, más allá del modelo médico, para fines de la reparación, se observe el trauma como resultado de un proceso natural que se desajustó. Históricamente, el trauma ha sido tratado como un desorden psicológico, se busca una propuesta integradora para curarlo. Se consideran efectos negativos y positivos, en que los positivos incluyen la posibilidad de elaboración y asimilación de lo que no pudo procesarse; los negativos pueden generar un agujero psíquico, debilitando el psiquismo (Levine, 1999). El efecto de invisibilidad que sufre una persona bajo maltrato lleva a un silencio doloroso y desigual en una relación que invalida sus experiencias. Mantener la realidad traumática en la conciencia requiere un contexto social que reafirme y proteja a la víctima, especialmente sus redes cercanas (Linares, 2002).

Es probable que las narrativas de trauma estén socialmente agotadas en su dimensión verbal, porque en ocasiones el contexto inmediato no permite que surjan de manera creíble, dada la hiperactivación emocional, la persona tiene necesidad de escindirse (Pérez, 2006). El yo invisible tiene relación directa con la anulación, se complejiza por la desconfirmación, el “tú no existes” que se traduce en disociación, en este sentido, la identidad de víctima es retroalimentada entre dolor, sentimientos de injusticia y patrones relacionales y de conducta que giran en ese círculo traumático y maltratante (Linares, 2002). Desde luego que estas consecuencias también tienen una relación directa con quién es el abusador y la etapa del desarrollo (niñez, adolescencia o adultez) de la persona que sufre el abuso, así como el tipo de relación sostenida con quien maltrata (familiar o de pareja, por ejemplo).

En cambio, se ha observado que cuando se presentan catástrofes masivas el daño traumático es menor y se asocia a la naturalización de sentirse y saberse víctimas. El “dolerse en conjunto”, saberse acompañados,

comprendidos, porque el dolor tiene un lugar de validación y la experiencia de disociación y la rumiación tienen menos razón de ser (Lynn & Sugarman, 2017). El reconocimiento social ante un hecho traumático es importante y trascendente, en función de “ser creído” como una víctima de abuso (Pérez, 2006). Y este reconocimiento se ejerce en el proceso psicoterapéutico, por la estructura y narración del acontecimiento, sin la negación de la experiencia (Linares, 2002).

Se han realizado numerosos estudios que han mostrado los efectos positivos después de un hecho traumático, ya sea por catarsis, porque se brinda coherencia y sentido interno a la experiencia, porque facilita su integración, se recibe validación y reconocimiento (Pérez, 2006). Sin embargo, las personas pueden dotar sus vidas de nuevos significados y desarrollar emociones más amigables, aun en situaciones extremas (Echeburúa & Corral, 2007). El trauma puede convertirse en una experiencia con el mayor potencial para un aprendizaje profundo de vida en su dimensión psicológica, espiritual y humana (Levine, 1999; López, 2015).

Para ello es útil el tratamiento psicoterapéutico, en el que se pueden procesar las huellas traumáticas, las sensaciones y, sobre todo, la pérdida de control sobre la persona misma. El reto es volver a adueñarse de su cuerpo y su mente, sentirse libres de saber lo que saben y sienten, tranquilos, tener calma ante las imágenes que aparecen, encontrar la forma de estar vivos interactuando con el presente y no tener que esconderse cosas a sí mismos (Van der Kolk, 2015). El trauma no es lo que pasa, sino lo que queda dentro de la persona y las emociones son un canal de información que pasa en primer plano, aparece con un sentido y un aviso que dar para actuar de forma adaptativa en términos de supervivencia (López, 2015; Rothschild, 2015). En este sentido, el “pasado sí cambia” en cuanto a la realidad psíquica, la manera en la cual la persona ha representado la vivencia traumática.

Cuando el sufrimiento se acumula y los recursos psíquicos se ven limitados en el momento de atravesar un evento traumático, se hace presente de forma dramática y la historia de traumas previos se pueden sobrellevar por medio de la psicoterapia, las huellas son duraderas y los restos mnémicos se graban como una impronta (Álvarez de Diego, 2021).

Por medio de la psicoterapia se han observado modificaciones en las relaciones interpersonales, en las que la familia o el grupo se ha cohesionado

alrededor de la desgracia, se han compartido sentimientos y se ha utilizado más el apoyo social. Además, se producen cambios en la filosofía de vida, apreciando más lo que se tiene, cambiando la escala de valores y priorizando otros aspectos, disfrutando más las pequeñas cosas, redescubriendo o reforzando la esperanza, la confianza en sí mismo y el sentido de vida (Pérez, 2006).

En materia de atención psicoterapéutica es importante intervenir a la persona con trauma de forma compleja y sistémica. Se confía en la auto-organización de los estados de la mente y las relaciones interpersonales. Se parte de la idea de que es una dinámica no predecible que debe ser procesada para no terminar en el caos, buscando siempre la salud y el restablecimiento (Levine, 1999). El foco terapéutico debe ser la experiencia psicológica del trauma y no la exactitud de los hechos. No se trata de forzar que se revele la historia o relatar la “verdad”, sino la representación psíquica de la experiencia. Desde una posición de comprensión y empatía, para que la persona logre identificarse en primera instancia como sobreviviente (Pérez, 2006; Traver, 2016).

En cuanto al ritmo de las narrativas del trauma, se sugiere nombrar y observar el estado corporal, hablar de ello, construir confianza y seguridad, preguntar cómo se siente el consultante y continuar cuando este lo considere. Es importante localizar y focalizar los cambios en la respiración, alguna opresión, la postura, la expresión facial y, con ello, comenzar a dar paso a las emociones de manera calibrada (Rothschild, 2015). Sanar el trauma implica conectar el cuerpo, la mente, las imágenes, las emociones, sensaciones y comportamientos desvinculados de los hechos y significados explícitamente almacenados. Cuando la persona comprende esas sensaciones y emociones, tanto en las narrativas como en el cuerpo, comienza a sentirse acompañada en un sentido más profundo.

Esto permite proponer una psicoterapia para el trauma que permita un cambio psíquico en las consultantes, considerando como aspecto clave su experiencia narrada con sus significados.

PERSPECTIVA DE LA TERAPIA NARRATIVA DE MICHEL WHITE PARA LA ATENCIÓN PSICOTERAPÉUTICA DEL TRAUMA

Este enfoque psicoterapéutico propone una deconstrucción lingüística que separa el problema de la identidad para alejar la influencia que este ejerce en las vidas de las personas. Desde una práctica narrativa, la mente no es solamente un aspecto cognitivo, sino interacciones sociales estructuradas mediante el lenguaje. Las iniciativas curativas del consultante se pueden movilizar dentro de las conversaciones terapéuticas a través de la co-construcción de un relato alternativo (Payne, 2002). El modelo constructivista parte de que la realidad es relativa y se construye mediante eventos de la vida convertidos en historias o narraciones, que cambian con el tiempo (Pérez, 2006).

La raíz de la terapia narrativa se ubica originalmente en la terapia familiar sistémica. Se parte desde una perspectiva relacional, que no prioriza el mundo interno de las personas, sino sus dinámicas (Linares, 2006). Por otro lado, también procede del construccionismo social, el cual se enfoca en las relaciones de las personas y los paradigmas sociales y culturales, donde los discursos dominantes son los más arraigados (Díaz, 2007).

La terapia familiar interviene en las interacciones y los aspectos difíciles que hacen sufrir a los miembros (Linares, 2006). Uno de los modelos que se desprenden de estas epistemologías es la terapia narrativa. La terapia narrativa implica un acto de relatar secuencias escogidas de la vida. Aunque la mayoría de las psicoterapias implican el relato, en este modelo se incluye la re-narración desde los enfoques de White y Epston, Russell y Van den Broek (1992), Goncalves (1994), Anderson y Goolishian (1988), todas consideradas terapias narrativas. La principal referencia es el Dulwich Center en Australia, creado por Michael White (Mahoney, 2005).

Las experiencias personales están intrínsecamente vinculadas a las conversaciones sociales que rodean a la persona. Desde las múltiples voces de clientes y terapeutas, se fomenta un diálogo con la creación de nuevas narrativas que, si bien se experimentan de forma individual, también abren espacio a historias alternativas de resiliencia y relaciones dentro de gramáticas sociales y culturales más amplias (Lannamann & McNamee, 2020).

Lannamann y McNamee (2020) presentaron una propuesta relacional, colaborativa y dialógica desde la terapia familiar, como estrategia alternativa de definiciones objetivadoras de la patología. Estos autores sugieren evitar ideas preconcebidas sobre los consultantes, abriendo el espacio a una multiplicidad de voces y recursos para lidiar con el sufrimiento. Proponen generar puentes entre las voces dominantes o saturadas del problema y las no dominantes como construcciones de un relato alternativo y adaptativo.

En la terapia narrativa hay un principio llamado re-descripción, que consiste en liberarse de las etiquetas impuestas y mirarse en perspectiva. Por eso, las preguntas ayudan a modificar esas etiquetas (Metcalf, 2019). En este sentido, se puede escuchar la historia si el cliente insiste y añadirle un nuevo episodio, delimitando el incidente en un momento específico de su vida y describiendo su futuro preferido. Se trata de seguir su lenguaje, entrar en su visión del mundo para conectar con ellos y luego ayudarles a escribir un nuevo relato para que puedan empezar a funcionar de nuevo.

Bajo experiencias relacionales traumáticas, la persona incorpora un sentimiento de repudio hacia sí misma por la actitud del agresor, pierde su tranquilidad y convierte la historia de sí misma en un relato confuso que domina su experiencia. Circulan y redundan los síntomas y las relaciones presentes. La vida es observada desde la asimilación que la víctima ha hecho de las imágenes y representaciones que se tienen del perpetrador, y que han adquirido la categoría de veracidad de los hechos. Debido a ello, se impone para la persona desarrollar una mirada propia (White, 2007).

En el campo general de la psicoterapia está ampliamente documentado que es necesario enfrentar los recuerdos de las experiencias traumáticas desde una perspectiva que permita reconocerse como víctima y sobreviviente, para ir más allá de estas etiquetas. En otras palabras, reconstruir y re-historizar la experiencia traumática, por lo que se alienta al consultante a co-construir el relato re-narrándolo con aspectos no contemplados previamente y enriqueciendo la comprensión de la persona sobre su propia historia.

Los significados están en función del contexto, ya que las realidades son producidas por la interpretación que hacen los miembros acerca de las circunstancias sociales. A través de su uso contextualizado en la interacción y el habla, los objetos y eventos se transforman en significados

locales, que se articulan con las particularidades de la situación (McNamee & Gergen, 1996).

El trauma se diagnostica, trata y aborda individualmente. Sin embargo, se ha considerado implementar una perspectiva ontológica social del trastorno y su gramática, desde una terapia crítica del trauma, enmarcándolo a un nivel pragmático y no descriptivo. El argumento es que los sujetos no solo describen experiencias, sino que la discusión del discurso del trauma puede incluir un ensamble de eventos para trazar un sentido de este, construyendo hechos desde una ecología social y no desde prácticas individuales (Lannaman & McNamee, 2020).

Lo importante entonces no son los hechos, sino las versiones, y la terapia implicará construir nuevas narrativas de los hechos para la construcción de una identidad personal. El concepto de persona y de identidad está referido desde una construcción interpersonal, por lo que los paradigmas respecto del hecho traumático en cada persona tienen relación con sus asunciones básicas sobre el mundo y aspectos socioculturales (Pérez, 2006).

La identidad es una visión que tienen las personas de sí mismas y como actores en el mundo. Se forma en un proceso dialéctico de la persona con su entorno y se elabora introspectivamente desde su infancia. Sin embargo, no es un atributo intrínseco, sino dialéctico. El proceso de simbolización de la identidad es constante y dinámico, partiendo de un proceso de las interacciones con los otros y con el medio, con contrastes, corroboraciones y quiebres, en los que la persona posee elementos que la distinguen. Sin esa co-construcción no existiría identidad libre del efecto traumático (Pérez, 2006).

El trabajo terapéutico debe ir cerrando el campo y pasar de la vivencia del trauma a la identidad de víctima, para seguir a la supervivencia y luego a un viviente con un hecho traumático, capaz de amar su vida en un ser que ha sobrevivido un trauma. La prioridad de la terapia narrativa es responder a la persona y no imponerle acciones. Se le hacen preguntas potenciales para identificar acontecimientos extraordinarios y fomentar la práctica del significado. Para White y Epston la lingüística es importante porque puede distorsionar la experiencia (Payne, 2002).

Es importante bloquear narraciones estereotipadas de los hechos hasta que el contexto de la terapia permita hacer una reconstrucción para

trabajar una reelaboración de estos y la construcción de narrativas alternativas bajo condiciones distintas.

La persona entiende que puede ser útil rememorar los hechos de manera estructurada, desea hacerlo y comunicarlo cuando el vínculo de apoyo se ha establecido y se tiene el tiempo suficiente en la sesión para no quedar a la mitad (Pérez, 2006). Las versiones estereotipadas deben ser frenadas, porque cada vez que se repiten entre amigos y relaciones de forma mecánica no se vuelven útiles. La mayor labor será elegir el momento adecuado para conectar con las emociones y resignificar los hechos.

La conversación acerca de un problema genera el desarrollo de nuevos significados. Dialógicamente, y con la ayuda de la hermenéutica o la interpretación del lenguaje, se puede llegar a ello. El conocimiento cambia constantemente para vincular los relatos producidos socialmente con las relaciones humanas (Arce, 2005). En el modelo narrativo se da un proceso de diálogo en los juegos de lenguaje y círculo de comprensión, otorgando el derecho a no cambiar o modificar el comportamiento y sistema de significados. El desafío está en la negociación y co-construcción de maneras de ser viables y sostenidas, como repertorios adaptativos de las personas (Arce, 2005).

Un elemento muy importante para el tratamiento de las vivencias traumáticas desde este enfoque son las conversaciones de externalización. Las conversaciones de externalización son un elemento muy importante para el tratamiento de las vivencias traumáticas desde este enfoque. En ellas, la persona se mueve al campo de acción hacia un territorio que no es del problema y se sienten menos estresados por sus circunstancias. Es cuando comienzan a verbalizar intenciones y valores que contradicen las asociaciones del problema y las metáforas que usan las personas para caracterizar el problema y su influencia, donde realizan todos los esfuerzos posibles para liberarse de él (White, 2007).

También hay que evitar la totalización de los problemas, sin definirlos en términos negativos. A veces las esperanzas de salir del problema pesan demasiado y el trabajo consiste en honrarlas, sin atarlas a un compromiso. Así, se desarrolla un mapa que sirve como declaración de posición ante los problemas o preocupaciones del consultante. El terapeuta, desde una posición descentrada, comienza a investigar y ellos verbalizan más y más, evitando posicionarse sobre los problemas y recurrir al conocimiento

experto y, con ello, una serie de intervenciones. Se nombran cuatro categorías clave (White, 2007).

1. Negociar una definición del problema, particular y cercana a la experiencia que permita desplegar habilidades para afrontar.
2. Mapear los efectos del problema en los diferentes contextos de su vida.
3. Evaluar los efectos de las actividades del problema.
4. Justificar la evaluación, con la respuesta a los por qué, pero sin los juicios morales, sino con el objetivo de asociar las definiciones del problema en su vida.

Las historias que cuentan las personas son densas en cuanto a relatos dominantes, a veces desfasados, y no incluyen acontecimientos, excepciones o desenlaces extraordinarios. Es ahí cuando el terapeuta usa la trama dominante como punto de partida y se enriquece por medio de la re-autoría, cuyo mapeo tiene relación con la construcción del significado en que las personas viven su vida. Por ejemplo, con los panoramas de acción (eventos, circunstancias, secuencia, tiempo y trama) y conciencia (entendimientos intencionales, de valores, internos y de aprendizajes o saberes), los cuales fluyen hacia la construcción del contexto que blinda de significado los acontecimientos de sus vidas y que contradicen las tramas dominantes y limitantes. Esto se resume como agencia personal (White, 2007).

En cuanto a la re-membranza y construcción de narrativas, se implican conversaciones en relación con otras personas y tiempos, pasado y futuro. Descripciones que vinculan las creencias o símbolos compartidos por múltiples voces y ayuda a dar sentido de coherencia y funcionan como puerta a posibilidades para reconstruir conversaciones terapéuticas (Pérez, 2006; White, 2007).

De esta manera se conforman significados diferentes en los síntomas (Pérez, 2006): El miedo como un mecanismo de protección ante un hecho amenazante; los síntomas intrusivos, pesadillas, flashbacks y rumiaciones como intento de su cerebro para asimilar lo ocurrido, búsqueda de una explicación; la anestesia emocional, despersonalización y extrañeza como intentos de la mente para desconectarse y poner un poco de distancia

entre el mundo, ya que se puede dar un respiro para la recuperación. La evitación como un modo de protegerse e ir afrontando de forma gradual, dosificando el dolor; el deseo de aislarse como intentos por no perder el control, dadas las circunstancias; la hiperactivación y alarma, como una atención a todo lo ocurrido; el resentimiento, como un aspecto comprensible y esperable (Pérez, 2006).

En las conversaciones de andamiaje se recorren colaboraciones sociales para que las personas tomen distancia gradual y progresiva de lo que conocen. Vygotsky propuso que el distanciamiento permitiera cadenas de asociación, y se basa en que el aprendizaje resulta de la colaboración social, que recorre la zona de desarrollo próximo y permite elaborar conceptos que funcionan para configurar la vida junto al lenguaje y sus significados (White, 2007).

ABORDAJE CLÍNICO DE UN CASO DESDE EL ENFOQUE NARRATIVO

A continuación, y para ilustrar clínicamente la intervención psicoterapéutica desde la terapia narrativa en el abordaje de vivencias traumáticas, se presentará una serie de viñetas clínicas de un caso para ilustrar la intervención temprana desde este enfoque. El material clínico será explorado mediante el Análisis de Asimilación de las Experiencias Problemáticas (APES) propuesto por Stiles et al. (1990) para evaluar el grado en el cual las experiencias relatadas han permeado la identidad de la persona y, al mismo tiempo, analizar el cambio en la intervención que, desde un inicio se dirige hacia la deconstrucción, reconstrucción y re-historización del trauma.

La escala APES está compuesta por ocho etapas, las cuales incluyen las características del cambio en el proceso terapéutico (Honos-Webb, Stiles, Greenberg & Goldman, 1998).

1. Desconocimiento, el cliente no es consciente del problema, puede haber poco estrés, aparentando éxito evitativo con mínimo estrés.
2. Pensamientos indeseados. Pensamientos inquietantes, el cliente prefiere no pensar en ello, aunque las circunstancias los actualizan en sentimientos negativos como ansiedad, enojo, malestar.

3. Conciencia/emergencia vaga. Los clientes reconocen la existencia de la experiencia problemática y la describen como incómoda, asociada con pensamientos, pero no logran formular el problema claramente.
4. Clarificación y problema nombrado. Claro enunciado del problema, el afecto es negativo pero manejable.
5. Comprensión e insight. La experiencia problemática tiene lugar en un esquema, formulado y entendido, con enlaces de conexión. Los afectos se mezclan, algunos no placenteros y otros con sorpresa.
6. Aplicación y trabajo cognitivo. La comprensión es usada para trabajar sobre el problema, es una referencia para esfuerzos específicos de resolución y tiene efectividad. Los clientes describen alternativas.
7. Solución del problema. El cliente adquiere soluciones, el afecto es positivo y satisfactorio, orgulloso de sus logros.
8. Maestría: El cliente usa soluciones en otras situaciones. El afecto es más neutral.

El cambio se asocia con un patrón familiar de ideas y una forma de pensar, una teoría organizada, una narrativa un guion o asociación, en que se procesa un puente entre voces problemáticas y las que emergen en el proceso terapéutico, ligadas al cambio. Luego se presentará el abordaje inicial de un caso bajo los principios del enfoque narrativo, analizado a través del APES.

Se trata de una consultante mujer de 19 años, recién unida en pareja y con un hijo pequeño de año y medio. En su motivo de consulta refiere cambios en el estado de ánimo, enojos constantes con sus seres más cercanos (pareja e hijo).

En la recuperación de la historia familiar se aprecia una crianza en la que todo el tiempo era triangulada por su padre y su madre, ya que ellos han vivido en un pleito de separaciones constantes en el que ha habido violencia —en ocasiones simétrica y en otras complementaria— e infidelidades. Esto llevó a la consultante a desarrollar una alienación, en ocasiones con su padre y en ocasiones con su madre. Además, vivió agresiones y violencia también por parte de sus hermanos y medios hermanos.

En los segmentos de esta segunda sesión se recupera el análisis de la voz “el enojo en el estómago”. Se contextualiza como una reacción adaptativa en dos contextos diferentes. En su vida actual le causa muchas

dificultades con su pareja, su hijo y con las inconformidades que observa en la dinámica de la casa de sus suegros —donde ella vive—. Al deconstruir esa voz se llega a la conclusión de que “el enojo” era una manera de defenderse ante las agresiones de sus hermanos. Al finalizar la sesión, en la despedida, la consultante refiere que su medio hermano menor abusó sexualmente de ella en la infancia.

En los siguientes extractos podemos ver de qué manera la persona empieza a deconstruir esa voz del enojo en el contexto de las labores del aseo, ya que vive en casa de sus suegros, junto a su pareja y su hijo. Los turnos se identifican como “C” para la consultante y “T” para el terapeuta. Se utilizan pseudónimos y se han seguido las normas éticas de confidencialidad, anonimato y consentimiento informado para la recuperación del material clínico.

C: Porque, pues como le digo, hay cositas en la casa que pasan, que me hacen enojar.

T: Ok, déjeme ver, pues dame un ejemplo de algo que haya sucedido.

C: Este, usualmente nosotros hacemos el aseo cuando no está mi suegro por comodidad, porque yo desde que yo vivía con mis papás, no me gustaba que hubiera nadie en la casa para poder hacer aseo a gusto, me gustaba o al menos ellos se encerraban en su cuarto, mis papás y yo hacía el aseo a gusto y aquí mi suegro, aunque esté en la casa, es como que te dice “Haz esto, haz aquí”, o sea, te ve recogiendo y te manda y eso nunca me ha gustado.

T: Te anda ordenando.

C: Y pues usualmente lo hago cuando no está, es un día sí, y un día no, y se supone que mi suegra el día no... que él está, cuando él está, ella lo hace, nosotros lo hacemos un día antes, o sea, es que es camionero, trabaja rol, turnos rolados... este, y pues un día anterior lo hicimos que viene siendo, creo que el viernes, y el sábado, pues nosotros no nos tocaba hacer.

En estos turnos se puede apreciar una calificación de dos APES, un reconocimiento vago en niveles bajos de la escala. Se identifican emociones dolorosas, vulnerabilidad y un reconocimiento vago de la voz problemática (el enojo) en niveles intermedios. Además, se aprecia un asunto inconcluso con otros significativos en su familia de origen y que se retoma

al vivir en la casa de los suegros. En este punto, la voz dominante se podría enunciar como: “Hago el aseo más a gusto yo sola”. En otras palabras, evita la presencia del suegro cuando hace el aseo. La voz del suegro remueve en ella aquello que ha estado evitando: sentir el enojo.

El enojo que se hizo presente en el motivo de consulta tiene un significado y una función. Para la consultante se presenta como un problema, por lo que el intercambio terapéutico fomenta encontrar el sentido de la emoción sin juicios ni etiquetas, por lo que acercarse al enojo expandiendo la experiencia de incomodidad, cuando dice “no me gusta”, se comienza a negociar con la emoción, mapear en cuanto a sus efectos en el presente. En este caso, en la familia de los suegros y en cómo se manifiestan las consecuencias de la evitación. Poco a poco el diálogo se va adentrando en la voz identificada como problemática.

T: Ok.

C: Y pues mi suegra empieza a lavar los trastes, como lo normal, pues era su turno y mi suegro, como salieron y regresaron, nosotros nos quedamos en la casa, pues con el niño no podía dormir, así que lo intentamos dormir entre los dos, tardó como dos horas sin dormir y ellos llegaron y nos dijeron no, pues dijo: “Cris, estás lavando los trastes, ¿no fregaron ellos?”, o sea, como diciendo que nosotros “¿No íbamos a fregar nosotros?” No, nosotros no vamos a fregar, le tocaba a su, su...

T: ¿Cris es tu suegra?

C: Ajá, mi suegra, mi suegra, es la que estaba lavando y mi suegro es el que le gritó, este, que si ellos no lavaron los trastes, o sea, aunque se fueron y regresaron y pues ella no le dijo nada y él empezó a decir de que ‘Ay, Cris, ahí déjalos, déjalos ahí deja de hacer cosas’.

T: Mjm.

C: Y nosotros, ‘Pero ¿por qué si es su turno?’ Nosotros estábamos en nuestro cuarto y el niño apenas cayó en cuanto llegaron, también nosotros ponemos música para ambientar por sí, es que tenemos perros, ellos llegan y ladran los perros y nos lo despiertan.

En este segmento de la sesión la consultante oscila entre un nivel 1 (Pensamientos no deseados en niveles intermedios). Usa un lenguaje en segunda y tercera persona (no les tocaba a ellos el aseo) y un nivel 2 de

APES (reconocimiento vago de emociones dolorosas y vulnerabilidad). En este pasaje, la intervención del terapeuta se dirige hacia la escucha y conversación con esa voz no dominante que se aparece como un enojo.

Se sigue con el relato de cómo se manifiesta el conflicto; en la medida en que aumenta el reconocimiento de las emociones también se fomenta con las conversaciones terapéuticas el dar paso a la multiplicidad de voces, mediante pensamientos no deseados. La realidad y los discursos están asociados a las interacciones que se generan en su presente, con los significados de incomodidad e inquietud.

Cabe mencionar que, ante la vivencia de experiencias complejas, se presenta un quiebre psíquico que provoca confusión en la identidad, por lo tanto, autocuestionamientos, culpas, pérdida de autoconfianza, voces de ansiedad, autodesprecio y desconexión emocional. El camino terapéutico demanda generar la asimilación y elaboración para que el esquema confuso tenga mayor sentido. Esto se produce en un contexto que confirme y valide su discurso, sus voces y sus relatos.

T: Ok, entonces, digamos, Shantal, si te voy entendiendo bien, qué necesitas cómo ir, a ver, por ejemplo. ¿Cómo te digo esto?, digamos que estás aquí, ¿verdad?, pero tú quieres llegar acá, cómo poder ir dosificando el esfuerzo para que las dificultades que estás encontrando aquí, si te pones acá y las ves cómo sucedieron, ¿qué dirías de ellas? Digamos, aquí estás donde ya me imagino que, me imagino que ¿vivir juntos?

C: Separados, ya.

T: Separados, me imagino que ese es un objetivo, imagínate que ya sucedió. ¿Cómo verías aquí las cosas que sucedieron acá? ¿Qué dirías?

C: Por fin, ja, ja... Pero pues intentar lograr, como que de qué, ah, qué bueno que hice estas cosas que no, o bueno, pudo haber salido mejor esta cosa, o ya sea así, bueno, las dificultades es que usualmente ya, los enojos son momentáneos, así no, no me pongo a pensar mucho en ellos, pero sí me pongo a pensar de que 'Debí haber hecho esto', 'no me debí haber comportado así porque causé algo peor', pero bueno, al menos ya estamos hasta acá, ya estamos solos.

T: Ok, por ejemplo, que si estuvieras acá y veías esas versiones, ¿cuáles dirías: Pude haber reaccionado distinto?

C: Uno como por haberle dicho con un tono más calmado porque dice que hablo muy, muy enojona, dice hablo muy enojona.

T: ¿Y sí?

C: A veces, ja, ja.

La intervención del terapeuta desafía a la voz dominante, el “enojo” comienza a externalizarse. La consultante identifica un reconocimiento vago de un cambio deseado (vivir separados). Al mismo tiempo, comienza a haber un diálogo con esa voz no dominante, a enunciar el problema, clarificarlo, lo cual sería un nivel 3 de APES. Se manifiestan “deseos y deberías conflictivos” de no enojarse, de no haber hecho esto o aquello. La voz del enojo comienza a tener una integración en la historia de la persona, a la vez que se empieza a marcar una distancia con ella. Se enuncia algo sobre lo que se puede trabajar, aunque todavía no hay una conexión con el resto de los elementos. En el siguiente pasaje de la sesión la intervención del terapeuta intenta establecer un diálogo más directo con esa voz, a través del uso de una metáfora:

T: Claro, ok, digamos que tenemos tres cerebros y uno está aquí.

C: ¿En la comida? Ja, ja ¿En la panza? Ja, ja.

T: No, en los afectos, los sentimientos, las reacciones viscerales, ¿sí lo has escuchado?, las reacciones viscerales, y aquí están las vísceras.

C: Ah.

T: A veces pensamos con el estómago cuando estamos enojados.

C: Por eso me dice el doctor que ando mala de eso, ja, ja.

T: Ja, ja, y es literal, no, no es nada.

C: Sí, que ando bien estresada, enojona.

T: Sí.

C: De hecho, me tocó aquí y yo, ‘ay, me dolió’.

T: Y ahí se siente.

C: Se sintió.

T: Porque se llena de aire y entonces se oyó un vacío, o sea, es literal, no, no es tan, tan inventado el asunto, o sea ¿te duele mucho aquí seguido?

C: A veces, más cuando quiero del baño, pero me viene un dolor insopon-
table, insoportable, pero, o sea, aunque haya hecho del baño ya en ese día.

T: Es estrés, ¿no? O sea, el objetivo es cómo podemos conectar el estómago, con el corazón y la cabeza ¿no?

C: Los tres cerebros.

Las respuestas de la consultante ante la metáfora propuesta por el terapeuta se orientan hacia establecer una conexión entre los síntomas somáticos y el enojo que siente. Se trata de un nivel 3 de APES, en el que se empiezan a reconocer deseos y deberías conflictivos, y el cuerpo empieza a expresarse y se establece un diálogo que pretende enunciar el problema, clarificarlo. El terapeuta le proporciona una base sobre la cual nombrarlo: estrés. La idea de los tres cerebros, más allá de sus componentes empíricos-científicos, se ofrece como una forma de integrar esa voz del enojo en una totalidad mayor, una remembranza, que en un juego de palabras quiere “reunir los miembros” (*re-member*, en inglés).

Se han establecido puentes entre emociones, significados y corporalidad. Se intenta establecer la conexión con el lenguaje. Ahora se habla del estado corporal, de la emoción, comienza a sentir libremente, ya se ha nombrado, bautizado y externalizado la voz: el enojo. La externalización permite sacar el problema de la identidad y poderlo observar sin percibir riesgos, ya que es un ente ajeno. Así, se puede delimitar cómo actúa, con quiénes, en cuáles dinámicas relacionales y bajo qué funcionamientos. Además, se integra en la experiencia para agrupar y dar término a la visión fragmentada y confusa.

Es importante recordar que la integración corporal, lingüística, emocional y experiencial en cuanto sus dinámicas relacionales, abre camino al aprendizaje esperado, para completar esos huecos olvidados, perdidos de vista. Por medio de la co-construcción terapéutica en forma de preguntas e intervenciones más directivas, los elementos de la historia se agrupan para tener una mirada de sí mismos con esperanza, pensando en un futuro posible, reflexionando desenlaces inesperados, sin que el problema esté presente en su vida.

En el siguiente extracto, el terapeuta le propone a la consultante la externalización del problema, a través de bautizarlo con un nombre con el cual lo identifique.

T: Ok. ¿Cómo le quieres poner a esto que sientes aquí? ¿Qué nombre? Ponle un nombre, Shantal.

C: De que, nombres con G, no sé por qué.

T: ¿Con G? ¿Qué nombre le quieres poner? A eso que sientes aquí.

C: Pues un George.

T: Ok, George, ok.

C: Así como un George, así con G.

T: Ok, George, y ¿cuánto quieres a George en tu vida?

C: Pues no mucho, ja, ja.

T: Ja, ja, ya lo estás identificando.

C: Sí, un poquito ya.

T: ¿Si pudieras hablar con él, ¿qué le dirías si pudieras hablar con George?, ¿qué le dirías?

C: Ya cálmate un poquito.

T: Cálmate un poquito.

C: Este, hay situaciones que no te deberías de enojar, ja, ja.

T: Ok, ok.

C: Como, o al menos contrólate, quédate un ratito, ahí, luego platicamos, luego me dices qué pasó, ya te digo una solución.

Las respuestas de la consultante se ubican en el nivel 3 de APES, tratando de enunciar y clarificar el problema. A través de la externalización es posible notar que se empieza a establecer este diálogo entre la voz dominante (“Cálmate un poco”) y la necesidad de molestia. El diálogo no siempre es sintónico, aparecen de manera textual “los deberías” conflictivos. En esta fase previa al insight no se establecen conexiones que permitan a la consultante encontrar explicaciones alternativas a la que ha permeado la identidad (Soy una enojona). En los siguientes turnos de la sesión el terapeuta se mueve hacia la búsqueda de conexiones de este personaje en el relato de la consultante.

T: Ok, ok, o sea darle un espacio donde puedas hablar más tranquilamente con George, y ¿desde cuándo lo identificas en tu vida?

C: ¿Desde cuándo llegó?

T: Sí, ¿desde cuándo está acompañándote, Shantal?

C: Pues creo que desde mi casa, cuando vivían mis hermanos conmigo.

T: ¿Sí?

C: Sí, es que mis hermanos solamente me hacían mucho de vagancias.

T: Sí, ¿de qué tipo?

C: Pues le tengo fobia a las arañas porque mi hermano me aventaba las arañas a la cara.

T: ¿Pero eso es fobia o es trauma?

C: Pues miedo, a lo mejor es un trauma, ja, ja.

T: Eso es un trauma, ¿no?

C: Sí, o me las arrimaban o a veces ‘Ten te voy a dar algo’ y me las daban en la mano.

T: ¿Y esas andan en las?

C: Las patonas.

T: Esas que no hacen nada, pero pues ves la araña ahí.

C: Sí, y yo chiquita, yo creo que tenía como unos seis años y consecutivamente, después los años me fueron haciendo más bromas.

T: Y eso, pues no está padre, ¿verdad?

C: No.

Las respuestas de la consultante empiezan a moverse ligeramente en el nivel 4 de APES, tratando de encontrar las raíces históricas del problema, reconociendo un afecto desagradable. El “enojo” comienza a enmarcarse en una situación entre hermanos en la que la consultante era objeto de “vagancias” que le generaban miedo. Es importante notar el intercambio de términos entre consultante y terapeuta entre “fobia” y “trauma”. La comprensión de la primera situación posiciona a la persona en una falta de explicación lógica, ya que por definición una fobia es un miedo exagerado o irreal, mientras que una vivencia traumática se ubica en un contexto relacional específico, en el cual las “vagancias” iban aumentando. La deconstrucción de términos en situaciones como esta es importante en el proceso de clarificación del problema. En ese último extracto se puede apreciar una explicación alternativa a la función del “enojo” en la vida de la consultante.

T: Bueno, a veces pasa así, a ver, cómo puedes ver (incomprensible) que hay con una relación, hay relaciones tóxicas, ¿no? Que ya no quieres estar

con la persona, sabes que te hace daño, pero ahí sigues. ¿Te estará pasando algo así como con George?

C: Sí.

T: Que una parte de ti ya le tomó cariño, que a lo mejor te gusta ya sentirte enojada, a veces.

C: Pues no, porque a veces me duele bien feo la cadera.

T: O qué, para que vean que sí se defenderme.

C: Pues eso lo hacía con mis hermanos, me acuerdo.

T: O sea, a lo mejor en ese contexto sí te servía, ¿no?

C: Sí, en esos contextos sí me servía, pero acá no.

En este intercambio de turnos se puede apreciar un diálogo esclarecedor que intenta seguirse moviendo en el nivel de la comprensión (Nivel 4 de APES). En su intervención el terapeuta corrige los términos, y la nominación que es aceptada es la del uso y no la del gusto. El “enojo” era una forma de defenderse de sus hermanos y que en ese contexto tenía una utilidad. La labor de insight en este pasaje se formula en una co-construcción en que la voz no dominante comienza a tener conexiones históricas y relacionales, más allá de concebirlo como un atributo de la persona. Hacia el término de esta sesión la consultante se despide con una revelación que no se tocó en la sesión: su hermano abusaba de ella sexualmente en la infancia. De esta manera, el trabajo posterior se sitúa en la atención de vivencias traumáticas por haber sido víctima de abuso. Una vez mostrados estos diferentes episodios, pasaremos ahora a unas conclusiones preliminares que pueden ser de utilidad clínica.

CONCLUSIONES

Creer en contextos maltratantes genera dinámicas de triangulación. La persona no logra nombrarse a sí misma sin las voces de quienes la agredieron, como si fueran mandatos o introyectos de identidad. Las respuestas traumáticas se replican ante la percepción de amenazas, activando el miedo y el enojo implicados en la experiencia. Lo que ni siquiera ha podido nombrarse contextualmente comienza a identificarse mediante el proceso psicoterapéutico, narrándolo desde su circunstancia y evitando las connotaciones negativas, focalizando el servicio de adaptación y

supervivencia en el pasado y confrontándolo con el presente. Esta es una de las funciones del cerebro triuno. Este recurso práctico se enmarca dentro de la epistemología de la externalización, como uno de los primeros momentos que señala la terapia narrativa en la deconstrucción de las voces problemáticas.

La voz de la emoción del enojo y lo que trae como aprendizaje se articula como una metáfora relacional entre aliados que fueron útiles en su momento, pero que en el presente generan desadaptación. Ahora que el problema se desinstala por la narración de su identidad, la persona podrá decidir cuándo utilizar el enojo del estómago y cuándo utilizar el enojo del pensamiento, desarrollando así agencia sobre el problema. De alguna manera, se comienza a re-historizar y reescribir la historia dominante.

Se propicia un nuevo significado en la emoción del enojo por medio de sus funciones adaptativas y de supervivencia, esto fue una de las tareas de reautoría utilizando el conocimiento experto. Es preciso encontrar su sentido, porque las voces de las emociones concretan aprendizajes de vida. Sin embargo, también exigen reflexiones y aplicaciones para que las respuestas sean funcionales en sus dinámicas relacionales. Al hacer esta diferenciación se puede asumir gradualmente la decisión y con ello la percepción de control y una identidad confiable consigo misma, reconociendo y utilizando la voz del problema en función de supervivencia, de acuerdo con los objetivos de cada contexto y circunstancia. Esta es la reescritura de las experiencias traumáticas.

La consultante expresó haber vivido abuso sexual. De ahí que la sintomatología y las narraciones, los silencios, las historias inconclusas y las emociones confusas impliquen una hiperactivación de la amígdala, dificultando el afrontamiento emocional. Si sucedió en la infancia, la identidad se ha visto vulnerada por la experiencia. Estas son parte de las reacciones psicológicas frente al nexo entre violencia y estrés.

Es posible que la dificultad para narrar las experiencias emocionales tenga relación inmediata con la vergüenza y la imposibilidad de decir y resolver reflexivamente el enojo, ya que se pierde la confianza con el mundo que le rodea, sobre todo consigo misma. Por lo que externalizar y realizar un mapa de negociación entre las afectaciones cotidianas y valoraciones del problema en su vida le permitió colocarse una posición de agencia frente a sí misma.

Por otro lado, si la consultante decidió iniciar un proceso terapéutico identificando conflictos en su vida presente, específicamente la presencia del enojo y las dificultades por ser víctima de maltrato y triangulaciones en su familia nuclear, se asumen definitivamente como consecuencias en sus dinámicas relacionales. A la vez, se repiten respuestas no adaptativas, con sensaciones corporales, miedos y enojos activados que conllevan el mismo patrón inicial.

Por medio del APES se ha logrado observar de manera microscópica, con fluctuaciones del relato en una sesión terapéutica, cómo son los intercambios que integran los cambios en la posición subjetiva de la persona, con la terapia narrativa, por medio de externalización, reconstrucción y re-historización.

Los significados que surgen a partir del enfoque presentado llevan a la consultante a la posibilidad de vivirse como agente de su propio cambio, comprendiendo y luego completando sus narraciones, para asumirse desde otra posición. Esto es parte de un cambio de paradigmas que permite sentirse confiada consigo misma y, a partir de ahí, continuar la vida como sobreviviente y eventualmente ir más allá de estas etiquetas.

REFERENCIAS

- Álvarez de Diego, M. (2021). Vivir después del trauma. *Revista de Psicoterapia y Psicosomática*, (105), 107–128.
- Arce, L. (2005). *El giro interpretativo de la psicoterapia*. Pax.
- Amnistía Internacional. (2023). *Informe 2022/23 Amnistía Internacional: La situación de los derechos humanos en el mundo*. Número de índice: POL 10/5670/2023. <https://www.amnesty.org/es/documents/pol10/5670/2023/es/>
- American Psychiatric Association. (2014). *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* (5a Ed). Editorial Médica Panamericana.
- Cámara de Diputados del Honorable Congreso de la Unión. (2022). *Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida libre de Violencia*. <https://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/LGAMVLV.pdf>
- Díaz, R. (2007). *El Modelo Narrativo en la Psicoterapia Constructivista y Construccionalista*. Círculo de Psicoterapia Constructivista (Cipra). <http://www.cipra.cl>.

- Echeburúa, E., & Corral, P. (1997). Avances en el tratamiento cognitivo conductual del Trastorno por Estrés Postraumático. *Ansiedad y estrés*, 2(3), 249-264.
- Echeburúa, E. & Corral, P. (2007). ¿Cómo evaluar las lesiones psíquicas y las secuelas emocionales en las víctimas de delitos violentos? En *Psicología Conductual*, 15(3), 373-387. <http://www.ehu.eus/echeburua/pdfs/intervencionencrisis.pdf>.
- Honos-Webb, L., Stiles, W., Greenberg, L., & Goldman, R. (1998). Assimilation analysis of process-experiential psychotherapy: A comparison of two cases. *Psychotherapy Research*, 8(3), 265-286.
- Janet, P. (1990). Histoire d'une idee fixe. *Revue Philosophique*, 37(1), 121-163.
- Lannamann, J., & McNamee, S. (2020). Unsettling trauma: from individual pathology to social pathology. *Journal of Family Therapy*, 42(3), 328-346. <https://doi-org.ezproxy.iteso.mx/10.1111/1467-6427.12288>
- Levine, P. (1999). *Curar el trauma*. Ediciones Urano.
- Linares, J. L. (2002). *Del abuso y otros desmanes. El maltrato familiar, entre la terapia y el control*. Paidós Ibérica.
- Linares, J. L. (2006). *Las formas del abuso. La violencia física y psíquica en la familia y fuera de ella*. Paidós.
- Lynn-Whaley, J., & Sugarman, J. (2017). *La relación entre violencia comunitaria y trauma: cómo la violencia afecta el aprendizaje, la salud y la conducta*. Violence Policy Center. <http://www.vpc.org>
- Mahoney, M. (2005). *Psicoterapia Constructiva*. Paidós.
- Martínez, J. (2010). Repensando el concepto de trauma. Una redefinición desde los aportes del Psicoanálisis Relacional. *Clínica e Investigación Relacional*, 4(3), 542-561.
- Martínez, A. (2016). La violencia: Conceptualización y elementos para su estudio. *Redalyc Política y Cultura*, (46), 7-31. <https://www.redalyc.org/pdf/267/26748302002.pdf>
- McNamee, S., & Gergen, K. (1996). *La terapia como construcción social*. Paidós.
- Metcalfe, L. (2019). *Terapia narrativa centrada en soluciones*. Descleé de Brouwer.
- ONU (2023). *Informe sobre la violencia*. https://www.un.org/sites/un2.un.org/files/1918255s.evolving_forms.004.pdf

- Payne, M. (2002). *Terapia narrativa. Una introducción para profesionales*. Paidós Ibérica.
- Pérez, P. (2004). El concepto del trauma y de respuesta al trauma en psicoterapia. *Norte de Salud Mental*, 20, 29–36. http://www.pauperez.cat/component/option.com_docman/task_doc-details/gid.22/Itemid,8/Lang.Castellano/
- Pérez, P. (2006). *Trauma, culpa y duelo: hacia una psicoterapia integradora*. Desclee de Brower.
- Posada, R., & Parales, C. J. (2012). Violencia y desarrollo social: más allá de una perspectiva de trauma. *Universitas Psychologica*, 11(1), 255–267.
- Rothschild, B. (2015). *The Body Remembers: The Psychophysiology of Trauma and Trauma Treatment* (edición en español). Eleftheria
- Segato, R. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia: ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Universidad Nacional de Quilmes.
- Subsistema de Información de Gobierno, Seguridad Pública e Impartición de Justicia (2021). *Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares* [Conjunto de datos]. Inegi. <https://www.inegi.org.mx/programas/endireh/2021/>
- Torres, M. (2001). *La violencia en casa* (1a ed.). Paidós Ibérica.
- Traver, F. (2016). *La traumática historia del trauma*. Academia.edu. https://www.academia.edu/30347790/La_traum%C3%A1tica_historia_del_trauma
- Van der Kolk, Bessel (2015). *El cuerpo lleva la cuenta: Cerebro, mente y cuerpo en la superación del trauma*. Eleftheria.
- White, M. (2007). *Mapas de la práctica narrativa*. W. W. Norton.

Dolor, sufrimiento y trauma: estrés traumático secundario en profesionales de la salud mental

LUIS HERNANDO SILVA CASTILLO

JOSÉ SALVADOR MELÉNDREZ GONZÁLEZ

La violencia no solo deja cicatrices en quienes la padecen, también alcanza a quienes, desde la empatía y el compromiso, intentan sanar esas heridas. Este texto analiza el estrés traumático secundario (ETS), y la afección que ocasiona en psicoterapeutas y otros profesionales quienes, al sostener el dolor ajeno, terminan cargando con una parte del trauma que buscan aliviar.

A lo largo del capítulo se examina el dolor, el sufrimiento y el trauma, con especial atención en la repercusión en psicoterapeutas. Se abordan los efectos del trauma en escenarios de violencia, delincuencia organizada, violencia de género y desapariciones forzadas. Además, se presentan estrategias que han resultado útiles en diversos contextos para proteger a estos profesionales, desde el autocuidado hasta políticas institucionales de prevención.

DOLOR, SUFRIMIENTO Y TRAUMA

Términos como *dolor*, *sufrimiento* y *trauma* forman parte del lenguaje cotidiano, lo que dificulta su definición precisa y unívoca. Expresiones como “sentí un dolor en la rodilla después de caer”, “su partida me dolió”, “sentí dolor en el corazón al ver arder el bosque”, “el médico indagó sobre mi nivel de dolor” o “esa persona es un dolor de cabeza” ilustran la diversidad de significados que puede adoptar el término. Estas variaciones abarcan desde molestias físicas hasta metáforas exageradas, pasando por experiencias emocionales intensas y descripciones clínicas del malestar

físico, lo que evidencia la complejidad de establecer una única definición aplicable a todos sus usos.

La dificultad de conceptualizar el *dolor* se extiende a términos como *sufrimiento* y *trauma*, cuya naturaleza fenomenológica y polisémica dificulta alcanzar un consenso. Por ello, se adopta aquí una definición provisional y se recomienda a los lectores interesados en esta complejidad consultar estudios más detallados, como los de Cabòs (2013). Se reconoce que el *dolor*, el *sufrimiento* y el *trauma* son experiencias fundamentales en la vida humana, influyendo en la construcción de la individualidad. Aunque estrechamente relacionados, estos conceptos presentan diferencias en sus características y efectos.

De acuerdo con la International Association for the Study of Pain (IASP) el *dolor* se define como “una experiencia sensorial y emocional desagradable asociada o similar a la asociada con un daño tisular real o potencial” (2011, p.2), funcionando como una señal de advertencia del organismo (IASP, 2020). Por otro lado, el *sufrimiento* trasciende el dolor físico e involucra dimensiones mentales y emocionales, afectando tanto a individuos como a colectivos. Incluye aspectos como el miedo, la angustia, la ansiedad y la depresión (Pro, 2020; Herrera & Rodríguez, 2014).

Luciano y Valdivia (2006) sostienen que el sufrimiento no debe ser visto únicamente como una experiencia negativa que deba eliminarse a toda costa, sino como un componente fundamental en el desarrollo psicológico de los individuos. Incluso afirman que sufrimiento y placer son dos caras de la misma moneda. Aunque esta perspectiva puede parecer contraria a las ideas contemporáneas que promueven su erradicación, el sufrimiento es una parte inherente de la psicología humana. Su presencia es inevitable y su evitación sistemática puede generar efectos contraproducentes. A diferencia del dolor, que suele ser puntual y localizado, el sufrimiento involucra dimensiones emocionales, cognitivas y existenciales, reflejando la manera en que una persona procesa y se adapta al dolor a lo largo del tiempo.

El *trauma* es una reacción a eventos que desbordan la capacidad de afrontamiento de una persona, generando cambios profundos en su auto-percepción y en la forma en que experimenta el mundo. A diferencia del dolor y el sufrimiento, el trauma no solo provoca malestar, sino que altera

de manera duradera la identidad y la respuesta emocional del individuo, dejando una impronta difícil de superar (Van der Kolk, 2000).

En algunos casos, la exposición a eventos traumáticos deriva en un *trastorno de estrés postraumático* (TEPT), descrito en el *DSM-5* como una condición que incluye recuerdos recurrentes e involuntarios del trauma, evitación de estímulos asociados a la experiencia, alteraciones persistentes en el estado de ánimo —como culpa y desesperanza— y una hiperactivación fisiológica caracterizada por irritabilidad e hipervigilancia (Asociación Americana de Psiquiatría, 2013).

El *trauma* no solo deja huellas en los aspectos psicológico y emocional, también provoca alteraciones biológicas. Un elemento central en la respuesta al estrés traumático es el eje hipotálamo-pituitario-adrenal (HPA), responsable de regular la reacción del organismo ante el estrés (Sánchez et al., 2018). En personas con TEPT crónico se han identificado cambios en el sistema nervioso central y el eje HPA, como una reducción en el volumen del hipocampo y una mayor activación de la amígdala y el hemisferio derecho ante estímulos traumáticos. Estos hallazgos sugieren un proceso de sensibilización y lateralización en el procesamiento del trauma (Pitman et al., 2001).

PREVALENCIA DEL TRAUMA Y SU IMPACTO

El *trauma* surge de la exposición directa a eventos traumáticos, lo que lo convierte en una realidad frecuente en sociedades con altos niveles de violencia. La Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares (Endireh) (Subsistema de Información de Gobierno, Seguridad Pública e Impartición de Justicia, 2021) revela que 70.1% de la población mexicana mayor de 15 años ha sido víctima de violencia. En términos específicos, 34.7% ha experimentado maltrato físico, 27.4% violencia económica, 51.6% daño psicológico y 49.7% abuso sexual. Estas cifras no solo reflejan la magnitud del problema, sino que también subrayan la vulnerabilidad de los psicoterapeutas que atienden a estas víctimas, quienes pueden desarrollar ETS debido a su constante exposición al sufrimiento ajeno.

El informe de UNICEF (2019) destaca la prevalencia de la violencia física y psicológica en México, particularmente en el ámbito doméstico. Según

sus hallazgos, 4 de cada 10 madres y 2 de cada 10 padres han recurrido al maltrato físico en momentos de enojo o desesperación. En el entorno escolar la violencia es una realidad tanto para niños como para niñas, aunque los varones enfrentan más agresión física y verbal. A su vez, el *ciberacoso* afecta a 25% de los adolescentes, con las redes sociales como principal medio de agresión, siendo las niñas especialmente vulnerables a este tipo de violencia.

Un estudio realizado entre 2001 y 2012 en 24 países de distintos niveles de ingreso analizó la prevalencia y los factores asociados al TEPT. En México, 68.8% de la población ha estado expuesta a eventos traumáticos en algún momento de su vida, y 2.1% de quienes atravesaron estas experiencias desarrollaron TEPT, lo que resalta la alta incidencia de situaciones potencialmente traumáticas en el país. Además, se encontró que 1.5% de los encuestados ha padecido TEPT en algún momento, y que 0.8% presenta síntomas persistentes durante más de 12 meses tras la exposición al trauma (Koenen et al., 2017). Estos hallazgos evidencian el impacto prolongado del trauma en la población mexicana y la necesidad de estrategias de prevención e intervención.

No obstante, la exposición a un evento traumático no implica necesariamente el desarrollo de TEPT. Solo una fracción de quienes experimentan situaciones altamente estresantes desarrolla el trastorno, y aún menos presentan síntomas crónicos (Pérez, 2004). La reacción ante el trauma varía según diversos factores, como la severidad del evento, la edad en que ocurrió, su duración (agudo o crónico), la relación con el agresor en casos de violencia interpersonal, el nivel de apoyo social, los antecedentes de trauma y la capacidad de afrontamiento individual.

Las condiciones prevalentes en México generan un entorno propicio para el trauma. La violencia persistente —expresada en fenómenos como la delincuencia organizada, las autodefensas, los robos violentos, los secuestros y las violaciones— incrementa la exposición al estrés y eleva la incidencia del trauma (Sánchez et al., 2018). Esta problemática se ve agravada por la limitada disponibilidad de servicios de salud mental y la estigmatización de los trastornos psicológicos. Además, factores culturales como la normalización de la violencia y la acumulación de experiencias traumáticas incrementan el riesgo de desarrollar trastorno de

estrés postraumático (TEPT), lo que contribuye a las elevadas tasas de prevalencia de esta afección en el país.

ESTRÉS TRAUMÁTICO SECUNDARIO, SINTOMATOLOGÍA Y PREVALENCIA

El *trauma* puede ser directo o secundario (también denominado indirecto). El *trauma directo* ocurre cuando una persona experimenta un evento extremadamente estresante o perturbador que amenaza su integridad física o emocional, dejando efectos duraderos en su salud mental, como el desarrollo de TEPT y otras afecciones. En contraste, el *trauma secundario* surge del contacto con los relatos de individuos que han estado expuestos directamente a eventos traumáticos.

Si bien el estudio del *trauma directo* ha avanzado significativamente gracias a investigaciones sobre los procesos de aprendizaje, las bases neurológicas y sus efectos en la funcionalidad (Corley et al., 2012; Glenn et al., 2017; Lommen et al., 2013; Rothbaum et al., 2001; Almlí et al., 2014; Liberzon & Abelson, 2016; Pitman et al., 2012; Yehuda, 2000), es esencial reconocer que el trauma no se limita a la persona afectada de manera directa, sino que puede extenderse a quienes lo rodean, un fenómeno conocido como *trauma secundario*.

El *trauma secundario*, también conocido como *trauma vicario* o *estrés traumático secundario* (ETS), se refiere a la respuesta emocional y conductual derivada del contacto indirecto con experiencias traumáticas de otras personas. Los estudios pioneros de Figley (1993) identificaron que los psicoterapeutas podían presentar síntomas similares a los de sus pacientes expuestos a eventos traumáticos, evidenciando la existencia del ETS y su transmisión a través de la exposición a relatos de víctimas.

Esta condición afecta a un amplio espectro de profesionales, incluyendo médicos, psicólogos, trabajadores sociales, abogados, enfermeros, personal de emergencias, empleados de refugios, veterinarios, reporteros y defensores de derechos humanos (Arman et al., 2022; Casillas, 2018; Flores et al.; Souza & Oviedo, 2016). Su impacto en quienes brindan apoyo a personas en crisis lo convierte en un riesgo ocupacional relevante en diversas áreas de trabajo (Bride, 2007; Roden-Foreman et al., 2017; Hydon et al., 2015).

El ETS presenta síntomas similares a los del TEPT, organizados en tres categorías principales: intrusivos, evitativos y de activación (Flores, Souza & Oviedo, 2016; Arman, Cayssials & Izquierdo, 2022). Comprender la prevalencia del ETS en distintas profesiones es fundamental para diseñar estrategias de intervención y prevención. Su reconocimiento en diferentes ámbitos laborales permite desarrollar programas de apoyo adaptados a cada contexto, promoviendo la resiliencia y el bienestar de los trabajadores.

El impacto del ETS se extiende a diversos sectores, particularmente aquellos en los que los profesionales enfrentan situaciones de alta exigencia emocional. Un estudio identificó que 12.7% de los médicos de emergencia presentan niveles clínicos de ETS, vinculados a baja resiliencia y antecedentes personales de trauma (Roden-Foreman et al., 2017). Los trabajadores sociales, al interactuar con poblaciones afectadas por el trauma, también experimentan una incidencia significativa de ETS (Bride, 2007). En el ámbito académico se ha resaltado la necesidad de integrar formación específica sobre gestión del estrés traumático en los planes de estudio de medicina (Crumpei & Dafinoiu, 2012). En el sector de la enfermería el ETS es altamente prevalente entre enfermeras de urgencias y parteras, particularmente en casos de nacimientos traumáticos (Beck et al., 2015).

El ETS se extiende más allá del sector salud, afectando a profesionales en áreas como el periodismo y la defensa de los derechos humanos. En México, un estudio reveló que 36.4% de los periodistas y defensores de derechos humanos evaluados presentaban síntomas severos de ETS, sin diferencias significativas entre ambos grupos. Sin embargo, se observó que las mujeres y aquellos con jornadas laborales superiores a 40 horas semanales mostraban niveles más elevados de sintomatología (Flores, Souza & Oviedo, 2016).

El ETS también afecta a los profesionales de la veterinaria, en el que 30% de los trabajadores, estudiantes avanzados y veterinarios graduados manifestaron síntomas compatibles con el TEPT asociado a su labor (Arman, Cayssials & Izquierdo, 2022).

En el sector de la salud mental, el impacto del ETS es notable en quienes trabajan con pacientes militares en Estados Unidos, con una prevalencia de 19.2%, estrechamente relacionada con antecedentes personales de trauma y percepciones negativas del impacto del trauma indirecto (Cieslak

et al., 2013). De manera similar, los consejeros de trauma en este país presentan un alto riesgo de desarrollar ETS (Arvay, 2001).

Estos hallazgos enfatizan la urgencia de instrumentar estrategias de prevención y formación especializadas para reducir el impacto del ETS en profesionales de distintos sectores, garantizando su bienestar y capacidad de respuesta ante el sufrimiento ajeno. Por esta razón, es decisivo estudiar este fenómeno en los profesionales que ofrecen servicios de ayuda, especialmente los psicoterapeutas, quienes se encuentran entre las profesiones con mayor riesgo de desgaste (Betta et al., 2007).

Por la naturaleza de su trabajo, los terapeutas están particularmente expuestos a ETS, siendo esta una preocupación relevante debido a su exposición constante a relatos traumáticos, su empatía profesional y el desafío de manejar el impacto acumulativo de estas experiencias. Al trabajar frecuentemente con individuos que han sufrido trauma complejo a razón de violencia, abuso y desastres, los psicólogos deben emplear un alto grado de empatía para conectar con las experiencias emocionales de sus pacientes. Sin embargo, esta misma empatía, aunque esencial para su práctica profesional, puede también aumentar su susceptibilidad a internalizar el dolor y el sufrimiento de sus pacientes, llevando a una acumulación de estrés traumático a lo largo del tiempo, especialmente entre aquellos que trabajan con poblaciones altamente traumatizadas o vulnerables.

Para los psicoterapeutas, la autoconciencia y la autorregulación son esenciales en la gestión de sus respuestas emocionales y psicológicas frente a las demandas de su labor. Sin embargo, la sobrecarga laboral puede agotar estas habilidades, incrementando su susceptibilidad al ETS. Por ello, resulta fundamental realizar estudios enfocados en psicólogos para comprender mejor su bienestar y capacidad de trabajo, así como para desarrollar estrategias efectivas de prevención y manejo. Estas medidas son clave para garantizar una práctica profesional sostenible y saludable.

La preparación y formación de futuros psicoterapeutas también desempeña un papel decisivo en la prevención del ETS. Makadia et al. (2017) evaluaron 564 estudiantes de psicología clínica (57 hombres, 507 mujeres) con una edad promedio de 29.84 años en 32 cursos. Encontraron que la mayoría de los estudiantes manejaban de uno a dos casos de trauma en los seis meses previos. Los tipos de traumas más frecuentes reportados

por los clientes fueron abuso sexual (35.3%), abuso físico (32.1%) y asalto sexual (21.1%). Otros eventos incluyeron accidentes graves (19.1%), ataques no sexuales (17.2%), enfermedades que amenazan la vida (13.1%), combate militar (7.3%), encarcelamiento (6.7%), incendios o explosiones graves (3.9%) y desastres naturales (1.1%).

Los principales factores predictores para el trauma secundario en los psicólogos en formación clínica son la exposición al trabajo con trauma, el nivel de estrés percibido en el trabajo clínico, la calidad de la formación del trauma. Otros factores correlacionados son la historia personal de trauma y la calidad de la supervisión recibida durante su carrera, mientras que la historia personal de trauma se asocia positivamente, la calidad de la supervisión guarda una relación inversa. Este tipo de investigaciones es sumamente relevante ya que ofrece información sobre las características específicas de los psicólogos desde su formación y permite identificar medidas adecuadas de apoyo, seguimientos y capacitación para los estudiantes con base en los datos (Makadia et al., 2017).

Diversas investigaciones han explorado el ETS en psicólogos en ejercicio. Por ejemplo, Guerra y Pereda (2015) realizaron un estudio con 259 psicólogos clínicos chilenos, con edades entre 23 y 72 años ($M = 33.3$ años). Del total, 56.4% trabajaba en centros especializados en la atención de víctimas de maltrato y abuso sexual infantil, mientras que 43.6% atendía otras problemáticas.

Los resultados mostraron que los psicólogos que trabajan con víctimas de maltrato y abuso infantil presentan niveles significativamente más altos de ETS y de todos sus síntomas en comparación con aquellos que atienden otros tipos de casos. En particular, 45.2% de los psicólogos en este ámbito superaba el punto de corte de la escala de ETS, frente a 28.3% de los profesionales en contextos más amplios.

Los autores enfatizan la necesidad de desarrollar estrategias de cuidado y autocuidado para los psicólogos que atienden a víctimas infantiles, así como de investigar los efectos de las diferentes problemáticas tratadas, la evolución de los síntomas y las estrategias más efectivas para afrontarlos. Este estudio confirma que la exposición a historias de trauma es un factor clave en el desarrollo del ETS y que su impacto varía según la población atendida, subrayando la complejidad del trabajo con niños y poblaciones vulnerables.

En el contexto mexicano, Solís y Silva (2022) realizaron un estudio con 72 psicólogos clínicos en ejercicio en Guadalajara, México, con el objetivo de evaluar los niveles de ETS y su relación con las conductas de autocuidado. Los resultados revelaron una preocupante prevalencia de ETS y una baja frecuencia de conductas de autocuidado entre los participantes. En total, 70.8% presentó algún nivel de ETS: 40.2% bajo, 15.5% moderado, 7% alto y un 8.3% severo.

Este estudio generó nuevas preguntas sobre los factores que pueden modular el ETS en psicoterapeutas, como el tipo de entrenamiento recibido, los modelos de intervención en los que fueron formados, el género, los rasgos de personalidad, las creencias sobre su papel como terapeutas y la naturaleza de las problemáticas que atienden, entre otras variables.

FACTORES ASOCIADOS AL ESTRÉS TRAUMÁTICO SECUNDARIO

Uno de los primeros modelos explicativos del ETS fue propuesto por Figley (1995), quien identificó diversos factores que influyen en su aparición, entre ellos la capacidad empática, el comportamiento hacia la víctima, las dificultades para distanciarse del trabajo y los sentimientos de satisfacción derivados de la ayuda proporcionada.

La capacidad empática, entendida como la habilidad del terapeuta para conectar con el sufrimiento de sus pacientes, favorece la comprensión del proceso terapéutico, pero también puede generar un desequilibrio emocional. La exposición constante a experiencias traumáticas puede llevar al terapeuta a desarrollar creencias influenciadas por el trauma de sus pacientes.

En contraste, la satisfacción por compasión —la percepción de un sentido en la práctica profesional al observar avances terapéuticos o al brindar apoyo a otros— actúa como un factor protector, mitigando el desgaste emocional. Sin embargo, Figley (1995) también describe la fatiga por compasión, un agotamiento emocional derivado del contacto constante con experiencias traumáticas difíciles de procesar, el cual se asocia positivamente con el ETS.

En 1997 Figley amplió su modelo, incorporando la *exposición prolongada* y la *historia de traumas previos* como factores de riesgo adicionales para el desarrollo del ETS en psicoterapeutas. Estudios recientes, como el

de Ojeda et al. (2020), respaldan este modelo, evidenciando la influencia significativa de estos factores en la aparición del ETS.

Más allá de los modelos explicativos, la investigación ha identificado tanto *factores individuales* como *situacionales* que pueden influir en el desarrollo del ETS. Entre ellos destacan el género (Nelson–Gardell & Harris, 2003; Sprang, Clark & Whitt–Woosley, 2007), la edad (Bober & Regehr, 2006; Nelson–Gardell & Harris, 2003), los antecedentes personales de trauma (Jenkins & Baird, 2002), la experiencia profesional en salud mental (Bride, Jones & MacMaster, 2007; Kadambi & Truscott, 2004), las estrategias de afrontamiento (Bober & Regehr, 2006; Van Deusen & Way, 2006), el apoyo social (Bride, Jones et al., 2007), la supervisión (Ennis & Horne, 2003; Kadambi & Truscott, 2003) y la formación específica en trauma (Sprang et al., 2007).

En el ámbito de la formación diversos estudios han encontrado que *la menor edad y la falta de experiencia profesional* están asociadas con un mayor riesgo de desarrollar síntomas de ETS (Badger et al., 2008; Kadambi & Truscott, 2004; McLean, Wade & Encel, 2003; Sprang et al., 2007). Por ello, es fundamental no solo atender a quienes ya ejercen su profesión, sino también considerar estrategias de prevención y apoyo para aquellos en formación.

ESTRATEGIAS DE MITIGACIÓN

Si bien existen situaciones potencialmente traumatizantes, es posible instrumentar medidas de cuidado para mitigar su impacto. A partir de la revisión de la bibliografía se identifican diversas oportunidades de intervención, abarcando tanto el nivel individual como el colectivo, así como estrategias desarrolladas en ámbitos institucionales y formativos.

En el plano individual, una de las estrategias más efectivas para mitigar el ETS es el *autocuidado*, que implica la adopción de prácticas destinadas a promover la salud y prevenir el desgaste emocional. Betta et al., (2007), en un estudio con 113 psicólogos, identificaron que, de 15 conductas de autocuidado, 10 mostraban una correlación negativa con el ETS. Entre ellas destacan la supervisión de casos clínicos, el diálogo con colegas sobre experiencias laborales, la realización de actividades recreativas dentro y fuera del trabajo, el ejercicio físico y las prácticas de crecimiento espiritual.

Millon (2014) clasifica el *autocuidado* en dos niveles: *personal* y *profesional*. En el plano personal recomienda el ejercicio físico, una alimentación saludable, la gestión del tiempo libre y la asistencia a psicoterapia. En el ámbito profesional, enfatiza la importancia de evitar el trabajo aislado, fomentar el apoyo entre colegas, mantener un equilibrio entre la vida laboral y personal, recibir supervisión de casos, utilizar el sentido del humor y garantizar condiciones salariales adecuadas.

De manera complementaria, Solís y Silva (2022) encontraron en una muestra de 72 psicólogos clínicos de Jalisco que las conductas de autocuidado más frecuentes incluían la adecuación del espacio de trabajo, el uso del sentido del humor en el entorno laboral y la participación en actividades recreativas con familiares y amigos. En contraste, las prácticas menos comunes fueron el esparcimiento con compañeros de trabajo y la participación en actividades de crecimiento personal. Asimismo, identificaron que las actividades recreativas mostraban una correlación negativa con los síntomas de activación del ETS, mientras que el ejercicio físico se asoció con menores niveles de intrusión y evitación. No obstante, el deporte fue una práctica relativamente poco frecuente en la muestra.

Aunque las estrategias individuales resultan útiles, diversos estudios sugieren que su efectividad es limitada si no se acompañan de intervenciones *colectivas* y *estructurales*. En contextos de alta exposición al trauma, como el trabajo con víctimas de violencia, las estrategias individuales pueden no ser suficientes para contener el impacto acumulativo del ETS (Al-Tamimi & Leavey, 2021).

Las *estrategias colectivas* son clave para mitigar el ETS, ya que fomentan redes de apoyo, supervisión compartida y estructuras institucionales que protegen el bienestar de los profesionales de la salud mental. Estudios muestran que los psicoterapeutas que participan en *supervisión grupal* y *acompañamiento entre pares* presentan niveles significativamente más bajos de ETS que aquellos que afrontan el estrés de manera aislada (Al-Tamimi & Leavey, 2021).

En intervenciones comunitarias la combinación de *estrategias individuales* y *colectivas* ha demostrado ser más efectiva para reducir el impacto del trauma en profesionales expuestos a situaciones altamente demandantes (Al-Tamimi & Leavey, 2021). Para ello, las instituciones de salud mental deberían instrumentar *modelos híbridos* que integren tanto el *autocuidado*

personal como *estructuras organizacionales de apoyo*, como la supervisión entre colegas y espacios de contención emocional.

ESTRATEGIAS INSTITUCIONALES Y FORMATIVAS

Capacitación y supervisión en universidades y centros de formación: el autocuidado como un componente de la salud mental debe ser considerado una necesidad para preservar la salud mental y debería ser enseñado o promovido por las instituciones formativas o profesionales. En las universidades se pueden poner en marcha varias acciones para cuidar del ETS y fomentar el autocuidado, especialmente en programas que preparan a los estudiantes para profesiones de alto estrés. Estas acciones incluyen la evaluación regular de la supervisión para asegurar que los supervisores estén capacitados para reconocer y abordar el ETS; el registro detallado del tipo y la naturaleza de los casos atendidos por los estudiantes para identificar posibles fuentes de estrés o trauma; proporcionar información y recursos adecuados sobre el manejo del ETS y el autocuidado; seguimiento continuo del bienestar de los estudiantes para detectar signos tempranos de ETS y necesidades de apoyo, y capacitación específica en el manejo del trauma para equipar a los estudiantes con las habilidades necesarias para enfrentar situaciones traumáticas.

Además, es esencial incluir dentro del currículo universitario cursos específicos orientados al desarrollo de habilidades de autocuidado, los cuales deberían tener como objetivo específico enseñar a los estudiantes estrategias efectivas para gestionar el estrés, fomentar la resiliencia y mantener un equilibrio saludable entre la vida personal y profesional.

Espacios de contención dentro de instituciones de salud mental: en los entornos laborales de los psicólogos es fundamental generar condiciones que reduzcan el ETS. Para ello es clave fomentar una cultura organizacional que priorice el autocuidado, proporcionando recursos como salas de descanso, áreas de relajación y espacios para la actividad física. Además, la adecuación de horarios flexibles y descansos programados ayuda a prevenir el agotamiento profesional. Asimismo, es importante establecer mecanismos de apoyo entre colegas, como grupos de supervisión y mentoría, en que los profesionales puedan compartir experiencias, discutir casos complejos y recibir retroalimentación constructiva. Estas

estrategias fortalecen un ambiente de trabajo colaborativo y de apoyo mutuo, y mitigan los riesgos asociados al ETS.

Cultura organizacional y normativas internas para la prevención: para mitigar el ETS y el *burnout* las instituciones deben establecer normativas específicas que fomenten el bienestar de los profesionales de la salud mental. Entre estas estrategias se incluyen programas de autocuidado, sesiones periódicas de supervisión grupal y espacios de diálogo interinstitucional. Además, la consolidación de redes de apoyo institucionales es clave para fortalecer la resiliencia y reducir la incidencia de estas afectaciones (Al-Tamimi & Leavey, 2021).

Task-Shifting y modelos comunitarios: una estrategia efectiva para reducir el ETS en entornos institucionales es la delegación de tareas (*task-shifting*), donde miembros de la comunidad o profesionales en formación reciben capacitación para compartir la carga emocional del trabajo terapéutico. Este modelo ha demostrado ser exitoso en intervenciones comunitarias en contextos con escasez de profesionales de salud mental, reduciendo el desgaste en terapeutas expuestos al trauma (Al-Tamimi & Leavey, 2021).

En la práctica, esta estrategia implica la formación de equipos multidisciplinarios en los centros de salud mental, en los que terapeutas experimentados colaboran con psicólogos en formación o trabajadores comunitarios, redistribuyendo equitativamente la carga emocional del trabajo. Esto no solo disminuye la fatiga por compasión, sino que también fortalece las redes de apoyo institucional y fomenta un ambiente colaborativo.

La bibliografía respalda que los terapeutas que cuentan con supervisión compartida y apoyo entre pares presentan una menor incidencia de ETS y *burnout* (Al-Tamimi & Leavey, 2021). Para ello, es recomendable que las instituciones pongan en marcha programas de supervisión grupal periódica y mecanismos de apoyo profesional que fortalezcan la resiliencia. Además, la adopción de políticas que incluyan supervisión clínica, acceso a orientación psicológica, horarios flexibles y espacios de trabajo adecuados es clave para prevenir el ETS y promover el bienestar del personal.

SÍNTESIS

En este documento se ha explorado la naturaleza del ETS, destacando las complejidades inherentes al tratar el trauma en diversos contextos, con un enfoque particular en México. La investigación sobre el ETS revela tanto la universalidad del sufrimiento humano como las particularidades contextuales que exacerban su incidencia y severidad. En México la violencia y las dinámicas sociopolíticas crean un terreno fértil para la proliferación del ETS, especialmente entre los profesionales de la salud mental, quienes enfrentan desafíos singulares debido a su exposición prolongada a relatos traumáticos.

Es esencial considerar la interacción entre factores individuales, organizacionales y sociales que influyen en el desarrollo del ETS. Las condiciones prevalentes en México, como la delincuencia organizada, la violencia de género y las deficiencias estructurales en el sistema de salud mental, no solo aumentan la exposición al trauma, sino que también limitan los recursos de apoyo disponibles. Este panorama enfatiza la necesidad de un enfoque multifacético para comprender y mitigar el ETS, considerando las especificidades culturales y estructurales del contexto mexicano.

En el ámbito de los psicoterapeutas se ha identificado que la capacidad empática y la exposición prolongada a relatos traumáticos son factores significativos en el desarrollo del ETS. La falta de autoconciencia y habilidades de autorregulación, así como el agotamiento debido a la sobrecarga laboral, también contribuyen a su vulnerabilidad. Es muy importante poner en marcha estrategias de autocuidado y formación continua en el manejo del trauma para estos profesionales, a fin de garantizar su bienestar y la calidad de atención a los pacientes.

En cuanto a las implicaciones prácticas, es fundamental instrumentar programas integrales de apoyo y prevención del ETS que se adapten a las necesidades de los profesionales mexicanos. Estas estrategias deben incluir el fortalecimiento de redes de apoyo institucional, la promoción del autocuidado y la formación continua en el manejo del trauma. Además, se deben considerar las políticas públicas que fomenten la salud mental y la resiliencia en las comunidades para garantizar un acceso equitativo a los servicios de apoyo psicológico.

Es necesaria una investigación adicional que profundice en el estudio de las dimensiones culturales y socioeconómicas que modulan el ETS en México, explorando cómo variables como el género, la clase social y el contexto laboral inciden en su prevalencia y manifestación. Evaluar la efectividad de las intervenciones instrumentadas para mitigar el ETS, con un enfoque en adaptaciones culturales y la sostenibilidad de las prácticas de autocuidado y bienestar profesional, es también decisivo.

El ETS no solamente es una consecuencia del trabajo en salud mental, sino un problema estructural que requiere respuestas integrales. La evidencia revisada sugiere que su prevención no puede recaer únicamente en el autocuidado individual, sino que debe complementarse con modelos organizacionales y políticas públicas efectivas. La instrumentación de redes de apoyo, supervisión grupal y estrategias transdiagnósticas es clave para garantizar el bienestar de quienes trabajan con poblaciones traumatizadas. En un contexto como el mexicano, donde la violencia y la exposición al trauma son constantes, resulta imprescindible fortalecer estas estrategias y generar mecanismos de prevención sostenibles. Únicamente así será posible garantizar que quienes cuidan a otros no sean, a su vez, víctimas del desgaste emocional y psicológico.

REFERENCIAS

- Al-Tamimi, S. A. G. A., & Leavey, G. (2021). Community-Based Interventions for the Treatment and Management of Conflict-Related Trauma in Low-Middle Income, Conflict-Affected Countries: a Realist Review. *International Journal of Mental Health Systems*, 15, 1-18. <https://doi.org/10.1186/s13033-021-00426-9>
- Almli, L., Fani, N., Smith, A. K., & Ressler, K. (2014). Genetic approaches to understanding post-traumatic stress disorder. *The International Journal of Neuropsychopharmacology*, 17(2), 355-370. <https://doi.org/10.1017/S1461145713001090>
- Arman, K., Cayssials, V., & Izquierdo, D. (2022). Estrés laboral en médicos veterinarios y estudiantes avanzados dedicados a la clínica de pequeños animales. *Veterinaria* (Montevideo). 59(219), pp. 1-14. <https://doi.org/10.29155/VET.59.219.3>

- Arvay, M. (2001). Secondary traumatic stress among trauma counsellors: What does the research say? *International Journal for the Advancement of Counselling*, 23, 283–293. <https://link.springer.com/article/10.1023/A:1014496419410>
- Asociación Americana de Psiquiatría. (2013). *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* (5ª ed.). American Psychiatric Publishing. <https://doi.org/10.1176/appi.books.9780890425596>
- Badger, K., Royse, D., & Craig, C. (2008). Hospital social workers and indirect trauma exposure: An exploratory study of contributing factors. *Health & Social Work*, 33, 63–71.
- Beck, C. T., LoGiudice, J. A., & Gable, R. (2015). A mixed-methods study of secondary traumatic stress in certified nurse-midwives: Shaken belief in the birth process. *Journal of Midwifery & Women's Health*, 60(1), 16–23. <https://doi.org/10.1111/jmwh.12221>
- Betta, R., Morales, G., Rodríguez, K., & Guerra, C. (2007). La frecuencia de emisión de conductas de autocuidado y su relación con los niveles de estrés traumático secundario y de depresión en psicólogos clínicos. *Pensamiento Psicológico*, 3(9), 9–19. <https://www.redalyc.org/pdf/801/80103902.pdf>
- Bober, T., & Regehr, C. (2006). Strategies for reducing secondary or vicarious trauma: Do they work? *Brief Treatment and Crisis Intervention*, 6(1), 1–9. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1093/brief-treatment/mhj001>
- Bossini, L., Casolaro, I., Santarnecchi, E., Caterini, C., Koukouna, D., Fernandez, I., & Fagiolini, A. (2012). Studio di valutazione dell'efficacia clinica e neurobiologica dell'EMDR in pazienti affetti da disturbo da stress post-traumatico [Evaluation study of clinical and neurobiological efficacy of EMDR in patients suffering from post-traumatic stress disorder]. *Rivista di Psichiatria*, 47(2), 12–15. <https://doi.org/10.1708/1071.11733>
- Bossini, L., Tavanti, M., Calossi, S., Polizzotto, N., Vatti, G., Marino, D., & Castrogiovanni, P. (2011). EMDR treatment for posttraumatic stress disorder, with focus on hippocampal volumes: a pilot study. *The Journal of Neuropsychiatry and Clinical Neurosciences*, 23(2), E1–2. <https://doi.org/10.1176/jnp.23.2.jnp.e1>

- Bride, B. E. (2007). Prevalence of secondary traumatic stress among social workers. *Social Work*, 52(1), 63–70. <https://doi.org/10.1093/sw/52.1.63>
- Bride, B. E., Jones, J. L., & MacMaster, S. A. (2007). Correlates of secondary traumatic stress in child protective services workers. *Journal of Evidence-Based Social Work*, 4, 69–80. https://doi.org/10.1300/J394v04n03_05
- Cabòs, J. (2013). *Fenomenología del sufrimiento: por una comprensión filosófica a partir de la obra de Arthur Schopenhauer* [Tesis de doctorado, Programa de Doctorado del EEES Ciudadanía y Derechos Humanos]. Universidad de Barcelona.
- Casillas, O. (2018). Intervención del sufrimiento, relaciones y estrés traumático secundario en trabajadores sociales. *Trabajo Social*. 20(1), 103–130.
- Corley, M. J., Caruso, M. J., & Takahashi, L. K. (2012). Stress-induced enhancement of fear conditioning and sensitization facilitates extinction-resistant and habituation-resistant fear behaviors in a novel animal model of posttraumatic stress disorder. *Physiology & Behavior*, 105(2), 408–416. <https://doi.org/10.1016/j.physbeh.2011.08.037>
- Cieslak, R., Anderson, V., Bock, J., Moore, B. A., Peterson, A., & Benight, C. (2013). Secondary Traumatic Stress Among Mental Health Providers Working with the Military. *The Journal of Nervous and Mental Disease*, 201(10), 917–925. 10.1097/NMD.000000000000034.
- Dirección General de Evaluación y Consolidación (2021). *Encuesta Pública sobre atención a víctimas en México*. https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/706084/Informe_Encuesta_2021.pdf
- Ennis, L., & Horne, S. (2003). Predicting psychological distress in sex offender therapists. *Sexual Abuse: A Journal of Research and Treatment*, 15, 149–158. 10.1023/A:1022346100224
- Figley, C. (1993). *Coping with Stressors on the Home Front*. 49(4), 51–71. 10.1111/j.1540-4560.1993.tb01181.x
- Figley, C. (1995). *Compassion fatigue: Coping with secondary traumatic stress disorder in those who treat the traumatized*. Routledge.
- Figley, C. R. (1997). *Burnout in families: The systemic costs of caring*. CRC Press.
- Figley, C. R., & McCubbin, H. I. (1983). *Stress and the Family II: Coping with Catastrophe*. Routledge.

- Flores, R., Souza, L., & Oviedo, A. (2016). Estrés Traumático Secundario (ETS) en Periodistas Mexicanos y Defensores de Derechos Humanos. *Suma Psicológica*, 13(1), 101-111. <https://doi.org/10.18774/448x.2016.13.290>
- Follette, V. M., Polusny, M. M., & Milbeck, K. (1994). Mental health and law enforcement professionals: Trauma history, psychological symptoms, and impact of providing services to child sexual abuse survivors. *Professional Psychology: Research and Practice*, 25(3), 275-282. [10.1037/0735-7028.25.3.275](https://doi.org/10.1037/0735-7028.25.3.275)
- Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (2019). *Panorama estadístico de la Violencia contra Niñas, Niños y Adolescentes en México*. Organización de las Naciones Unidas.
- Glenn, D. E., Acheson, D. T., Geyer, M. A., Nievergelt, C. M., Baker, D. G., Risbrough, V. B., & MRS-II Team (2017). Fear learning alterations after traumatic brain injury and their role in development of posttraumatic stress symptoms. *Depression and Anxiety*, 34(8), 723-733. <https://doi.org/10.1002/da.22642>
- Guerra, C., & Pereda, N. (2015). Estrés traumático secundario en psicólogos que atienden a niños y víctimas de malos tratos y abuso sexual: un estudio exploratorio. *Anuario de Psicología*, 45(2), 177-188. <https://doi.org/10.1344/%25x>
- Herrera, M., & Rodríguez, G. (2014). El sufrimiento social como un problema de salud pública. *Archivos en Medicina Familiar*, 16(4), 73-81. <https://www.medigraphic.com/pdfs/medfam/amf-2014/amf144d.pdf>
- Hydon, S., Wong, M., Langley, A. K., Stein, B., & Kataoka, S. (2015). Preventing secondary traumatic stress in educators. *Child and Adolescent Psychiatric Clinics of North America*, 24(2), 319-333. [10.1016/j.chc.2014.11.003](https://doi.org/10.1016/j.chc.2014.11.003)
- IASP (2020). *Terminología*. <https://www.iasp-pain.org/resources/terminology/>
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2023, 23 de noviembre). *Estadísticas a propósito del Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra la Mujer*. [Comunicado de prensa]. <https://sc.inegi.org.mx/SIESVIM1/Asignador?ruta=/sievc/Contenido/boletines/pdf/&nombreArchivo=NAC%202023.pdf>

- Jatzko, A., Rothenhöfer, S., Schmitt, A., Gaser, C., Demirakca, T., Weber-Fahr, W., Wessa, M., Magnotta, V., & Braus, D. F. (2006). Hippocampal volume in chronic posttraumatic stress disorder (PTSD): MRI study using two different evaluation methods. *Journal of Affective Disorders*, 94(1-3), 121-126. <https://doi.org/10.1016/j.jad.2006.03.010>
- Jenkins, S. R., & Baird, S. (2002). Secondary traumatic stress and vicarious trauma: A validation study. *Journal of Traumatic Stress*, 15, 423-432. 10.1023/A:1020193526843
- Kadambi, M. A., & Truscott, D. (2003). Vicarious traumatization and burnout among therapists working with sex offenders. *Traumatology*, 9, 216-230. 10.1177/153476560300900404
- Kadambi, M. A., & Truscott, D. (2004). Vicarious trauma among therapists working with sexual violence, cancer, and general practice. *Canadian Journal of Counselling*, 38, 260-276.
- Koenen, K. C., Ratanatharathorn, A., Ng, L., McLaughlin, K. A., Bromet, E. J., Stein, D. J., Karam, E. G., Meron Ruscio, A., Benjet, C., Scott, K., Atwoli, L., Petukhova, M., Lim, C. C. W., Aguilar-Gaxiola, S., Al-Hamzawi, A., Alonso, J., Bunting, B., Ciutan, M., de Girolamo, G., Degenhardt, L., ... Kessler, R. C. (2017). Posttraumatic stress disorder in the World Mental Health Surveys. *Psychological Medicine*, 47(13), 2260-2274. <https://doi.org/10.1017/S0033291717000708>
- Liberzon, I., & Abelson, J. L. (2016). Context Processing and the Neurobiology of Post-Traumatic Stress Disorder. *Neuron*, 92(1), 14-30. <https://doi.org/10.1016/j.neuron.2016.09.039>
- Lommen, M. J., Engelhard, I. M., Sijbrandij, M., van den Hout, M. A., & Hermans, D. (2013). Pre-trauma individual differences in extinction learning predict posttraumatic stress. *Behaviour Research and Therapy*, 51(2), 63-67. <https://doi.org/10.1016/j.brat.2012.11.004>
- Luciano, M., & Valdivia, M. (2006). La terapia de aceptación y compromiso (Act). Fundamentos, características y evidencia. *Papeles del Psicólogo*, 27(2), 79-91. <https://www.redalyc.org/pdf/778/77827203.pdf>
- Marín-Tejeda, M. (2017). Prevención de burnout y fatiga por compasión: evaluación de una intervención grupal. *Journal of Behavior, Health & Social Issues*, 9(2), 117-123. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=282255144012>

- Makadia, R., Sabin-Farrell, R., & Turpin, G. (2017). Indirect exposure to client trauma and the impact on trainee clinical psychologists: Secondary traumatic stress or vicarious traumatization? *Clinical Psychology & Psychotherapy*, 1(10). 10.1002/cpp.2068
- McLean, S., Wade, T. D., & Encel, J. S. (2003). The contribution of therapist beliefs to psychological distress in therapists: An investigation of vicarious traumatization, burnout and symptoms of avoidance and intrusion. *Behavioural and Cognitive Psychotherapy*, 31, 417-428. 10.1017/S135246580300403X
- Millon, G. (2014). Autocuidado como respuesta al Estrés Traumático Secundario: Estudio desde el marco de la Mediación Familiar. *Revista de Psicología*. 4(7), 62-79. <https://repositorio.uvm.cl/server/api/core/bitstreams/8993971f-ce6b-43e1-816a-ebb4a5b91ebe/content>
- Morales, D. (2018). Desafíos en psicoterapia: trauma complejo, apego y disociación. *Avances en Psicología*. 26(2). 135-144. <https://doi.org/10.33539/avpsicol.2018.v26n2.1186>
- Moreno, B., Morante, M., Garrosa, E., Rodríguez, R., & Losada, M. (2004). El estrés traumático secundario. Evaluación, prevención e intervención. *Terapia Psicológica*. 22(1). 69-76. <https://www.redalyc.org/pdf/785/78522108.pdf>
- Nelson-Gardell, D., & Harris, D. (2003). Childhood abuse history, secondary traumatic stress, and child welfare workers. *Child Welfare*, (82), 5-27.
- Ojeda, R., Mul, J., & Jiménez, O. (2020). Calidad de vida laboral en personal de enfermería de un hospital privado en Yucatán. *RICSH Revista Iberoamericana de las Ciencias Sociales y Humanísticas*, 9(17), 430-458. <https://doi.org/10.23913/ricsh.v9i17.205>
- Pérez, P. (2004). El concepto de trauma y de respuesta al trauma en psicoterapia. *Norte de Salud Mental*, 20(5). 29-36. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4830193>
- Pitman, R. K., Shin, L. M., & Rauch, S. L. (2001). Investigating the pathogenesis of posttraumatic stress disorder with neuroimaging. *The Journal of Clinical Psychiatry*, 62(17), 47-54. <https://pubmed.ncbi.nlm.nih.gov/11495097/>
- Pitman, R. K., Rasmusson, A. M., Koenen, K. C., Shin, L. M., Orr, S. P., Gilbertson, M. W., Milad, M. R., & Liberzon, I. (2012). Biological

- studies of post-traumatic stress disorder. *Nature Reviews. Neuroscience*, 13(11), 769–787. <https://doi.org/10.1038/nrn3339>
- Pro, M. (2020). Reflexiones sobre el sentido del dolor, el sufrimiento y la muerte. *Cuadernos de Bioética*. 31(103), 377–386. 10.30444/CB.77
- Roden-Foreman, J. W., Bennett, M., Rainey, E., Garrett, J., Powers, M. B., & Warren, A. (2017). Secondary traumatic stress in emergency medicine clinicians. *Cognitive Behaviour Therapy*, 46, 522–532. 10.1080/16506073.2017.1315612
- Rothbaum, B. O., Kozak, M. J., Foa, E. B., & Whitaker, D. J. (2001). Posttraumatic stress disorder in rape victims: autonomic habituation to auditory stimuli. *Journal of Traumatic Stress*, 14(2), 283–293. <https://doi.org/10.1023/A:1011160800958>
- Sánchez, H., Paz, D., Zárate, P., & Vergara, F. (2018). *Farmacobiología del estrés y del trastorno de estrés postraumático (TEPT)*. *Fundamentos de Psicofarmacología Clínica*. Manual Moderno.
- Santana, I., & Farkas, C. (2007). Estrategias de autocuidado en equipos profesionales que trabajan en maltrato infantil. *Psyche*, 16(1), 77–89. 10.4067/So718-222820070001000249
- Secretaría del Trabajo y Previsión Social (2018). *Norma Oficial Mexicana nom-035-stps-2018*, Factores de riesgo psicosocial en el trabajo-Identificación, análisis y prevención.
- Solís, M., & Silva, L. (2022). Estrés traumático secundario y conductas de autocuidado en una muestra de psicólogos clínicos de Guadalajara. *Revista de Psicología de la Universidad Autónoma del Estado de México*. 2(24). 69–105. https://doi.org/10.36677/rpsicologia.v11i24.18540_
- Sprang, G., Clark, J. J., & Whitt-Woosley, A. (2007). Compassion fatigue, compassion satisfaction, and burnout: Factors impacting a professional's quality of life. *Journal of Loss and Trauma*, 12, 259–280. DOI:10.1080/15325020701238093
- Stamm, B. H. (1997). Work-related secondary traumatic stress. *The National Center for Post-Traumatic Stress Disorder PTSD Research Quarterly*. 8(2). 1–7.
- Subsistema de Información de Gobierno, Seguridad Pública e Impartición de Justicia (2021). *Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las*

- Relaciones en los Hogares*. [Conjunto de datos] <https://www.inegi.org.mx/programas/endireh/2021/>
- Van Deusen, K. M., & Way, I. (2006). Vicarious trauma: An exploratory study of the impact of providing sexual abuse treatment on clinicians' trust and intimacy. *Journal of Child Sexual Abuse*, 15, 69-85. 10.1300/J070v15n01_04
- Yehuda, R. (2000). Biology of posttraumatic stress disorder. *The Journal of Clinical Psychiatry*, 61 Suppl. 7, 14-21. <https://pubmed.ncbi.nlm.nih.gov/11495096/>

***Segunda parte. La mirada literaria:
sufrimiento existencial, desaparición,
melancolía y muerte***

Poesía y psicoanálisis: Alejandra Pizarnik y la escritura del dolor existencial

MARÍA LUISA GONZÁLEZ AGUILERA

Las imágenes solas no emocionan, deben ir referidas a nuestra herida: la vida, la muerte, el amor, el deseo, la angustia. Nombrar nuestra herida sin arrastrarla a un proceso de alquimia en virtud del cual consigue alas, es vulgar

ALEJANDRA PIZARNIK

Poesía y psicoanálisis se encuentran en la palabra que falta, aquella que atestigua la estructura incompleta del discurso, la que adviene como tentativa de respuesta a la falta en el Otro, lugar del código, caracterizado por su incompletud. Es en la poesía, como también en el discurrir del analizante, donde puede advertirse que “el sujeto no es amo de la lengua, sino que esta posee toda la soberanía, siendo la homofonía, el equívoco, el malentendido, las características universales que la hacen esencialmente poética, y territorio de la falta que el hombre, como dice Hölderlin, poéticamente habita” (Gerber, 1990, p.135).

Esta estructura poética de la lengua la hace propicia para la escritura advenida como elaboración de experiencias para las que la palabra no alcanza, que tienen su origen en interrogaciones sobre nuestro ser en el mundo y nuestro ser interior. Esa escritura solo cada uno puede producirla, pues solo es propio aquello que hemos traído a la luz procedente de nuestra más profunda oscuridad y que los demás desconocen, ya que nadie penetra en nadie en la honda medida que nos es dado hacerlo a nosotros mismos. Extraer a la luz las oscuridades propias haciéndolas escritura no nos es dado en la misma medida como lo es para los poetas, aunque toda zona ontológica, toda región en la que los principios primeros

del ser aparezcan nebulosos, arduos de descifrar, ya es un anuncio, una promesa de poesía.

¿De dónde proviene la escritura poética? ¿Cómo se articula? Freud, en *El creador literario y el fantaseo* (1979) coloca en una misma serie el juego infantil, el fantasear adulto y la creación poética y los pone en relación con la oposición de realidad y placer. Sitúa también al deseo inconsciente como el motor de la creación. Si partimos de esta puntualización nos es posible considerar que el extraer a la luz las oscuridades haciendo escritura con ello, se vuelve una labor posible tanto para el poeta como para todo sujeto hablante, aunque no de la misma manera. Hay que hacer caso de lo que los poetas dicen, nos sugirió Freud después de constatar que los poetas son los precursores del psicoanalista y que nos dan enseñanzas sobre lo humano y su devenir que no son tan fácilmente accesibles por otros medios.

Siguiendo esta declaración freudiana me propongo abordar la poesía de la escritora argentina Alejandra Pizarnik (Avellaneda, 29 de abril de 1936–Buenos Aires, 25 de septiembre de 1972), cuya extensa obra es considerada como una poesía existencial, que deja ver la función de la escritura en la elaboración del dolor de existir. ¿Por qué y para qué la escritura? La poeta sostenía que la poesía no es el mero uso y despliegue de la herramienta del lenguaje, no es solo técnica, sino la posibilidad de que el dolor existencial pueda escribirse poéticamente (Pizarnik, 2003, p.79).

¿De dónde la escritura? ¿Cuál su proceso de alquimia que transforma la herida existencial en belleza poética? Así lo expresa Pizarnik: “El poeta trae nuevas de la otra orilla. Es el emisario o depositario de lo vedado, puesto que induce a ciertas confrontaciones con las maravillas del mundo, pero también con la locura y la muerte” (Pizarnik, 2002, p.356). Propongo considerar *La otra orilla* como la versión poética de *la otra escena* freudiana, el inconsciente, el espacio de las escrituras primordiales, originarias, y de lo reprimido primariamente. Correlacionar ambos conceptos nos aporta el elemento que hace puente para dilucidar la proveniencia de la escritura.

Al tomar como punto de partida algunos fragmentos de la obra poética de Alejandra Pizarnik referentes al proceso de escritura y su vinculación con *la otra orilla*, la herida, como ella la llama, haremos una correlación desde los postulados psicoanalíticos acerca de la escritura y su

proveniencia de *la otra escena* y su decir sobre el dolor existencial, así como el proceso de la escritura de la poeta, que transforma en poema lo experimentado, con el objetivo de mostrar los alcances y los límites de la escrituración del dolor.

El método que se empleará es el propuesto por Freud para el abordaje de obras literarias. Freud considera que los temas fundamentales de la creación del poeta revelan los mecanismos más íntimos de su psiquis, el centro mismo de su inconsciente. El trabajo concreto con el texto es ubicar los motivos típicos, figuras que se repiten, el tema rector. El eje del análisis, o del abordaje, es, entonces la escritura, en lo que en su estructura formal muestra de los avatares de ese proceso, considerando que la obra es el punto de unión entre autor, obra y lector. Desarrollaremos lo anterior en cuatro apartados: el primero se dedicará a una breve semblanza de la poeta, el segundo será dedicado a la pregunta ¿por qué, para qué escribir? Con el propósito de abordar la función de la sublimación en el proceso de escribir, el tercero lo dedicaremos a la pregunta por la proveniencia de la escritura, con el objetivo de correlacionar *la otra orilla* enunciada por los poetas, y *la otra escena* freudiana, y un cuarto apartado lo dedicaremos a lo que se ha llamado la *aporética de la muerte* como programa poético de Pizarnik.

¿QUIÉN FUE ALEJANDRA?

Nadie decía como ella nosotros.

ANA BECCIU

Alejandra Pizarnik ha cobrado importancia y relevancia en los últimos años a partir de que se ha conocido y estudiado más profundamente su obra.¹ Flora Alejandra Pizarnik nació en un pueblo de la provincia de Buenos Aires llamado Avellaneda. Sus padres, de origen ruso, de ascendencia

1. A partir de su muerte se ha publicado su *Poesía y prosa completa*, así como una primera y segunda edición de sus *Diarios*, y más recientemente una biografía ampliada bajo el título *Alejandra Pizarnik. Biografía de un mito*, a cargo de Cristina Piña (2022) en Lumen. Además, se han publicado numerosos artículos y tesis de grado, entre las cuales está la de mi autoría: “Alejandra Pizarnik, las vicisitudes del sujeto poético”, así como los artículos “Alejandra Pizarnik. De la escritura al acto: un suicidio literario” y “Del horror sin estética a la estética del horror”.

judía, llegaron a Argentina como emigrantes tras la Segunda Guerra. En su trabajo posterior como escritora expresa un sentimiento de desarraigo y falta de raíces locales y nacionales, tal vez derivado de la condición de emigrantes transmitida por sus padres. A este respecto se lee esta nota en sus *Diarios*: “...de acuerdo conmigo en la falta de tradición, en la tremenda soledad que implica no tener raíces en ningún lado” (Pizarnik, 2003, p.373).

Su obra se inscribe en la tradición de la poesía moderna y surrealista en la que vida y obra se reúnen en el propósito de hacer de la vida poesía, o poesía con la vida. A propósito de ello sus biógrafos la describen en un persistente e intenso dilema entre la vida íntima y el personaje literario, lo cual se tradujo en una constante preocupación por la construcción de su faz literaria ocultando su yo más profundo y auténtico. En sus *Diarios* y *Obra* se encuentra una paradoja entre un costado íntimo, patético, en cierta manera sensible y débil, y un costado literario desafiante, crítico, subversivo, grotesco y a la vez radiante (Bordelois, 2017).

Su profundo sentimiento de inadecuación para funcionar en el mundo la obligó a generar, para ocultarse, máscaras que no eran impostura sino necesidad de protegerse. Sin embargo, se considera que su autenticidad quedó sofocada por el personaje literario (Bordelois, 2017). Su dedicación a la escritura y la poesía ocurrió muy tempranamente, y desde los 18 años fue una excelente lectora y una poeta que ya despuntaba en los escenarios literarios bonaerenses. Escribe: “Sin que nada lo corrobore, comienzo a confiar en mis posibilidades literarias. [...] me descubrí hablando en idioma literario” (Pizarnik, 2003, p.346). En sus *Diarios* se lee una absoluta concentración en la lectura y la escritura, así como una exigencia de escribir poemas perfectos. La unión vida y poesía queda manifestada en lo que sigue: “Pasa que si no escribo poemas no acepto vivir, vivirme. Pasa que la condición de mi cuerpo vivo y moviente es la poesía” (Pizarnik, 2003, p.335). La continuidad entre la escritura de los *Diarios* y la escritura poética no deja espacio para incluir sus cartas emotivas en tono más alegre y vital, habiéndoselas reservado para su privacidad. Así, el *Diario* es profundamente desolador, con un tono más bien autodestructivo.

Pero hay otro poderoso motivo para la escritura de los *Diarios*. En su introducción Ana Becciu, encargada de su edición, escribe:

Sin embargo, desde sus inicios en la escritura (1954) el *Diario* fue a la vez práctica y proceso de escritura: escribiendo deviene su escritura. Pizarnik escribe en él casi exclusivamente reflexiones sobre sus lecturas o sobre situaciones emocionales y psíquicas que analiza constituyéndose ella misma en esa tercera persona, que Blanchot llamaba neutro y con la que comienza la literatura (2003, p.10).

Es en esta escritura en la que comienza a centrarse su interés en el lenguaje y comienza a hablar de crear lenguaje. “Por este lenguaje sufre, porque es consciente de que esa búsqueda la separa; vuelve imposible el amor, la cotidianidad del amor, la pareja, los domingos en familia, las obligaciones comunes y corrientes, las distracciones. Y el precio a pagar es muy alto” (Becciu, 2003, p.10).

Sus *Diarios* son muy personales y autorreferenciales, pero a la vez “tratan de lo imposible del amor y del sexo, de lo real de la angustia, de elegir: o captar el mundo o rechazarlo. Habla de las formas del deseo en ella, analizándolas y nombrándolas con absoluta lucidez y claridad, por lo que la convierten innegablemente en nuestra contemporánea” (Becciu, 2003, p.11).

Su lectura, según Becciu, permite entender a la poeta y comprender que su vida no fue una pose, que fue una escritora y que le dolió serlo. El legado de la obra de Alejandra Pizarnik es extenso. Se cuentan entre sus obras sus *Diarios*, habiendo comenzado su escritura muy joven, a los 18 años — su primera versión fue publicada en 2003—, y varios poemarios, así como textos en prosa y novelas breves. De su primer libro de poemas, *La tierra más ajena*, destaca el siguiente poema: “YO SOY.../mis alas? /dos pétalos podridos/ mi razón?/copitas de vino agrio/mi vida?/ vacío bien pensado/ mi cuerpo?/un tajo en la silla/ mi vaivén?/un gong infantil/ mi rostro?/un cero disimulado/mis ojos?/ah! trozos de infinito” (Pizarnik, 2011, p. 22).

Después fueron publicados en sucesión irregular *La última inocencia* (1956), *Las aventuras perdidas* (1958), *Árbol de Diana* (1962), *Los trabajos y las noches* (1965), *Extracción de la piedra de locura* (1968), *El infierno musical* (1971) y *Textos de sombra y últimos poemas* (1982), publicado póstumamente. Como precisa Cristina Piña (2022), su biógrafa, Pizarnik describía con detalle sus vicisitudes emocionales y sus tratamientos psiquiátricos,

cuyas reflexiones se encuentran en sus diarios y, tras un proceso de escritura, en algunos de sus poemas. Una mezcla entre dolor existencial y dificultades personales la llevaron a un primer intento de suicidio en 1970. Tras varios internamientos en el pabellón psiquiátrico del Hospital Pirovano de Buenos Aires, en 1972 murió por una sobredosis de Seconal.

Pizarnik fue una poeta de límites, de ruptura. Habiendo nacido en la tradición del romanticismo, de la poesía clásica, la trasciende tomando las enseñanzas del simbolismo creado por Mallarmé, antecesor directo del surrealismo inaugurado por André Bretón. Encontró en estas propuestas una fuerte convocatoria e influencia. Buscarse y elaborarse en el interior de su propio lenguaje fue el eje de su oficio de poeta; entre exactitud y lirismo, entre consciente e inconsciente. En su poesía siempre es cuestión de palabras. Su poética versa sobre ellas. Pensaba el lenguaje y la poesía en términos de palabras, nunca de versos o poemas, nada que no fueran las palabras sueltas, de ahí que puede decirse que su poesía es del fragmento, combinatoria pura y simple de las palabras sueltas.

¿POR QUÉ, PARA QUÉ ESCRIBIR?

La obra de Alejandra Pizarnik permite interrogarnos acerca de la función de la escritura, en sus múltiples figuras posibles. Desde la perspectiva psicoanalítica podemos considerar que la escritura proviene de los signos que testimonian la primitiva experiencia de haber sido tocados por quien nos esperaba, para recibirnos o rechazarnos; de los signos tatuados en el cuerpo que se vuelve mapa del deseo con el que ese otro nos ha marcado; de los signos, huellas sonoras, residuos de miradas, alfabeto que configura el lenguaje del inconsciente, lo cual configura un real a la espera de ser simbolizado. Nos referimos con ello a un proceso de transformación, podríamos decir alquímico. Metafóricamente, podríamos decir que el proceso alquímico que subyace en la escritura es el trabajo artesanal que cada poeta hace con sus fundamentos, es decir, huellas, signos, trazas, desprendidos del tesoro significante del Otro, considerado como la estructura de lenguaje que nos antecede, que constituyen su materia prima para producir el poema, para lograr la alquimia de la letra.

Este proceso, desde luego, alude a la sublimación, en la primera acepción que Freud le dio como un movimiento de ascenso o elevación, según

lo derivado del concepto latino *sublimatio*, o como el poder que tiene el espíritu de convertir lo negativo en ser, según lo planteado por Hegel.

Según el *Thalassa Portolano of Psychoanalysis*, el término *sublimación* designa un proceso que remite a una triple dimensión: estética, alquímica y psicológica. Pero el concepto de sublimación de Freud no remite a la importación de una definición o de una descripción de un proceso químico —a pesar de sus ecos procesuales a la alquimia, provenientes del romanticismo—, ni tampoco a una referencia a la categoría de lo sublime de la estética filosófica, sino que remite a uno de los destinos de la pulsión sexual, cuyos efectos constituyen la formación de las creaciones artísticas y la cultura (Freud, 1979b, p.218). En el segundo de sus *Tres ensayos de teoría sexual* explica: “En ella [la sublimación], a las excitaciones hiperintensas que vienen de las diversas fuentes de la sexualidad se les procura drenaje y empleo en otros campos, de suerte que el resultado [...] es un incremento no desdeñable de la capacidad de rendimiento psíquico. Aquí ha de discernirse una de las fuentes de la actividad artística”. Asimismo, puntualiza: “Por ellos [los caminos de la sublimación] se consumiría la atracción de las fuerzas pulsionales sexuales hacia otras metas, no sexuales; vale decir, la sublimación de la sexualidad” (Freud, 1979b, p.187).

De ello se deriva que, para Freud, la fuerza y el empuje para la creación de obras artísticas y culturales proviene de la sexualidad sublimada, es decir, desviada de sus fines sexuales originales. Para precisarlo se plantea la siguiente pregunta, relacionada con el destino de la pulsión sexual: “¿Con qué medios se ejecutan las construcciones tan importantes para la cultura personal y la normalidad posteriores del individuo?” Y se responde: “Probablemente a expensas de las mociones sexuales infantiles mismas, cuyo aflujo no ha cesado [...] pero cuya energía —en su totalidad o en su mayor parte— es desviada del uso sexual y aplicada a otros fines” (1979b, p.161).

De esta manera define la sublimación como la desviación de las fuerzas pulsionales sexuales de sus metas y su orientación hacia metas nuevas, medio por el cual se adquieren poderosos componentes para los logros culturales. De aquí que podríamos considerar que en el proceso poético —como logro artístico— los estados del alma, los sentimientos, los acontecimientos no pueden relacionarse con su natural originario: estos tienen que ser trabajados, preparados, sublimados, diríamos alquimizados. Es esta la dimensión de la que partimos para considerar el proceso

de la escritura poética y de toda creación artística como proveniente, en su empuje creativo, de una sublimación.

Vayamos ahora al cuerpo de la obra de Pizarnik para discernir en ella la alquimia, la transformación de lo real en poema, su aspiración de ser artista de la letra como objeto, pretendiendo ser, por crear escritura, creadora de sí misma. En una entrevista que le hizo Martha Isabel Moia (1972) poco antes de decidir morir, y que está incluida en su *Prosa completa* con el título “Algunas claves”, declara: “Trabajé mucho en esos poemas, y debo decir que, al configurarlos, me configuré yo y cambié. Encontré la libertad en la escritura. Fui libre, fui dueña de hacerme como yo quería” (Pizarnik, 2002, p.369).

Escribir fue para Pizarnik su construcción y su destrucción. Fue su placer y su condena, su enfermedad y su curación. Tuvo con la escritura una relación de amor y odio, de total entrega. Sin embargo, no la alivió del dolor de vivir. Fue desapegándose de la vida, de los otros, para apegarse casi por entero a la escritura. Su existencia material cedía cada vez más el paso a una existencia que pretendía sostener con letras.

Lo anterior queda manifestado en sus *Diarios*. De inicio hay una relación romántica con la escritura como su mayor ensalmo en momentos de tribulación, pero paulatinamente construye y asume un destino de escritora, y escribir se convirtió en oficio de letras, exigente, agotador. El *Diario* era su escritura íntima y también el lugar de fabricación del poema. Crea un interlocutor siempre presente, que no puede faltar, pues es ella misma. Los otros, los exteriores, los de la vida real, podían faltar, ser ausencia, incluso tema, pero su alter ego, ella misma, no faltaba. Algunos fragmentos de sus *Diarios* lo muestran: “Acá, entre el cansancio y el humo, entre el miedo y las ansias inmortales, me dije: he de escribir o morir, he de llenar cuadernillos o morir” (Pizarnik, 2003, p.13).

Aunque suele decirse que solo los hombres que han transitado por múltiples experiencias vitales estarían capacitados para la escritura, como si esta fuera la representación de uno mismo, llevando al teatro de la conciencia, al ámbito de la representación esas experiencias vividas para hacerlas hablar ante otros, Alejandra Pizarnik, como escritora, por la experiencia misma de la escritura, muestra cómo el escrito se le escapa por los intersticios de lo proyectado.

Es así como podemos decir que la escritura es más bien una posibilidad de vivir y construirse como experiencia. Como una forma de lograr consistencia subjetiva. La escritura no es entonces solamente el relato de las experiencias de vida: ella misma es una experiencia de vida. Porque quien escribe cuando escribimos es nuestro cuerpo, con sus fuerzas, que siempre son, al mismo tiempo, las fuerzas de los otros que se intersectan con las propias. No es solamente un cuerpo el que escribe, sino que la escritura misma se convierte en cuerpo. La escritura fue para Pizarnik fuente de muy variadas experiencias, desde considerarla como su destino hasta experimentarla con sufrimiento. Así, escribirá: “Ellos no saben lo que es llorar sobre una página vacía y llenarla pacientemente con signos creados por una misma” (Pizarnik, 2003, p.57).

Pizarnik, desde sus primeros escritos, consideraba la poesía no como sustitución, sino como creación de una realidad independiente —dentro de lo posible— de la realidad a que se está acostumbrado. Escribía: “Las imágenes solas no emocionan, deben ir referidas a nuestra herida: la vida, la muerte, el amor, el deseo, la angustia. Nombrar nuestra herida sin arrastrarla a un proceso de alquimia en virtud del cual consigue alas, es vulgar. No es lo mismo decir: ‘no hay solución’ que ... No saldrás nunca sin embargo/ de tu gran prisión de alcatraces” (Pizarnik, 2003, p.79).

Más adelante enfatiza: “¿Posibilidades de vivir? Sí, hay una. Es una hoja en blanco, es despeñarme sobre el papel, es salir fuera de mí misma y viajar en una hoja en blanco” (Pizarnik, 2003, p.95). Deseo de transformarlo todo con la poesía, alquimia sobre las cosas para hacerlas palabra; alquimia de las palabras para crear las cosas. Así, escribe: “La muerte es una palabra. La palabra es una cosa, la muerte es una cosa, es un cuerpo poético que alienta en el lugar de mi nacimiento” (Pizarnik, 2011, p.92).

Con todo, es sin duda el arte el modo más refinado de sublimación, puesto que logra una transformación de las exigencias pulsionales inaceptables o intolerables, dándoles formas de un valor que puede ser tan universal que puede tener el alcance de aliviar a otros de la carga de sus propios fantasmas. Al creador le está concedido expresar los goces prohibidos de una manera tal que nos hace gozar de los nuestros. Ya Freud lo expuso en *El creador literario y el fantaseo*, en el que se plantea: “A nosotros, los legos, siempre nos intrigó poderosamente averiguar de dónde esa maravillosa personalidad, el poeta, toma sus materiales [...] y

cómo logra conmovernos con ellos, provocar en nosotros unas excitaciones de las que quizá ni siquiera nos creíamos capaces” (Freud, 1970c, p.127).

Además, se interesa en dar cuenta del secreto de la alquimia de la creación y el efecto en el lector. Allí plantea que el proceso reside en una cierta relación de la fantasía y los sueños diurnos, con la técnica, en la cual la atenuación y la deformación desempeñan un gran papel para lograr una disimulación mediante una prima de seducción, o placer previo. Freud (1970c, p.135) precisa en ese texto el secreto del poeta para conseguir su logro estético: “He ahí su más genuino secreto; en la técnica para superar aquel escándalo, que sin duda tiene que ver con las barreras que se levantan entre cada yo singular y los otros, reside la auténtica ars poética”. Puntualiza que se pueden distinguir dos clases de recursos que el poeta sigue: variaciones y encubrimientos, para invisibilizar el componente de sus propias fantasías y ofreciendo una ganancia de placer estético. El creador hace creer que está entregado a un simple juego que es lícito, dice Freud, y pone el énfasis en los efectos de la acción artística sobre el lector o espectador que vivencia la experiencia que comunica el artista como si fuese algo real.

Asimismo, Freud describe cómo el artista trabaja mediante la sublimación al describir el modo en que este regresa desde su fantasía a la realidad al ingeniar para elaborar sus sueños diurnos de forma que pierdan lo que tienen de excesivamente personal y de chocante, y para que los otros puedan gozarlos también sin rechazarlos. Plantea que el artista atenúa sus elementos personales hasta tal punto en que no dejen traslucir su proveniencia de fuentes prohibidas. El artista, precisa, posee la enigmática facultad de dar forma a un material hasta convertirlo en copia fiel de la representación de su fantasía, y sabe anudar a esa figuración una ganancia de placer tan grande que en virtud de ella las represiones son canceladas, al menos temporariamente.

En ese mismo texto dice que el artista, al transformar con su acto creativo lo que procede de sus fantasías y deseos, hace posible que quienes conocen y experimenten su obra extraigan a su vez consuelo y alivio de las fuentes de placer de su propio inconsciente que se les habían hecho inaccesibles. Sin embargo, dice que, aunque la sublimación provee al sujeto de una satisfacción más noble y elevada, su intensidad no alcanza

la de los impulsos primarios, por lo que no llega a proporcionar al sujeto una protección completa contra el sufrimiento. Esta puntualización es importante para comprender los límites de la escritura poética en su función de acotamiento del sufrimiento psíquico inherente al dolor existencial presente en la obra poética de Pizarnik.

¿DE DÓNDE LA ESCRITURA?

Artaud, como Van Gogh, como unos pocos más, dejan obras cuya primera dificultad estriba en el lugar —inaccesible para casi todos— desde donde las hicieron.

PIZARNIK, *El verbo encarnado*.

Bernardo Ezequiel Koremblit (1991), en su ensayo sobre Alejandra Pizarnik, plantea que ella, con su obra, mostró que ni la filosofía ni el psicoanálisis ni el intelectualismo ni ciencia alguna logran extraer a la superficie, cualquiera sea el sondeo que se realice, lo que puede conseguir el alma poética. Extracción de lo fundamental o alquimia poética de lo que se revela, así lo escribe Pizarnik (2011, p.137): “Y por todas partes la vieja carencia. Una melodía suavísima, tierna hasta el llanto, una melodía que impulsa a tirarse al suelo y comenzar a llorar hasta la muerte de la eternidad. Por todas partes una herida inmemorial, una insatisfacción angélica, algo con plumas, algo sin palabras, anterior a la palabra”.

Pizarnik sostenía que la poesía no es el mero uso y despliegue de la herramienta del lenguaje, no es solo técnica, aunque para hacerla se requiere conocimiento y cierto dominio de la lengua, así como del proceso que lleva a hacer un buen poema. Pero lo que podemos considerar su poética, su escritura, proviene de su deseo y necesidad de hacer vida con su poesía y poesía con su vida. Este fragmento de sus *Diarios* lo muestra:

Ahora sé que cada poema debe ser causado por un absoluto escándalo en la sangre. No se puede escribir con la imaginación sola o con el intelecto solo; es menester que el sexo y la infancia y el corazón y los grandes miedos y las ideas y la sed y de nuevo el miedo trabajen al unísono mientras yo me inclino hacia la hoja, mientras yo me despeño en el papel e intento nombrar y nombrarme. No escribiré hasta que mi sangre no estalle (Pizarnik, 2003, p.91).

El texto de la vida se muda en el texto de la escritura, por la senda del lenguaje de la escritura. Todo se resuelve en frases. El acto mismo de la escritura es para Pizarnik uno de los protagonistas en los *Diarios* y sus poemas. El poema, decía, es el lugar en donde todo es posible. “Necesitamos un lugar donde lo imposible se vuelva posible, es en el poema, particularmente, donde el límite de lo posible es transgredido de buena ley, arriesgándose” (Pizarnik, 2002, p.304).

¿De dónde viene, para Alejandra, la escritura? Este fragmento revela lo que consideraba como el punto de partida para su escritura. “El poeta trae nuevas de *la otra orilla*. Es el emisario o depositario de lo vedado puesto que induce a ciertas confrontaciones con las maravillas del mundo, pero también con la locura y la muerte” (Pizarnik, 2002, p.304).

La otra orilla podemos considerarla como la versión poética de *la otra escena* freudiana, y que en Pizarnik proviene de la poética oriental. Tomemos los referentes freudianos que caracterizan *la otra escena* para precisar, desde la perspectiva psicoanalítica, la proveniencia de la escritura. Tanto la lengua del sueño como el dialecto del síntoma le recuerdan a Freud una escritura, pues ella está implicada en el análisis de las repeticiones, los desfallecimientos y las transposiciones que constituyen la trama de la actividad psíquica inconsciente (Safouan, 1985). La idea u ocurrencia que sobreviene en el curso de la asociación libre es lo que proviene de una alusión o metáfora, es decir, de una dimensión poética de la lengua. Desde la dimensión poética, según nos lo manifiesta Alejandra Pizarnik, los fragmentos que componen como unidad sintáctica sus poemas, son ideas, elementos sobrevenidos de esa otra escena, inconsciente.

En *La interpretación de los sueños* Freud revela que el sueño es una escritura cuyo mensaje viene de *la otra escena*. No viene de aquel que, en el momento de despertar, va a encontrarse con todo el universo de las significaciones, ni de otro. Viene de un lugar distinto de aquel en el que transcurre la vida del sujeto, hecha de sus relaciones con sus semejantes. El escriba no es el hombre comprometido con esas relaciones, hechas por intermedio de las palabras. El escriba se define por su relación con el Otro que consiste en un dictado, una palabra que el sujeto refiere siendo la palabra del Otro en él. Esta relación es una relación con el lenguaje, la cual Freud especifica que se desarrolla según un régimen de procesos primarios: metáfora y metonimia para decir los más empleados (Safouan,

1985). El sueño produce una escritura que es susceptible de descifrarse por las asociaciones discursivas que susciten que la letra ahí implicada se haga presente en el decir. Las escrituras oníricas van escriturando la posición que el escribiente va teniendo en relación con ese Otro que dicta. Muestran las sinuosidades de ese trayecto, en sus avances o retrocesos, o quiebres o caídas, o retornos al mismo punto, o fijaciones en el mismo lugar. Pero nunca es una escritura fija, y está abierta a la inclusión de nuevas combinatorias.

Consideramos que Pizarnik, al describir su proceso de escritura, muestra lo anteriormente puntualizado en las siguientes declaraciones: “Escritura densa y llena de peligros a causa de su diafanidad excesiva; concreta al máximo; desmesuradamente materialista en la medida en que revela imágenes originarias de las sombras interiores más lejanas y desconocidas e insospechadas [inesperadas]” (2002, p.304).

Sobre todo, inesperadas. Y aunque la poeta ya ha precisado que la poesía resulta de la mezcla de la técnica poética con los elementos venidos de *la otra orilla*, era experiencia común y cotidiana que sintiera venir las palabras como un advenimiento, como una ocurrencia o como palabras que insisten, sin que las llame. El siguiente fragmento lo describe: “Me sucede asistir al cortejo de las palabras que se precipitan, y me siento espectadora inerte, inerme” (Pizarnik, 2002, p.314).

Pizarnik desarrolló su obra sobre las premisas de la escritura automática surrealista, la cual le fue útil, para extraer lo que podía seguir siendo nuevo, en las profundidades inconscientes, oníricas, transpersonales, azarosas, donde eso nuevo estuviera ocultado. Eso explica su tendencia a buscar en lo profundo de sí los elementos para crear nueva escritura, lenguaje nuevo, único objetivo que se fijó para su poética.

André Bretón planteó que la escritura automática, ya estaba instrumentalizada desde el comienzo, es decir, ya tenía sus objetos a localizar y el lugar donde localizarlos. Los objetos son los inherentes a la vida interior del poeta, y el inconsciente es el lugar donde localizarlos. A pesar de que André Breton y el movimiento surrealista que él funda y encabeza hayan tenido una recepción no muy afortunada con Freud, Breton redactó el *Manifiesto Surrealista* partiendo de los postulados psicoanalíticos, sobre todo los relativos al inconsciente y las escrituras/formaciones del inconsciente (Sladogna, 2005).

Aunque Breton no encontró en Freud una disposición favorable para el naciente movimiento surrealista, siguió teniendo en alta estima los postulados psicoanalíticos concernientes al inconsciente y la escritura onírica. De esas consideraciones derivan las premisas de la escritura automática. El manifiesto surrealista indicaba que el único paradigma de calidad que importaba era, centralmente, el proceso creador. La clave del proceso lo constituyó la *escritura automática*, proceso en estado puro, flujo libre del inconsciente, considerado como el área mental libre de la consideración de los resultados, del juicio crítico. Para lo que venimos exponiendo, esta cuestión es central, ya que Pizarnik vivió, leyó y escribió en la estela del surrealismo (Aira, 2004). Así, nos resultarán más entendibles ahora estas declaraciones con respecto a su escritura: “Escritura densa hasta lo intolerable, hasta la asfixia, pero hecha nada más que de ‘vínculos sutiles’ que permitirían la coexistencia inocente, sobre un mismo plano, del sujeto y del objeto, así como la supresión de fronteras habituales que separan a yo, tú, él, nosotros, vosotros, ellos. Alianzas, metamorfosis” (2002, p.305).

El acto de escritura proviene de un proceso que se querría, por un lado, “automático”, sin censura, sin fronteras, algo así como un inconsciente a flor del texto en el que entonces ya no nos extrañará leer continuidades, coexistencias, ausencia de límites, indistinción. Un texto estructurado a la manera del inconsciente, pero, por otro lado, articulado también bajo la égida de un yo crítico que Pizarnik siempre ejerció, en su búsqueda del lenguaje nuevo y el poema exacto.

Si el inconsciente, aludido en esta poética como *la otra orilla*, ha desempeñado un papel de referencia tal en todo lo que ha sido trazado de una nueva poesía, es precisamente porque genera en el acto mismo de la escritura una cierta experiencia subjetiva.

Así, leemos lo siguiente en la poética de Pizarnik: “Mi tormento es el tránsito de las imágenes formuladas en la otra orilla por ‘la hija de la voz’ a las presencias fulgurantes. Tránsito que quisiera realizar con una precisión tensa que me permitiría dominar el azar y compensarme de mi sumisión absoluta a ‘la hija de la voz’, o inspiración, o inconsciente” (2002, p.306).

Este breve párrafo, que forma parte de la *Prosa completa*, compuesto por una compilación póstuma de sus escritos en prosa, artículos y otros

textos, pone en nuestra línea de atención la relación entre inconsciente y escritura. Ahora la pregunta varía, ya no solo es sobre el origen de esta, sino sobre el tránsito, el proceso que opera para advenir como poema o relato o novela o ensayo o dramaturgia. No solo importa el proceso, sino también el resultado de ese proceso, que para Pizarnik siempre fue el buen poema, el poema exacto.

En ese tránsito, de la fuente del lenguaje errante hacia el poema, el escritor está implicado. Pizarnik revela que experimentaba un debate entre las palabras que vienen solas, azarosamente, ante lo cual sentía un sometimiento y su pretensión de dominar el proceso mediante un intento de precisión en el acto creativo. Para compensar el sometimiento al inconsciente dice:

Siento que los signos, las palabras, insinúan, hacen alusión. Este modo complejo de sentir el lenguaje me induce a creer que el lenguaje no puede expresar la realidad; que solamente podemos hablar de lo obvio. De allí mis deseos de hacer poemas terriblemente exactos a pesar de mi surrealismo innato y de trabajar con elementos de las sombras interiores (Pizarnik, 2002, p.313).

Esta pretensión de “fabricar” el poema con la implicación de autocrítica, que podríamos también pensar como un yo censor o como una instancia crítica que busca dar coherencia a lo inconsciente que se revela, dejó de ser ejercitado por Pizarnik en sus dos últimos libros. Así, muy explícitamente plantea: “Busco que el poema se escriba como quiera escribirse [...] La cantidad de fragmentos me desgarran Impuro diálogo Un proyectarse desesperado de la materia verbal Liberada a sí misma Naufragando en sí misma” (Pizarnik, 2002, p.313).

Diríamos que experimentó como vana pretensión el intento de dominar el azar y se entregó al libre discurrir de las letras. El tormentoso tránsito de las imágenes formuladas en *la otra orilla*, la alquimia del poema, el efecto subjetivo, no tiene, sin embargo, más que una efímera duración. Y es que el trabajo de la escritura está hecho sobre una pérdida, sobre una herida y un duelo, de lo cual la obra será la transformación. Ninguna creación, como bien lo atestigua Pizarnik, es indolora, ninguna adviene

sin un trabajo doloroso, que concluye siempre en un logro efímero, cuestionado siempre por el propio autor, que experimenta el incansable deseo de recomenzar, por lo tanto, de negar lo que él ya ha hecho, y reiniciando al renovar la aventura de la alquimia. Pizarnik lo expresa intensamente de esta manera:

Necesidad de romper los textos muy mediocres o simplemente mediocres. Aunque rompa la mitad de lo que tengo escrito, el resto necesita, para curarse y ser reparado, que su autora viva varias vidas... El método riguroso y artificial con el que corrijo Violario tiene la ventaja de permitirme un lenguaje punzante y acerado como un cuchillo. ¿Es preciso el ritual de las palabras aisladas y la pérdida del contenido para alcanzar la intensidad expresiva que este requiere? (Pizarnik, 2002, p.448).

Saber y no saber. Asumir la lucidez de lo revelado y hacer poema con ello, y asumir al mismo tiempo el no saber ni pretenderlo, para seguir en el acto de escritura. El artista prefiere no saber lo que sabe. Hace obra. Tiene con el saber una relación de desconocimiento, pues el saber constituye un obstáculo para la creación. En un fragmento de sus *Diarios* Pizarnik alude a lo anterior de esta manera: “Acabo de recibir una carta de A. R. en la que me dice, honestamente, que no entiende mis versos. Me ruega que se los explique. Sonríó tristemente. Y a mí, ¿quién me los puede explicar? No sé de dónde han surgido, ni cómo” (Pizarnik, 2003, p.65).

Hay un imposible de saber, y mantenerlo como vacío es la condición de posibilidad de la creación. Testimonia el límite de lo simbólico, que, sin embargo, busca decir, con su falta de decir, agotándose, diciendo lo que no se puede decir (André, 2000, p.173). Necesidad de renovar la apuesta, en una escritura incesante, es lo que se revela en este poema: “Vacío gris es mi nombre y mi pronombre. Conozco la gama de los miedos y ese comenzar a cantar despacito en el desfiladero que reconduce hacia mi desconocida que soy, Mi emigrante de sí” (Pizarnik, 2003, p.65).

LA APORÉTICA DE LA MUERTE

Carolina Depetris (2004) plantea que Pizarnik se inscribe en un movimiento de la poesía moderna definida no tanto por su concreción sino por la búsqueda que inspira, lo cual se manifiesta en poetizar la poesía, es decir, en trabajar con y alrededor del lenguaje. “De aquí que la búsqueda del despliegue de lo que cada palabra es lleva implícito un obcecado retorno al punto inicial, al instante de la palabra blanca, de la desnudez primera, de la ‘noción pura’ de la que habla Mallarmé” (Depetris, 2004, p.15).

Este movimiento poético que procura tanta sustracción semántica constituye, según la autora, el problema cardinal de la poética de Pizarnik, porque ella descubre en este gesto la aporía poética fundamental de tener que restar presencia desde la presencia, de tener que buscar la palabra poética desde las palabras. Lo que adviene en el trabajo poético de Pizarnik es la certidumbre, en cierta manera decepcionante, de que no hay lenguaje absoluto, que las palabras solo hacen alusión, pero no crean la materialidad. De ahí que la poeta se hace la pregunta: ¿Se puede sostener una existencia solamente en lo simbólico? ¿Se puede ser por el lenguaje? Pareciera que para Pizarnik es así, solo a condición de la muerte, para ser símbolo. Por ello escribe: “Quiero existir más allá de mí misma: con los aparecidos. Quiero existir como la que soy: una idea fija. Quiero ladrar, no alabar el silencio del espacio al que se nace” (Pizarnik, 2011, p.373).

Aunque en los *Diarios* hay claras y persistentes alusiones a su suicidio, en los dos últimos años de su vida el dolor vertido en los escritos íntimos pasa a la escritura poética, y en los *Diarios* deja de mencionarlo. Anotamos el poema encontrado en su pizarrón de trabajo el día en que decidió morir:²

2. Conservamos la disposición en la que quedó escrito el poema en su pizarrón de trabajo.

Por sus claros tintes biográficos la obra de Pizarnik nos permite, y de alguna manera nos convoca, a intentar los cruces de fronteras entre el psicoanálisis y la literatura, y a definir y situar puntos en común. Según mi lectura, la consideración del proceso de escritura como un proceso sublimatorio y la similitud de *la otra escena* y *la otra orilla* como metáforas del inconsciente son sus puntos en común.

Consideramos la decisión de Pizarnik de darse muerte no como un interés de explicar el acto, sino de dar cuenta de su relación con su programa poético y con los límites mismos de la escritura en su efecto subjetivo y las vicisitudes del sujeto poético en el acto de escribir; desarrolla una excepcional maestría en el uso del lenguaje y, paradójicamente, muestra su inadecuación para expresar el mundo, y su falla esencial para decir lo que nos pasa.

Finalmente, querría enfatizar que, a pesar de que reivindico la posibilidad de hacer este tipo de lectura y ejercicio teórico clínico, no dejo de considerar lo que Pizarnik declaró al respecto: ¿La poesía? A ella, o leerla, o escribirla, porque no se puede decir algo sobre ella.

Con todo, me aventuré y obtuve, si no respuestas a preguntas, sí por lo menos plantearme nuevas preguntas. Finalmente, solo diré, parafraseando a Alejandra:

Cuando el lector más atento ha terminado de leer la obra poética de Alejandra Pizarnik cuando ya la ha descifrado (gran problema de casi toda la poesía moderna: ¿cómo acceder a los símbolos que la poeta se forja en su soledad?); cuando ha recreado en sí mismo esa contienda entre acuerdo y separación; cuando, en fin, ya puede releer —pero ahora con el corazón, ahora libremente— esta obra poco o nada fácil, entonces siente una emoción muy particular ante ciertos versos de forma humilde, como por ejemplo estos: es la tuya /mi mano . . . , que de ningún modo sólo significan una declaración de amor, sino que son la perfecta fórmula de una reconciliación, o la dichosa tregua que por fin le ha sido dada a quien contendió con desesperada e ineludible necesidad (comentario de Alejandra Pizarnik a *El demonio de la armonía*, de H. A. Murena; Pizarnik, 2002, p.254).

De acuerdo con Pizarnik en su declaración de que únicamente el lector puede terminar el poema inacabado, rescatar sus múltiples sentidos, agregarle otros nuevos, dar vida nuevamente, re-crear. En su poética deja apuntado que, en su proceso de escritura, nunca buscó al lector, ni antes ni durante ni después del poema. Es así como dice lo siguiente: he tenido encuentros imprevistos con verdaderos lectores inesperados, los que me dieron la alegría, la emoción, de saberme comprendida en profundidad (Pizarnik, 2002, p.353). Espero que podamos ser ese lector, imprevisto, verdadero e inesperado, que comprenda su poesía en profundidad.

REFERENCIAS

- Aira, C. (2004). *Alejandra Pizarnik*. Beatriz Viterbo Editora.
- André, S. (2000). *Flac (novela) seguida de La escritura comienza donde el psicoanálisis termina*. Siglo XXI.
- Bordelois, I. (2017, 24 de abril). Aproximaciones a Alejandra Pizarnik [Video]. YouTube. <https://bit.ly/4oSdyxj>
- Chemama, R. (1998). *Diccionario de Psicoanálisis. Diccionario actual de los significantes, conceptos y maternas del psicoanálisis*. Amorrortu.
- Depetris, C. (2004). *Aporética de la muerte: estudio crítico sobre Alejandra Pizarnik*. UAM Ediciones.
- Freud, S. (1979a). *Obras completas, Vol. V: La interpretación de los sueños*. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900).
- Freud, S. (1979b). *Obras completas, Vol. VII. Tres ensayos de teoría sexual*. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).
- Freud, S. (1979c). *Obras completas, Vol. IX. El creador literario y el fantaseo*. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1907).
- Gerber, D. (1996). Del significante a la letra. En H. Morales Ascencio (Ed.), *Escritura y psicoanálisis. Coloquios de la Fundación*. Siglo XXI.
- Korembli, B. (1991). *Todas las que ella era. Ensayo sobre Alejandra Pizarnik*. Editorial Corregidor.
- Safouan, M. (1985). *El inconsciente y su escritura*. Paidós.
- Sladogna, A. (2005). El estadio del espejo de Lacan: diálogos con el espejo, el surrealismo, la fotografía y la locura. Epílogo a Dany-Robert Dufour, *Lacan y el espejo sofiano de Boehme*. Funda, UAQ.
- Piña, C. (2022). *Alejandra Pizarnik. Biografía de un mito*. Lumen.

- Pizarnik, A. (2011). *Poesía completa (1955-1972)*. Lumen. https://www.proletarios.org/books/Pizarnik-Poesia_completa.pdf
- Pizarnik, A. (2002). *Prosa completa*. Lumen.
- Pizarnik, A. (2003). *Diarios*. Lumen. <https://bit.ly/4mGRmog>
- Thalassa. (s. f.). *Portolano of Psychoanalysis*. <https://bit.ly/46a3x74>

Duelo y melancolía en Baudelaire: la escritura poética y la memoria del dolor y del spleen por la pérdida de lo singular irrepetible

JUAN CARLOS OREJUDO PEDROSA

En este capítulo se desarrollará un análisis filosófico y hermenéutico de la escritura de la pérdida y del duelo a partir de la poesía romántica y moderna, específicamente en la obra poética de Charles Baudelaire. Asimismo, nos centraremos en los conceptos de “duelo” y “melancolía”, de acuerdo con lo expuesto por Freud en su ensayo así titulado. Freud ofrece una perspectiva psicológica de enorme profundidad para dilucidar el sentido oculto del dolor producido por una pérdida irrecuperable; esta clave comprensiva es usada en este escrito para analizar la obra poética de Charles Baudelaire.

Baudelaire es el primer poeta moderno, anclado en el París del siglo XIX. Poeta urbano, designa su melancolía mediante la palabra *spleen*. En los primeros apartados nos centramos en las diferentes figuras del dolor incurable, denominado melancolía o spleen: el dandi, el *flâneur* o el viajero sin destino y sin patria; el verdugo de sí mismo, el narciso herido, el sádico que destruye a su amada simbólicamente; los paraísos artificiales, la modernidad de las grandes ciudades, las innumerables víctimas de la historia.

En la segunda parte del ensayo nos enfocamos en el poema titulado “El cisne”, en el que se tematiza la melancolía del poeta en un mundo moderno en donde todo se vuelve alegoría. El poeta se contempla en el espejo de la melancolía. El pecado, al final, permite profundizar en la problemática del mal incurable interiorizado por el poeta que contempla su propio dolor en el espejo.

CONTEXTO URBANO DE LA POESÍA MODERNA DE BAUDELAIRE

El poeta francés Charles Baudelaire vive durante la crisis de la poesía romántica en el París de la segunda mitad del siglo XIX, la pérdida de la identidad en la ciudad moderna, en la cual el hombre deambula sin rumbo; concretamente, el *flâneur* baudelaireano que descubre el dolor insufrible y la profundidad del corazón humano a través de la literatura y de la poesía decimonónica, en una época de decadencia, y de remodelación de la ciudad de París, que ha perdido para siempre su esplendor y brillantez.

El poeta experimenta en su interior un desgarramiento insuperable por postulados contradictorios: el bien y el mal, el ideal y el spleen, lo bello y lo feo, Dios y Satán, el príncipe y el bufón, lo trágico y la comedia, la vida elevada del espíritu y la caída del hombre en el pecado. El poeta busca su propia salvación a través de los paraísos artificiales, aunque en realidad descubre que todo está contaminado por el pecado original, que implica la condenación del alma. El poeta utiliza la palabra *spleen*, que significa melancolía, para describir su dolor más personal, que anida en el secreto de su corazón herido, por una pérdida irrecuperable e insuperable en la ciudad moderna.

El poeta singular descubre su soledad en medio de la muchedumbre, en el interior de la ciudad ruidosa y multitudinaria, en la masa anónima de las grandes urbes que abre al abismo y a lo desconocido. Atrapado en el vértigo de las masas urbanas, el poeta que busca escapar a la vulgaridad y al malestar de la cultura es impotente para escapar al spleen y al tedio. Todos sus intentos por ahuyentar al dolor son infructíferos. Todos sus esfuerzos por alcanzar el ideal y la belleza no disminuyen su desgracia y su desdicha, sino que la profundizan e intensifican.

El poeta moderno, Baudelaire, no encuentra consuelo en la naturaleza idealizada de los románticos, sino que está atrapado en la densa niebla que cubre la ciudad artificial, sin poder huir fuera de sí mismo hacia los países de Jauja, hacia los lugares exóticos lejos de su patria infame. El poeta está condenado a vivir eternamente una vida repetitiva y monótona, en un mundo que detesta y horroriza, y que al mismo tiempo le atrae irresistiblemente.

¿Cómo escapar a la soledad que le condena al dolor por una pérdida irrecuperable? Baudelaire explora los caminos de la poesía amorosa y

rompe las barreras del amor cortés, que tiene un origen platónico y cristiano, desvelando las regiones oscuras y desconocidas del espíritu humano, atraído por el mal que revela a los rebeldes y marginados la pasión por el infinito, el deseo insatisfecho por un ideal inaccesible. Recuperar lo perdido para siempre es un ideal imposible, como señala Georges Bataille en *La literatura y el mal*: “Baudelaire quiso hasta el final lo imposible” (Bataille, 1957, p.37).

Nos apoyaremos en algunas obras que nos parecen iluminadoras y que han profundizado en la intensa experiencia individual y personal del duelo y del dolor por una pérdida irrecuperable. Varias de ellas nos servirán de guía en este trabajo: los libros que consagra a la melancolía Jean Starobinski, *L'encre de la Mélancolie* (Seuil, 2012); *La Mélancolie au Miroir, Trois Lectures de Baudelaire* (Julliard, 1989) y la obra de Paul Ricoeur *La Mémoire, l'histoire, l'oubli* (Seuil, 2000). Desde una perspectiva psicoanalítica Leo Bersani, en *Baudelaire et Freud* (Seuil, 1981), analiza el yo interior del poeta a la luz de una subjetividad perdida y a la deriva. La subjetividad del poeta sufre un proceso irreversible de evaporación en un medio vaporoso, que le impele a salir de sí mismo a través de la poesía y el amor por la vida universal. El poeta siente simultáneamente un éxtasis por la vida, y, por otra parte, el horror a la vida. Baudelaire decidió vivir trágica y románticamente su obra antes de crearla.

NARCISO EMBRIAGADO, DESGARRADO Y ARTÍFICE DE SÍ MISMO. SADISMO COMO DOLOR INFINITO E INCOMPRENDIDO

El poeta que ha perdido la unidad del alma se contempla a sí mismo, como Narciso, en un mundo dividido y fragmentado, que se ha convertido para el poeta en una alegoría. La proliferación infinita de los sentidos constituye un reflejo de la experiencia de la fragmentación y de la evaporación del sujeto moderno. El mundo abismal de las ciudades infernales, donde residen la prostituta y el criminal, se convierte para el poeta en un espejo en el que contempla su propio yo multiplicado.

A través del arte y del maquillaje, la mujer idealizada y demonizada promete al hombre un paraíso en la tierra. Por medio del olvido y de la embriaguez de los sentidos el artista logra recrear en su imaginación el ideal perdido. La imaginación es la única vía productiva y creativa

del artista que logra por medio de la brujería evocadora de la escritura poética extraer de su interior el modelo ideal de su creación. La escritura poética al servicio de la memoria y del recuerdo doloroso de un paraíso glorioso perdido para siempre logra expresar, sugerir y evocar a los seres singulares marcados por la muerte y la finitud, la caducidad y la ruina de todas cosas humanas, como lo desarrolla magistralmente el poeta en su poema incluido en *Las flores del mal* “Las viejecitas”.

Analizaremos los poemas de Baudelaire en los cuales expresa el poeta su dolor insuperable por un deseo infinito insatisfecho, su desdicha por la intensidad del dolor debido a una pérdida irreversible e irrecuperable. En este contexto, el gran enemigo del poeta es el tiempo, el gran aliado de la muerte, que destruye al ser amado y todas las esperanzas humanas. El dolor por una pérdida tan dolorosa explica en parte el sadismo del poeta, así también su necesidad de salud y de olvido.

El poeta se refugia en el sueño y en el olvido con la finalidad de apaciguar el dolor que lo sume en su conciencia culpable. Sobrevivir al dolor insuperable produce en el alma un sentimiento que nunca le abandona de culpabilidad. Como señala José María Valverde en su introducción a *La fanfarlo*: “Baudelaire, precisamente el más hondo moralista de la poesía francesa” (Valverde, 1989, p.9). Poetizar sobre el mal que lo aflige se convierte para el poeta en un deber moral, es decir, recuperar a través de la poesía moderna aquello que se pierde para siempre en el tiempo devorador y la muerte aniquiladora. *Las flores del mal*, según Baudelaire, es un *libro saturnal*, destinado a inmortalizar los despojos humanos, marginados y olvidados, de las ciudades modernas donde todo está de paso, todo es provisional, transitorio y fugitivo. La modernidad para Baudelaire nos conecta con el dolor y el duelo por todo aquello que está destinado a perecer y a desaparecer para siempre.

La experiencia poética de la muerte abre la posibilidad al poeta Baudelaire de transmitir, comunicar, mejor dicho, traducir o descifrar una vivencia de la muerte o de la mortalidad que es patrimonio de la humanidad como un todo. La muerte nos llega a todos los mortales, más tarde o más temprano, de tal modo que el poeta se apropia de una experiencia humana universal, que también compartimos con todos los seres vivos y sensibles, animales o vegetales, que pueblan el planeta tierra. No obstante, no siente el ser humano lo mismo ante la muerte de un ser vivo del reino

animal o vegetal, que, ante la muerte de un semejante de origen humano, y más cuando se trata de un singular humano conocido, un familiar o un amigo.

DUELO Y MELANCOLÍA EN LA EXPERIENCIA DE LA MUERTE. VIAJE AL ABISMO Y MODERNIDAD POÉTICA

La experiencia de la muerte en Occidente es necesariamente antropocéntrica. La muerte establece un corte en el *continuum* de la vida, que tiene un carácter irreversible. El ser humano se puede reponer de una pasión amorosa, pero la muerte nos confronta con aquello que ya no tiene remedio. Los muertos, a no ser desde una perspectiva mítico-religiosa, ya no pueden entrar de ningún modo en contacto, o en comunicación directa y personal con los vivos, a no ser que se presuponga lo sobrenatural, aumentado en proporciones infinitas por los deseos y sentimientos del corazón. La razón y la ciencia natural, y el sentido común del hombre cotidiano, y de manera más general la civilización occidental, no se rige por las necesidades del espíritu sino únicamente por las necesidades materiales y la realidad empírica, según la cual los vivos y los muertos ya no comunican entre sí como lo hacían en las sociedades tradicionales en las que primaba la religión. La muerte, por tanto, queda para siempre distanciada y separada de manera absoluta del mundo de la vida. No hay curación posible para la muerte, lo mismo que no existe cura para la melancolía.

En este ensayo analizamos el concepto de melancolía en Baudelaire en relación con la tradición alegórica, y concretamente con el arte barroco y moderno y, por supuesto, romántico, que tiene como finalidad representar lo irrepresentable, es decir, el paso irremisible del tiempo, el instante temporal del presente, el cual es fugaz y efímero, nunca se detiene, sino que prosigue de manera incesante, devorando como Cronos a sus propios hijos, como una melodía sin fin. Pintar el infinito o profundizar en el abismo son aspectos esenciales de la poesía romántica que busca rescatar y retratar la intimidad del yo, su profundidad insondable. La vida, para los románticos, es un viaje que nos lleva más allá de lo conocido, al interior del alma, a sus espacios más profundos y oscuros.

El viajero, cuando volvía al punto de partida o al final de su viaje, con frecuencia no traía consigo el remedio contra el mal, sin embargo, no

podía aparecer con las manos vacías. Para poder asumir su propia derrota como individuo o para ser aceptado por sus semejantes el viajero debía traer consigo alguna cosa de valor, algún objeto exótico como prueba de su aventura o bien su testimonio en forma de una historia. Baudelaire, poeta francés del siglo XIX, nos ha legado *Las flores del mal* como culminación de un viaje personal consagrado al mundo de las artes. La palabra viaje ha merecido una atención especial por parte de los especialistas en Baudelaire y de otros intelectuales debido no solamente a su relevancia en la obra del poeta, sino también por el alcance que tiene para explicar uno de los fenómenos culturales más importantes de la historia: el encuentro con otras culturas. El descubrimiento y la revelación del otro, y de la alteridad, que anida incluso en nuestro propio interior, como señala Julia Kristeva en *Extranjeros a nosotros mismos*.

El viaje es un concepto antropológico que abarca un campo semántico muy amplio. El viaje, en primer lugar, nos remite a una capacidad que el ser humano comparte con los animales: el movimiento. Sin embargo, el viaje no es solo movimiento. Este presupone necesariamente un alma o una conciencia que es el sujeto del viaje. La melancolía moderna, como veremos, constituye fundamentalmente un logro singular y destacado de la conciencia, sobre todo cuando, tras contemplar el mundo, se vuelve sobre sí misma, para dar lugar a la conciencia de sí. La melancolía como auto-contemplación se desprende de la propia reflexión, como pensamiento, como visión del *abismo* que enfrenta al yo consigo mismo.

El hombre moderno, a partir de esta visión interior de origen cristiano, descubre su propia libertad y, al mismo tiempo, su propia finitud, el carácter mortal de todas las cosas humanas, la vanidad y la insustancialidad de todos los deseos humanos, que le provocan un dolor insuperable, y solo así toma conciencia de la miseria humana sin Dios de Blaise Pascal, la desgracia y la desdicha de la conciencia solitaria que pierde de manera gradual todas sus ilusiones de felicidad y de dicha en este mundo. Todo se vuelve ilusión, engaño, falsas esperanzas, siendo la única realidad la muerte, la nada, el aniquilamiento, la oscuridad total, todo aquello que se opone más radicalmente a nuestros deseos y a la vida misma. Baudelaire mismo denomina a la melancolía sin cura ni redención posible “el sol negro de la modernidad”. La modernidad, representada pictóricamente como una figura inclinada, como una pura forma, sin sustancia, inclinada

sobre sí misma, refleja a través de un espejo alegórico la realidad del mal, su propia imagen reflejada en un espejo.

LA MELANCOLÍA EN EL ESPEJO. SOLEDADES Y PROFUNDIDADES DE LA MEMORIA EN LA FASE DEL DUELO (ELIAS Y FREUD)

La melancolía es la imagen alegórica del viajero, el destino trágico que se revela al final del viaje, no solo cuando el viaje llega a su fin inexorable, sino cuando el viajero pierde el sentido de su vida al contemplar la totalidad de su vida como un todo a través de fragmentos derruidos, como el tiempo disgregado y fragmentado de partes inconexas, a la luz del recuerdo. El sujeto moderno, sin llegar nunca a una perfecta autoconciencia de sí, se descubre al final del viaje como una estatua petrificada, como una obra de arte o como el recuerdo inmortal de una vida anterior perdida para siempre en el tiempo pasado irrecuperable.

El viajero que busca su lugar en el mundo descubre al final de su viaje la propia conciencia del mal como una consecuencia del pecado original, según la cual el hombre es el culpable de todos los males que sufre y que padece. Deleitarse en el mal es, sin duda, un sentimiento humano que el poeta puede compartir con el hombre común. El poeta, sin embargo, a través del dandismo, busca realizar la belleza como su propio bien y no concibe entrar en contacto con el mundo corrompido por el pecado sino a través del placer estético. El viajero se convierte al final de su viaje en una estatua inmóvil, en una insignia de su propia perdición. El final del viaje coincide con el final de una historia o de una vida. Alegóricamente, el viajero que deja de viajar da fin a su vida, y solo así podemos entender las figuras inmóviles y petrificadas de la melancolía que son figuras de la muerte, de lo que no se mueve, aquello que carece de vida propia.

No obstante, la poesía, como sustituta de la religión, no renuncia a sus ideales, sigue alimentando a la imaginación con viajes imposibles. Los paraísos artificiales, el vino, el alcohol, el hachís, el opio, la ciudad estrafalaria, el mal sádico, incluso la muerte, constituyen un sinnúmero de laberintos que conectan con la vida sobrenatural del poeta. Baudelaire hace alusión en su poema “El cisne” a esta experiencia de la melancolía moderna, que convida a ver y a sentir cómo se destruyen todas las cosas de este mundo, cómo las grandezas del pasado se vuelven ridículas e

insignificantes en el presente. Solo el poeta es capaz de rescatar del olvido las extrañas y singulares formas de heroísmo del presente. La desaparición de las capacidades humanas de innovación y de creatividad se manifiesta en la interioridad solitaria del hombre superior, como una anticipación de la muerte. La melancolía moderna nos conecta con la muerte, con la conciencia dolorosa de la caducidad de todos los asuntos humanos, tan fugaces y efímeros.

Como señala Norbert Elias en *La soledad de los moribundos*, la cultura poética-religiosa de Occidente ha tratado por todos los medios de humanizar todo lo posible a la muerte con la finalidad de hacerla más soportable a los humanos, embelleciéndola, dándole un sentido en el contexto de las culturas humanas, en los funerales, en las misas religiosas y en el culto a los muertos en cierto modo divinizados.

Existen varias posibilidades de afrontar el hecho de que toda la vida, y por tanto también la de las personas que nos son queridas y la propia vida, tiene un fin. Se puede mitificar el final de la vida humana, al que llamamos muerte, mediante la idea de una posterior vida en común en el Hades, en Valhalla, en el infierno o en el paraíso. Es la forma más antigua y frecuente del intento humano de entenderse con la finitud de la vida. Podemos intentar evitar el pensamiento de la muerte alejando de nosotros cuanto sea posible su indeseable presencia: ocultarlo, reprimirlo (Elias, 2015, p.19).

Freud analiza de manera muy profunda las diferentes formas de represión de la muerte en el ser humano moderno. Baudelaire también se ve impulsado a rehuir de la muerte, pero también, atraído por el mal siente la necesidad de recuperar a través del recuerdo el dolor y la melancolía por los seres perdidos. Como veremos a continuación, “Baudelaire dice aquí, no se puede más abiertamente, lo que Freud elaborará teóricamente en *Duelo y melancolía*: la acusación que el melancólico dirige contra sí mismo” (Starobinski, 2012, p.487).

La muerte es simultáneamente el final del sufrimiento y la fuente de nuevas angustias, algo deseado y temido que produce la sensación de lo nuevo y la curiosidad por lo desconocido. ¿Por qué huir? Los países más lejanos y exóticos son las analogías de la muerte donde nuestros deseos más

ardientes llegan a su apogeo y decadencia. La voluntad de escapar de este mundo hacia otras tierras desconocidas surge como consecuencia de la insatisfacción por este mundo incapaz de colmar nuestros deseos. Baudelaire no se conforma con los placeres de la tierra, por el contrario, se deja seducir por la voz que le invita a entrar en el mundo de los sueños, donde la conciencia individual se debilita y el hombre recupera la inocencia del primer hombre. El sueño se convierte en un sucedáneo de la muerte, como el preludio de un imposible retorno y el comienzo de una nueva eternidad.

Paul Ricoeur, en *La memoria, la historia y el olvido*, analiza magistralmente la conexión entre *Duelo y melancolía*, de Freud, y el poema “El cisne”, de Baudelaire (Ricoeur, 2000, pp. 86–93). La primera diferencia que Freud advierte entre el duelo y la melancolía hace referencia a nuestro sentimiento del yo: “La primera oposición que nota Freud es la disminución del ‘sentimiento de sí’ (*Selbstgefühl*) en la melancolía, mientras que en el duelo no existe ninguna disminución del sentimiento de sí” (Ricoeur, 2000, p.87). Prosigue Ricoeur en favor del trabajo de duelo que liquida el deseo por el ser amado que ha dejado de existir: “De ahí la cuestión: ¿Cuál es el trabajo realizado en el duelo? Respuesta: ‘la prueba de la realidad ha mostrado que el objeto amado ha dejado de existir y toda la *libido* es obligada a renunciar al lazo que la unía a este objeto. Es contra lo cual que se produce una rebeldía comprensible” (Ricoeur, 2000, p.87).

En oposición al trabajo del duelo, que remite de modo natural al mundo recordado y la memoria colectiva, la melancolía “oscila entre la enfermedad y la del carácter y del temperamento [...] Depresión y ansiedad (o miedo) se convierten en los síntomas determinantes de la melancolía” (Ricoeur, 2000, p.90). Ricoeur remonta la melancolía a la poesía lírica de la Edad Media y del Renacimiento, “en particular inglesa, de Milton y del Shakespeare de los *Sonetos*, hasta Keats” (Ricoeur, 2000, p.93). “Habría que proseguir hasta Baudelaire esta revisión de las figuras poetizadas de la melancolía”, concluye Ricoeur en su análisis de la “conciencia reflexiva” en la obra poética de Baudelaire (Ricoeur, 2000, p.93). No poder liberarse del deseo por el ser amado constituye la tragedia del hombre moderno, atrapado en el tiempo irreversible, lo cual hace del sujeto culpable una víctima incurable de su propio yo contemplado en el espejo. El poeta que sufre melancolía contempla su propio dolor en el espejo. Jankélévitch nos recuerda la soledad insuperable que invade al hombre ante la muerte.

El que va a morir muere solo, afronta solo esta muerte personal, de tal modo que cada uno de nosotros debe morir por su propia cuenta, cumplir solo este paso solitario que nadie puede hacer en nuestro lugar, y cada uno, llegado el momento, realizará para sí singularmente [...] Podemos socorrer al moribundo aislado, dicho de otra manera, velar por el hombre a punto de morir hasta el penúltimo momento, pero no podemos evitar que afronte el último instante él mismo y en persona (Jankélévitch, 1977, p.28).

POESÍA Y VIOLENCIA: LA MUERTE DESGARRADA Y SUFRIDA DESDE UNA INTERIORIDAD HERIDA. EL DESEO IMPOSIBLE Y EL MAL INCURABLE

La vida no se opone a la muerte sino a sí misma como una figura trágica y cósmica del drama del *Héautontimorouménos*, el verdugo de sí mismo. La muerte está presente desde el comienzo del drama humano. El poeta que padece el spleen simboliza el drama cósmico de la muerte que está presente en todas las cosas de una forma invisible y misteriosa. Baudelaire se siente atraído por la muerte y su poesía, como ha demostrado magistralmente Yves Bonnefoy, se ha realizado bajo el signo esencial de la muerte: “Baudelaire ha elegido la muerte, y que la muerte crezca en él como una conciencia, y que pueda conocer por medio de la muerte” (Bonnefoy, 1992, p.35). La muerte, en la poesía de Baudelaire, pone en evidencia la vanidad o inanidad de todas las cosas humanas destinadas desde el nacimiento a perecer, y a desaparecer para siempre, en la eternidad.

La conciencia de la muerte determina el signo de la poesía moderna dominada por la melancolía. Baudelaire se opone a la felicidad como principio de la poesía. No obstante, el poeta lucha sin tregua por su propia felicidad, ilusoria y de ensueño, en la fugacidad del momento presente, en el instante decisivo, que conduce, por un acto satánico de la voluntad, como en el poema en prosa “el mal cristalero”, a un placer infinito y al mismo condenatorio. La belleza es un ornamento superfluo de la vida que caracteriza la situación solitaria del poeta y del artista en una sociedad dominada por los valores utilitarios. La belleza es perfecta y absoluta debido a su completa inutilidad, por no subordinarse a nada ni a nadie de este mundo, es tan absoluta como los dogmas de las religiones monoteístas,

contraria a las derivas del progreso y de las virtudes cívicas que proclaman el bien y la bondad original de los hombres. El hombre siente gran atracción por el mal, como indica de manera inequívoca el mito del pecado original, defendido por De Maistre, después de san Agustín, cuyas consecuencias extraen los jansenistas, como los grandes pesimistas a la sombra de Blaise Pascal, y desde un punto estético, por Edgar Allan Poe y por Baudelaire, en la estética de fin de siglo.

La esencia del viaje baudelaireano tiene como punto de partida la idea de un alma que busca a través del arte y de la poesía su propia identidad. La modernidad cantada en las calles de París donde se esconden el trapero y la prostituta, y los proscritos por la justicia, como señala Baudelaire en la interpretación de Walter Benjamin, proclama que la identidad personal del yo culpable está perdida y desaparecida, que las huellas del individuo se desvanecen en la masa de las grandes ciudades (Benjamin, 1998, p.58). Solo con esta condición es la modernidad una incógnita y un misterio insondable, algo deseado y perseguido, por su referencia cristiana y romántica al fruto prohibido. El deseo humano se proyecta sobre los paraísos artificiales, en los cuales el deseo de infinito se persigue hasta los extremos que ponen en riesgo la unidad del alma y, por tanto, la salud interior se degrada en la complacencia del mal que destruye la voluntad, sumiendo al hombre en la pasividad del gran contemplador, ensimismado en su imagen reflejada en el espejo. Los médicos que tratan desde un conocimiento clínico y por medio de remedios que permiten al enfermo de melancolía superar su enfermedad del alma se plantean tratar la melancolía como un desequilibrio de los humores corporales tan en boga desde el Renacimiento, que implica una recuperación del humanismo de la Antigüedad grecorromana.

El deseo deja de tener un poder destructivo sobre el hombre cuando se transforma en un objeto de contemplación lejano y abstracto cuyas formas múltiples y diversas se mezclan con los recuerdos del poeta. Caminar de manera incesante, como encarna el *flâneur* baudelaireano, viajar constantemente, es al mismo tiempo la condena del hombre desarraigado y el remedio contra una vida estable y dolorosamente inmóvil y petrificada. La belleza moderna que venera el poeta no es la belleza intemporal y eterna, acabada y perfecta, de los griegos, o de sus continuadores parnasianos, como Banville o Leconte de Lisle, sino la belleza efímera y fugaz,

herida de muerte por un dolor insuperable, cargada por el peso de una modernidad melancólica, sin esperanza y sin ningún consuelo de carácter metafísico-religioso. El cielo de la melancolía es un cielo vacío, sin sustancia, que no remite a un dios redentor infinitamente bondadoso.

EL DANDI COMO FIGURA TRAGICÓMICA DE LA MODERNIDAD. EXISTENCIALISMO Y LA MELANCOLÍA EN EL ESPEJO

El dandismo perfecto es la negación de cualquier trascendencia. Dios o infierno, en esto consiste el heroísmo de la modernidad anclada en el presente, en el instante más inmediato, que escapa a la mirada del hombre común. La belleza moderna se manifiesta a través de su contrario o antítesis, lo feo, lo grotesco y lo deforme. La modernidad es lo inacabado, lo condenado a lo imperfecto, al mal que se degrada y se evapora, desapareciendo tan rápido como el corazón de un mortal. La modernidad en sí misma no es más que una alegoría. Esta es la interpretación de Walter Benjamin sobre Baudelaire.

La experiencia de la modernidad, dicho en otras palabras, la vida ciudadana, nos informa del contexto en el que tiene lugar el viaje espiritual del poeta. Baudelaire se identifica con el viajante que no encuentra su hogar en este mundo, el eterno caminante que persigue un ideal inalcanzable. Este análisis del yo que busca en sí mismo su propia verdad hace referencia a una tradición que arranca de san Agustín, y que nos lleva al corazón del hombre moderno como ser individual encerrado en sí mismo y ocupado únicamente en dar sentido a su pequeña existencia.

El análisis de Jean-Paul Sartre, desde una filosofía existencialista de origen francés, ha despertado el interés por la conciencia moral del poeta. Uno de los aspectos que Sartre destaca de la vida moral del autor de *Las flores del mal* es el descubrimiento de la propia conciencia. Es la conciencia el origen del mal. La mirada que dirige hacia sí mismo, según Sartre, será la causa del mal y del drama del poeta. Según Sartre, Baudelaire basa toda su individualidad en esta excesiva preocupación por el yo. El dandismo simboliza este cuidado escrupuloso por el yo que adquiere en el caso de Baudelaire, según Sartre, la apariencia de una moral.

El concepto, mejor dicho, la metáfora que utilizaré para analizar el culto al yo en relación con la estética de Baudelaire será la metáfora del espejo.

Esta palabra es analizada magistralmente por Starobinski en *La Mélancolie au miroir, trois lectures de Baudelaire*. La metáfora del espejo configura la mirada interior del poeta. El espejo refleja el alma del poeta. El poeta se contempla en el espejo. Pero, sobre todo, a través del espejo, el poeta se sabe solo y abandonado. Sartre no indaga, como Starobinski, en la metáfora del espejo como alegoría o ironía, en la medida en que el poeta no es capaz, según Sartre, de desnudar su alma delante del espejo. Starobinski profundiza en la melancolía como la idea que los poetas se hacían de su propia condición. El adjetivo melancólico estaba asociado a la contemplación solitaria. Baudelaire utiliza la palabra spleen como sinónimo de melancolía. Las características más notables de la melancolía son la gravidez y la lentitud en los movimientos. La melancolía describe una postura inclinada y meditativa. La melancolía en el espejo retoma la doble naturaleza del hombre, el doble sentimiento ante la vida y el doble estado del yo. Para Sartre, el espejo no refleja nada ni enseña nada al sujeto que se contempla en él. No hay nada en el espejo que el sujeto no haya puesto de antemano.

Jean Starobinski, en un espíritu menos kantiano o cartesiano como el de Sartre, no separa el sujeto de conocimiento del objeto de conocimiento. El espejo contiene un conocimiento que no está situado más allá del sujeto. En este sentido, Baudelaire describe su propio cerebro como un espejo embrujado (Starobinski, 1989, p.23). Por otra parte, el espejo no solo refleja la melancolía del poeta. El espejo refleja también la belleza. Pero, por otra parte, refleja el dolor y representa una estética de la melancolía y del infortunio. El espejo es una mezcla de “voluptuosidad y de tristeza”; refleja el “orgullo del poeta”, la “desesperación de la pasividad reflexiva” y la “perfección que inspira horror” (Starobinski, 1989, pp. 24, 27, 35, 36). El espejo es una trampa de cristal en la que se constata lo irremediable, el vínculo misterioso entre la belleza y la muerte. Sartre no se detiene, como Starobinski, a analizar los posibles significados de la melancolía en el espejo.

El espejo refleja la melancolía del poeta, la conciencia del carácter efímero y transitorio de la belleza. El espejo representa la conciencia del poeta que sabe que todo lo que es bello está destinado a perecer. Nada de este mundo es eterno. Esto era una verdad reconocida incluso por Platón y la tradición cristiana. Platón había descubierto lo que distinguía la idea

de belleza de las demás ideas. La idea de belleza se caracteriza por su carácter sensible. Baudelaire lleva el análisis de Platón sobre la belleza más lejos. La belleza perece con las cosas bellas. La belleza no subsiste en una esfera independiente de los objetos bellos. Por otra parte, Baudelaire no acepta la tesis de Hegel, según la cual el arte romántico ha muerto para dar paso a las otras formas del espíritu absoluto. En cambio, reconoce la mortalidad de la belleza y el carácter transitorio y efímero de la experiencia estética. El espejo, además de reflejar el objeto de la poesía, es decir, la belleza efímera, representa el dolor insuperable del poeta.

La verdadera belleza, según Baudelaire, debe estar sumida en una especie de tristeza que permita al poeta identificarse con ella. El espejo refleja a un mismo tiempo el objeto de la poesía y el dolor del artista. En “El arte filosófico” Baudelaire define el arte puro como una magia sugestiva que contiene a la vez al sujeto y al objeto, el mundo exterior al artista y el yo interior del artista. A pesar de la corrupción del objeto y la condenación del sujeto, el verbo poético tiene el poder sugestivo de realizar el milagro de la redención y de la transfiguración en el plano de las imágenes poéticas. La *alquimia del verbo* consiste en la transformación de la naturaleza que se multiplica y corrompe en una obra de arte, que se cristaliza a través de una poesía erótica y sensual que hunde sus raíces en la tradición romántica. El ideal como visión del instante presente, incorporado a los sentidos del olfato, del oído, y de la vista, recupera su unidad perdida. Las formas que el ser humano descubre en la naturaleza son en realidad sueños que desaparecen y el esbozo de una obra que el poeta termina a través del recuerdo. El gran poema del recuerdo inspirado en el duelo por los muertos y unas épocas que nunca volverán se titula “El cisne”.

EL POEMA “EL CISNE”: MODERNIDAD, MEMORIA Y ALEGORÍA

El poema gira en torno a tres temas: Andrómaca, el nuevo Carrousel y el cisne. El poema se divide en dos partes, lo cual representa gráficamente la metáfora del espejo que aparece en el segundo verso y la duplicación del sentido de una alegoría. El orden de aparición de los personajes en la primera parte del poema es el siguiente: Andrómaca, el nuevo Carrousel y el cisne. En la segunda parte este orden sufre una modificación: París, el cisne y Andrómaca. El poema empieza con este verso memorable:

“Andrómaca, ¡pienso en ti! Este pequeño río”, que impone desde el principio el carácter alegórico del poema: el objeto del recuerdo no es el yo del poeta sino otro tu personalizado. (“Yo pienso en mi gran cisne...”, v.34). Según Starobinski, “la figura inclinada no es el yo, sino el objeto contemplado, el ser imaginado o rememorado” que produce la escisión interior del alma, es decir, el dualismo alegórico entre el mundo interior y el mundo exterior.

Andrómaca constituye una pieza clave del poema en la medida en que se sitúa al comienzo y al final del poema, representando el sueño del imposible retorno a los orígenes a través del recuerdo. El poema termina con la enumeración sin fin de las víctimas del tiempo que sufren el destino del exilio con la nostalgia de una pérdida irreparable. Según Sartre, Baudelaire sufre como víctima de su propia culpa. De acuerdo con el filósofo francés, Baudelaire no ha conocido nunca el sufrimiento verdadero, pues siempre se ha sentido protegido por la moral del otro. Según Sartre, Baudelaire finge sufrir para que se ocupen de él. La elección que hace Baudelaire del mal no es, por tanto, sincera. Baudelaire hace el mal con la finalidad de preservar el bien, pues solo las normas del bien lo definen como culpable, protegiéndolo contra la indeterminación de la libertad.

Sin embargo, según la tesis de Sartre, Baudelaire tiene horror a la soledad. La misma soledad que lo hace culpable ante la humanidad es la fuente principal de su dolor. Sartre, por otra parte, no concibe el espejo de Baudelaire (la conciencia de sí) como una fuente de conocimiento. Para Sartre, Baudelaire busca inútilmente a través de los paraísos artificiales la unidad perdida de su ser. Por exceso de artificialismo, Baudelaire no solamente sacrifica el verdadero bien sino incluso la verdad en su sentido más real y auténtico. El drama de Baudelaire se juega delante de un espejo, como si el mundo no existiera, como parece coincidir con la impasibilidad del dandi, su ideal de frialdad y de distanciamiento. El poeta francés que encarna al perfecto dandi, en busca de distinción, y que pretende distinguirse a toda costa del vulgo, se opone de manera absoluta a cualquier forma de sentimentalismo de origen romántico.

Este ser individual es el hombre burgués, encerrado en su propio corazón, el prototipo de humanidad al que se opondrá la bohemia de París encabezada por los poetas como Baudelaire, marginados y empobrecidos, es decir, los desclasados. El poeta francés representa un alma perdida y

marginada en la ciudad moderna. No obstante, ese destino individual enlaza con una nueva forma de sentir, que enlaza con el romanticismo decimonónico y, en la época de Baudelaire, con la modernidad urbana del segundo imperio francés, y que expresa una conciencia más prolongada del dolor interior y de la melancolía, que se denominará *spleen*. Baudelaire continúa, en cierto modo, la tradición romántica centrada en la experiencia del yo interior, el espacio desconocido de la intimidad cuyos secretos intentará desvelar el poeta antes que el psicoanálisis.

BAUDELAIRE Y EL AUTOCONOCIMIENTO EN EL MAL: EROS Y EL INSTINTO DE MUERTE

Una nueva relación se establece en la modernidad entre el conocimiento y la naturaleza. Tanto Baudelaire como Freud se enfrentan a las contradicciones interiores del alma. El hombre moderno, encerrado en sí mismo, en su propia soledad, no puede resolver por sí mismo el problema de la identidad del yo. En el caso de Baudelaire, psicoanalizado por Leo Bersani, nos enfrentamos a un poeta cuya genialidad indiscutible refleja a la perfección las contradicciones del alma moderna marcada por la muerte. La soledad de Baudelaire, poéticamente, se perfila como una actitud antinatural, tan opuesta al mundo antiguo aristotélico.

Aristóteles había afirmado que estar solo no era natural en el hombre. Un hombre fuera de la polis o bien es una bestia o un Dios. Para Aristóteles la naturaleza no plantea ningún problema. Al comienzo del libro II de la Física Aristóteles define la naturaleza como “lo que es por naturaleza y conforme a la naturaleza”. Aristóteles no puede concebir una fuerza que pueda ir en contra de la naturaleza. Para este filósofo todo es naturaleza. Aristóteles no distingue, como los autores modernos, entre lo que es y lo que debe ser en relación con la justicia de Dios omnipotente que trasciende la naturaleza. En la Edad Moderna el deber ser hace problemático al mismo ser. El ser pierde su carácter originariamente unitario y espiritual.

El mito del pecado original inaugura una nueva concepción de la naturaleza. Una concepción que se opone completamente al concepto de naturaleza de los antiguos filósofos griegos, concretamente, Aristóteles. En la nueva concepción de la naturaleza, según el mito del pecado original, el hombre adquiere un conocimiento del bien y del mal. Esta nueva ciencia

del bien y del mal permite al hombre acceder a la conciencia de sí, que lo aparta significativamente de su verdadera naturaleza.

LA LÓGICA SIMBÓLICA DEL MITO DEL PECADO ORIGINAL. EL SATANISMO DE BAUDELAIRE

Naturaleza y conocimiento entran en una nueva relación a partir del pecado original. Esta relación es el conflicto y la lucha perpetua que permite al ser humano imponerse sobre la naturaleza como su dueño y señor. A medida que aumenta nuestro conocimiento disminuye el poder de la naturaleza. Descartes y Bacon definen la modernidad como el dominio de la naturaleza por parte del hombre del conocimiento y de la técnica. No obstante, la pérdida del conocimiento implica un aumento del poder de la naturaleza sobre el artificio humano. Rousseau, por ejemplo, en contra de Platón, sacrifica el poder del conocimiento para aumentar el poder de la naturaleza que se encarna en la voluntad general, dando paso al romanticismo que propone contra la modernidad un retorno a la naturaleza originaria, a la edad de oro, antes del pecado.

La modernidad, bajo el influjo del pecado original, establece una relación de oposición entre la naturaleza y el conocimiento. Aristóteles los identifica hasta el punto de afirmar que el alma es todas las cosas. El conocimiento a partir del pecado original, en cambio, hace posible concebir la posibilidad de una contra-naturaleza. Esta equivale a considerar que el deber ser no se corresponde con el ser, lo cual conduce a un dualismo insuperable que refleja las contradicciones interiores del individuo moderno.

Para los antiguos, no es pecado confundir el ser con el deber ser, en la medida en que ignoran esta distinción pues desconocen la prohibición divina que pone límite a su libertad. El pecado surge del conocimiento, luego no sería correcto culpar a los antiguos —como Aristóteles— por confundir entre el ser y el deber ser si es posible demostrar que ellos desconocen esta distinción. Solo el hombre moderno, que conoce la ley divina, puede cometer el pecado de la manzana; solamente el hombre moderno que conoce los principios del humanismo puede cometer el pecado del individualismo y sentirse culpable por ello. Con esto pretendo decir que el mal surge del conocimiento y no de la naturaleza que hace

el mal sin saberlo. La naturaleza es el origen del crimen, como señala el Marqués de Sade, al que seguirá Baudelaire en este punto.

Baudelaire canta al hombre que, embriagado de su propio poder, termina asesinando a su propia amada, destruyendo a su propio ideal para dar fin y cumplimiento a su deseo. Como advierte Starobinski en su magnífico comentario sobre uno de los poemas en prosa de Baudelaire, “Portraits de maîtresses”, el poeta que se refleja en el espejo de la perfección se convierte en un asesino (Starobinski, 1989, pp. 36–37). La perfección inspira el horror; el ojo reflexionando “la dulzura del cielo”, pero devolviendo a su amante infernal “el reproche sin palabras de su inseparable espectro” (Starobinski, 1989, p.37). La perfección mata el amor en el hombre y lo convierte en su propio verdugo. Como dice Starobinski en su comentario sobre el poema “Lo irremediable”, la perfección es obra del Diablo, que siempre hace bien todo lo que hace. Y la conciencia del hombre está inmersa en el mal como prueba de la dominación soberana de Satán (Starobinski, 1989, p.41).

CONCLUSIONES

El mal anida en el corazón del hombre y se manifiesta en el deseo irrefrenable de matar y asesinar al objeto de su deseo que lo atormenta. El verdugo de sí mismo, que simboliza poéticamente en Baudelaire a la anti-naturaleza que tiene un carácter satánico, como rebelión del hombre contra la creación divina, es decir, contra su propia condición, el hombre no acepta las condiciones de la vida humana en este mundo, su naturaleza como ser mortal, que comparte con los animales, y busca por todos los medios la inmortalidad, escapar de este mundo corrompido por el pecado original. La muerte, veremos, para el hombre significa caer al nivel de la animalidad, degradarse a la condición de mineral y de piedra inmóvil. Es la negación total de la libertad como condición de la dignidad humana que reclama el humanismo desde el Renacimiento hasta la Ilustración.

El hombre que experimenta el sentimiento de culpabilidad se separa de la naturaleza (= orden divino y humano) a través de la libertad. La libertad significa que el hombre se ha convertido en legislador y que no aceptará sin alguna razón ninguna autoridad externa y superior a su voluntad. El sujeto moral —desgarrado por el remordimiento— no puede

ser juzgado, ni castigado ni redimido por ninguna instancia externa a él como la religión o el derecho. Pero este conocimiento de la ley moral no implica que la voluntad humana tenga poder suficiente para cumplirla en este mundo, sino que el hombre deberá luchar contra su propia naturaleza que se opone al ideal perdido cuyo recuerdo produce en el alma del poeta exiliado tristeza y melancolía. Este pequeño excuso solo pretende mostrar lo mucho que debe la contra-naturaleza de Baudelaire al mito del pecado original.

REFERENCIAS

- Bataille, G. (1957). *La Littérature et le Mal*. Gallimard.
- Baudelaire, Ch. (1988). *Las flores del mal*. Estudio preliminar y traducción de Enrique López Castellón. PPP ediciones.
- Baudelaire, Ch. (1989). *La fanfarlo*. Prólogo de José María Valverde. Montesinos.
- Benjamin, W. (1998). *Poesía y capitalismo, Iluminaciones II*. Taurus.
- Bersani, L. (1981). *Baudelaire et Freud*. Seuil.
- Bonnefoy, Y. (1992). *L'Improbable et autres essais*. Gallimard.
- Elias, N. (2015). *La soledad de los moribundos*. FCE.
- Freud, S. (2003). Duelo y Melancolía. En S. Freud, *Obras completas: Vol. XIV. Contribución a la Historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras (1914-1916)*. Amorrortu.
- Jankélévitch, V. (1977). *La Mort*. Flammarion.
- Kristeva, J. (1988). *Étrangers à nous-mêmes*. Fayard.
- Ricoeur, P. (2000). *La Mémoire, l'histoire, l'oubli*. Seuil.
- Sartre, J. P. (1975). *Baudelaire*. Gallimard.
- Starobinski, J. (1989). *La Mélancolie au miroir. Trois Lectures de Baudelaire*. Julliard.
- Starobinski, J. (2012). *L'encre de la Mélancolie*. Seuil.

Jean–Paul Sartre y Jorge Semprún, la escritura de la guerra

ROBERTO SÁNCHEZ BENÍTEZ

[...] llevo unos días que descubro sombras extrañas en los ojos de todos. ¿No le ha sucedido alguna vez atribuir su estado de ánimo al mundo que la rodea?

CARMEN LAFORET, *Nada*

El mundo usaba de mí para hacerse palabra.

J.-P. SARTRE, *Les Mots*

Esto no es vivir, esto es la existencia.

NIÑA EN GAZA DURANTE LA INVASIÓN DE ISRAEL¹

Este capítulo se propone revisar testimonios del “mundo de la guerra”, debidos a dos notables escritores y pensadores, Jean–Paul Sartre y Jorge Semprún, particularmente en relación con el tema de la escritura de la angustia, la ausencia y la muerte. Para el primero la guerra es la vida que pierde su sentido y queda suspendida en el absurdo; en ello, la muerte vive abandonada. Sartre habrá de sobrevivir a un mundo desaparecido gracias a la labor de la escritura y de una obra intelectual que tendrá un profundo impacto en el mundo europeo de la posguerra, dando origen al existencialismo, como se sabe. El segundo no dejará de asombrarse de la guerra como la más plena manifestación del mal, el cual es correlativo del ejercicio de la libertad humana. Ambos tendrán la convicción de que la

1. CNN. (2023, 12 de octubre). Gaza's children caught in the crossfire of war [Video]. CNN. <https://edition.cnn.com/videos/world/2023/10/12/exp-gaza-children-pkg-fst-101203pseg2-cnni-world.cnn>

guerra no podrá eliminarse hasta en tanto no sea reformulada la condición humana desde sus fundamentos.

ESCUDOS ESCRIPTURALES

Desde el punto de vista de los géneros literarios, la “confesión”, los “diarios”, las memorias llegan a ser posibles en determinadas etapas de la vida del sujeto. Subgéneros que comenzaron a descollar con el neoclacisismo y la influencia de la Ilustración francesa, hicieron posible la difusión de lo privado. Confesiones modernas como las de Rousseau muestran la versatilidad del género en una época en la que incluso la publicidad hará su aparición con fines morales y políticos: estamos ante el nacimiento de la opinión pública. En su momento, la notable escritora exiliada de la Guerra Civil española, María Zambrano, hizo un recuento de este género literario para mostrar por qué no se le debe olvidar en sus aportes a la modernidad. La confesión es un “género de crisis”, un camino que muestra la forma en que la vida se acerca a la verdad —la encierra, la limita y contiene—, de enfrentar el abismo que se ha abierto entre las dos, pero con la peculiaridad de que lo hace de manera individualizada: es el sujeto quien se “revela” en las confesiones a manera de una verdad que busca trascenderlo, por medio de la cual busca tener historia e insertarse en la Historia.

Esto es posible en la medida en que la confesión rescata al individuo que padece y que, además, puede “perderse” en el seno de su accidentalidad, de su condición mortal, finita, de su tiempo y vivencia inmediata. La confesión es “palabra a viva voz”, directa, inmediata, sin postergación. No pareciera tener mañana: actúa en el presente del que se confiesa y en el del que la lee, el cual “vuelve a la vida” en la medida en que la asume como su voz. La voz del confesor busca asimilarse o crear a la del lector; busca ayudarlo a formular su propia verdad; se erige como un modelo de verdad del otro. Se trata de la búsqueda de un ser “analógico”, “como el otro”, y no del encuentro o revelación del “mismo ser”, como lo enseña la Filosofía. En la confesión encontramos los “conatos de ser” del que se confiesa; es un acto “en el que el sujeto se revela a sí mismo, por horror de su ser a medias y en confusión” (Zambrano, 1995: 29). En la confesión tenemos a la vida actuando.

Además, la confesión necesita de condiciones para poder ser y tener sus efectos o impactos: “Cuando el hombre ha sido demasiado humillado, cuando se ha cerrado en su rencor, cuando solo siente sobre sí ‘el peso de la existencia’, necesita entonces que su propia vida se le revele” (Zambrano, 1995: 32). Para ello ejecuta un doble movimiento: “la huida de sí mismo”, mientras busca “algo que le sostenga y le aclare”. Detrás de la huida de sí mismo se encuentra la desesperación que traduce una queja. Jean-Paul Sartre mantiene un “diario de guerra” que parte del inicio de la movilización, en septiembre de 1939 —es enlistado como meteorólogo, por lo tanto detrás del frente de guerra— y hasta su liberación, después de un cautiverio de nueve meses en el campo de prisioneros de Baccarat, en julio de 1940. En 1941 es liberado —algunas versiones dicen que se escapó en una visita al oftalmólogo, argumentando problemas de los ojos, precisamente, y falsificando documentos de identidad—. En el transcurso de estos meses llena un total de quince cuadernos, 1,500 páginas, de los cuales solo seis han podido ser recuperados. Publicado póstumamente en 1983 bajo el título *Carnets de la drôle de guerre* —en adelante *Cuadernos*—, se trata del testimonio de una crisis y una conversión radicales.² Sartre toma distancia frente a su identidad construida; reflexiona sobre su *éthos*, interroga, analiza, descifra e intenta recrear el sentido y el valor de su estar-en-el-mundo —habría comenzado a conocer la obra de Heidegger en 1937—. Publicará evidentemente *Los caminos de la libertad* (1945-1949), *El ser y la nada* (1943) y antes, *La náusea* (1938) y *El muro* (1939), esta última tomando en consideración la Guerra Civil española, entre otras obras inmediatas. Tiene 34 años y la experiencia de la movilización la asimila a la “muerte”, a una “aniquilación” (“anéantisement”) y “deshumanización”, noción que habrá de conservar incluso en su condena a la colonización de Argelia por Francia.

El mundo de la guerra es el mundo sin libertad; un rayo doloroso, brutal, que divide la paz, prolongando su agonía. La vida del pasado ha muerto porque ya no tiene continuidad, futuro; negación de todas sus posibilidades. Es la vida construida por el sujeto la que se ve interrumpida por

2. La edición francesa tomada en consideración para este capítulo reúne otros textos autobiográficos como *Las palabras*, así como los diarios de viaje que Sartre hizo a Nápoles, Venecia, y notas elaboradas sobre Paul Nizan y Maurice Merleau-Ponty.

el accidente imponderable, además de que será —se verá— imposible de recuperar, tal como ocurre en el exilio, otro subproducto de la “guerra”. En la vida de “tropa” se trata del devenir cosa de un sujeto cuya espera solo se atiene al otro, no a sí mismo. “El soldado solo espera de los otros.” Para salvar las circunstancias, y sobrevivir, Sartre se atiene a la realización de una obra que ya viene realizando, en una especie de “ética de la salvación por la obra”.

Para Sartre —lo han indicado los especialistas—, su frecuentación del “diario”, o los *Cuadernos*, no puede desvincularse de su preocupación heideggeriana del “ser para la muerte”. La posible confrontación con la muerte permite entender el sentido y la profundidad de las cavilaciones metafísicas que el filósofo francés llegó a realizar en sus *Cuadernos*. Es ante la eventualidad del morir como las verdades de sí mismo se vuelven relativamente transparentes, y como la opacidad del mundo se transparenta en la misma medida. Solamente teniendo un “pie en la tumba” puede hacerse una descripción de sí mismo, una escritura de sí, así como desde el exterior: el “exterior” de ese pie es el que se relata. Tal vez Sartre pudo haber suscrito la sentencia de Maurice Blanchot en el sentido de “Escribo para morir, para dar a la muerte su posibilidad esencial, por la que es esencialmente muerte, fuente de invisibilidad, pero, al mismo tiempo, solo puedo escribir si la muerte escribe en mí, hace en mí el punto vacío donde se afirma lo impersonal” (Blanchot, 1968: 134).

La muerte es una buena justificación para vivir y escribir. Sartre refuerza esta idea citando a su vez a Koestler: “La constante cercanía de la muerte sobrecarga y al mismo tiempo aligera nuestra existencia” (Sartre, 2010: 65).³ Aun la circunstancia de recibir cartas en las que le hablan de eventos que ya fueron le permite tener una sensación de suspensión en el tiempo: cartas que arañaron el presente rodeado de futuro; futuro de un pasado presente. Sartre vive suspendido entre el pasado y el futuro. En su presente continuo, “neutral” —rodeado de un futuro que no tiene forma o imagen, puesto que no es posible—, todo ha acontecido, y lo que está

3. Sartre experimenta la escritura a muy temprana edad. En ella volvió a “nacer”; se comenzó a conocer. No existe más que para escribir y se define como un “yo que escribe”, en lo que es un juego de espejos: a partir de la escritura existe, escapa a sus mayores, se fuga en lo privado de muchas emociones y fantasías inaccesibles para los demás (Sartre, 2010, p.83).

por venir es apenas el trazo de unas líneas que serán leídas en el futuro, su presente. Una vez conociendo el desenlace de los acontecimientos descritos en esas cartas puede evaluar lo que ha perdurado, lo valioso de ellas, pero también comprender las “conciencias” asíncronas de los que las han escrito, dándole a entender que han sobrevivido a lo que relatan más allá de sus “tumbas” escritas. ¿Cómo determinar en tiempos de guerra si lo que se escribe es en realidad una carta o un “testamento”, los últimos momentos de vida? Como lo sostiene en *La náusea*, Sartre escribe para “sacar a la luz ciertas circunstancias”, por lo que habría que desconfiar de la literatura, ya que hay que escribir al “ritmo de la pluma, sin buscar las palabras”. Sabe que, dentro de la guerra, no tiene futuro —en ninguno de los sentidos—, que ya no espera nada, incluido su término, para el cual no tiene fecha ni expectativa alguna, es más cree, en ese momento, que Francia no ganará la guerra. Espera lo peor. Pero también espera que sea una guerra “moderna y crítica”, esto es, sin “masacres”, puesto que se está entrando a una época en la que el “sin” pareciera dominarlo todo, tal como lo recuerda Simone de Beauvoir en su propio *Journal de guerre*: “Como la pintura moderna es sin sujeto, la música sin melodía y la física sin materia” (Beauvoir, 1990, p.122).⁴

Lo que le queda es su compromiso con la escritura, su obra, la cual está decidido a conservar siempre cerca de él, así como a considerar que el vivir se encuentra más en el futuro que en el pasado: la vida es lo que sigue, se podría decir, lo que define su actitud no egoísta de verse en los demás, en un sentido comunitario, en el cual encontraba mejor acomodo. De cualquier manera, habrá de encarnar otra guerra, la del olvido, la de no perder lo que ha vivido antes de la guerra. Lo absurdo de la vida queda justificado por la obra de arte, la escritura, la cual se convierte en lo “absoluto metafísico”: frente al no valor del ser humano; es el arte que lo “salva” pero desde fuera de sí, en la realización de la obra. El hombre será salvado por la obra, no por sí mismo. Sartre abandona esta teoría de la salvación de hombre por la obra cuando conoce el planteamiento de Max Scheler (*La formación en ética y La ética material de los valores*, 1913–1916),

4. En las famosas cartas a Einstein sobre la guerra, Freud la cataloga en la frontera de lo cognoscible, aun y cuando formule una teoría sobre la violencia originaria del ser humano en el ejercicio del poder y la formulación del derecho (Freud, 1979a, p.187).

sobre la existencia objetiva del valor, es decir, cuando comprende el tema moral humano.

Este sentido de la escritura lo asocia a sus creencias incluso de carácter religioso, y frente a la muerte, evidentemente, según lo explica en *Les Mots*, en el que afirmará hasta el final que ha sido la obra, y la “fe”, relacionada con su optimismo —por el futuro—, que lo han “salvado”, en un sentido muy religioso: “Militante, he buscado salvarme por las obras; místico, he intentado revelar el silencio del ser mediante el susurro contrariado de las palabras y, sobre todo, he confundido las cosas con sus nombres: es creer. Estaba loco” (Sartre, 2010, p.137). Al final, se da cuenta de que el hombre es “imposibilidad” y que es, como lo dirá célebremente en *El ser y la nada*, una “pasión inútil”, sobre todo frente a la contradicción que representa en nosotros las noción de Dios. “Pensar en contra de sí mismo” será igualmente otro momento de la escritura en el cual se revisa lo aprendido y enseñado por otros, y no por sí mismo. El momento maduro de la reflexión busca negar lo que uno ha creído, como lo sostendrá en varias entrevistas de los años sesenta. Sin duda que se trata de un planteamiento fuertemente nietzscheano. Pensar en contra de sí mismo es pensar “consigo mismo”.

Luchar contra la “ruptura de la guerra”. Lo mismo hará Semprún. Solo es a partir de ese momento cuando Sartre comprende y siente “la naturaleza profunda de la guerra y de *mí* en la guerra”. Los actos decisivos a los que se refiere tienen que ver con la “autenticidad”, y estos solo se formulan desde un estado de desesperación, capaces de producir una “alegre calma” —como la formulaban Gide o Dostoievski—,⁵ lo cual le ocurrió, recuerda, viajando en un tren, viendo cómo se levantaba la aurora sobre los militares “encascados”, dormidos en el vagón, como si se trata de auténticos “estados poéticos”.⁶

5. Tanto Sartre como Simone de Beauvoir leerán en los primeros años de inicios de la Segunda Guerra Mundial a estos dos escritores, cuya influencia será decisiva en ellos, además de Céline, como se comenta en otra nota. En el caso de André Gide se trata de su *Diario* (1939-1951), mientras que del escritor ruso se trata de *El idiota*. No habría que olvidar que el testimonio del primero de su visita a la URSS stalinista fue decisivo en el debate que tuvieron intelectuales de varios países, convocados en España, a inicios de la Guerra Civil, en donde será condenado por antisoviético, creando un fuerte cisma en sus posiciones políticas. Octavio Paz fue uno de los que vivió esta condena a raíz de la denuncia de los campos de trabajo forzados soviéticos, lo que le acarreó una condena de por vida de parte de la “izquierda” mexicana.
6. En varios momentos de su *Diario*, De Beauvoir constata estados anímicos, poéticos, similares donde el “estado de guerra” la sumerge en situaciones excepcionales, derivadas de un “desinterés” no culposo,

La Guerra es una invitación a perderme, a renunciar a mí totalmente, así como a mis escritos, a dejar todo lo que tenía ferozmente, para no ser más que una conciencia desnuda contemplando las diversas vidas interrumpidas de mi yo-la-guerra, el después-de-la-guerra, el antes de la guerra, el otro después de la guerra, como series de experiencias que no le comprometen (Sartre, 2010, p.183).

En la medida en que define la moral como una cuestión de ser, y no de hacer, es como defiende la actitud de sus personajes de *La náusea* y *El muro*: no hacen más que tratar de ser, de asumir las circunstancias en la medida de lo posible, conociendo la imposibilidad de conocerlas del todo y de poder actuar en consecuencia, tal como él mismo se vio en el contexto de la Guerra, y que de Beauvoir comparte. Ser de “manera propia”. Si hubiera algo que hacer en esas circunstancias sería revertir “en ciertas situaciones ciertas disposiciones interiores”, entendidas como modificación existencial. Tal fue, en ese momento, su única “ambición” moral: un cierto estoicismo, y asumir la autenticidad: “ser en situación”; actitud pasiva en la guerra, a fin de cuentas, aunque activa intelectualmente. Sus personajes reflejan ese “cuidado de sí mismo” que, en la guerra, es una forma de sobrevivencia. La moral del hacer, del deber hacer, le pareció a Sartre siempre una moral inferior, provisional, una moral de los “elegidos”. Todo lo que buscó fue conocer lo que la guerra es, con todas sus dificultades, pero también conocerse en ella en la exploración de “lo absoluto” que representa. En este sentido, *La náusea* pareciera haber sido un ensayo de la “escritura de la guerra”, esto es, de la pérdida del mundo hasta entonces existente; la confrontación con el vacío, con la porosidad y el horror de la existencia a raíz de experiencias del desvanecimiento de la realidad en las que el lenguaje se ha quedado sin objeto, las cosas sin la exigencia de ser nombradas, y el mundo haciendo aparecer una mueca de muerte en su trasfondo.

entregado a un presente absoluto carente de historia: “No olvido la guerra para nada, ni la separación, ni la muerte, el futuro se ha borrado del todo y sin embargo nada sería capaz de matar la ternura y la luz del paisaje; como si uno estuviera invadido por un sentido que es suficiente a sí mismo, que no forma parte de ninguna historia, atenido a su propia historia y totalmente desinteresado; es este desinterés que se vuelve patético” (Beauvoir, 1990, p.49).

Las cosas se han desembarazado de sus nombres. Están ahí, grotescas, obstinadas, gigantes, y parece imbécil llamarlas banquetas o decir cualquier cosas de ellas; estoy en medio de las Cosas, las innominables. Solo, sin palabras, sin defensa, las Cosas me rodean, debajo de mí, detrás de mí, sobre mí. No exigen nada, no se imponen; están ahí (Sartre, 1947, p.203).

La pérdida del sentido de las palabras, las cosas en su desnuda apariencia, absurda, marcan la evidencia de que una nada o “náusea” se ha instalado en nosotros: pérdida de sí mismo; un “sentimiento” de la existencia muy peculiar. Sentimiento de “gravedad” y “pertenencia”, el cual se encuentra en la patencia de la noción de “ser”. La existencia no será otra cosa que aquello que se revela en la caída de la apariencia de las cosas, cuando pierden su vínculo con el contexto en el cual las ubicamos; pérdida de su singularidad o forma: la existencia “era la materia misma de las cosas”, “masas monstruosas y blandas, en desorden, desnudas, con una desnudez espantosa y obscena” (Sartre, 2010, p.206).

Con sus *Cuadernos* Sartre convierte en “monumento”, testimonio, los instantes vividos, a la vez que se ancla en la escritura para evitar la dispersión, el desmoronamiento, la disolución y ausencia de sí. Su escritura es la de un “testigo” que sabe que sus “errores” tendrán un valor histórico, ya que son representativos del momento, sin que dejen de ser un llamado al autocuestionamiento. El “cuidado de sí mismo” —vieja tradición humanística de la que hará notables estudios Michel Foucault en sus últimas obras, cuarenta años después de los *Cuadernos* de Sartre, y de la ya había hablado, igualmente de manera muy notable Montaigne, retomando a Sócrates, por supuesto—, pasó por la escritura y la toma de conciencia de sí, lo que se sumó al simple “salvar el pellejo” de sus camaradas soldados. Supo de sí en todo momento, a la vez que fue capaz de registrar los acontecimientos emotivos, poéticos, sentimentales y morales de quienes le rodeaban. Reconfiguración de sí mismo, “tumbas mágicas” —una magnífica expresión de sus especialistas— ante las cuales Sartre buscó realizar acciones auténticas, esto es, un intento por agotar lo que el momento le deparaba.

Mientras contara en sus *Cuadernos* Sartre sabía que la muerte podría esperar, al igual que en los cuentos interminables, circulares, de Schezrezada, y de toda gran literatura, la cual es una forma de “distracer” a la

muerte, de prolongar la vida y aplazar el final. Sus escritos son “tumbas anticipadas” de sí mismo, pero también “escudos escripturales”, ya que se refieren a condiciones mínimas de vida, en la medida en que son exploraciones literarias intensas. Pero también en la medida en que solo se refieren a él mismo, y a *nada más*; son *Cuadernos* de “nada”. Corresponden a un hombre que no sabe cuándo terminará su “exilio”, es decir, la guerra. Y, sin embargo, escribe y piensa en el futuro. El hecho de hacer “pública” su vida tiene que ver con un sentimiento profundo de no ser para el presente, sino de instalarse en el porvenir, esto es, de considerar el presente como un pasado del que ya se ha desprendido en función de lo que ese yo está por ser. Desprenderse del pasado y del presente es lo que explica la “publicidad” de la vida de Sartre. “Todo se desprende de mí y doy todo a todos, ya que me encuentro desprendido de todo” (Sartre, 2010: 235). Una especie de soledad que explica a su vez cierto orgullo de ser una conciencia que soporta el mundo, una conciencia absoluta. Un orgullo de nada.

Además, los *Cuadernos* están dirigidos a alguien, al “Castor” —así es como llama a Simone de Beauvoir desde los primeros momentos de su relación, dado su espíritu constructivo, laborioso, como los “castores”—, a sus amantes Wanda, Olga, y otros. La escritura deviene un elemento circular, íntimo, de unidad y reconocimiento. Son *Cuadernos* “avalados” por una lectura que los ha anticipado, de alguna manera, y que prefiguran lectores futuros. En la anticipación de la lectura, Sartre se siente amado, querido, aprobado en la existencia que está teniendo. “Todo lo que siento, lo analizo para otro en el momento en que le siento, sueño con utilizarlo aquí o allá” (Sartre, 2010, p.190). Sartre fue consciente de que no conocía a alguien más “público” que él, y que todo lo que pensaba, escribía, lo hacía para convencer a alguien, para poder persuadir o ser refutado. Razona de forma “retórica”. De cualquier manera que se les quiera tomar, tiene conciencia de que ha estado escribiendo en un “espíritu público”. De hecho, llega a sostener que si no es por el aval —ser comprendido, sostenido, aprobado—, por las cartas que el Castor le enviaba, el coraje y el “gusto” por enfrentar la guerra se le hubieran venido abajo; en esos momentos las cartas iban y venían en una semana aproximadamente. Sin ello, iría a la deriva. Solamente sus sensaciones, y el “gusto íntimo de su cuerpo”, serían elementos incommunicables en esta escritura íntima y por correspondencia.

En *Les Mots* encontramos ya esta confesión sobre el sentido de la escritura para los demás: escribir es “aumentar en una perla el collar de las Musas, dejar a la posteridad el recuerdo de una vida ejemplar, defender a la gente contra sí misma y contra sus enemigos, atraer sobre los hombres mediante una Misa solemne la bendición del cielo. La idea me llegaba en la medida en que escribía para ser leído” (Sartre, 2010, 98). A los nueve años Sartre se consideraba el salvador de los demás, ya que él era los demás. Salvándose a través de la obra salvaba a los demás: “El mundo usaba de mí para hacerse palabra” (Sartre, 2010, p.118). Mucho antes de que tuviera contacto con el psicoanálisis Sartre entendía que “algo” era lo que hablaba en él, haciéndolo sentir con una voz doble, tal como le llegó a confesar a su madre: “Eso habla en mi cabeza”.

Aprendiendo el mundo por medio del lenguaje llegó a considerar el lenguaje como el mundo; una forma de poder asirlo, haciendo que las palabras penetraran en las cosas. Una manera de contener su tiempo, su fluidez, de enriquecer el universo mostrando esencialmente sus contenidos. Monumentos verdaderos: “Terrorista, solo apuntaba a su ser: lo constituiría por el lenguaje; retórico, no amaba más que las palabras: vestiría las catedrales de palabras bajo el ojo azul de la palabra cielo” (Sartre, 2010, p.99).

Es decir, Sartre no formó parte de los pensadores a quienes la escritura ayudaba en sus pensamientos o ideas. Todo lo que escribía lo había pensado, de forma que los *Cuadernos* formaban parte de la organización y del razonamiento de sus ideas. Un pensamiento íntimo separado de su expresión, distinto a ella, transformado en ella, cuando ocurría. De ahí que detectara una ambigüedad ingenua del diario: “¿Es necesario pensar escribiendo o escribir lo que uno piensa?” (Sartre, 2010, p.191). Lo primero le parece forzado y deviene no sincero. Por lo segundo, el pensamiento pierde la organicidad que constituye su intimidad. De ahí que únicamente viera en los *Cuadernos* dos utilidades: servir de “memento” (recuerdo), y presentar al lado del pensamiento, su historia. Pero también se da cuenta de que, en la medida en que solo hablan de él, él es el objeto inmediato, sucesiva y simultáneamente de la conjugación de varios métodos de indagación —los que ha aprendido, los que conoce—, de forma que, cartesianamente, podría verlos en acción en sí mismo para determinar qué se puede obtener de estos, que tan útiles y eficaces son en el conocimiento

de sí mismo en la situación de guerra. Se refiere, sin duda, a los conocimientos que tenía de psicoanálisis, psicología, fenomenología, sociología marxista o “marxisante”, como le decía. No estuvo seguro de que esa empresa, particularmente metódica a través de esas disciplinas, le resultara de mucho interés.⁷ Conjunto de métodos con los cuales intentó dibujar su rostro, sobre todo en la posibilidad de conocerse a sí mismo a partir de un concepto de conciencia como la no coincidencia de sí mismo, es decir, como “una nada íntima”. Los fundamentos de ello los encontramos en el tema del “para-sí” de *El ser y la nada*. La conciencia, esa que habrá de discurrir irónica, cómica, sarcásticamente, es decir, oblicuamente en sus escritos autobiográficos, que siempre se mantendrá distante de sí misma, sin sustancia, sin naturaleza, constantemente amenazada por la falsa fe y, por lo mismo, volcada hacia lo posible, estableciendo proyectos originales.

Es a partir de una concepción de la conciencia como esta que será capaz de formular un “psicoanálisis existencial”, a contracorriente del freudiano en la medida en que para este importa deterministamente el pasado, a la vez que suprime el futuro. Sartre habría fundado una “hermenéutica del futuro”, el “proyecto futurizante de sí mismo”; habría fundado, en términos de Antonio Machado, al “futurista incurable”. Tal hermenéutica será puesta a prueba en las obras dedicadas a *Baudelaire* (1946), *Saint Genet* (1952) y las páginas que dedica a Mallarmé. Ensayos existencialistas biográficos. En los *Cuadernos* Sartre inicia el desarrollo de una filosofía, una

7. Bernard-Henri Lévy ha sido de la idea que los *Cuadernos* pueden leerse “como un comentario extasiado del *Diario* [de André Gide], publicado en otoño de 1939, que Simone de Beauvoir se apresuró a enviarle al cuartel” (Levy, 2001, p.96). Sin duda que es una expresión poco acertada, se podría decir, ya que existen mucho más elementos importantes, como es nuestro intento mostrar. Por lo demás, el “nuevo filósofo francés” hace un recuento de la forma en que ciertas actitudes eran comunes entre Sartre y Gide, sin duda una influencia dominante en el tiempo del “primer Sartre”. No haber tenido un estilo definido pareciera ser el común denominador de varios de los intelectuales de la primera mitad del siglo XX en Francia, lo que ya, de alguna manera, resulta ser un estilo vanguardista, como lo demostrará la generación siguiente: “lenguaje de imitación, las combinaciones de citas”. Sartre a veces escribe como “Joyce, otras como La Rochefoucauld, Bossuet, Chateaubriand o Pascal, otras como Dos Passos y otras como Malraux” (Lévy, 2001, p.112). En la obra de Sartre existen “plagios (Diderot, Descartes, Condillac, Racine o Baudelaire), los intentos de nueva lectura (Proust), los préstamos verdaderos, las rimas falsas, los tópicos disfrazados, los fragmentos de estribillos y canciones, los empalmes, las parodias, los versos al revés, las reminiscencias más o menos confesadas, todo el arcoíris, la cascada de plagios y visiones que salpican [...]” (Lévy, 2001, p.111). Por ello se pregunta: “Se puede llamar estilo cuando sectores enteros de la literatura mundial surcan el libro como buques fantasma?” (Lévy, 2001, p.112). En fin, estos escritores iniciales son “atracadores, acaparadores, cambalacheros de obras ajenas, saqueadores de tumbas literarias y de ruinas, devoradores de papel, chupadores de sangre literaria, caníbales” (Lévy, 2001, p.113). De ahí que el acto de escribir sea un “primer crimen”, cuando el joven escritor comienza a hacer su sitio en una palabra y espacios “tomados” por otros, los que le anteceden.

descripción de las “estructuras profundas de la conciencia”, transformándose, poco a poco, en una “filosofía de la voluntad”, lo que lo lleva a una de la libertad. Todo ello mientras describe la cotidianidad del “mundo de la guerra”. Lo abstracto y lo concreto ligados: la “pintura de lo cotidiano”, la reflexión conceptual, la descripción fenomenológica y la problemática moral.⁸

Los *Cuadernos* son una “forma filosófica” de pensamiento escindido, un enclave interno del yo. Una reformulación del yo que se fractura y escinde en el diario, como el que escribe y es descrito a la vez, y como una acción natural de la conciencia de sí. El distanciamiento de sí de la conciencia es puesto a prueba; se trata de un ensayo filosófico sobre sí mismo, un “pequeño tratado de filosofía”. Los planos de ese desdoblamiento son: el agente (el yo que vive); el observador de sí; el que escribe; el que es capturado en el instante en vías de escribir, sin olvidar la estrategia a largo plazo. El diario es una forma filosófica y una experiencia del pensamiento dividido, un “palacio de espejos”.⁹ En los *Cuadernos* Sartre da inicio al desarrollo de temas sobre la conciencia, la nada, la voluntad, o su ausencia; es tanto una historia de las ideas como un “laboratorio de ensayo de un pensamiento filosófico”. Tales indagaciones filosóficas habrán de protegerlo de las melancolías, las morosidades y tristezas de la guerra. La vida y la filosofía siendo uno. Es la vida la que destila a la filosofía, le sirve de materia reflexiva, de estímulo: es la vida concreta del soldado Sartre la que le sirve para las elaboraciones abstractas del pensador Sartre.

El examen conceptual se nutre de la experiencia concreta, de las situaciones de guerra, de los “acólitos” —sus compañeros de tropa más cercanos— que le rodean y sus personalidades, del tema de la ausencia, de la apropiación, de la intersubjetividad militar, incluso de sus relaciones con las mujeres que había dejado en París. Gracias a sus *Cuadernos* es capaz de alejarse de sí mismo, de tenerse como objeto y distanciarse

8. Sin duda que este fue uno de los aspectos decisivos del existencialismo que alimentaron el programa del grupo Hiperión para desarrollar una filosofía de lo “mexicano”; una ontología del presente que tuviera a la existencia, y sus experiencias, como fuente del desarrollo de conceptos. El existencialismo entendido como una “filosofía de lo concreto” capaz de “iluminar racionalmente la circunstancia histórica que nos ha tocado vivir, esclarecer el mundo en torno, para comprendernos en él” (Olea, 2023, p.21).

9. Resulta notable que los *Cuadernos de la Guerra* no figuren como obra filosófica de Sartre, que incluso en las librerías o bibliotecas se les encuentren en las secciones de Historia y no de Filosofía.

lo suficiente, separarse de sí, adquirir una exterioridad en relación con su vida para poder entenderse en los contextos en los que figura, así como en los procesos y progresos conceptuales que definirán su filosofía. Algunos especialistas consideran que, al lado de *La náusea*, los *Cuadernos* es lo mejor de su prosa,¹⁰ ahí donde su escritura va al ritmo de sus pensamientos, “el pulso de las oraciones sigue excitantemente el ritmo del pensamiento” (Hayman, 1987, p.27).

Por ello, no constituyen un texto totalmente íntimo, además de que su tono llega a ser irónico, sarcástico, paródico, burlesco en ocasiones, hasta inventivo, como las páginas dedicadas a mostrarle al psicoanálisis su falta de atención y profundidad en el estudio del “ano” o de los “agujeros”, en general, en donde observa una situación pre-sexual vinculada a la miseria, la guerra, el dinero, la nada, lo infinito, la angustia. Reconoce el interés del psicoanálisis por la etapa anal, la atracción de los niños por hundirse el dedo en el ano, así como dar y recibir costras fecales. Placeres fecales. O las ecuanímes referencias a las prácticas homosexuales, incluso pederastas, de sus compañeros de tropa. Sartre, en lo que es considerado como parte de su estilo, buscó entender la condición humana a partir de nociones que no tuvieron mucho desarrollo que digamos, pero que, para entonces, le eran suficientes, como la de “babosidad pegajosa”¹¹ para referirse a la proximidad entre dos seres humanos (“viscosidad”), y como forma de resistencia a lo que existe detrás del mundo. Categoría existencial bajo la cual se comprende un algo que se siente con angustia, miedo, disgusto: “Nosotros: posible humillación de nosotros mismos en una delgadez pegajosa” (Sartre, 2010, p.148). Se trata del entendimiento de una posibilidad de nosotros mismos que todavía no comprendemos; temas que ya había tocado en *La náusea*¹² y que desarrolla en *El ser y la*

10. Octavio Paz consideró que lo mejor de su prosa estaba en esos “ensayos hermenéuticos” dedicados a Jean Genet (*San Genet, comediante y mártir*, 1952) y Gustave Flaubert (*El idiota de la familia*, 1972), además de que no lo consideró el gran pensador de la primera mitad del siglo XX, lugar reservado a Paul Valéry.

11. Paz emparejará la noción de “nada” con la de “ninguneo”.

12. Bernard-Henri Lévy señala la influencia de Louis-Ferdinand de Céline en esta “obsesión por lo blando, lo viscoso”, tan importante en la “erótica sartreana”, pero también en su metafísica (Lévy, 2001, p.110). *La náusea* tiene como epígrafe inicial una frase de Céline “Es un joven sin importancia colectiva, es justamente un individuo”. Existe un parecido “alucinante” entre ambos “sistemas metafóricos”, del cual, señala Lévy, no existe un estudio meticuloso. De las dos “escuelas de violencia” de los años treinta del siglo XX, el surrealismo y Céline, Sartre se atuvo al segundo.

nada, capítulo III, apartado “Cualidad y cantidad, potencialidad, utensilidad”. “La cualidad es la indicación de lo que nosotros no somos y del modo de ser que nos es negado” (Sartre, 1993, p.217). Gracias a la viscosidad es posible comprender la forma en que los seres humanos se dirigen a sí mismos, la posibilidad que tienen para juntarse y orientarse entre sí, de volver a sí: viscosidad, elasticidad.

Iris Murdoch ha visto en esta cualidad una forma de representar lo más profundo de la conciencia, su región más “pantanosa”, que es la que impide al sujeto actuar libremente y en donde se limita a reproducir los valores condicionantes de la sociedad, fundamentalmente burguesa. Lo “viscoso” o la “viscosidad” es, a su vez, una forma de describir la cualidad o textura fluida de la conciencia; ello ilustra “el insensible desorden de lo ‘interior’ en contraste con la clara y limpia, efectiva, naturaleza visible de nuestros compromisos y elecciones” (Murdoch, 1992: 154). Esta “interioridad” está desprovista de conocimientos y espíritu; es “un compañero de viaje contingente del alma libre”. La conciencia interior es algo comparativamente inerte que resiste al movimiento vivo, libre y puro de la elección moral. Esta vida interior, complejo “revuelto aburrido pegajoso sin libertad” es asociado a la “mala fe”, al fracaso del reflexionar, a la aceptación sin espíritu de los hábitos, a los valores y convencionalismos burgueses. Material interior insensible, “pegajoso” sobre el cual debe levantarse un pensamiento verdadero, genuino, auténtico, capaz de mirar por encima, por delante, actuar y probarse en la acción. Para indicar esto Sartre recurre al concepto marxista de “praxis”, el cual habrá de desarrollar en su *Crítica de la razón dialéctica* (1960). Murdoch no duda en señalar que este aspecto del planteamiento de la acción, la praxis, la existencia de un flujo indeterminado de la conciencia y la necesidad de salir de este para acceder a la acción moral, por ejemplo, resultan ser nociones precursoras de una de las versiones más populares del estructuralismo: “El pensamiento estructuralista contiene una versión estetizada de este concepto, solo la gente ordinaria (el nuevo ‘proletariado’) es inerte (tal como la vieja aburrida burguesía), y el frente de batalla es la lingüística, el patio de juego de los escritores creativos poetizados y pensadores” (Murdoch, 1992, p.156).

Para desarrollar una “escritura de la guerra” Sartre no solamente tuvo que haberla vivido desde niño, sino haber llenado su imaginación con libros sombríos, oscuros, “rudos”, que hablaban de la crueldad, la miseria

y la muerte; atrocidades de la guerra que contribuyeron a moderar su optimismo y a tomar conciencia de lo que estaba viviendo, rasgos que quedarán recogidos en sus diarios como un síntoma, testimonios que, así hayan sido de “cualquier cosa”, habrán de tener un valor histórico, además de que le hablarán, a pesar de todo, de una “vida plena”. Es consciente de que se trata de un testimonio “válido para millones de hombres”. Es un “testimonio *mediocre* y por lo mismo *general*”. Sartre entiende que nada puede “sobrar” en su testimonio y que forma parte de un momento de la guerra, así sean las poéticas contemplaciones que llega a tener de los días fríos —al igual que De Beauvoir en París, o en las montañas nevadas—, o de los rayos de la aurora que se destilaban por las habitaciones donde dormía, o los cielos de un azul profundo cuya poesía se veía interrumpida frecuentemente por el vuelo de los aviones nazis. En la guerra también existe la “vida plena”, a manera de momento absoluto.

De cualquier manera, consideró sus *Cuadernos* como “paganos”, en contraposición al *Diario* de Gide, en el que le parecía encontrar un sentido religioso, a la par que lo ponían en cuestión. Mantuvo la ilusión de que al escribir los acontecimientos los dejaba atrás. Tenían la función de hacer fluir su ser presente en el pasado y, por lo tanto, hacer más soportable el “tiempo de la guerra”. Estaba seguro de que no siempre iba a ocurrir ello, pero le parecía que ya el hecho de conferirles ese sentido le permitía explorar las posibilidades de su libertad puesta en juego por la guerra. Sus *Cuadernos* son “líneas” de un “cambio posible”. Pero también estuvo convencido de que formaban parte de la vocación de ser escritor, y que ello le otorgó un sentido o finalidad a su vida, legitimándola aun en la guerra. Desde muy joven tuvo esta convicción y se propuso realizarla, ya que consideraba que en ella estaba haciendo posible a la Humanidad en lo que a él le correspondía: “mantenerse libre para realizar en sí y para sí la idea concreta del gran hombre” (Sartre, 2010, p.357). Ser libre-para-su-destino. Algo extremadamente posible en la medida en que se consideraba una “nada” capaz de realizar lo que le había tocado en suerte, muy definida por las circunstancias. Producir obras de arte era el único fin que pudiera tener una existencia considerada como “absurda”, las cuales se le escapaban irremediablemente. Justificación de cualquier manera imperfecta. Salvo en un momento en que, tanto Simone como él, padecieron el vértigo de una “conciencia desnuda e instantánea”, que los llevó a sentir con

“violencia y pureza” el sentimiento que los unía, pudo dudar de esta utilidad del arte para la vida, la cual recupera cuando *La náusea* se publica en 1937.

Es el proyecto de la obra el que asegura el futuro. La vida entendida como un “cuadro” cuyo bosquejo se puede diseñar desde la infancia, y que se va completando a medida que se vive. El cuadro de la vida. La vida como un todo frente a sus partes, pero que se va realizando en cada una de ellas. Es la vida el cuadro, mientras que los instantes que se viven son la figura en su interior. El tiempo es la realización de las figuras, formas, colores, trazos en ese fondo que es la vida. “La vida es una composición en roseta donde el fin se reúne con el comienzo” (Sartre, 2010, p.362). Es la edad madura la que confiere sentido a la infancia y la adolescencia. Nuevamente, es el privilegio de la visión desde el futuro la que otorga sentido al pasado, incluso al presente que se vive, como si se estuviera en el interior de una biografía de cuyos trazos generales ya se tiene un bosquejo. Cada instante tiene sentido en función del por-venir, del instante que sigue.

Todo presente es comprensible a partir del futuro que se puede figurar a partir de él. La vida adquiere sentido por el reencuentro de cada uno de sus fines con sus orígenes, con el comienzo. Vida proyectada no “temáticamente”. Sartre recuerda que a ello Heidegger le llamaba “comprensión preontológica”, una forma de asegurarse un “destino”, el cual Sartre refuerza en los tiempos de la guerra, comprendiendo que cada etapa de su vida llega de manera mística y que está ahí como “fuente de experiencia” y “progreso”. Podrá decir, en un estilo nietzscheano, que ha tenido todo lo que ha querido, si bien no en la forma en que lo quiso. Vivir la vida de manera que pueda ser entendida desde el futuro a manera de una biografía, es decir, desde la posibilidad de un fin o modelo —Sartre admiraba a grandes escritores románticos como Shelley, Byron o Wagner, que fungían como sus modelos de escritor y realización humana, en general—. Buscaba tener entonces una “bella vida”. Se atenía a una especie de “ilusión biográfica” en la que creía que una vida vivida “puede parecerse a una vida contada” (Sartre, 2010, p.363).

También buscaba ser un “hombre bien”. Sartre se había visto envuelto en cuestiones morales en las que el bien está en función de una vida “bella”. Una moral que no se distinguía de la metafísica. El ser moral comportaba una actitud hacia sí mismo de superación, de “modificación total”

de la vida que la hiciera pasar a un “estado de mayor valor existencial”. Aun y cuando en los *Cuadernos* no se encuentra tal noción plenamente desarrollada, Sartre reconoce que ya la intuía o presentía. Ser moral equivale a adquirir una más alta dignidad en “el orden del ser”; acceder a una “dignidad más alta” en vías, incluso, de “lo absoluto”. Sartre se sumaba de esta manera a la búsqueda de lo absoluto que también era emprendida en el dominio de las vanguardias, el surrealismo, por ejemplo, ahí donde las relaciones inmediatas del espíritu con los objetos, la percepción, la intuición son absolutas, incuestionables: “No podía disfrutar de un paisaje o del cielo si no pensaba que era absolutamente tal como lo veía” (Sartre, 2010, p.367). La percepción como un acto sagrado, la comunicación “de dos sustancias absolutas, la cosa y mi alma”. A ello vincula Sartre igualmente rasgos de su estilo literario, en la abundancia de adverbios, o en la multiplicación de los “hay”.¹³

LA MIRADA DE LA MUERTE

En la experiencia de Semprún se encuentra el exilio, la clandestinidad, la tortura, la resistencia, el confinamiento, la clausura, el dolor, el duelo. Frente a ello, la palabra funciona como una patria nómada, y como lo necesario: es el límite de la experiencia que no deja resumirse del todo, como lo que separa de esta pero que a la vez asume de manera intensa. En las primeras líneas de *L'écriture et la vie* (1994)¹⁴ Semprún parte de la mirada de horror del otro para entender la suya. Son las primeras miradas que los aliados arrojan sobre Buchenwald, el campo de concentración donde estuvo confinado desde que fue apresado y torturado en 1943, y hasta su liberación en 1945 por las tropas del general estadounidense Patton. Sin haber tenido la oportunidad durante dos años de ver su rostro y su mirada en un espejo, lo primero que encuentra en los demás es el rostro del horror de ellos, el cual le sirve de espejo para entender lo que ha vivido.

13. La tesis de doctorado del gran crítico cultural norteamericano Fredric Jameson está dedicada a un análisis profundo del estilo de Sartre: *Sartre: Origins of a Style* (1961).

14. Obra a la mitad de su producción literaria. Ya antes había publicado *Le grand voyage* (1963); *L'évanouissement* (1967); *La deuxième mort de Ramón Mercader* (1969); *Autobiografía de Federico Sánchez* (1977); *Quel beau dimanche!* (1980); *L'algarabie* (1981); *La montagne blanche* (1986); *Netchaïev est de retour* (1987); *Federico Sánchez vous salue bien* (1993).

Una mirada circular que no sale de su petrificación: ellos ven con horror lo que ha quedado de un cuerpo maltrecho, débil, encogido, esquelético, mientras él mira ese horror, el cual, a su vez, intensifica su apariencia horripilante. Ve el horror que genera, comprendiéndolo e intensificándolo. Espejo vivo que podría ampliarse hasta alcanzar lo no visto, aunque presentado en la reacción que tienen los libertadores al verlo. Mirada que los intriga: “Es el horror de mi mirada el que acrecienta el suyo, horrorizado” (Semprún, 1994, p.14).

Lo fundamental, lo esencial que recuperará de las experiencias tenidas en los campos de concentración, las atrocidades de los nazis en contra de los judíos, habrá de resumirla en la experiencia del horror, en haber aproximado lo humano a los confines de inhumanidad, de lo imposible que ocurriera en algún momento: la muerte serial, gratuita, contundente, de seis millones de judíos. El Mal, la “banalidad del Mal”, tan bien descrita por Hannah Arendt a propósito del juicio del carnicero enjuiciado en Jerusalem en su libro *Eichmann in Jerusalem* (1963). Genocidio del que todavía Europa no se repone completamente, mientras que existen alemanes que siguen cargando con esa culpa. Detrás del horror se encuentra el Mal como esencia de esas muertes trágicas, y vinculada al ejercicio de la libertad. De ahí que debamos esperar una indagación “densa” de ello. El horror debe su existencia al Mal, y la escritura, tanto de Sartre como de Semprún, es el paso ineludible del dolor al conocimiento.

Parte del horror que Semprún ve en la mirada de los otros tiene que ver con su suposición de que, al no haber muerto, ha atravesado la muerte; es un sobreviviente, un fantasma que ha vuelto a la vida, en suma, de haber sido su testigo. Tal es lo que su rostro revela, tal es lo que causa horror en los demás: es el testimonio del rostro de la muerte, visible en los rasgos cadavéricos, en las marcas del hambre, el dolor, la soledad, la tortura, el aislamiento, el anhelo o sueño profundo en el que se convirtió la vida a partir de esa condición: un rostro que volverá a Semprún con cada recuerdo. Pero este descubrimiento de sí mismo en la mirada del otro es más profunda, como señala Sartre: “La mirada ajena modela mi cuerpo en su desnudez, lo hace nacer, lo esculpe, lo produce como es, lo ve como yo no lo veré jamás. El prójimo guarda un secreto: el secreto de lo que soy. Me hace ser y, por eso mismo, me posee, y esta posesión no es nada más que la conciencia de poseerme” (1993, p.389).

El escritor ha sobrevivido a la muerte como si la hubiera recorrido y hubiera regresado transformado por ella. Semprún recorrió el espacio de la muerte, sus rutas, de un lado a otro, extraviándose, reencontrándose frente a la inmensidad por donde “corre la ausencia”. Lo que horroriza a quienes lo ven es el estar frente a un “fantasma”, alguien transformado por la muerte sin que haya muerto, pero que le ha dejado su rostro o huella. Su muerte y la de los que murieron a su alrededor. Lo que ven los soldados estadounidenses al liberar a los prisioneros de los campos de concentración es el rostro infinito de la muerte en cada uno de ellos, de ahí que el relato que pudiera hacerse de ella resulte igualmente interminable. Es este recorrido el que permanece como lo único verdadero, la única realidad pensante, al grado de hacer de él el sueño de una vida, como si se hubiera convertido en una entidad fantasmal que pensara en “encarnar” nuevamente en el futuro. No solo la vida quedó muerta temporalmente, no solo su historia quedó suspendida al borde del abismo, casi fatalmente, sino que el paso por la muerte convirtió a Semprún en una “entidad de ausencias”, se podría decir, en un deseo de volver a ser, de “encarnar en el futuro”, cuando vuelva al curso normal de la vida, cuando salga del vacío y el silencio anidados en su cuerpo atormentado. Aun y cuando el momento de la liberación ha comenzado a traerlo al vivir nuevamente, no deja de entender que, en la mirada de los demás, ha quedado fija la visión horripilante de la guerra que lo tiene como a uno de sus acontecimientos.

Es el mismo horror que testimonió Louis-Ferdinand Céline, aunque no lo vio reflejado en otra mirada que no fuera la suya, la cual contiene el panorama directo de la destrucción y la muerte, del desmembramiento de los cuerpos hundidos en el barro, devorados por las ratas, conservado no solo en la mirada sino en el ruido infernal de los obuses, que lo acompañará desde entonces, derruyendo los esfuerzos por pensar, o intentar hilar una idea tras otra, pero, sobre todo, de hacer algo con ese horror: “He aprendido a hacer música, a dormir, a perdonar, y, como veis, también a hacer bella literatura, con trocitos de horror arrancados al ruido que ya no se acabará nunca” (Céline, 2023, p.25).

La mirada de Semprún pudo contemplar la muerte en la mirada de los que se sabían condenados a ella; la captó. Fue el testigo silente de ese paso sensible por el camino de la muerte sin retorno. Mirada cegada por la

muerte. Mirada a fin de cuentas fraternal, de camaradería, como si todos los condenados estuvieran compartiendo la muerte, como si fuera un pan, un signo de fraternidad. La muerte como la “substancia” de las relaciones humanas. Centro de una fraternidad momentánea, pero aun así posible; el “signo de pertenencia a la comunidad de los vivos”. Experiencia colectiva de la muerte: compasión. Un ser que se define por su relación con el otro “en la muerte que avanza”. Signo de solidaridad profundo, inmediato y transparente. Muerte que va madurando en cada uno, que va ganando como un “mal luminoso”, “como una luz aguda que nos devora” (Semprún, 1994, p.39). Una cita de un poema de Keats motiva estas consideraciones sobre el horror en la mirada de los demás: “There was a listening fear in her regard/ As if calamity had but begun”. La asociación entre la mirada y la escucha resulta del todo utilizable por Semprún cuando decida asumir la “forma musical” para estructurar su narrativa del horror.

La muerte fue el único lazo de solidaridad que fue posible desarrollar en el campo de concentración, de tal suerte que la única diferencia que se establecía entre los cautivos era la distancia que tenían que recorrer para encontrarla, el tiempo en relación con ella. Las otras miradas que Semprún resume tienen que ver, evidentemente, con las de los nazis, las cuales nunca se cruzaban con la de los prisioneros. Siempre distantes, ajenas, arrogantes, recortándose, como en una escena cinematográfica, contra el fondo del humo mortecino y pestilente de los crematorios, mientras que la mirada de quienes estaban presos lo hacía sentir en una “comunidad del morir”, como punto de solidaridad extrema y compasión, cargada de “pena inquieta, mortificada”, que significará para Semprún un reenvío a la vida, al “loco deseo de durar, de sobrevivir: de sobrevivirle”, a la voluntad “feroz” de lograrlo. El suceso central de la experiencia en los campos de concentración es la muerte, pero bajo la forma moderna de industrialización del crimen, cometido de manera masiva. No era el morir lo que resultaba “angustiante”, considera Semprún, sino el hecho de tener conciencia de que la vida se hubiera convertido en un sueño, que estuviera en otra parte, de considerarse un ser viviente pero sin vida, habiéndose detenido el tiempo, creándose una ruptura con todo lo sido, como ocurrió con Sartre. Estar vivo y no vivir; tener que suponer que la vida había hecho una pausa o que quizá, en el peor de los casos, nunca

volviera a ser vivida. La vida convertida en un sueño desde el punto de vista de un muerto en vida.

Si lo fundamental de la guerra es el horror, y este solo es concebible a partir del Mal, el “mal radical” (*Radikal böse*), como llamaban los nazis a la voluntad del exterminio judío, el tema acabará relacionándose en Semprún con el de la libertad. Si existe el mal es porque la libertad es posible. De entre los autores a los que tiene acceso, mientras se encontraba “concentrado”, se encuentran Nietzsche, Hegel y Schelling,¹⁵ cuyo libro sobre la libertad lo impacta, queriendo encontrar en él, junto a *La Religión en los límites de la simple razón*, de Kant, algunas de las claves que expliquen la existencia del mal en la condición humana. Semprún recupera la idea de Schelling en el sentido de que sin la exploración de esta parte “oscura”, tenebrosa, previa, la criatura humana no tendría realidad: “Esta parte le es consustancial y viene a él en la acción” (Semprún, 1994, p.88).¹⁶ El Mal resulta ser una de las posibilidades de la libertad constitutiva de la humanidad del hombre. Es en la libertad donde se enraízan tanto lo humano como lo inhumano.¹⁷ Experiencia del Mal que se vive como la experiencia de la muerte, solo que la diferencia, en el caso de Semprún, es que esa experiencia fue vivida de manera colectiva, fraternal, como fundante del “ser-colectivo”, como se ha indicado. La consistencia que

15. Ya había leído, en 1943, *El ser y la nada* de Sartre, así como, dice, su generación se sabía de memoria *La náusea*. Resulta muy interesante observar cómo Freud obtiene de Schelling una de las definiciones de lo “ominoso” (das Unheimliche), muy convincente para él, como aquello que “estando destinado a permanecer en secreto, en lo oculto, ha salido a la luz” (Freud, 1979a, 225).

16. De ahí las dudas que, por ejemplo, Stefan Zweig, otro testigo notable de las guerras mundiales europeas del siglo XX, presente en su relato “Los ojos del hermano eterno”, al buscar recuperar la “inactividad”, algo imposible sin duda, fundamentada en las filosofías orientales, como principio de la existencia humana, y como forma de entendimiento del acto mismo, frente al carácter destructor de la acción en Occidente. “¿Cómo se puede actuar sin atentar contra el destino de los hombres?”, señala el personaje central del relato (Zweig, 2018, p.288). ¿Cómo poder dejar de intervenir en el destino humano?, tal es la cuestión. La experiencia del dolor, de la muerte vista en ojos ajenos, del sufrimiento hasta el punto de morir, hacen que el protagonista elija un camino de paz, armonía, fuera de toda culpa y responsabilidad. La conclusión es inevitable, “el no actuar es actuar”, y solo renunciando a la voluntad, obedeciendo en lugar de ejercer la libertad, sirviendo, se estará en condiciones de evitar hacer el mal. Una manera de ser olvidado por los demás, de pasar inadvertido, y de que la culpa se diluya entre a los que pertenece, que, al final no sea de nadie, o que sea de todos, menos de él, de manera individual. El personaje de Zweig termina siendo un siervo que atiende los perros del Rey.

17. A una conclusión similar llega De Beauvoir cuando sostuvo, en su *Diario*, justo en el momento en que se sentía sin “vida interior” y sin que nada le pudiera interesar en su entorno, sin ninguna alegría, sin ninguna imagen viva, en una tensión al vacío, “intensamente displacentera”, sobre un fondo de depresión al “borde de las lágrimas”, y asimilando la atmósfera de guerra por la presencia invisible de los alemanes en París, a las descritas por Kafka en *El proceso* y *El castillo*, que la “guerra es un destino que uno va creando por una mezcla de fatalidad interior y de libertad desquiciada” (Beauvoir, 1990, p.266).

adquiere al final de esta, luego de los años recluso en la “fábrica” de la muerte, es la de un “fantasma” que oscila, en su memoria, entre vacíos y ausencias, entre los seres que conoció y ya no están.

Son muchas las dudas que ocurren a la hora de pensar en el relato de esta experiencia liminal, en la que la vida es puesta al límite. En primer lugar, si es posible contarla toda, ya que pudieran ser intraducibles ciertas imágenes o momentos, como la contemplación triste del humo que salía de las chimeneas, producto de la incineración de los cuerpos, razón por la cual las aves habían emigrado de esa región y cuyo retorno celebrará Semprún como si se tratara del sonido de un arcoíris o de un canto celestial. El poeta tiene la impresión de que se necesitaría una eternidad para describir esas volutas de humo y los acontecimientos conexos. No es que esos sucesos sean indecibles, sino que su densidad solo puede ser formulada en un “artificio artístico”, en un espacio de creación o “recreación”: “Solamente el artificio de un relato controlado alcanzará a transmitir parcialmente la verdad del testimonio” (Semprún, 1994, p.26). Existe un optimismo en la posibilidad de no quedar confinados en el silencio y poder decirlo todo, en algún momento, y porque el lenguaje lo contiene todo. Para Semprún es posible contarlo todo. La realidad está ahí disponible, la palabra a la mano, o a la boca. Solo hay que dejarse “llevar”.

En este sentido, se puede nombrar la más terrible crueldad, el mal, hasta el amor más loco; se puede decir o nombrar a Dios, que ya es mucho decir. Todo es cuestión de pensar la experiencia, de tener el tiempo (detener) y tener el coraje de hacerlo, quizá logrando un texto iluminado —como el de los místicos y sus experiencias de arrobos y éxtasis—, interminable, infinito, esto es, puesto en la clave de lo artístico o ficcional. Un relato interminable, infinito es, a fin de cuentas, un relato, pero sobre una misma materia, la muerte, el horror, el mal, la realidad, tantas veces reinterpretada. Aunque así formulado, y en un sentido amplio, ese relato se ha continuado por miles de historias hasta nuestros días, sin que sepamos muy bien cuándo se inició o si forma parte de las condiciones del decir humano, como muchas suposiciones sobre el origen del lenguaje sostienen, la de Rousseau es una de ellas. El lenguaje de la muerte circunnavega, atraviesa la condición humana en cada uno de sus pliegues y repliegues: estructura y prolonga la condición del decir y vivir. No hay

vida sin muerte, y es ella la que hace posible el lenguaje, gracias al cual no podemos dejar de deberle algo. Es la ficción la que está puesta al servicio de la realidad (Ferrerí, 2022, p.110) en este sentido. Aquí, la escritura debe adelantarse a las suposiciones de la historia, a las figuraciones temporales en las que el trazo causal reduce la intensidad desastrosa de las catástrofes instantáneas.

De lo anterior se desprende la idea de que se necesitan muchas vidas para contar la muerte hasta el final, tarea infinita, generación tras generación, sin que pueda ponerse punto final. El que pueda hacerlo estará ya muerto. Es sobre la muerte como el relato se extiende hasta el infinito. A cada muerte, una palabra más; palabra en acecho, además de que cada muerte es singular, y su relato debe contar la recuperación de la vida del que ha muerto, lo que tiene como límite a la memoria misma. Vivir la muerte de los demás; tener la oportunidad de contarla, de haber estado ahí para saber de ella. Bajo esta perspectiva, no dejaríamos de escuchar en el otro, en ese diálogo hasta el infinito, la forma en que su decir va contando su muerte: cada palabra recibida es un instante menos que se aleja con la respiración, con el gesto que libra al espíritu en las alas del lenguaje. A través de la escucha, sobre todo, es como nos damos cuenta de la muerte, que tiene al lenguaje como su diagnóstico.

También una muerte que Semprún verá reencarnada en los cuerpos famélicos del campo de concentración, nutriéndose de la vida. Muerte que el lenguaje denuncia, pero que también busca renacer en cada cuerpo sometido a la vejación, a la tortura, el sufrimiento. A fin de cuentas entenderá, a partir del no entendimiento de los demás, de los que no llegaron a testimoniar lo que no pudieron vivir —los que llegaron después de fuera a la experiencia de la muerte en masa—, de que es el guardián de una especie de “memoria colectiva de la muerte”. Semprún se instala como el “residuo consciente de toda esa muerte”: “Una hebra individual del tejido impalpable de ese sudario. Polvo en la nube de ceniza de esa agonía. Una luz aún brillante del astro apagado de nuestros años muertos” (Semprún, 1994, p.161). Semprún avanzó en la muerte en compañía de otros, los suyos, con quienes la compartió fraternalmente. Relacionando tanto expresiones de Heidegger —de quien lamentará que nunca haya proferido una palabra de lamentación sobre la culpabilidad alemana— como de

Lévinas, sostuvo que fue un “Ser para la muerte con otros: los compañeros, los desconocidos, los semejantes, mis hermanos: el Otro, el prójimo” (Semprún, 1994, p.205).

Finalmente, buscando alcanzar los objetivos de una escritura del horror, Semprún escucha la propuesta de la música acompañada, libre, improvisada del jazz, como si su estructura fuera de las más sugerentes para el estilo de sus memorias. Música a la vez violenta y tierna, de una “rigurosa fantasía”. Solo de bajos, de trompetas o saxos, batería “tónica” que, de alguna manera, emula los ritmos de la sangre viva y que se encontraban en el “centro del universo que quería describir: del libro que quería escribir”. La música como materia “alimentadora”, “estructura formal imaginaria”. Ya desde el momento del confinamiento en el campo de concentración vivió varios momentos en los que cierta música clandestina estaba presente, los cuales estarán asociados a una libertad imaginativa. La memoria se encuentra relacionada con la coexistencia de música de jazz, de ahí que la forma de su reproducción pudiera estar vinculada a ella, sin dejar de lado la que “oficialmente” se hacía escuchar en los ritos ceremoniosos que el campo tenía: “La música, las diferentes músicas ritmarían el desarrollo del relato” (Semprún, 1994, p.209). Quizá una buena forma estructural musical haría posible “enjuagar” la verdad de la experiencia. “No me parecía insensato concebir una forma narrativa estructurada alrededor de algunos trozos de Mozart o de Louis Armstrong”. La necesidad de hacerlo pudiera justificarse desde el punto de la constitución de la memoria, de los elementos asociativos que intervienen en su diseño, de forma que acudiendo a ellos se pudiera recobrar esa verdad de la experiencia, a la vez que estaría atendiendo el objetivo comentado de que fuera la mejor entendida, como diciendo que nadie puede resistirse a escuchar una buena melodía, que para ello habría “oídos” aun y cuando el contenido fuera el horror, la “voz de la muerte”, la escucha “incansable y mortal de la voz de la muerte”.

A ello habría que añadir el sentido que la música ha tenido en la reflexión de las artes, de forma que a ella se atribuyen los elementos más espirituales, verdaderos, auténticos. Kant o Hegel consideraron la música como la más excelsa y superior de las artes. La idea musical como la mejor forma de contar y mover emociones. Solo ella podría ser capaz de contener los “contrastes brutales” de las experiencias sensoriales tenidas en el

campo de concentración. Frente a ello, las formas literarias pre-existentes serían insatisfactorias, demasiado abstractas o puras, quizá. Contrastes como la voz de los oficiales de la SS a las dos de la madrugada, obligando a que se levantaran los prisioneros, junto con las visiones del horror originadas por el fuego (la “flama naranja”) de los hornos crematorios, capaz de enceguecer la mirada. Solo una forma musical es capaz de dar cuenta de estas disonancias atroces, ya que “solo un grito viniendo del fondo de las entrañas, solo un silencio de muerte habría podido explicar el sufrimiento” (Semprún, 1994, p. 210). De cualquier manera, la escritura “musical” no haría sino volver más acuciosa la memoria, más detallada, de forma que su tormento no iba a terminar en ella.

De ahí que Semprún no sature la narración con una mera enumeración de hechos desastrosos, horripilantes, como fueron los acontecidos en los campos, sino que busca, como en la música, la presencia de la ficción o imaginación con el objeto de hacer más entendible el testimonio y superar tanto a la primera persona del relato como a la tercera. Hacer de la ficción un medio de esclarecimiento de la verdad que hiciera aparecer la “realidad” real; hacer posible la verdad. De cualquier manera, la tarea del escritor es la de combatir el olvido masivo de la historia, de “esa muerte”, a pesar de que, de manera individual, Semprún estuviera abogando por él mismo en razón de los malestares que le ocasionaba el recuerdo.

La escritura no iba a estar ahí para “sanar” el espíritu, como bien le hubiera gustado que aconteciera, sino para agravar su condición dañada, el sufrimiento y el dolor de los cuales no iba a ser posible desprenderse salvo bajo la condición del olvido. El malestar de la memoria no iba a desaparecer con la escritura, en la medida en que esta no estaría sino escarbando en el pozo y la voz profunda de la muerte. La angustia del recuerdo únicamente iba a revivir con la escritura. Silencio y memoria, dos condiciones indispensables para la escritura pero, en el caso de Semprún, horribles, imposibles de soportar. Asumiendo una idea de César Vallejo, que podemos retraer hasta el mismo Rilke, para Semprún solamente se tiene la muerte de “uno”, la “muerte propia” que, en el escritor, supone la de otros. Es la muerte propia la que se vive y abre a la de los demás gracias a la escritura. Semprún considera que ella es portadora de la muerte, aunque podría ser considerada como un obstáculo para el vivir. Es por ello que discute la sentencia de Ludwig Wittgenstein en el sentido

de que “La muerte no es un acontecimiento de la vida. La muerte no puede ser vivida”, contenida en el *Tractatus*.¹⁸ A ello dedica buena parte de su novela *L'évanouissement* (*El desvanecimiento*) (1967), segunda de sus obras.

CONCLUSIÓN

Las razones de la escritura pueden ser varias, sin embargo, con el ejemplo de Sartre y Semprún estamos ante una condición de sobrevivencia. Es el medio, la forma, que tiene el sujeto para enfrentar condiciones limítrofes de su existencia frente a la muerte, sobre todo. No solamente la escritura está ahí para “curar” o “exorcizar” mundos interiores del escritor, sino que es el medio de atención al presente, así como a la insistencia de futuro. Escritura testimonio, monumento, ventana que abre a experiencias que se desearían irrepetibles, aun y cuando ella misma sirva como un medio de autoconocimiento y de la condición humana en general. Aun así, el lector siempre está en la posibilidad de recobrar(se), en la escritura, a partir de lo no vivido de manera directa, sin dejar de formar parte de la humanidad que lo “soporta”. El desentrañamiento de esos “soportes” es lo que la escritura, al modo como lo han planteado estos autores, se propone desentrañar. Para el caso concreto del acontecimiento de la guerra, ahora una condición cada vez más común a partir de sus diversas manifestaciones, aunque con idénticas consecuencias, daños, muertes, miserias, estos autores buscaron encontrar el sentido de la vida en sus límites precisamente; de ahí su importancia y la lección que ofrecen en el seguimiento de sus percepciones, emociones, sentimientos contrastantes entre el vacío, que arroja una cierta plenitud, la visión poética del entorno, y el dolor intenso, propio y ajeno, desgarrador, del que no pudieron desentenderse.

18. Proposición 6.4311. En realidad, Wittgenstein está discutiendo no la idea de la muerte en un sentido biológico, sino de la finitud y eternidad. Si la muerte no es un acontecimiento de la vida es porque la vida es, en un sentido, eterna, correspondiéndole al que vive en el presente. La vida es la que no tiene fin, es decir, “muerte”. Con la muerte, el mundo llega a un “fin”, sin ser alterado del todo (Wittgenstein, 2001, p.87). Semprún recuerda que en los años sesenta el filósofo austriaco no era muy conocido en Francia, al grado de que un crítico sostuvo que era uno de sus personajes literarios.

REFERENCIAS

- Blanchot, M. (1968). *L'Espace littéraire*. Gallimard.
- Céline, L.-F. (2023). *Guerra*. Anagrama.
- De Beauvoir, S. (1990). *Journal de guerre*. Gallimard.
- Ferreri, N. L. (2022). El relato de la escritura o la sobrerrepresentación de la violencia y del dolor, *Revell. Revista de Estudos Literários da UEMS*. <https://bit.ly/45UCw6t>
- Flores Olea, V., Rossi, A., & Villoro, L. (2023). Advertencia. En J. Portilla, *Fenomenología del relajo y otros ensayos*. FCE.
- Freud, S. (1979a). ¿Por qué la guerra? (Einstein y Freud) (1933[1932]). En S. Freud, *Obras completas: Vol. XXII. Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, y otras obras (1932-1936)*. Amorrortu.
- Freud, S. (1979b). Lo ominoso. En S. Freud, *Obras completas: Vol. XVII. De la historia de una neurosis infantil (caso del “hombre de los lobos”), y otras obras (1917-1919)*. Amorrortu.
- Hayman, R. (1987). *Sartre. A Life*. Simon & Schuster.
- Lévy, B.-H. (2001). *El siglo de Sartre*. Ediciones B.
- Murdoch, I. (1992). *Metaphysics as a Guide to Morals*. Penguin Books.
- Sartre, J.-P. (2010). *Les Mots et autres écrits autobiographiques*. Gallimard, Biblioteca de La Pleiade.
- Sartre, J.-P. (1947). *La náusea*. Losada.
- Sartre, J.-P. (1993). *El ser y la nada*. Altaya.
- Semprún, J. (1994). *L'écriture et la vie*, Gallimard.
- Wittgenstein, L. (2001). *Tractatus Logico-Philosophicus*. Routledge.
- Zambrano, M. (1995). *La confesión*, Siruela.
- Zweig, S. (2018). *Obra selecta*, Mirlo.

Acerca de las y los autores

Araceli Castellanos Aceves es licenciada en Psicología y maestra en Psicoterapia Sistémico-Relacional por la Universidad del Valle de Atemajac (Univa). Coordinadora del Instituto de Innovación en Psicoterapia Sistémica (INNOVA Psicoterapia). Actualmente estudia el doctorado en Investigación Psicológica en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO): línea clínica y de la salud. Es un estudio de caso con una mujer que ha vivido violencias y se analiza la asimilación de experiencias traumáticas en la co-construcción del relato alterno. <https://orcid.org/0009-0008-0523-0397>.

María Luisa González Aguilera es psicoanalista CPM. Doctora en Filosofía por la UG en Estética y filosofía del arte. Maestra en Psicología clínica por la UdeG. Desde 2002 es docente en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) así como en Espacio Psicoanalítico, AC y Círculo Psicoanalítico de Guadalajara. Es autora de varios artículos, como “El arte corporal”; “De la escritura al acto”; “Del horror sin estética a la estética del horror”; “La clínica de la potencialidad: la función de la ilusión en psicoanálisis con niños”; “La intimidad recuperada”; “La antropofagia cultural”; “El cuerpo en el arte”; “El performance artístico y el ritual” y “Las performancenass de César Martínez Silva”, entre otros.

José Salvador Meléndrez González es maestro en Psicoterapia Cognitivo Conductual y licenciado en Psicología por la Universidad Enrique Díaz de León. Actualmente cursa el Doctorado Interinstitucional en Investigación Psicológica en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO).

Juan Carlos Orejudo Pedrosa es docente e investigador de la Universidad Autónoma de Zacatecas. Línea de generación y aplicación del conocimiento: Pensamiento político y procesos sociales contemporáneos. Perfil Promep, SNI, nivel 2. <https://orcid.org/0000-0001-8866-0334>

Ana Noema Reyes Zamora es psicóloga con formación en Psicoanálisis, maestra en Estudios Filosóficos por la Universidad de Guadalajara y doctorante en el Doctorado Interinstitucional en Investigación Psicológica del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) en la línea de Psicología clínica y de la salud. Su trayectoria abarca la Psicología clínica y educativa, con especialización en Psicología infantil e intervención en crisis. Su investigación se centra en las narrativas de mujeres que han sido víctimas de abuso sexual o psicológico mediante el Algoritmo David Liberman (ADL). <https://orcid.org/0009-0006-3188-7419>

Bernardo Enrique Roque Tovar es profesor de tiempo fijo en el Departamento de Psicología, Educación y Salud del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), donde desarrolla labores de coordinación docente, investigación y vinculación en la Licenciatura en Psicología, la Maestría en Psicoterapia y el Doctorado Interinstitucional en Investigación Psicológica. Cuenta con publicaciones en revistas arbitradas en México, Colombia y España, como la *Revista de Psicoterapia*, *Revista Redes*, *Enseñanza e Investigación en Psicología* (CNEIP) y *Clínica e Investigación Relacional*.

Luis Eduardo Salas Aldaba es doctorante en Investigación psicológica (línea de investigación: Psicología clínica y de la salud), maestro en Psicoterapia y licenciado en Psicología por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), donde también es profesor, y psicoterapeuta. Autor de artículos académicos. Actualmente desarrolla su tesis de doctorado en torno al análisis de los *enactments* en procesos psicoterapéuticos. <https://orcid.org/0000-0002-3739-0503>

Antonio Sánchez Antillón es docente e investigador del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO). Coordinador de la línea de investigación Psicología clínica y de la salud en el doctorado

interinstitucional en investigación psicológica. Autor de los libros: *Introducción al discurrir ético en psicoanálisis* y *Ensayo de ética para psicólogos*. Coordinador y autor de capítulo del libro colectivo *Aplicación de los principios éticos en las psicologías*. Autor de artículos en revistas indexadas. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), nivel 1. <https://orcid.org/0000-0002-5763-4245>

Roberto Sánchez Benítez realizó estudios de maestría y doctorado en Filosofía en la UNAM. Es profesor-investigador de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, en donde fue creador y coordinador del Doctorado en Filosofía (2018–2020). Sus investigaciones versan sobre filosofía y literatura, así como estudios estéticos y culturales. Ha realizado estancias de investigación en la Universidad Carolina de Praga, la Universidad Estatal de Arizona y el Colegio de Chihuahua. Ha publicado los libros *Memoria, imaginación y escritura. Rousseau y la invención de sí mismo* (2014), *Cruxi-ficciones. Siete escrituras transfronterizas* (UACJ–Colegio de San Luis Potosí, 2019), *Octavio Paz: ontology and surrealism* (Lexington Books, 2020), *Literature and History in Carlos Fuentes: Imperfect Creations* (Lexington Books, 2024) y *La estetización de la vida en la posmodernidad: body art y performance* (2025), en coautoría con María Luisa González Aguilera. Ha colaborado en cerca de 60 libros nacionales y extranjeros. <https://orcid.org/0000-0002-9481-9185>

Luis Hernando Silva Castillo es doctor y maestro en Ciencia del Comportamiento: Análisis de la Conducta (UdeG) y licenciado en Psicología (UNAL). Integrante del Sistema Nacional de Investigadores (nivel 1), su trabajo se centra en el aprendizaje y los efectos del estrés en la conducta. Ha participado en investigaciones sobre intervención en violencia intrafamiliar y discapacidad psicosocial durante la pandemia en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO). Actualmente lidera proyectos en Neurofisiología y Conducta, explorando la interacción entre factores biológicos y sociales en la emoción y la salud. También se interesa en el desarrollo de métodos de medición confiables en psicología. <https://orcid.org/0000-0001-6363-0083>



Araceli Castellanos Aceves • María Luisa González Aguilera
José Salvador Meléndrez González • Juan Carlos Orejudo Pedrosa
Ana Noema Reyes Zamora • Bernardo Enrique Roque Tovar
Luis Eduardo Salas Aldaba • Antonio Sánchez Antillón
Roberto Sánchez Benítez • Luis Hernando Silva Castillo

En un contexto social, tanto local como global, es necesario llevar a cabo un análisis desde un enfoque pluridisciplinar a partir de marcos teóricos y metodológicos comprensivos sobre los efectos de la violencia, sea sufrimiento existencial, vivencia traumática por abuso, desaparición o aislamiento.

Los dos apartados de *Sufrimiento, traumatismo por violencia y su poetización: una mirada clínica y literaria* ofrecen una lectura acerca de las concepciones del trauma, sus efectos en las personas y los grupos sociales desde la mirada del psicoanálisis, la psicología sistémica y de la salud, así como un acercamiento desde la literatura y la filosofía a los actos crueles contra uno mismo y contra los demás: el sufrimiento existencial, a través del estudio de la obra literaria de Alejandra Pizarnik, Charles Baudelaire, y los testimonios de guerra de Jean-Paul Sartre y Jorge Semprún.

Este libro será de utilidad e interés para estudiantes y académicos de las ciencias humanas y sociales, así como para cualquier persona interesada en explorar otros enfoques acerca de la condición humana y el problema social de la violencia desde sus diversos matices.

